MICHAEL CUNNINGHAM

Días memorables

El Aleph

Del autor de *Las horas*

«Uno de los triunfos literarios más importantes de este nuevo siglo».
Kirkus Review

DÍAS MEMORABLES

MICHAEL CUNNINGHAM

Traducción de Miguel Martinez-Lage

El Aleph Editores

BIOGRAFÍA

Michael Cunningham (Cincinnati, Ohio, 1955) se crió en Los Ángeles. Es licenciado por la universidad de Stanford y sus primeros relatos y novelas tomaron forma en el taller de escritura creativa de la universidad de Iowa. Se han traducido al castellano sus novelas *Una casa en el fin del mundo* y *De carne y hueso*. Su relato «White Angel» fue seleccionado para la recopilación de *Best American Short Stories*. En 1995 le fue concedido el Whiting Writer's Award. Con *Las horas* consiguió el premio Pulitzer y el PEN/Faulkner Award en 1999.

Los derechos de edición sobre la obra pertenecen a Grup 62, y en consecuencia ésta no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *Speámen Days*

© 2005 by Mare Vaporum Corp.

All rights reserved. By arrangement toith the author
© de la traducción, Miguel Martinez-Lage, 2005
© de esta edición, Grup 62, S. L. U., El Aleph Editores, 2007
Peu de la Creu, 4. 08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

Diseño e ilustración de la cubierta: Opalworks
Primera edición: mayo de 2007

Depósito legal: B. 16.757-2007
ISBN: 978-84-9711-019-8
Impresión y encuadernación: Litografía Roses, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El derecho a utilizar la marca Quinteto corresponde a las editoriales ANAGRAMA, EDHASA, GRUP 62, SALAMANDRA y TUSQUETS.

Esta novela está dedicada
a la memoria de mi madre, Dorothy

¡No temas, oh, Musa! Días y formas verdaderamente nuevas recibe; te rodean.
Con sinceridad confieso ser de una raza extraña, extraña, de una manera novedosa,
y soy con todo de la misma raza humana, la misma por dentro, por fuera,
idénticas caras, los mismos corazones, idénticos sentimientos, los mismos anhelos,
el mismo amor de antaño, idéntica belleza y utilidad.

WALT WHITMAN

NOTA DEL AUTOR

Cualquier escritor que sitúe una parte o bien la totalidad de una novela en una época y en un lugar identificables afronta la cuestión de la veracidad. La respuesta más sencilla es también la más drástica: los acontecimientos históricos han de plasmarse con absoluta precisión. Las batallas se han de disputar allí donde se disputaron y en el momento en que se disputaron; no deben surcar el cielo los dirigibles siquiera un momento antes de que fueran inventados; un gran artista no puede aparecer en un baile de máscaras celebrado en Nueva Orleans cuando se sabe que, esa noche en particular, estaba recuperándose en Baton Rouge de un ataque de gota.

La estricta secuencia de los acontecimientos históricos, sin embargo, tiende a correr en un sentido opuesto a las necesidades del narrador. Los biógrafos y los historiadores tal vez forzosamente deban dar cuenta de los trenes a los que no se llegó a tiempo, de las citas y compromisos que se cancelaron, de largos periodos de inactividad, mientras el escritor de ficciones no se halla a la fuerza tan constreñido. Por lo común, los propios novelistas han de elegir qué grado de exactitud ancilar dará más vivacidad a sus relatos, y en qué grado perderían eficacia. Parece que ocupamos espacios sucesivos en un espectro bastante amplio en este sentido. Conozco a novelistas a los que ni se les pasaría por la cabeza desvirtuar los hechos de los que se tiene constancia, y conozco —y admiro sobremanera— a cierto escritor que lo inventa todo, desde las costumbres y los usos de la época de Cristo hasta la botánica y el funcionamiento del cuerpo humano. Cuando se le pregunta al respecto, sencillamente contesta: «Es que es ficción».

Días memorables se encuentra en algún punto intermedio entre ambos extremos. Es semiexacto. He sido fiel en la medida de mi capacidad a los particulares históricos de aquellas escenas que he situado en el pasado, pero sería un error por parte del lector aceptar cualquiera de ellas como un hecho literal. Me he tomado en especial

ciertas libertades con respecto a la cronología y he yuxtapuesto sucesos, personas, edificios y monumentos que en verdad se encuentran separados por veinte años o más. Todo el que tenga interés por conocer la verdad absoluta de Nueva York desde mediados hasta finales del siglo xix hará bien si consulta *Gotham*, de Edwin G. Burrows y Mike Wallace, que ha sido la fuente primaria a partir de la cual he ido tejiendo mis propias variaciones.

EN LA MÁQUINA

Walt dijo que los muertos se convierten en hierba, pero no había hierba donde enterraron a Simón. Estaba con el resto de los irlandeses en la otra orilla del río, donde solo había tierra suelta y grava y nombres en las lápidas.

Catherine creía que Simón había ido al cielo. Tenía un guardapelo con su fotografía y un trozo de un mechón.

—El cielo es su lugar natural —dijo—. Era demasiado bueno para este mundo.

Miró sin mucho convencimiento por la ventana de la sala, a la calle, como si esperase que apareciera un carruaje reluciente que rodara con Simón en el pescante, serenísimo en su belleza inconsciente, blanco como la leche, saludando y sonriendo, alegre en su camino hacia ese lugar que siempre había sido suyo por derecho propio.

—Si así lo dices… —respondió Lucas. Catherine acarició el guardapelo. Tenía las manos ahusadas, precisas. Era capaz de dar puntadas tan finas que no se veían.

—Y sin embargo aún sigue con nosotros —dijo ella—. ¿No lo sientes? —sobaba la cadena del guardapelo como si fuera un rosario.

—Supongo —dijo Lucas. Catherine pensaba que Simón se hallaba en el guardapelo, y en el cielo, y que todavía estaba con ellos. Lucas confió en que no contase con que él fuese feliz de tener a tantos Simons con los cuales contender.

Los invitados ya se habían ido, y el padre y la madre de Lucas se habían acostado. Solo se encontraban en la sala Lucas y Catherine, con lo que hubiera quedado allá. Platos vacíos, la corteza de un jamón. El jamón estaba destinado a servirse el día de la boda de Catherine y Simón. Fue una suerte, por tanto, tenerlo listo para el velatorio.

—He oído —dijo Lucas— lo que hablan los que hablan, lo que se habla del principio y del fin. Pero yo no hablo del principio ni hablo del fin.

No había sido su intención hablar como el libro. Nunca deseaba hablar así, pero cuando estaba excitado no podía evitarlo.

—Oh, Lucas —dijo ella.

A él se le desbocó el corazón y le golpeó contra el hueso.

—Estoy preocupada por ti —dijo ella—. Eres tan pequeño…

—Ya casi tengo trece.

—Este es un lugar terrible. El trabajo es durísimo.

—Tengo suerte. Han sido muy amables al darme el trabajo de Simón.

—Y se acabó la escuela.

—No necesito la escuela. Tengo el libro de Walt.

—Te lo sabes de pe a pa, ¿no es así?

—Qué va. Hay mucho más, me costará años aprenderlo.

—Has de tener mucho cuidado en la fábrica —dijo ella—. Debes… —prefirió callar, aunque no le mudó la cara. Continuaba dándole el perfil, que era de una belleza tan grave como el rostro de una mujer en una moneda. Seguía mirando abajo, a la calle, a la espera de que el séquito celestial emprendiera el desfile con Simón hacia lo alto, el orgullo de la familia, nuevo príncipe de los muertos.

—Tú también has de tener cuidado —dijo Lucas.

—No hay nada de lo que yo deba cuidarme, cariño. Para mí, solo está el día de mañana, y el día siguiente.

Deslizó la cadena del guardapelo de nuevo sobre su cabeza. El guardapelo desapareció en su vestido. Lucas quiso decirle… ¿qué? Quiso contarle que tenía inspiración, que era vigilante, que era intrépido en su soledad, que su cuerpo contenía su corazón intranquilo y algo más, algo que notaba, pero que no era capaz de describir; algo poroso y espinoso, cambiante con cada hebra de pensamiento, con la urgencia y la memoria, salteado de brillantez, motas arremolinadas de blanco y verde y oro pálido, como estrellas; algo que amaba las estrellas, porque estaba hecho de la misma sustancia. Necesitaba decirle que era imposible, que era insoportable verse tan de continuo tomado por un chiquillo contrahecho y bizco y con la cabeza a pájaros y la costumbre de hablar a tirones.

—Me celebro —dijo—, y lo que yo asumo tú has de asumir.

No era lo que había tenido la esperanza de decirle.

Ella sonrió. Al menos, no se había enojado con él.

—Ahora debo irme —le dijo—. ¿Me acompañas a casa?

—Sí —respondió él—. Sí.

Fuera, en la calle, Catherine deslizó su mano en el hueco de su codo y lo tomó del brazo. Él quiso reafirmarse, caminar con paso viril, aunque lo que más deseaba era dejar de andar del todo, alzarse como el humo y flotar por encima de la calle, que ya llenaba la gente de la noche, trabajadores que volvían, vendedores de periódicos que voceaban su mercancía. El loco de Mr. Cain iba de acá para allá en su rincón de costumbre, vestido con su sobretodo color polvo, dando tirones distraídos a todo lo que se le colase en la barba, y gritando: «Malicia pasada y olvidada, ¿qué es lo que has hecho con los corazones destrozados?». La calle rebosaba su olor, estiércol y queroseno, humo acre: algo ardía siempre en donde fuera. Si Lucas pudiera elevarse por fuera de su cuerpo, se haría uno con lo que veía y oía y olía. Se envolvería en torno a Catherine como el mismo aire, para tocarla entera. Entraría dentro de ella cuando respirase.

—Los más mínimos brotes muestran que en realidad no existe la muerte.

—Lo que tú digas, cielo —dijo Catherine.

—Mujer brutalmente asesinada, ¡con todos los detalles! —gritó el repartidor de periódicos. Lucas pensó que él podría ser un repartidor de periódicos, pero la paga era muy escasa, y él no era de fiar a la hora de dar las noticias, ¿verdad que no? Podría perder de vista lo que se trajera entre manos y echar a caminar por la calle gritando: «Cada uno de los átomos que me pertenece vale tanto como si te perteneciera». Lo haría mejor en la fábrica. Si allí le entrase el impulso irresistible, podría gritar a la cara de la máquina de Simón. La máquina no se daría por enterada, no podía importarle. A Simón tampoco le importó.

Catherine nada dijo según caminaban. Lucas se obligó a guardar también silencio. El edificio de ella quedaba tres manzanas al norte, en la Calle 5. La acompañó hasta el peldaño de la entrada y allí permanecieron juntos unos momentos, ante la puerta destartalada.

—Pues ya hemos llegado —dijo Catherine.

Pasó de largo un carro con un paisaje luminoso pintado en el costado: dos vacas que pastaban entre tocones de árbol y una tercera vaca mirando el nombre de la lechería, que flotaba en el cielo dorado. ¿Se pretendía que pasara por el cielo? ¿Querría Simón estar allí? Si Simón había ido al cielo y el cielo resultara un campo lleno de vacas reverendas, ¿qué Simón sería cuando allí estuviera? ¿Sería el Simón

nuevo por completo, o el Simón aplastado?

Se hizo entre Lucas y Catherine un silencio distinto de la quietud reinante entre ellos al caminar. Era hora, pensó Lucas, de decir alguna cosa, y no por cierto como si fuera el libro.

—¿Seguro que estarás bien?

Ella rió con una risa baja y sorda como un murmullo, que él percibió en el vello de los antebrazos.

—Soy yo quien debiera hacerte esa pregunta. ¿Estarás bien?

—Sí, sí. Estaré estupendamente.

Miró a un lugar situado por encima de la cabeza de Lucas y se arregló, un mínimo cambio de postura en el interior de su vestido oscuro. Pareció por un instante que su vestido, de cuello alto, su susurro de seda oculta, tuviera vida propia. Pareció como si Catherine, tras haber muy brevemente considerado si salir de su vestido, hubiera decidido en cambio seguir en su interior, entregarse de nuevo a sus ropas.

—De haber ocurrido una semana más tarde —dijo ella—, sería ahora una viuda, ¿verdad? Ahora no soy nada.

—No, no. Eres una maravilla, eres bellísima.

Volvió a reírse. Él bajó la vista a los peldaños, percibió que contenían puntos que brillaban. ¿De mica? Entró un instante en la piedra. Era fría, centelleante, inmutable: se alegraba de que se la pisara al caminar.

—Soy una mujer avejentada.

Él titubeó. Catherine pasaba de los veinticinco. Se había comentado su edad cuando se anunció la boda, pues Simón apenas llegó a cumplir veinte. Pero no estaba avejentada en el sentido que lo dijo. No estaba agriada, no estaba vaciada, no estaba disminuida en nada.

—Para mí no eres culpable, no estás pasada, no se te puede desechar.

Ella le rozó la mejilla con las yemas de los dedos.

—Qué dulzura de muchacho —le dijo.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó él.

—Pues claro. Yo aquí estaré.

—Pero no será lo mismo.

—No, no será del todo lo mismo, me temo que no.

—Ay, si al menos…

Ella aguardó a oír lo que él dijera. Él también aguardó. Si al menos

la máquina no se hubiera llevado a Simón. Si al menos él, Lucas, fuese mayor y más sano, y tuviera un corazón más sólido. Si al menos pudiera casarse con Catherine. Si al menos pudiera salir de su propio cuerpo y convertirse en el vestido que llevaba ella.

Pasó el silencio y ella le plantó un beso. Puso sus labios encima de los suyos.

—El ambiente —dijo él cuando ella se retiró— no es un perfume. No posee el sabor de la destilación, es inodoro, es para mi boca para siempre. Estoy de él enamorado.

—Ahora has de ir a casa y dormir un buen rato.

Era hora de despedirse de ella. No quedaba más que decir, no quedaba nada que hacer. A pesar de todo, persistió. Se sintió como a veces se sentía en sueños: como si estuviera en escena, ante un público, y se esperase de él que cantara o que recitara.

Ella se dio la vuelta, sacó la llave de su bolso de rejilla, la introdujo en la cerradura.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches.

Él bajó del peldaño.

—Soy de antaño y soy joven —dijo desde la acera a su silueta, que ya se retiraba—, soy tan de los insensatos como de los sabios.

—Buenas noches —volvió a decir ella. Y se fue.

Él no volvió a su hogar, aunque el hogar era el sitio a la fuerza más indicado para él. Por el contrario, se encaminó hacia Broadway, por donde caminaban los vivos.

Broadway era por definición, siempre por sí mismo, un río de luz y de vida que corría entre las sombras y las fogatas de la ciudad. Lucas tuvo la impresión, como siempre le ocurría al caminar por allí, de que le invadía una exaltación que lo mareaba, una exaltación subversiva, como si se tratara de un espía con una misión en otro país, en un reino de riqueza. Caminó con estudiada despreocupación, con la esperanza de ser tan invisible para los demás como visibles eran ellos para él.

Por la acera, en derredor, los últimos visitantes de las tiendas rendían la calle a los primeros parranderos. Damas con vestidos del mismo color que el pecho de las palomas, del color mismo de la lluvia, pasaban de largo susurrantes, con sus paquetes, hablando en voz queda una con la otra, cubiertas por sus sombreros emplumados. Los hombres de levita caminaban derrochando confianza, extendiendo el perfume

desolado de sus habanos, el destello de sus dientes, a la vez que azotaban las piedras con sus botas de regaliz. Pasaban los carruajes que llevaban de vuelta a casa a las señoras. El repartidor de periódicos daba un grito espaciado: «Mujer asesinada en Five Points, ¡con todos los detalles!». Las rojas cortinas se mecían al viento en las ventanas de los hoteles, bajo un cielo que se iba tornando de un rojo más intenso con la noche. En algún lugar, alguien tocaba «Lilith» en un órgano de tubos, aunque más bien parecía que la música emanase de la calle misma, como si al caminar con tal certidumbre, con tal satisfacción, las gentes extrajeran la música de la acera y la calzada.

Si Simón estaba en el cielo, bien podría ser este. Lucas atinó a imaginar las almas de los difuntos caminando eternamente, entre la música que emanase de los adoquines y las cortinas que tamizaran la luz. ¿Sería ese un cielo para Simón? Su hermano era, o fue, vocinglero y jacarandoso, contento con sus canciones, con las buenas comidas. ¿Qué más le había hecho feliz? Poco le habían importado las cortinas o los vestidos. Poco le había importado Walt, o el libro. ¿Qué había querido él, qué podría proporcionarle ese cielo?

Broadway sería el cielo de Lucas: Broadway y Catherine y el libro. En ese cielo sería todo cuanto viese y todo cuanto oyese. Sería él mismo y sería Catherine, sería el órgano de tubos y las farolas; sería las botas que fatigaban las aceras y sería las aceras bajo las botas. Montaría con Catherine en el caballo de juguete, en el escaparate de Niedermeyer, que sería del tamaño de un caballo de verdad, solo que perfecto, como lo son los juguetes, y se desplazaría con serenidad sobre los adoquines, con sus ruedines rojos y brillantes.

—Soy inmenso, albergo multitudes —dijo. Un hombre de levita, al pasar, lo miró con extrañeza, como solía la gente. Ese hombre figuraría entre los ángeles en el cielo de Lucas, tan orondo y tan próspero como en tierra, aunque en el más allá no consideraría extraño a Lucas. En el cielo, Lucas sería bello. Hablaría una lengua que todos entendieran.

Las habitaciones, cuando regresó, estaban en penumbra y en silencio. Allí estaba la cocina y las sillas y la alfombra, su dibujo espectral en la oscuridad. Sobre la mesa, la caja de música que había dejado a la familia en la ruina. Estaba todavía en la mesa, toda animación, como un pequeño ataúd con una rosa tallada en la tapa. Todavía sonaba, al darle cuerda, «Apaga la vela» y «Ay, no digas su nombre». Igual de bien que el día en que la Madre la trajo.

También allí estaban los rostros que lo miraban desde las paredes, rostros venerables, a los que se consultaba, desempolvados con regularidad: Matthew en el centro, a los seis años, de ojos oscuros, primoroso en su seriedad, ensayando para la gripe que, así pasara un año, lo dejaría convertido en una fotografía. Allí estaba el astuto Tío Ian, a quien le parecía humorístico que un buen día ya solo fuese un rostro en la pared; allí, el semblante redondo y satisfecho de la Abuela Aileen, quien pensaba que vivir era una molestia pasajera, y que la muerte había de ser su único y verdadero hogar. Al decir de su madre, estaban todos en el cielo, aunque al decir el cielo ella se refería a una Irlanda en la que nadie moría de hambre.

La Madre tendría que hacer sitio para la fotografía de Simón, aunque la pared estaba repleta. Lucas se preguntó si no habría que retirar a uno de los muertos más antiguos.

Hizo una pausa ante la puerta del dormitorio de sus padres. Percibió sus respiraciones al otro lado, se preguntó qué estarían soñando. Permaneció un instante de pie, solo en la oscuridad adormecida, antes de ir a su habitación y la de Simón.

Allí estaba la cama de los dos, y encima de la cama el óvalo desde el cual lo miraba santa Brígida, sufriente y en éxtasis, coronada por un círculo muy vivo que Lucas había creído, cuando era más pequeño, que representaba un dolor de cabeza. Allí estaban los clavos de los que se colgaba la ropa de los dos. Santa Brígida miraba con pesadumbre las ropas deshabitadas, tal como miraría los cuerpos abandonados de los fieles una vez se hubiesen ido sus almas. Bajo su círculo de luz parecía preguntarse: ¿dónde estaban los mecanismos del deseo y la necesidad que una vez llevaron camisa y pantalones? En el cielo. ¿Sería como Broadway o como Irlanda? En cajas, bajo tierra. En fotos y en guardapelos, en habitaciones que se negaban a desprenderse de los recuerdos de los que habían comido y discutido y soñado en ellas.

Lucas se desvistió y se metió en la cama por el lado de Simón. La almohada de Simón todavía tenía el olor de Simón. Lucas inspiró. Allí estaban los humores de Simón: grasa y sudor. Allí estaba la corriente soterrada de sebo y ese otro olor suyo, que a Lucas solo se le representaba como parte de Simón, un olor que recordaba el del pan pero que no lo era, que era tan solo el olor del cuerpo de Simón cuando se movía y respiraba.

Y allí mismo, bien visible por la ventana, estaban las cortinas iluminadas de Emily Hoefstaedler al otro lado del conducto de ventilación. Emily trabajaba con Catherine en Mannahatta, cosiendo las

mangas en los corpiños. Se comía una delicia turca en privado, guardada en una lata plateada que tenía oculta en su habitación. En ese momento estaría comiéndosela, pensó Simón, allí mismo, detrás de la cortina. ¿Cómo sería el cielo para Emily, a la que tanto le gustaban los caramelos, y que tanta hambre tuvo de Simón? ¿Habría en su cielo un Simón que ella se pudiera zampar?

Encendió la lámpara, tomó el libro de su sitio, bajo el colchón. Se puso a leer.

> Un niño dijo: ¿Qué es la hierba?, y me la enseñó a puñados.
> ¿Cómo podría yo responder al niño? No sé yo mejor que él qué pueda ser la hierba
>
> Supongo que debe ser la bandera de mi disposición, de verde esperanza entretejida.
>
> O será, supongo, el pañuelo del Señor,
> una prenda perfumada, que deja caer adrede quien ha de remembrar,
> y ostenta el nombre de su dueño en las esquinas, de modo que veamos y no dejemos de señalar: ¿De quién, pues…?

Lo leyó una y otra, y otra vez. Luego cerró el libro y lo sostuvo en alto, contemplando el retrato de Walt, la cara pequeña y barbuda que miraba desde el papel. Aunque era perverso pensarlo, no podía evitar creer que Dios debía de parecerse a Walt, con sus ojos astutos, benévolos, con la barba enmarañada y de aspecto comestible. Había visto a Walt dos veces caminando por las calles, y creía que había visto a santa Brígida una vez, envuelta en una capa, melancólica, en el momento en que se colaba en un umbral, con un sombrero para disimular su círculo de luz. Le agradaba saber que estaban los dos en el mundo, pero los prefería como residentes allí mismo, sobre el papel, en la pared.

Lucas guardó el libro bajo el colchón. Apagó la luz. Por el conducto de ventilación veía la luz de las cortinas de Emily. Enterró la cara en la almohada de Simón. Simón aún estaba con ellos. Su almohada aún olía a él.

—Ahora tendrías que irte —susurró a la almohada—. La verdad, creo que ya va siendo hora.

Por la mañana preparó el té para su padre y para él, y sacó algo de pan. Su padre estaba sentado ante la mesa con su máquina de respirar, un tubo y un fuelle sobre un astil de metal que tenía tres delicados pies cuadrados. Su madre aún no se había levantado.

Cuando Lucas se hubo comido el pan y bebido el té, dijo: —Adiós, padre.

Su padre lo miró sobresaltado. Había terminado convertido en cuero tras pasar tantos años en la curtiduría. Su piel bruñida, de grano fino, encajaba a la perfección sobre su cráneo de mandíbula grande. Sus ojos oscuros estaban engastados en las cuencas como joyas. La belleza de Simón, sus rasgos grandes, desafiantes, eran herencia sobre todo del padre. Nadie sabía muy bien cómo era que Lucas había terminado por tener ese aspecto.

—Pues adiós —dijo su padre. Se llevó la boquilla del tubo a los labios, tomó una bocanada de aire. El fuelle se hinchó y se deshinchó. Ahora que era de cuero y tenía joyas por ojos, la máquina se encargaba de respirar por él.

—¿Vas a atender a Madre? —preguntó Lucas.

—Claro —dijo el padre.

Lucas puso su mano pequeña sobre la mano marrón del padre. Se tenía verdadero amor por el amor que le tenía al padre. Era lo que mejor sabía hacer.

—Me marcho a la fábrica —dijo.

—Claro —respondió el padre, y aspiró otra bocanada del tubo. La máquina había sido un obsequio de la curtiduría. Le habían dado la máquina y algo de dinero. No hubo dinero para Simón, porque su muerte fue culpa suya.

Lucas besó a su padre en la frente. La mente del padre también era de cuero, pero su bondad seguía intacta. Todo lo que había perdido eran sus complicaciones. Aún era capaz de hacer lo que tenía que hacer. Aún amaba a la madre de Lucas, aún la cuidaba. Lucas tenía esperanzas de que lo siguiera haciendo aún.

—Hasta la noche —le dijo.

—Claro.

Camino de la fábrica, Lucas paró en la escuela. No entró. Dio la vuelta por el lateral y miró por las ventanas. Vio a Mr. Mulchady con el ceño fruncido ante su mesa, las llamitas de las lámparas bailándole en las lentes. Vio a los demás alumnos encorvados sobre los pupitres. La

escuela seguiría igual sin él. Allí, como siempre, estaban los pupitres, la pizarra. Había dos mapas en la pared: el mundo y las estrellas. Lucas solo muy recientemente había entendido (podía ser muy lento para algunas cosas) que uno y otro eran distintos. Antes había creído, y no se le había ocurrido preguntar, por si fuera de otro modo, que las estrellas eran una versión del mundo, que formaban un espejo donde se reflejaban los países, los océanos. Si no, ¿por qué estaban colocados el uno junto al otro? Cuando era más pequeño había encontrado Nueva York en el mapamundi y había dado con su contrapartida en el mapa de las estrellas, las Pléyades.

Fue Mr. Mulchady quien dio a Lucas el libro de Walt. Un préstamo. Mr. Mulchady había dicho que Lucas tenía alma de poeta, lo cual fue un detalle muy amable por su parte, aunque no era cierto. Lucas no tenía alma de ninguna clase. Era un extranjero, un ciudadano de ninguna parte, llegado del condado de Kerry, pero plantado en Nueva York, donde había crecido como una patata con añublo, donde no cantaba ni gritaba como el resto de los irlandeses, donde no albergaba un alma, sino un vacío que chispeaba aquí y allá y soltaba dolorosos calambrazos de amor, por el mapa de las estrellas y las llamitas que contestaban desde las lentes de Mr. Mulchady, por Catherine y su madre y un caballito de ruedines. No lloraba por Simón; no tenía convicciones acerca del cielo, ni sed de la sangre revivificadora de Cristo. Lo que quería era la aspereza y el trajín de una ciudad en la que la gente faenaba con cargamentos de maíz o de carbón, en donde se bailaba al son de los violines, se reía o se lloraba, se vendía y se mendigaba y se trapicheaba, no siempre de manera feliz, pero siempre con un vigor que era a lo que se refería, en privado, al decir la palabra «alma». Era una vitalidad desafiante, inaplastable. Tenía la esperanza de que el libro pudiera inculcársela.

De golpe y porrazo, ahora la escuela había terminado para él. Le hubiera gustado despedirse de Mr. Mulchady, pero si lo hiciera le habría pedido que le devolviese el libro, y Lucas no estaba en condiciones de hacerlo, todavía no. Todavía era un conjunto de ropas sin habitar. Tenía la esperanza de que a Mr. Mulchady no le importase mucho esperar.

Dijo adiós en silencio al aula, a los mapas y a Mr. Mulchady.

La fábrica era como una ciudad en sí misma. Muros de ladrillo rojo y torres de ladrillo rojo, una cancela de hierro tan grande que seis caballos podían entrar o salir a la vez. Lucas entró por la cancela en

medio de un gentío de chicos y hombres. Unos, en silencio. Otros, hablando entre sí. Riendo. «Gorda —oyó decir a uno—, tan gorda como no habrás visto ni verás otra en tu vida». «Es que a mí me gustan gordas», dijo otro. Los chicos y los hombres más jóvenes eran pálidos de tez. Los de más edad se habían oscurecido.

Inseguro, Lucas llegó con los demás a un patio adoquinado, donde las piezas de hierro entre marrón y negro, polvorientas, como grandes barras de chocolate, descansaban apoyadas contra los muros de ladrillo rojo. Fue con los demás a una puerta

en el otro extremo del patio, una entrada bajo un arco, una negrura que titilaba dentro.

Se detuvo. Los demás se movían en derredor. Un hombre con una gorra azul tropezó con él, lo maldijo, siguió su camino. El hombre terminaría devorado, igual que Simón. Lo que a la máquina no le interesara, cabría en una caja para llevarlo a la otra orilla del río.

Lucas no sabía si se esperaba de él que entrase sin más o que se quedara allí a la espera. Le pareció que sería estúpido esperar. Los demás estaban tan seguros de sí mismos, y eran tan ruidosos y decididos como los soldados levantiscos en un desfile militar. Detestaba llamar la atención sobre sí, pero también pensaba que si siguiera adelante podría verse arrastrado a incurrir en algún error, incomprensible, pero no por eso remediable. Sumido en un agónico mar de dudas, se quedó en donde estaba mientras los demás seguían a lo suyo.

Pronto estuvo Lucas solo, con la salvedad de algunos que llegaban tarde y que entraron deprisa, sin siquiera mirarlo. Por fin —una indecible misericordia, le pareció—, salió del edificio al patio un hombre.

—¿Tú eres Lucas? —dijo.

Era un hombre inmenso de piel grisácea, cuya cara, ancha como una pala, no se movía nada al hablar. Solo se le movía la boca, como si por arte de magia un hombre que estaba hecho de hierro tuviera la capacidad de hablar.

—Sí —dijo Lucas.

El hombre le lanzó una mirada teñida de escepticismo.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó. Cuando hablaba, en la boca se le veían destellos de color rosa, morados en medio de la cara gris.

—Estoy como un roble, señor. Puedo trabajar igual que cualquiera.

—¿Y cuántos años tienes?

—Trece, señor —repuso Lucas.

—No tienes trece.

—Cumplo trece dentro de un mes.

El hombre meneó la cabeza de hierro.

—Este no es trabajo para crios.

—Por favor, señor. Soy más fuerte de lo que parece. —Lucas cuadró los hombros, tratando de parecer más robusto.

—Bueno, qué más da. A ti te han dado el trabajo. Ya veremos cómo se te da.

—¡Miserables! —dijo sin poder contenerse—. No me río yo de vuestros juramentos, no me burlo de vosotros.

—¿Qué?

—Por favor, señor —dijo Lucas—. Trabajaré a pie firme. Puedo hacer lo que sea.

—Ya lo veremos. Me llamo Jack Walsh.

Lucas le tendió la mano. Jack la miró como si Lucas le hubiera ofrecido un lirio. La tomó con la suya, se la apretó con tal fuerza que Lucas sintió en los ojos la comezón de una lágrima. Si Walt era el libro, Jack era la fábrica. Estaba hecho de hierro, con una boca de verdad en medio.

—Vamos —dijo Jack—. A ver con qué pie empiezas.

Lucas lo siguió por la entrada hasta una sala en la que los hombres, tras unas jaulas de alambre, fruncían el ceño encorvados ante sus papeles. Pasada la sala llegaron a una estancia inmensa, en un costado de la cual se alineaban los hornos. Allí donde no alcanzaba la luz de los hornos había un crepúsculo anaranjado y mortecino que se iba diluyendo, hacia las zonas más remotas, en un magullado, furtivo claror. La estancia hedía a calor y a carbón, a creosota. Resonaban clangores diversos, y súbitas corrientes de aire. Furias de chispas se arremolinaban hacia lo alto, huidizas como las moscas. Entre las chispas, los hombres estaban plantados ante los hornos, atizando los fuegos con varas largas y negras.

—Aquí la hulla —dijo Jack, y no dijo más. ¿Quiso decir «hucha»? Lucas pensó en preguntárselo después.

Jack lo escoltó por delante de la hilera de hornos, bajo un caos de negros ganchos y poleas de cuero que pendían del techo altísimo, tocado aquí y allá por incidencias residuales de la luz anaranjada del fuego. Un pórtico que se abría desde la estancia

donde se trabajaba la hulla (¿la hucha?) daba paso a otra estancia no menos grande, pero peor iluminada, a ambos lados de la cual,

pegados a los bultos entre grises y marrones de máquinas tan ridículas y desmesuradas como elefantes, reposaban unas máquinas hechas de cintas correderas y vigas y ruedas dentadas, que emitían chirridos agudos, gemidos, chasquidos y quejidos. La estancia era como un establo. Estaba llena de vida tensa y palpitante.

—Corte y estampación —dijo Jack—. Aquí has de estar tú.

El ambiente de la sala de corte y estampación era polvoriento, cargado de un polvo brillante, partículas plateadas que mecía la brisa inapreciable, que titilaban y rebrillaban en la luz remansada, apagadiza. Los hombres se hallaban ante las máquinas y realizaban misteriosos esfuerzos, inclinados, doblados, estirados, tensando hombros y muslos. Lucas vio que los hombres, al igual que Jack, habían adquirido el color de la sala. ¿Estaban muriéndose o es que se iban tornando más como el aire?

Jack lo condujo ante una máquina en el extremo más alejado. Aún se abría otra estancia a partir de aquella, aunque Lucas solo acertó a discernir una quietud sepulcral y lo que parecían ser hileras y más hileras de bóvedas, como las catacumbas, llenas de botes plateados. Parecía como si aún tuviera que haber otra estancia tras esa, y otra, y aún otra más. Parecía que se pudiera caminar a lo largo de todas ellas durante horas, para llegar finalmente ¿a qué? Lucas no había comprendido del todo qué era lo que se producía en la fábrica. Simón nunca se había referido a ello. Lucas había imaginado algún tesoro, una joya viva, una bola de fuego verde, infinitamente preciosa, para cuya fabricación se requiriese un esfuerzo ilimitado. Se preguntó ahora por qué nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de preguntar. El faenar de su hermano siempre había parecido un misterio, algo digno de respeto e incluso de veneración.

—Aquí —le dijo Jack deteniéndose ante una de las máquinas—. Tú trabajas aquí.

—Aquí es donde trabajaba mi hermano.

—Sí.

Lucas se plantó ante la máquina que se había llevado a Simón. Era una rueda dentada, como una gigantesca rueda de pianola, montada sobre una cinta ancha que flanqueaban unas abrazaderas.

—Has de poner más cuidado que tu hermano —dijo Jack.

Lucas comprendió, por el tono de voz de Jack, que la máquina no había tenido la culpa. La miró tan atónito como una vez miró al gorila del circo de Barnum. Era inmensa y era impasible. Llevaba la rueda

como lleva la concha un caracol, con un orgullo lánguido e indescifrable. Como un caracol con su concha, la máquina contenía una vida más rápida, más líquida, en sus partes inferiores. Bajo la rueda, que despedía chispas de luz naranja con los dientes cuadrados, estaban las hileras de abrazaderas, el cuero pálido, desnudo, de la cinta, los tallos esbeltos de las palancas. La rueda contenía una sombra cambiante, de tonalidad entre negra y marrón. La máquina era a la vez formidable y tierna. Ofrecía la cinta como una promesa a tientas de trato amable.

—Tom Clare, ese de ahí —dijo Jack, e hizo un gesto para señalar a un joven que faenaba en la máquina contigua—, apila las planchas en esa carbonera. Tom, te presento a Lucas, el nuevo.

Tom Clare, con una cara cortada a hachazos, bigotudo, levantó la mirada.

—Siento lo de tu hermano —dijo. Seguramente vio a Simón devorado por la máquina. ¿Fue culpa suya, entonces? ¿Pudo haber actuado con más rapidez, haber sido más valiente?

—Gracias —le dijo Lucas.

Jack sacó de la carbonera un rectángulo plano de hierro, del tamaño de una puerta de horno, y lo colocó sobre la cinta.

—Lo aprietas bien fuerte —dijo. Atornilló las abrazaderas sobre la plancha de hierro, tres en cada lado—. ¿Ves las líneas que hay en la cinta?

La cinta estaba marcada por líneas blancas, cada una trazada varias pulgadas por encima de una de las abrazaderas.

—El borde superior —dijo Jack— tiene que estar alineado al milímetro. ¿Lo entiendes? Tiene que llegar hasta esta línea.

—Entiendo —dijo Lucas.

—Cuando esté igualado con la línea y las abrazaderas estén seguras, tiras primero de esta palanca.

Tiró de una palanca a la derecha de la cinta. La rueda despertó y comenzó a girar con un suspiro. Los dientes quedaron a una pulgada de la cinta.

—Cuando el tambor está girando, tiras de la otra palanca.

Tiró de una segunda palanca, situada junto a la primera. La cinta comenzó a moverse. Lucas observó que la cinta llevaba la plancha de hierro adelante, hasta dar con los dientes de la rueda. Al impactar con la plancha de hierro, los dientes sonaron como martillos contra un cristal irrompible.

—A ver, sígueme. —Jack condujo a Lucas a la parte posterior de la máquina, por donde comenzaba a emerger la plancha, llena de impresiones cuadradas, poco profundas.

—Cuando haya salido —dijo—, vuelves y tiras otra vez de las palancas. Primero la segunda, después la primera. ¿Entendido?

—Sí —dijo Lucas.

Jack tiró de las palancas y detuvo la máquina, primero la cinta, después la rueda. Liberó las abrazaderas de la plancha de hierro.

—Entonces la inspeccionas —dijo—. Te aseguras de que la estampación es completa. Cuatro a lo ancho, seis a lo largo. Tienen que estar todas las huellas perfectas. Fíjate en cada cuadrado. Esto es importante. Si no está perfecta, la llevas allí —señaló a la otra parte de la estancia—, a Will O'Hara, que la refundirá. Si tienes alguna duda, se la enseñas a Will. Si te das por contento de cómo están las impresiones, si estás seguro, se la llevas a Dan Heaney, el de allí. ¿Alguna pregunta?

—No, señor —dijo Lucas—. No lo creo.

—De acuerdo, pues. Ahora, prueba.

Lucas tomó una plancha nueva de la carbonera. Pesaba más de lo que había supuesto, pero no tanto que fuera ingobernable. La alzó sobre la cinta, la colocó con todo cuidado hasta la línea blanca, ajustó las abrazaderas.

—¿Así está bien?

—¿Tú qué crees?

Verificó las abrazaderas.

—¿Tiro ahora de la palanca? —preguntó.

—Sí, tira de la palanca.

Lucas tiró de la primera, con lo que puso la rueda en marcha. Tuvo un breve instante de alborozo. Tiró de la segunda, y la cinta se desplazó. Vio con alivio que las abrazaderas aguantaban en su sitio.

—Así va bien —dijo Jack.

Lucas vio cómo los dientes de la rueda mordían el hierro. Simón tuvo que ser arrastrado bajo la rueda, primero el brazo, luego todo lo demás. La máquina lo tuvo que triturar con los dientes, con la misma serenidad con que mordía el hierro. Tuvo que creer, si es que las máquinas creen algo, que acababa de producir otra plancha de hierro. Tras aplastar a Simón debió de quedar pacientemente a la espera de la siguiente plancha.

—Ahora —dijo Jack—, vayamos a inspeccionar la plancha.

Lucas fue con él hasta el otro extremo de la máquina y allí vio qué

había hecho. Una plancha de hierro con una serie de estampaciones cuadradas, cuatro a lo ancho, seis a lo largo.

—¿A ti te parece que está bien?

Lucas la miró a fondo. En la penumbra, era difícil ver las marcas. Pasó los dedos por cada una de ellas.

—Yo creo que sí —dijo.

—¿Estás seguro?

—Yo creo que sí.

—Pues muy bien. Ahora, ¿qué hacemos?

—Se la llevo a Dan Heaney.

—Eso es.

Lucas levantó la plancha de hierro estampado y la llevó a la máquina de Dan Heaney. Este, con la nariz bulbosa y la cabeza leonina, asintió. Tras un momento de vacilación, Lucas colocó con cuidado la plancha en una carbonera que había junto a la máquina de Dan.

—Estupendo —dijo Jack.

Había complacido a Jack.

—Haz otra —dijo Jack.

—Señor —dijo Lucas—, ¿qué son estas cosas que fabrico? —Carcasas —dijo Jack—. Quiero verte hacer otra.

—Sí, señor.

Lucas hizo otra. Jack dijo que estaba bien, y se marchó a atender otros asuntos.

Pasó el tiempo. Lucas no podría haber precisado cuánto. No había relojes. No llegaba la luz del día. Cargaba una plancha en la cinta, la alineaba, la enviaba a su destino, inspeccionaba las impresiones. Cuatro a lo ancho, seis a lo largo. Comenzó a intentar que, al cargar cada plancha en la cinta, el borde superior cayera tan cerca como fuera posible de la línea blanca, de modo que solo necesitase un leve empujón para ponerla en su sitio. Durante un buen rato, confió que las estampaciones hechas por la rueda dentada fueran perfectas, y después de lo que parecieron varias horas comenzó a esperar que tuvieran imperfecciones menores, una esquina torcida, un ligero alabeo, que hubiera resultado invisible a ojos menos diligentes que los suyos. Solo encontró una estampación defectuosa, y además bastante debatible. Uno de los cuadrados parecía menos profundo que los demás, aunque no podría estar seguro del todo. Sin embargo, llevó la plancha con orgullo adonde estaba Will, para que la refundiera, y se sintió fuerte y

capaz tras ello.

Cuando se hubo cansado de tratar de acertar con la línea a la primera intentona, y cuando se sintió indiferente ante la idea de que estuviera en busca de defectos o en busca de la perfección, procuró pensar en otras cosas. Procuró pensar en Catherine, en su padre y en su madre. ¿Había despertado su madre? ¿Volvería a ser la de siempre, capaz de cocinar y de discutir? Procuró pensar en Simón. La fábrica, no obstante, no permitía tales pensamientos. La fábrica exigía atención. Entró en una fase de sueño vigilante, de constante singularidad de intención, en la que su mente y su ánimo se llenaron solo de aquello de lo que debían estar llenos, con la exclusión de todo lo demás. Alinear, tensar las abrazaderas, un tirón, otro tirón a la palanca, inspección del producto.

Fue después de la hora del almuerzo cuando la manga se le quedó pillada en una abrazadera. Se había permitido una distracción. El tirón fue suave y fue insistente, como el de un niño.

Ya estaba a punto de alcanzar otra abrazadera cuando vio que la manga de la camisa se encontraba en la boca serrada de la primera, prensada con fuerza entre la abrazadera y la plancha. Instintivamente, dio un tirón, pero la abrazadera sujetó el tejido con firmeza. Era singular y decidida como una rata con un pedazo de hueso. Lucas pensó un momento en lo bien hecha que estaba la máquina: las fauces de las abrazaderas eran fuertes, seguras. Dio otro tirón. La abrazadera no cedió. Solo cuando giró la manivela con torpeza, con la mano izquierda, se relajó la abrazadera lo suficiente para que se soltara el trozo prensado de la manga. La teja ostentaba la huella de los dientes de la abrazadera.

Lucas miró enmudecido y pasmado el borde de la manga. Así había sido, esa era la manera. Uno permitía una mínima distracción, pensaba en otras cosas, y la abrazadera se llevaba todo lo que pudiera atrapar. Era la naturaleza de la abrazadera. Lucas miró a su alrededor con culpabilidad, preguntándose si Tom o Will o Dan se habrían dado cuenta. No se habían fijado. Dan daba golpes con una llave de perro en su máquina. La introdujo con firmeza, pero con amabilidad, por el flanco de la caja que contenía los entresijos. La llave resonaba contra el metal como la campana de una iglesia.

Lucas se remangó hasta los codos. Siguió trabajando.

A medida que cargaba las planchas en la cinta, le pareció que las máquinas no eran algo inanimado, o no del todo inanimado. Formaban

parte de un *continuum*: primero las máquinas, luego la hierba y los árboles, luego los caballos y los perros, luego los seres humanos. Se preguntó si la máquina habría tenido aprecio por Simón, así fuera a su manera serena, sin pensar. Se preguntó si todas las máquinas de la fábrica, todas las calderas, los ganchos, las cintas, admiraban enmudecidas a los hombres tal como admiraban los caballos a sus dueños. Se preguntó si esperaban armadas de una paciencia inmensa el momento en que sus hombres perdieran de vista la elemental cautela y se ensimismaran, de modo que las máquinas pudieran tomar sus manos con firmeza llena de amor para arrastrarlos adentro.

Levantó otra plancha del cubo, la alineó, apretó las abrazaderas y la envió hacia los dientes de la rueda.

¿Dónde estaba Jack? ¿Acaso no deseaba saber lo bien que estaba haciendo Lucas su trabajo? Al entrar la plancha por debajo de la rueda, Lucas dijo:

—Prisa, prisa y prisa, siempre la prisa de procrear que tiene el mundo.

Jack no fue a verlo hasta que terminó la jornada. Jack miró a Lucas, miró la máquina, asintió y miró de nuevo a Lucas.

—Lo has hecho bien —dijo.

—Gracias, señor.

—Así que mañana volverás.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Lucas tendió la mano hacia Jack y le asombró ver que le temblaba. Ya sabía que tenía los dedos ensangrentados, pero no había reparado en el temblor. Jack, pese a todo, le dio la mano. No pareció que le importase ni el temblor ni la sangre.

—Pródigo —dijo Lucas—, amor me has dado; por tanto, ¡yo te doy amor!

Jack se quedó de una pieza. En su rostro de hierro se formaron tres arrugas muy marcadas sobre la extensión de la frente.

—¿Qué ha sido eso?

—Buenas noches —dijo Lucas.

—Buenas noches —replicó Jack en tono dubitativo.

Lucas se dio prisa, salió con los otros por la sala de la hulla, donde los hombres de las varas negras estaban cerrando los hornos. Descubrió que no recordaba muy bien haber estado en ninguna otra parte que no fuera la fábrica. Si acaso, recordaba su vida antes de asistir a la fábrica

como si fuera un sueño, acuosa e insustancial. Se desdibujaba igual que se desdibujan los sueños al despertar. De todo aquello, nada era tan real como esto. Nada era tan cierto. Alinear, tensar las abrazaderas, un tirón, otro tirón a la palanca, inspección del producto.

Una mujer con un vestido azul claro esperaba a la entrada de la fábrica. Lucas tardó un instante en reconocerla. Primero vio que la mujer se encontraba a la entrada, y creyó que la fábrica había convocado a un ángel para que se despidiera de los hombres, para que les recordase que el trabajo algún día había de terminar, y que entonces comenzaría un sueño más prolongado. Entonces comprendió. Catherine había ido a esperarle a la salida.

La reconoció justo un momento antes de que ella lo reconociera. La miró a la cara y vio que también ella le había olvidado.

—Catherine —la llamó.

—¿Lucas? —dijo ella.

Fue corriendo a su lado. Habitaba una esfera de aire limpio y perfumado. Se alegró de verla. Estaba furioso. ¿Cómo era posible que ella fuera allí? ¿Por qué deseaba avergonzarlo de ese modo?

—Mira qué pinta tienes —dijo ella—. Eres todo hollín. Al principio no te reconocí.

—Pues soy yo —dijo.

—Estás temblando.

—Estoy bien, no pasa nada.

—Pensé que no deberías volver solo a casa, no después del primer día.

—Este no es un lugar adecuado para que una mujer esté sola.

—Pobrecito chico, mira qué pinta tienes.

Él se erizó. Había puesto la rueda en marcha, había inspeccionado cada pieza.

—Estoy bien —dijo con más vehemencia de lo que hubiera querido.

—Bueno, pues deja que te acompañe a casa. Debes de estar medio muerto de hambre.

Caminaron juntos por Rivington Street. Ella no le puso la mano en el codo; estaba demasiado sucio para rozarlo siquiera. Soplaba una brisa inconstante desde el East River, por la calle, levantando minúsculas tormentas de polvo y trozos de papel. A uno y otro lado se alzaban las foscas fachadas de ladrillo, la tapadera del cielo sujeta con firmeza en lo alto. La acera estaba llena de transeúntes, tanto más porque los que iban de paso allí compartían la acera con los residuos arrumbados en

montoneras en la base de los edificios, en masas oscuras, húmedas, brillantes, en cada una de las entradas.

Lucas y Catherine caminaban con dificultad por la angosta senda empedrada que se formaba entre las fachadas de los edificios y la basura amontonada. Se pusieron en fila tras una mujer y una niña que avanzaban con agónica lentitud. La mujer —desde detrás, imposible saber si joven o vieja— procuraba no forzar la pierna izquierda, y la niña, vestida con una falda larga y andrajosa, daba la sensación no de caminar, sino de avanzar arrastrada por la mano de su madre como si fuera un mueble que era preciso remolcar hasta llegar a casa. Delante de la mujer y la niña avanzaba un hombre fornido con lo que parecía un abrigo de mujer, desgastado y lustroso a trozos, que le quedaba demasiado pequeño, las mangas desgarradas por las sisas, por las cuales asomaba a tajos el forro de satén rosa. Lucas no pudo por menos que imaginar que esa procesión de caminantes, todos ellos depauperados y maltratados, con abrigos viejos demasiado pequeños o grandes en demasía, arrastrando chiquillos que no sabían o no podían andar, avanzaba derecha por Rivington Street, impelida por alguien o por algo que los empujaba constantemente, despacio, pero sin descanso, de un modo inexorable, dejando a uno y otro lado viviendas y establos, tabernas, fábricas, hasta llegar al río, al cual caerían uno a uno, uno tras otro tras otro, para seguir la marcha, ahogados y sin embargo animados, por el lecho, hasta que la calle quedara por fin desierta y la gente estuviera toda en el río, caminando a duras penas por el fango del fondo, en medio de los torzales pardos y azufrados, adentrándose en las profundidades y en lo oscuro, hasta llegar al océano esa muchedumbre de caminantes, hasta verse empujados a las aguas abiertas, donde nadaban en silencio los peces plateados y pasaban de largo, allí donde el ocre del río cedía ante el azul renegrido, donde flotaban en la superficie las nubes, allá arriba, muy lejos, y donde todos ellos eran libres para alejarse cada cual según su rumbo, los abrigos henchidos como alas, los niños volando sin esfuerzo ninguno, toda una nación de los muertos dispersándose, flotantes, tenuemente iluminados, extendiéndose como constelaciones en la inmensidad del azul.

Catherine y él llegaron al Bowery, donde los pendencieros y los bulliciosos se paseaban juntos, vestidos de brillantes colores, por delante de las tabernas y las ostrerías. Fanfarroneaban y gritaban, mascando unos puros gordos como salchichas. Uno se destocó del sombrero de copa mirando a Catherine y algo comenzó a decir, pero se lo llevaron entre risotadas sus compañeros de francachela. El Bowery

era la gemela inferior de Broadway, una estrella menor de la constelación, aunque no menos brillante ni ruidosa. Había allí más espacio para caminar. Los pobres de solemnidad eran más numerosos.

—¿Ha sido muy terrible? —preguntó Catherine.

—El maquinista se remanga la camisa —respondió Lucas—, el policía recorre su ronda, el vigilante señala quién pasa en la cancela.

—Por favor, Lucas —dijo ella—, háblame claro y llano.

—El capataz dijo que lo hice bien —le refirió.

—¿Me prometerás una cosa?

—Sí.

—Prométeme que mientras hayas de trabajar ahí, vas a ser muy, muy cuidadoso.

Lucas recordó la abrazadera con un punto de culpabilidad. No había puesto el cuidado suficiente. Se había permitido soñar, distraerse.

—Sé que no he de morir —dijo—, sé que esta órbita mía no la puede barrer el compás de un carpintero.

—Y prométeme que tan pronto te sea posible, dejarás esa fundición y te buscarás otro trabajo.

—Así lo haré.

—Tú estás…

Él aguardó. ¿Qué le iba a decir que estaba?

—Tú estás destinado a otras cosas —dijo al fin.

Él se alegró de oírlo, se alegró mucho. Sin embargo, había esperado algo más. Había querido que ella revelase algo, aunque no supo precisar el qué. Había querido una mentira maravillosa que se hiciera verdad en el instante en que ella la dijera.

—Te lo prometo —dijo. ¿A qué estaba destinado exactamente? No se animó a preguntarlo.

—Es muy duro —dijo ella.

—¿Y tú? ¿Te ha ido bien hoy en el trabajo?

—Sí. Estuve cosiendo y cosiendo. En realidad, trabajar fue un alivio.

—¿Tuviste…?

Ella aguardó. ¿Qué pretendía preguntarle?

—¿Tuviste cuidado?

Ella se echó a reír. A él le quemaba la cara. ¿Había sido una pregunta ridicula? Ella parecía estar siempre al alcance del perjuicio, como si una persona tan amable como ella, tan dulce y perfumada, pudiera solo resultar lastimada, ya fuera ahora o después.

—Lo tuve —dijo—. ¿Te preocupas por mí?

—Sí —dijo. Confió en que no fuera una afirmación estúpida. Aguardó con nerviosismo por si ella volviera a reírse.

—No debes preocuparte por mí —le dijo—. Debes pensar solamente en ti. Prométemelo.

—«Cada uno de los átomos que me pertenece vale tanto como si te perteneciera» —dijo.

—Gracias, cielo —respondió, y no dijo más.

La acompañó hasta la puerta de su casa, en la Calle 5. Estuvieron juntos sobre los peldaños rociados de puntos brillantes.

—Ahora te irás a casa —dijo ella—, a cenar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Pregúntame lo que quieras.

—Me pregunto qué es lo que fabrico en la fábrica.

—Bueno, la fábrica produce muchas cosas, creo yo.

—¿Qué cosas?

—Piezas de otras cosas mayores. Tuercas y pernos y… otras piezas.

—Me han dicho que hago carcasas.

—Pues ya lo sabes, mira tú. Eso es lo que haces.

—Entiendo —dijo, pero no entendía. Le pareció mejor dejar pasar el asunto. Le pareció mejor ser alguien que estaba al corriente de qué era una carcasa.

Catherine lo miró con ternura. ¿Volvería a besarlo?

—Quiero darte una cosa —dijo.

Él tembló. Mantuvo las mandíbulas cerradas con fuerza. No iba a decir nada, no iba a darle la palabra al libro, no iba a decir nada con su propia voz.

Ella se desabrochó el cuello del vestido e introdujo la mano dentro. Extrajo el guardapelo. Tiró de la cadenita con que lo sujetaba por encima de la cabeza, hasta dejar sobre la palma de la mano tanto el guardapelo como la cadenita.

—Quiero que lo lleves tú —le dijo.

—No puedo.

—Contiene un rizo del cabello de tu hermano.

—Lo sé, eso ya lo sé.

—¿Sabes que Simón llevaba su gemelo, con mi fotografía dentro?

—Sí.

—No me permitieron verle.

—A nadie nos permitieron verle.

—Pero el enterrador me dijo que el guardapelo aún estaba con él. Dijo que Simón se lo llevó a la tumba.

Simón tenía a Catherine consigo. Tenía algo de Catherine en la caja, en la otra orilla del río. ¿La convertía eso en miembro honorario de los muertos?

—Yo me sentiría mejor —dijo Catherine— si lo llevases cuando fueras a la fábrica.

—Es tuyo —dijo él.

—Digamos que es nuestro. Tuyo y mío. ¿Lo harás por mí? Anda…

No pudo protestar. ¿Cómo iba a negarse a una cosa que a ella le complaciera?

—Si quieres…

Ella le colocó la cadena por encima de la cabeza. El guardapelo colgaba contra su pecho, una pequeña esfera de oro. Ella lo había llevado pegado a la piel.

—Buenas noches —dijo ella—. Ve a cenar y luego acuéstate.

—Buenas noches.

Lo besó entonces, pero no en los labios, sino en la mejilla. Se dio la vuelta, introdujo la llave en la cerradura. Cuando se hubo retirado, él seguía notando el beso en la piel.

—Buenas noches —dijo—. Buenas noches, buenas noches.

—Anda, vete —le ordenó ella—. Haz lo que debas hacer por tu madre y por tu padre, y luego descansa.

—Ascendí desde la luna… —dijo él—. Ascendí desde la noche.

Ella lo miró desde el umbral. Había sido alguien que reía con facilidad, que era siempre la primera en bailar. Ahora lo miró con una gran pesadumbre. ¿La había decepcionado él? ¿Había ahondado su pesar? Permaneció desvalido, traspasado por su mirada. Ella se dio la vuelta y entró.

En casa, preparó lo que pudo de cena para su padre y para él. Quedaban todavía restos de lo que se había servido después del entierro. Una corteza de jamón grasiento, una mermelada, algo de pan. Lo puso todo delante de su padre, que pestañeó, le dio las gracias y comió. Entre bocado y bocado respiraba con ayuda de la máquina.

La madre de Lucas aún estaba en cama. ¿Cómo se las iban a ingeniar con la comida si no se levantaba pronto?

Mientras su padre comía y respiraba, Lucas fue al dormitorio de sus padres. Con suavidad, inseguro, abrió la puerta. El dormitorio estaba a oscuras, olía intensamente a barniz y a lana. Sobre la cama colgaba el negro crucifijo en el aire azabache.

—¿Madre? —dijo.

Oyó el movimiento en las sábanas. Oyó el susurro de su respiración.

—¿Quién anda ahí?—dijo ella.

—Solo soy yo —respondió—. Solo Lucas.

—Lucas, cariño.

Se le estremeció el corazón. Por un instante le pareció que podría morar con su madre en la dulce y cálida oscuridad. Podría quedarse allí con ella y contarle el libro.

—¿Te he despertado? —preguntó.

—Siempre estoy despierta. Pasa.

Se sentó al borde del colchón. Vio extendido su cabelló sobre la almohada. Vio su nariz y su mentón, las cuencas oscuras donde estaban los ojos. Le tocó la cara. La tenía caliente y polvorienta, seca como la tiza.

—¿Tienes sed? ¿Tienes hambre? —preguntó—. ¿Quieres que te traiga algo?

—¿Qué es lo que te ha ocurrido? —dijo ella—. ¿Cómo es que te han oscurecido de ese modo?

—He estado en el trabajo, Madre. Solo es polvo.

—¿Y dónde está Lucas?

—Estoy aquí, Madre.

—Claro, claro que estás aquí. No estoy del todo bien, no.

—Deja que te traiga un poco de agua.

—Hay que atender a las gallinas. ¿Te has ocupado ya de las gallinas?

—¿Las gallinas, Madre?

—Sí, niño. Se ha hecho tarde, ¿no es verdad? Me parece que ya es muy tarde.

—No tenemos gallinas.

—¿No tenemos?

—No.

—Pues perdona. Antes teníamos gallinas.

—No te apures, Madre.

—Ah, está muy bien decir que no me apure, y resulta que las gallinas ya no están, y tampoco tenemos patatas.

Lucas le acarició el cabello.

—Divino soy por dentro y por fuera —dijo—, y santifico cuanto toco y todo cuanto me toca.

—Eso es verdad, cariño.

Lucas permaneció sentado en silencio, acariciándole el cabello. Había sido una mujer nerviosa y propensa a las discusiones, de cólera fácil, de risa lenta. (Solo Simón sabía hacerla reír.) Había ido desvaneciéndose de manera gradual, desde un año antes, o algo más, cada vez más ansiosa de tener terminadas sus labores y de meterse en la cama, aunque todavía era la de siempre, cumplidora del deber, afectuosa a rachas, todavía alerta a los desdenes y a los insultos disimulados. Ahora que Simón había muerto, se había convertido en eso: una cara en la almohada que preguntaba por las gallinas.

—¿Quieres que te traiga la caja de música? —le preguntó.

—Eso estaría bien.

Entró en la sala y volvió con la caja. La sostuvo en alto, para que ella la viera.

—Ah, sí —dijo. ¿Era consciente de que la caja les había dejado en la ruina? Nunca había hablado de eso. Parecía amar la caja de música con tanto cariño como si no les hubiera causado nunca el menor perjuicio.

Lucas accionó la manivela. Dentro de los confines de la caja, la ruedecilla de latón giró bajo los minúsculos martinetes. Sonó «No olvidéis el campo» a su manera, con notas brillantes, metálicas, que tintinearon en el aire cerrado de la habitación. Lucas se puso a cantar con la melodía.

No olvides el campo en que perecieron
los últimos valientes, los más fieles.
Las claras esperanzas que abrigábamos
con ellos se apagaron y sus tumbas anegaron.

Su madre le puso una mano sobre la suya.

—Basta —dijo.

—No es más que la primera estrofa.

—Ya basta, Lucas. Llévatela.

Hizo lo que le indicó. Devolvió la caja de música a su sitio, sobre la mesa de la sala, donde siguió sonando «No olvidéis el campo». Cuando se le daba cuerda, no dejaba de sonar más que cuando ella misma lo decidía.

Su padre ya no estaba en su sitio de costumbre, junto a la mesa, sino al lado de la ventana. Asintió con gravedad, como si estuviera de acuerdo con algo que había dicho la música.

—¿Te gusta la música? —le preguntó Lucas.

—No se puede parar —dijo su padre con su voz nueva, que era de todo punto indiscernible de su misma respiración, como si el fuelle de su máquina susurrase el lenguaje a la vez que soplaba.

—Pronto ha de terminar.

—Eso está bien.

—Buenas noches, padre —dijo Lucas, porque no se le ocurrió nada más que decir.

Su padre asintió. ¿Sería capaz de acostarse? Lucas creyó que sí. Al menos, eso quiso esperar.

Fue a su habitación, la suya y la de Simón. Había luz en la ventana de Emily. Estaba fielmente comiéndose el dulce, tal como Lucas fielmente leía su libro.

Se desvistió. No se desprendió del guardapelo. Si se lo quitase, si alguna vez se lo quitase, dejaría de ser algo que Catherine le había impuesto. Pasaría a ser algo que él mismo se impusiera.

Con todo cuidado, encontró el cierre del guardapelo y lo abrió. Allí estaba el rizo negro del cabello de Simón, atado con un trozo de hilo de color púrpura. Bajo el rizo se veía el rostro de Simón, tapado por el pelo. Lucas conocía la fotografía: Simón dos años atrás, con el ceño fruncido ante el fotógrafo, los ojos entornados, la mandíbula prieta. El rostro de Simón en el guardapelo era castaño claro, como la crema revenida. Sus ojos (uno era parcialmente visible entre los mechones) eran negros. Era como ver a Simon en su ataúd, cosa que a nadie le estuvo permitida. Lo que le hizo la máquina lo había convertido en algo extraordinario en exceso. Ahora, en la quietud del dormitorio, el Simon que aún estaba con ellos se encontró con el Simon que estaba en el guardapelo, y allí estaba duplicado: allí su costumbre, en las noches en que salía de parranda, de abofetear a Lucas como si fuera un juego. Lucas cerró el guardapelo. Hizo un ruido seco, metálico, apenas audible.

Se metió en cama por su lado. Leyó el pasaje correspondiente.

> Deduzco que la hierba es en sí misma un niño, criatura producida por la vegetación,
>
> o bien deduzco que es un jeroglífico uniforme,

que significa, al brotar por igual en las franjas anchas y en las zonas angostas,

al creer entre los negros igual que entre los blancos,

Kanuck, Tuckahoe, Congressman, Cuff, les doy lo mismo y lo mismo recibo de todos.

Cuando hubo terminado, apagó la lámpara. Sintió la presencia de Simon en el guardapelo y sintió a Simon en una caja, en la tierra, tan desfigurado que la tapadera estaba cerrada con clavos. Lucas tomó la determinación de no abrir nunca más el guardapelo. Lo llevaría siempre encima, pero lo mantendría siempre cerrado.

Durmió y despertó una vez más. Se levantó para vestirse, para el trabajo, y preparar el desayuno a su padre, notando el peso desconocido del guardapelo en el cuello, el círculo que rebotaba con suavidad sobre su esternón. Allí estaba el recordatorio de la muerte constante de Simón, para que él lo llevara siempre cerca del corazón, porque fue Catherine quien se lo puso.

Dio a su padre los restos de mermelada para desayunar. Ya no hubo nada más que comer.

Mientras su padre desayunaba, Lucas se detuvo junto a la puerta del dormitorio de sus padres. No oyó ningún ruido desde el interior. ¿Qué sucedería si su madre ya nunca más saliera de allí? Tomó la caja de música de la mesa y se coló con ella en el dormitorio, con todo el sigilo que pudo. Su madre era solo una silueta que roncaba suavemente. Dejó la caja de música en la mesilla. Tal vez quisiera escucharla cuando despertase. Si no quisiera escucharla, al menos así sabría que Lucas había pensado en ella, pues la había puesto allí.

Jack no estaba allí para saludarle cuando llegó a la fábrica. Lucas se detuvo a la entrada entre los demás, pero no tardó en seguir camino. Lo más probable era que Jack lo estuviera esperando junto a la máquina para decirle que ayer había hecho un buen trabajo, para darle ánimos de cara a la nueva jornada. Atravesó el vestíbulo donde estaban los hombres enjaulados ante sus papeles. Atravesó la sala de la hulla y se dirigió a su máquina. Tom y Will y Dan le dieron los buenos días como si llevara allí mucho tiempo, cosa que le agradó. Pero no vio a Jack Walsh.

Lucas se puso al trabajo. A Jack le alegraría verlo así cuando llegara. Lucas se aprestó ante la máquina, tomó la primera de las planchas de la

carbonera de Tom. Alinear, tensar las abrazaderas, un tirón, otro tirón a la palanca, inspección del producto.

Inspeccionó cada una de las planchas. Pasó una hora, o lo que pareció una hora. Pasó otra. Comenzaron a sangrarle los dedos otra vez. En las planchas, cuando entraban bajo la rueda, escapaban manchurrones de su propia sangre. Las secaba con la manga antes de pasárselas a Dan.

Comenzó a comprender que los días en la fábrica eran muy largos, compuestos única y exclusivamente por un solo acto, realizado una y otra y otra vez; los días eran de por sí un mundo dentro del mundo, y quienes vivían en ese mundo, todos los hombres de la fábrica, vivían primordialmente allí y hacían alguna que otra visita al otro mundo, en donde comían y descansaban antes de estar listos para volver a su mundo. Los hombres de la fábrica habían renunciado a su ciudadanía; habían emigrado a la fábrica tal como sus padres emigraron a Nueva York procedentes del condado de Kerry. Sus vidas anteriores eran sueños que tenían cada noche, de los que despertaban cada mañana en la fábrica.

Solo al final del día, cuando sonó el silbato, hizo Jack acto de presencia. Lucas esperaba… ¿qué? Una reunión, una explicación. Pensó que Jack le hablaría, disculpándose, de un niño enfermo o de un caballo cojo. Jack le estrecharía la mano ensangrentada con fuerza, cosa que Lucas temía y ansiaba al tiempo. Jack le diría que había hecho un buen trabajo. Había alineado todas las planchas a la perfección. Las había inspeccionado todas.

En cambio, Jack se plantó a su lado y le dijo: —Muy bien, pues.

No lo dijo en tono de congratulación. Lucas pensó por un instante que Jack lo había tomado por otro (Catherine no lo había reconocido al principio, y tampoco su madre lo reconoció). Casi dijo «soy yo, soy Lucas», pero no llegó a decirlo.

Jack se fue. Se dirigió hacia Dan, habló con él un instante y desapareció en la siguiente sala, la sala de las bóvedas.

Lucas siguió ante su máquina, aunque ya era hora de marcharse. La máquina seguía como siempre, la cinta y las palancas, las sucesivas hileras de dientes.

—¿Quién ha de temer que confluyan los opuestos? —dijo.

Estaba sin embargo amedrentado. Temía la resistencia de la máquina, su capacidad de estar allí, siempre allí, y su propia obligación de regresar a ella tras un breve interludio de alimentación y de sueño.

Le preocupaba que algún día pudiera olvidarse de sí mismo. Un buen día malo se olvidaría de sí mismo y se lo llevaría por delante la máquina, como le pasó a Simón. Quedaría estampado (cuatro a lo ancho, seis a lo largo) y expulsado por el lado opuesto, colocado en una caja y trasladado a la otra orilla del río. Quedaría tan desfigurado que nadie lo reconocería, ni los vivos ni los muertos.

¿Adonde iría después? No creía que tuviera alma suficiente para el cielo. Se quedaría en una caja en la otra orilla del río. Se preguntó si su rostro colgaría en la pared de la sala, aunque de él no había fotografías, y aun si las hubiera no atinó a adivinar de quién sería posible prescindir para hacerle un hueco.

Catherine no lo estaba esperando a la salida. Lucas se quedó unos momentos quieto al pasar la cancela, buscándola, aunque era evidente que no pudo haber acudido otra vez. Había sido una única vez, cuando él era nuevo y ella sentía preocupación por él. Lo que tenía que hacer en esos momentos era irse a casa y encargarse de la cena de sus padres.

Se marchó con los demás y caminó por Rivington y el Bowery. Pasó por la Calle *z* y se dirigió al edificio de Catherine, en la 5.

Llamó a la puerta de la calle, al principio temeroso, luego con más fuerza. Quedó a la espera sobre el peldaño brillante. Por fin, la puerta la abrió una anciana. Tenía el cabello blanco y era diminuta como un enano; tenía tanto de ancho como de estatura. Podría haberse tratado del espíritu mismo del edificio, picado de viruela e imperturbable, enojado por la molestia.

—¿Qué pasa? —le dijo—. ¿Qué quieres?

—Por favor, señora. He venido a ver a Catherine Fitzhugh. ¿Puedo entrar?

—¿Y tú quién eres?

—Soy Lucas. El hermano de Simón, con quien ella se iba a casar.

—¿Y qué quieres?

—Quiero verla. Por favor, no traigo malas intenciones.

—¿Seguro que no se trata de una travesura?

—No, no, ni mucho menos. Por favor.

—Muy bien. Está en el tercero. En el número diecinueve.

—Gracias.

La anciana abrió la puerta muy despacio, como si le hiciera falta toda su fuerza. Lucas se esforzó por entrar de manera educada, absteniéndose de echar a correr y llevársela por delante.

—Gracias, gracias —repitió.

La sorteó dando un rodeo y subió la escalera. Fue consciente de que ella clavaba la mirada en su espalda mientras ascendía, y se obligó a ir despacio hasta llegar al segundo. Entonces apretó a subir y corrió por todo el pasillo. Encontró el diecinueve y llamó.

Alma le abrió la puerta. Alma era la más ruidosa de todas. Tenía la cara colorada, salpimentada de pecas castañas.

—¿Qué es esto? —dijo—. ¿Un duende o un elfo?

—Soy Lucas —contestó—. El hermano de Simón.

—Eso ya lo sé, chiquillo. ¿Y a qué debemos el placer?

—He venido a ver a Catherine, por favor.

Ella meneó la cabeza, grande y enfebrecida.

—Todos queréis ver a Catherine, caramba. ¿No se os ha ocurrido nunca que las demás a lo mejor también tenemos alguna cosilla que ofreceros?

—Por favor, ¿está Catherine en casa?

—Adelante, adelante. —Se dio la vuelta y dio un grito hacia el interior—. Catherine, aquí hay un tipejo que viene a verte.

Alma dejó entrar a Lucas en la sala. Era idéntico al apartamento en que vivía él con su familia, aunque Catherine, Alma y Sarah habían dejado a los muertos al margen del suyo. En las paredes habían colgado cuadros que representaban flores. La mesa estaba cubierta con un mantel púrpura.

Sarah estaba ante la cocina, dando vueltas a un puchero. Un cuello de cordero, pensó Lucas, y coles. Sarah tenía la cara redonda y blanca, como un plato. Y casi igual de expresiva.

—Hola —dijo. Era pequeñita y guapa, aniñada, aunque al menos tenía la misma edad que Catherine. Llevaba un vestido de color mandarina. Podría haber sido un trofeo que se pudiera ganar en una feria.

Catherine salió de lo que habría sido su dormitorio, con el vestido azul con el que iba a trabajar.

—Vaya, Lucas, hola —dijo. Por un instante, no cambió de expresión: era la misma que gastaba antes de que la máquina se llevase a Simón. Parecía, igual que antaño, estar al corriente de una broma que nadie más sabía.

—Hola —dijo Lucas—. Disculpa si te molesto.

—Me alegro de verte. ¿Has cenado ya?

Él sabía que no debía aceptar la invitación.

—Sí, sí, ya he cenado, gracias.

—Qué pinta tan rara tiene —dijo Alma—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Alma —le dijo Catherine con severidad.

—Eh, que solo era una pregunta. ¿A ti te parece que él no lo sabe?

Lucas se desvivió por contestar. Le caían bien Alma y Sarah, aunque no eran amables. Eran chillonas, ruidosas, desaprensivas, como loros. Tenían las dos un brillo peculiar.

—Es que nací así —dijo. Pareció insuficiente. Podría haberles contado que entre Simón y él estuvo Matthew, muerto a los siete años, y Brendan, muerto antes de nacer. Ahora que habían perdido a Simón, milagrosamente solo quedaba él, Lucas, el niño cambiado al nacer, el de la cara de duende, con el corazón tan frágil y los ojos desparejos. Él tendría que haber sido el primero que muriese, pero de una manera incomprensible había vivido más que el resto. Y estaba orgulloso de que así fuera. Le habría gustado proclamarlo ante Alma y Sarah.

—Claro, nunca pensé que fuera decisión tuya —dijo Alma.

—Alma, ya basta —dijo Catherine—. Lucas, algo tomarás con nosotras, aunque sea un bocado. No me digas que no.

Lucas vio a Sarah cambiar de posición para escudar el puchero.

—¿Puedo hablar contigo a solas, aunque sea un minuto? —dijo a Catherine.

—Pues claro.

Hizo una pausa, sumido en una agónica confusión.

—¿Y si salimos al pasillo? —dijo Catherine.

A ningún otro sitio podrían haber ido para estar solos. Allí dentro todo era la sala y los dos dormitorios.

—Sí. Gracias. —Al salir detrás de Catherine, dio las buenas noches a Alma y a Sarah.

—Hasta los duendes prefieren a Catherine —dijo Alma.

—Cuidado con lo que dices —dijo Sarah desde la cocina—. Con esa boca que tienes, un duende te la va a arreglar un buen día.

Lucas se encontró con Catherine en el pasillo. Era igual que el de su casa. Una lámpara parpadeaba en un extremo, junto a la caja de la escalera. Junto a la lámpara, montones de papeles, botellas vacías y un saco (¿lleno de qué?) visibles en la penumbra. Al otro extremo del pasillo, los residuos eran solo sombras. A mitad de camino, hacia la verdadera oscuridad, algo había encima de un bidón de aceite olvidado. ¿Con dientes? Sí, era un cráneo de cabra, hervido hasta quedar mondo y lirondo.

—Me alegro de volver a verte —dijo Catherine.

Habla como habla Lucas, se indicó. No hables como el libro.

—Me alegro de verte. Quería que supieras que estoy bien —dijo.

—Me alegro.

—¿Y tú también estás bien?

—Sí, cariño, estoy muy bien.

—¿Pones cuidado?

—Pues claro, Lucas, faltaría más.

—¿Te acompaña alguien? Quiero decir en la oscuridad, cuando vuelves a casa.

—Mi amiga Kate suele acompañarme hasta el Bowery. Pero lo cierto es que no debes preocuparte por mí. Tienes muchas cosas que atender.

—Mi voz va detrás de lo que mis ojos no alcanzan —dijo Lucas.

—Espera aquí un momentito —dijo ella—, que tengo una cosa para ti.

Volvió al apartamento. Lucas tocó el guardapelo que tenía sobre el pecho. Su ánimo era un caos de apremios diversos. ¿Qué tendría ella para él? Fuera lo que fuese, lo quería. Lo quería a toda costa. Miró el cráneo de cabra mientras esperaba a Catherine. Se introdujo en el cráneo. Se convirtió en él, un hueso sonriente en la oscuridad.

Catherine regresó con un plato cubierto por una servilleta.

—Ten, un poco de comida para ti y para tus padres.

Eso era lo que tenía para él. Le dio el plato. Él lo aceptó en silencio, y lo sostuvo.

Así pues, era un mendigo.

—Gracias, le dijo.

—Buenas noches, cielo.

—Buenas noches.

Ella se retiró y cerró la puerta. No volvió a besarlo.

Se quedó un rato ante la puerta, sosteniendo el plato como si él lo hubiera llevado, en vez de haberlo recibido. Oyó el murmullo de las voces femeninas sin descifrar qué decían. Como no le quedaba más por hacer, volvió por el pasillo, sujetando el plato con cuidado. Su padre y su madre lo querrían. Él también.

La anciana estaba esperando en el portal hasta verlo salir.

—Nada de travesuras, pues —dijo.

—No, señora. Ninguna travesura.

Lucas entró en su edificio con el plato en la mano. Subió las escaleras. Tuvo conciencia de que existía un sutil fallo, como si ese lugar, el más familiar de todos (la caja de la escalera, con su olor a gas y sus lámparas titilantes, las ratas afanosas entre los desperdicios) estuviera alterado, como si de la noche a la mañana se hubiera convertido en una copia imperfecta de sí mismo, en contraste con el día en la fábrica, que era perfecto en todos los sentidos.

Pero la sala era la de siempre. Su padre estaba como de costumbre, sentado en su silla junto a la ventana, al lado de la máquina.

—Buenas noches, padre —dijo Lucas.

—Hola —respondió su padre. Su trabajo consistía en respirar y mirar por la ventana. Así había sido desde hacía más de un año.

Lucas sacó tres platos del armario y repartió la comida. Puso uno en la mesa, para su padre.

—Aquí tienes la cena.

Su padre asintió y siguió mirando por la ventana. Lucas se llevó el plato de su madre a su dormitorio.

Estaba en la cama, como cuando la dejó por la mañana, como había estado la noche anterior. Su respiración, el crepitar como de gasa que emitía, se extendía en la penumbra como si la llenase. Por un instante pareció que las habitaciones de la casa fueran como la fábrica y sus padres las máquinas; siempre estaban igual, siempre a la espera de que Lucas llegara y se fuera y volviera otra vez.

—¿Madre? —dijo desde la puerta—. Te he traído algo de cenar.

—Gracias, cariño.

Entró con el plato y lo dejó en la mesilla. Se acomodó con delicadeza al borde del colchón, junto al bulto que formaba ella.

—¿Quieres que te lo corte? —dijo—. ¿Quieres que te lo dé a la boca?

—Qué bueno eres. Qué chico tan bueno. Mira lo que te han hecho…

—No es más que el polvo, madre. Ya me lavaré.

—No, cariño, no creo que se vaya ni lavándolo.

Cortó un trozo de patata con el tenedor y se lo dio a la boca.

—Anda, come.

Ella no dijo nada. Se hizo el silencio. Lucas descubrió, con sorpresa, que le avergonzaba ese silencio. Dejó el tenedor.

—¿Quieres que escuchemos algo de música?

—Si tú quieres…

Tomó la caja de música de la mesilla y le dio cuerda. Cantó en voz baja acompañando la melodía.

Ay, si de la muerte pudiéramos recobrar
estos corazones que antes sometieron,
y ante el cielo mismo librar a muerte
aquel combate por la libertad de nuevo.

—No te enojes —dijo su madre.

—No estoy enojado. ¿Has dormido hoy?

—¿Cómo voy a dormir si tu hermano hace tanto ruido?

—¿Qué ruido es el que hace? —preguntó Lucas.

—Canta sin cesar, a todas horas, pero alguien tendría que decirle que no tiene una voz tan de ángel como él cree.

—¿Te ha venido Simón a cantar?

—Sí, así es, pero no entiendo la letra.

—Come un poco, ¿de acuerdo? Algo tienes que comer.

—¿A ti te parece que habrá aprendido otra lengua distinta?

—Solo eran sueños, madre.

Empuñó de nuevo el tenedor, empujó el pedazo de patata contra sus labios. Ella apartó la cara.

—Siempre ha sido así, desde que era un crío. Siempre lloraba o cantaba justo cuando tú creías que por fin te habías ganado un buen rato de descanso.

—Madre, por favor.

Abrió la boca y él introdujo el tenedor con tanta suavidad como pudo. Ella habló con la boca llena.

—Lo lamento —dijo.

—Mastica. Anda, mastica y traga.

—Si entendiera qué quería, tal vez podría dárselo.

Por el ritmo de su respiración, Lucas supo enseguida que se había dormido. Aguzó el oído, nervioso, por si oía la voz de Simón, pero la habitación permaneció en silencio. Se preguntó si no podría su madre ahogarse con el trozo de patata que había comido antes de quedarse dormido. Armándose de valor (parecía un error imperdonable, pero ¿qué otra cosa iba a hacer?), le introdujo los dedos en la boca. Estaba cálida y húmeda. Encontró el trozo de patata, la masa, sobre la lengua. Lo extrajo. Se lo metió en la boca. Se comió el resto de la cena con verdadera hambre; volvió a la sala y devoró la suya. Su padre no se

había movido de la ventana. Lucas también terminó la porción de su padre y se fue a la cama.

> Y ahora se me antoja el hermoso cabello sin cortar de las tumbas.
>
> Con ternura emplearé tu hierba rizada,
> tal vez sea que transpires por el pecho de los muchachos,
> tal vez sea que de haberlos conocido los hubiera amado,
> tal vez sea que desciendes de ancianos, o de camadas demasiado pronto arrebatadas del regazo materno,
> y eres aquí todos esos regazos maternos.

No había nada para desayunar, si bien su padre se encontraba sentado ante la mesa, esperando.

—Padre, ¿te encargarás de encontrar algo de comer para ti y para Madre mientras yo esté en el trabajo?

Su padre asintió. Lucas tomó los últimos diez centavos de la lata, en el cajón. Se guardó tres para su almuerzo, y los otros siete los dejó sobre la mesa, para su padre. Creyó que su padre podría salir a comprar algo de comer. Creyó que su padre podría ocuparse de eso.

Ese día iba a enterarse de cuándo era el día de la paga. Estaba seguro de que Jack tenía en mente decírselo, pero que se le había pasado por estar demasiado ocupado con el buen funcionamiento de la fábrica. Resolvió también preguntar a Jack por la naturaleza de lo que hacían las máquinas, qué se alojaba en las carcasas. Se preguntó si tendría arrestos para formular tantas preguntas al mismo tiempo.

Pasó la jornada. Alinear, tensar las abrazaderas, un tirón, otro tirón a la palanca, inspección del producto. Por la tarde, Lucas comenzó a discernir un ruido muy tenue cuando los dientes de la rueda estampaban la plancha, un sonido menor dentro del ruido mayor de la máquina. Se extrañó de que fuera un ruido nuevo, y supuso que más bien sería un aspecto más del ruido habitual de la máquina, inaudible hasta que no se hubo acostumbrado a las complejidades del ser de la máquina misma. Aguzó el oído con más atención. Sí, ahí estaba: en medio del triturar de los dientes metálicos en el metal más blando de la plancha, pero perdido en el zigzag de los rodillos, tras el deslizarse de la cinta, había otro ruido, poco más que un mero susurro. Lucas se acercó más a la fuente de la que procedía. El susurro parecía emanar de lo más profundo, del lugar oscuro situado bajo la rueda, más allá del punto en

que los dientes se incrustaban en el hierro.

Se acercó más aún. Alcanzaba a oírlo, aunque no del todo.

—¿Algún fallo en la máquina, chico? —le dijo Tom desde detrás.

Lucas se enderezó. No había recelado de que Tom pudiera percatarse. Fue una sorpresa comprobar que era tan visible.

—No, señor —dijo. Rápidamente, dando muestras de diligencia, cargó otra plancha.

No vio a Jack hasta el término de la jornada, cuando este fue a saludarlo —«Muy bien, pues»—, habló un momento con Dan y se introdujo en la sala de las bóvedas. Lucas atravesó un momento de confusión, de ensueño; creyó que había reingresado en el día anterior, que solo había imaginado que era jueves, en vez de miércoles. En su aturdimiento, olvidó preguntar a Jack cuándo era el día de la paga. Resolvió preguntárselo al día siguiente sin falta.

Se marchó de la fábrica y volvió a su casa. Por Rivington se cruzó con un loco que algo gritaba acerca de la lluvia (¿o era la furia?) de fuego, del trueno (¿o quiso decir el reino?). Vio un hueso tirado en una alcantarilla, los dos extremos roídos, color marfil, que parecía ofrecerse como si fuera precioso.

Quiso ir a ver de nuevo a Catherine, pero se obligó a regresar a casa. Cuando entró en el apartamento, encontró a su madre de pie en medio de la sala, sobre la alfombra por la que tan alto precio había pagado. Pareció por un instante, solo un instante, que volvía a ser la de siempre, que había preparado la cena y tenía el agua calentando al fuego.

Estaba petrificada, con el camisón puesto. Le caía el pelo suelto hasta los hombros; despeinada, los mechones se le alborotaban en una confusión de enredones. Nunca la había visto de ese modo, en la sala, sin peinar. Se quedó a la entrada sin saber qué decir, qué hacer. Vio que su padre estaba ante la ventana con su máquina de respirar, pero no miraba a la calle, sino al interior. Vio que su padre estaba confuso y asustado.

—¿Madre? —dijo.

Ella se le quedó mirando, pero con unos ojos que no eran los suyos.

—Soy Lucas —dijo—. Solo Lucas.

Cuando habló, lo hizo en voz muy baja. Como si temiera que le oyese alguien indeseado.

—Es necesario que no me cante nunca más.

Lucas miró de reojo, desvalido, a su padre, quien seguía ante la ventana mirando al interior, mirando con gran atención el aire vacío

delante de sus ojos.

Su madre vaciló en busca del rostro de Lucas. Parecía estar esforzándose por recordarlo. Bruscamente, como si algo le empujase por detrás, cayó de bruces. Lucas la tomó entre sus brazos y la sostuvo como mejor supo, con torpeza, con una mano bajo el brazo izquierdo y la otra en el hombro derecho. Sintió el peso de sus pechos. Le parecieron ciruelas pasas y holgadas, dentro de un saco.

—No pasa nada —le dijo—, no te preocupes, todo va bien.

Pudo sujetar algo mejor el bulto inerte de su cuerpo. Le pasó el brazo derecho por la cintura.

—Yo sí sé en qué lengua cantas ahora.

—Vamos a la cama. Te llevo, vamos.

—No es justo. No lo es.

—Calma, calma.

—Hicimos lo que pudimos. No sabíamos qué iba a suceder.

—Vamos, te llevo a la cama.

Lucas la estrechó con más fuerza, sujetándola por la axila más lejana. Ante su insistencia, ella caminó con paso inestable, pegada a él, hasta entrar en el dormitorio. Él le levantó las piernas, ordenó la ropa de cama como pudo, le colocó la cabeza en la almohada. Le echó la colcha por encima.

—Te sentirás mejor cuando hayas dormido y estés descansada.

—No puedo dormir. Ya nunca dormiré. No puedo con esa voz en los oídos.

—Túmbate, estáte tranquila, ya verás como no pasa nada.

—Algo pasará. Siempre pasa algo.

Le acarició la frente acalorada, seca. Era imposible precisar qué hora era en el dormitorio, tal como lo era en la fábrica.

Cuando se quedó callada, cuando quedó dormida o despierta, pero respirando con un ritmo constante, salió del dormitorio.

Su padre no se había movido. Lucas se acercó a la ventana y se plantó a su lado. Su padre seguía mirando el aire. Lucas vio que los siete centavos seguían sobre la mesa, sin que nadie los hubiera tocado.

—Padre, ¿tienes hambre? —le dijo.

El padre asintió, respiró y asintió de nuevo.

Lucas siguió con él ante la ventana. Pasó de largo el barrendero arrastrando el capazo. Se oyó gritar a Mr. Cain:

—En ninguna parte, en todas partes, ¿dónde para el collar de perlas?

—Voy a traerte algo —dijo Lucas.

Tomó las monedas, salió y encontró a un hombre que vendía una col por tres centavos, y a una mujer que vendía un huevo de gallina que, tras bastantes regateos, le dejó por cuatro centavos. Pareció que pudiera ser propicio que, como su madre había preguntado por las gallinas, él encontrase un huevo nada más salir a la calle.

Cocinó el huevo y coció la col y colocó el plato delante de su padre. Tuvo la apremiante urgencia de tomar entre las manos la cabeza de su padre y estamparla con fuerza contra el borde de la mesa, como hacía Dan con su máquina en la fábrica, dándole un golpe seco cuando amenazaba con atrancarse, y luego golpeando a tientas con la llave en el costado. Lucas imaginó que si golpease la cabeza de su padre contra la madera de la mesa, aplicándole exactamente la fuerza idónea, tal vez pudiera hacer que volviera en sí. No sería un acto de violencia, sino de afecto. Sería una cura. Puso una mano en la cabeza lisa de su padre, pero solo se la acarició. Su padre emitía ruidos mientras comía, sorbetones normales combinados con gemidos bajos, como si comer se le hiciera doloroso. Se llevó una cucharada de col a la boca. Una hebra verde pálido quedó colgando de la cuchara. Daba sorbetones, gemía, tragaba. Respiró de la máquina, volvió a comer. Lucas pensó: cuatro a lo ancho, seis a lo largo.

> Esta hierba es demasiado oscura para ser de las canas cabezas de nuestras madres ancianas,
>
> es más oscura que las barbas incoloras de los viejos,
>
> demasiado oscura para provenir del rojo tenue del cielo de la boca.
>
> Oh, percibo a fin de cuentas demasiadas lenguas que hablan,
>
> y percibo que no por nada provienen de los cielos de las bocas.

Lucas leyó el pasaje. Apagó la luz, pero no pudo conciliar el sueño. Yació despierto en el dormitorio. Allí estaban las paredes, allí estaba el techo, con sus negros triángulos en las desconchaduras del yeso y la mancha en forma de crisantemo. Estaban los clavos de los que se colgaba la ropa, la suya y la de Simón.

Se levantó y se acercó a la ventana. La luz de Emily estaba encendida. Emily era perezosa y se enfadaba fácilmente, lo había dicho Catherine. A veces había que volver a coser las puntadas que ella había

dado, pero no por eso dejaba de estar malhumorada, ni se arrepentía de haberlo hecho mal.

A pesar de todo lo cual, Simón había ido con ella. Solo Lucas lo sabía. Lina vez, un mes antes, o algo más, había mirado por la ventana y había visto allí a Simón, con Emily, que se dejó las cortinas abiertas. Al principio le había parecido imposible. Simón había dicho que salía solo a tomarse una pinta, como tantas veces. Estaba prometido a Catherine. ¿Cómo era posible que estuviera en el cuarto de Emily? Por un instante, Lucas había pensado que algún otro Simón, su espectro viviente, había ido allí a inquietar a Emily, que por algo era una perezosa y una malhumorada, y además cosía con desgana. Vio a Emily de pie, ligeramente separada de ese otro Simón, y la vio quitarse el corpiño. Vio salir sus pechos saltarines, enormes, laxos, con areolas del color de las lilas que envejecen con el tiempo. Vio que Simón la tomaba entre sus brazos.

Emily se dirigió entonces a la ventana, a correr las cortinas, y vio a Lucas mirándola. Se miraron uno al otro a través del patio. Le hizo un gesto. Una sonrisa lasciva. Y corrió las cortinas.

Aquella noche, Lucas quiso que Simón estuviera muerto. No, no muerto, pero sí arrastrado, humillado ante la justicia. Se imaginó que él consolaría a Catherine. Él no había querido que a Simón le pasara lo que le pasó. Ni siquiera lo había pedido a nadie.

Ahora se encontraba ante la ventana. Tras las cortinas de su cuarto, Emily seguía viva, seguía gorda y lasciva, seguía comiendo delicias turcas que guardaba en una lata. Lucas se preguntó por qué había deseado lo peor para Simón y no para Emily, que tenía bastante más culpa que él, pues seguro que lo había engatusado con sus malas artes. Lucas se esforzó ahora por desearle lo mejor o, al menos, por no desearle mala suerte. Permaneció un rato ante la ventana, deseándole una vida larga y llena de buenaventuras.

Por la mañana no tuvo nada que dar a su padre para desayunar. Su padre estaba sentado a la mesa, aguardando. Lucas no le habló de la comida. Le dio un beso en la frente y entró en el dormitorio, a ver cómo había pasado su madre la noche.

La encontró sentada en la cama, con la caja de música en el regazo.

—Buen día, Madre —dijo Lucas.

—Oh, Simón —dijo ella—. Cuánto lo sentimos.

—Soy Lucas, Madre. Solo soy Lucas.

—Hablaba con tu hermano, cariño. Está en la caja.

Por un momento, Lucas creyó que se refería a la caja enterrada en la otra orilla del río, hasta que la vio mirar con infinita tristeza lo que tenía en el regazo. Se refería a la caja de música.

—Simón no está ahí, Madre.

Ella alzó la caja con ambas manos y se la tendió.

—Escúchalo tú mismo —le dijo—. Escucha a ver qué dice.

—No le has dado cuerda.

—Escucha —volvió a decir.

Lucas accionó la manivela. La musiquilla comenzó a salir de la caja. Era «Ay, no digas su nombre».

—Ahí lo tienes —dijo la madre—. Ahora lo has oído, ¿no?

—No es más que la música, Madre.

—Ay, criatura. Tú no lo sabes. ¿A que no lo sabes tú?

A Lucas poco faltó para que lo abrumase una fatiga que le pareció un acceso de fiebre. Solo tuvo ganas de irse a dormir. La caja de música, de la que salía la musiquilla, se le antojaba pesadísima, imposible de sujetar. Pensó que se iba a caer rendido al suelo y se iba a quedar allí mismo, acurrucado como un perro, y tan dormido que nada ni nadie podría despertarlo.

Era el responsable de la caja de música, porque había querido tener a toda costa el caballito de ruedines. Contemplándolo, había terminado por extraviarse. El caballito era blanco. ¿Dónde podía estar ahora? Hacía ya tiempo que desapareció del escaparate de Niedermeyer. Miraba siempre al frente con sus ojos redondos, negros. En su cara, la expresión era de suntuosa gravedad. Los ruedines eran rojos. Lo había mirado a diario, hasta que una tarde, al pasar con su madre por delante de Niedermeyer, se rindió en cuerpo y alma a su deseo de tener el caballo, tal como se había entregado por entero al libro, y lloró como llora un enamorado. Su madre le había rodeado con el brazo por los hombros, y lo tuvo muy apretado contra ella. Allí permanecieron juntos, como si fuese en el andén de una estación, viendo a la locomotora llevarse a los pasajeros. La madre de Lucas estuvo a su lado armada de paciencia, mientras él lloraba con desconsuelo por el caballo. Al día siguiente, salió y compró la caja de música, una extravagancia que, al decir de su padre, sería la ruina de todos ellos. Su madre había reído con amargura, le dijo que era un mísero y un miedoso, insistió en que necesitaban oír música de vez en cuando, que se merecían algo alegre para disfrutar, y que la caja de música no sería el fin del mundo de

ninguna de las maneras. Después, el Padre se quedó convertido en cuero y la máquina se llevó a Simón y la Madre se encerró en su dormitorio.

—No es más que música, Madre —dijo Simón.

—Yo sé qué es lo que dice ahora. Sé en qué lengua habla.

—Tendrías que irte a dormir otro poco —le dijo Lucas—. Voy a dejar la caja de música en la sala, ¿eh?

—Está solo en una tierra desconocida.

—Tengo que irme, no puedo llegar tarde a trabajar.

—Lo traeremos de vuelta desde Dingle. Es justo que vayamos con él adonde él está ahora.

—Adiós, Madre. Me marcho.

—Con Dios.

—Con Dios.

Salió del dormitorio y dejó la caja de música en la mesa de la sala, donde su padre seguía sentado a la espera del desayuno.

—Adiós, Padre —le dijo.

Su padre asintió. Se había armado de una paciencia infinita. Acudía a la mesa a las horas prefijadas, comía lo que se le ofreciera, no comía cuando no había nada que comer.

En la fábrica, Lucas tuvo que esforzarse para estar atento. La imaginación quería írsele por su cuenta. Alineó una plancha, tiró de la palanca y se puso al otro lado de la máquina, a inspeccionar la estampación, sin tener el recuerdo de haber llegado allí. Era peligroso, era una situación peligrosa para situarse delante de la máquina, a pesar de lo cual no parecía que pudiera hacer otra cosa. Tratar de pensar única y exclusivamente en su trabajo —alinear, tensar las abrazaderas, un tirón, otro tirón a la palanca, inspección del producto— era igual que tratar de permanecer despierto cuando el sueño era abrumador. La desatención lo acosaba como los sueños.

Para afianzarse, trató de acoplar el ánimo al susurrar de la máquina. Escuchó con suma atención. Podría ser el chirrido de un cojinete sin engrasar, pero sonaba más como una voz, una voz diminuta, aunque sus palabras fueran indiscernibles. Tenía el ritmo de una voz, los altibajos sugerían una cierta intención más que mero accidente, un tono que denotaba una cierta urgencia más humana que mecánica, como si el sonido lo produjese una entidad deseosa de hacerse oír. Lucas bien sabía qué era hablar en una lengua que nadie entendía.

Dio de comer otra plancha a la máquina, y otra, y otra más.

La naturaleza de la cantinela de la máquina no se reveló hasta

pasada la media tarde. La canción no la entonaba en un

lenguaje, no al menos en un lenguaje que Lucas reconociera, aunque paulatinamente, con el tiempo, la canción fue haciéndose notar con claridad, si bien la letra seguía siendo impenetrable.

Era la voz de Simón.

¿Podría ser? Lucas escuchó con más atención. Simón tenía una voz grave y ronca. Nunca cantó bien, sino con un punto fanfarrón, con el punto desafinado y vistoso de alguien a quien le importaba no tanto que su canto sonase bello cuanto que tuviera la fuerza precisa para llegar al cielo. Esa parecía, a decir verdad, la voz de Simón, pero convertida en una voz mecánica. Tenía ese mismo descaro temerario en su desafinamiento.

La cantinela era familiar. Lucas la había oído en alguna otra parte, en un momento y en un lugar que aleteaban por el margen más alejado de su memoria. Era un canto melancólico, un canto anhelante, un canto de tristeza, cargado de soledad, con un hilillo de esperanza. Era una de las antiguas baladas. Simón se sabía de memoria cientos de baladas antiguas.

Simón estaba aprisionado en la máquina. De pronto, y de un modo terrible, tenía pleno sentido. No estaba en el cielo y no estaba en la almohada; no estaba en la hierba, ni en el guardapelo. Su espectro se había enganchado a los entresijos de la máquina; la máquina lo sujetaba como sujeta un perro la chaqueta de un hombre entre las fauces, luego de que el hombre haya escapado. La carne de Simón fue estampada y expulsada, pero su parte invisible seguía atrapada entre los engranajes y los dientes de las ruedas.

Lucas se quedó enmudecido, atontado ante la rueda cantarina. Como no debía quedarse sin trabajar, cargó otra plancha. Alineó, tensó las abrazaderas, dio un tirón, dio otro tirón a la palanca, inspeccionó el producto. Mentalmente cantó un dueto con Simón, poniéndose a la par nota a nota, a medida que pasaban las horas.

Al final de la jornada, se acercó Jack. «Muy bien, pues», le dijo. Lucas se moría de ganas por preguntarle si algo sabía a propósito de los muertos en las máquinas, pero no le pareció que fuese capaz de gobernar la formulación de una pregunta tan gorda como esa, no de momento. Comenzó por hacer otra: «Por favor, señor, ¿cuándo es el día de paga?». Le pareció preferible decirlo así que decir «cuándo se me paga».

—Hoy es día de paga. Pasa por la ventanilla de los contables cuando

termines —le dijo Jack.

Lucas se quedó atontado delante de la rueda cantarina. Como era preciso que no detuviera el trabajo, cargó otra plancha. Alineó, tensó las abrazaderas, dio un tirón, dio otro tirón a la palanca, inspeccionó el producto. Mentalmente estuvo cantando a dúo con Simón, acompasándose a su voz nota a nota, según pasaban las horas.

Al final de la jornada, Jack se acercó a decirle: —Muy bien, pues.

Lucas tenía una desesperada necesidad de preguntarle si sabía algo de la existencia de los muertos en las máquinas, pero no le pareció que fuese posible formular una pregunta de tan gran dimensión.

—Por favor, señor, ¿cuándo se nos paga? —preguntó en cambio. Le pareció mejor decir «nos» que «me».

—Hoy es tu día de paga. Pasa por contabilidad después de echar el cierre.

Lucas a duras penas dio crédito. Le pareció que hubiese hecho realidad su paga solo con preguntar por ella; creyó que si no hubiera hecho la pregunta podría haber seguido trabajando sin parar a cambio de nada, y que nadie se habría acordado de él.

—Gracias, señor —dijo, pero Jack ya se había marchado, precisamente a decirle a Dan el consabido «Muy bien, pues». Lucas ya no tuvo tiempo de preguntar nada más. Con eso y con todo, se alegró de que esa misma noche fuese a tener dinero. Al día siguiente, se dijo, formularía a Jack la otra pregunta, mucho más difícil de hacer.

Lucas echó el cierre a su máquina. Se despidió de Simón y fue con los demás a recibir su paga de los hombres encerrados en las jaulas. Con el dinero en el bolsillo, se encaminó hacia su casa.

Al llegar vio que todo estaba como siempre. Su padre estaba sentado en su silla, su madre soñaba, o tal vez no, tras la puerta cerrada de su dormitorio.

—Tengo dinero —dijo a su padre—. Puedo ir a comprar una cena como es debido. ¿Tú qué crees que te puede apetecer?

—Pregúntaselo a tu madre —dijo.

Esa era una respuesta de mucho tiempo atrás, de cuando su madre era quien de veras era.

—Pues entonces iré a ver qué puedo comprar.

Su padre asintió con un gesto afable. Lucas se acercó a darle un beso.

Fue en ese momento cuando la oyó. La misma canción, constante, doliente, la cantinela de amor y de anhelo.

Provenía de la máquina de respirar de su padre.

Lucas acercó la oreja a la boquilla del tubo. Estaba allí, más queda que un susurro, inaudible para todo el que no estuviera muy pendiente de ella. Era la misma canción, entonada de la misma manera, solo que por una voz que era más afable, más acariciante, más de mujer. Procedía, le pareció, de la pequeña vejiga que tenía en la base, y desde allí ascendía por el tubo, y encontraba salida en la abertura, el esbelto óvalo de asta en donde su padre aplicaba la boca. Las máquinas eran sus pórticos, las ventanas por las que susurraba. Cantaba para los vivos por las embocaduras de las máquinas. Cada vez que su padre aplicaba los labios a la máquina de respirar, se llenaba de la canción de Simon.

Lucas entendió ahora que su madre no estaba perdida en sus sueños, no había perdido la cordura; lo único que sucedía era que oía la canción con más claridad que nadie. Simon quería que los suyos estuvieran con él. Estaba solo en tierra desconocida. ¿Acaso no le había prendido la manga la máquina-Simon cuando estaba distraído? ¿No había querido acaso arrastrarlo de este mundo al otro?

Los muertos regresaban en la maquinaria. Cantaban melodías seductoras para los vivos, tal como las sirenas cantaban para los marineros desde el fondo del mar.

Pensó en Catherine.

Ella tenía que ser, de seguro, el premio gordo. Era la futura novia de Simón; él querría desposarla en ese mundo nuevo caso de que no pudiera hacerlo en el antiguo. Él cantaba para ella, la buscaba con el canto, con la esperanza de que acudiese a él tal como todo el que había abandonado Irlanda acudía a Nueva York.

Salió corriendo del apartamento, bajó las escaleras de tres en tres. Tenía que avisarla. Tenía que decirle cuál era la naturaleza de la amenaza.

Cuando llegó a los peldaños de entrada del edificio de Catherine, se detuvo. Tenía palpitaciones, el corazón desbocado de rabia. Era preciso que llamara a la puerta, que pidiera permiso para entrar a la anciana diminuta y ver a Catherine. Pero se dio cuenta, se dio perfecta cuenta, de que lo que había ido a contarle ella no lo creería de entrada. Él entendía la extrañeza de su noticia, y entendía que de todas las personas posibles él más que nadie era sospechoso, no en vano se le tenía por frágil, por raro; él, que tenía arranques en los que solo era capaz de hablar como hablaba el libro.

Titubeó. No era capaz de soportar, ni siquiera en esos momentos, la

idea de ir a ver a Catherine, a decirle qué era lo que sabía, y encontrársela lejana, amable. Si ella lo fuera a tratar como a un chico patético, aturullado, y si le diera más comida para su familia, caería sumido en una vergüenza tan profunda que tal vez ya nunca pudiera salir de ella.

Se quedó plantado en el último peldaño, en una agonía de irresolución. Se le ocurrió que podría llevarle algo; no era preciso que llegara a su puerta con su desesperación y su penuria. Así podría decirle: tengo un regalo para ti. Podría comprarle algo poco corriente, algo de veras maravilloso, y cuando ella se deshiciera en exclamaciones ante el regalo, podría abordar el verdadero propósito de su visita.

No podía llevarle la caja de música, pues había resultado ser una ventana al mundo de los muertos. No podía regalarle el libro; no era suyo, no estaba en su mano regalarlo. Más allá del libro y de la caja de música, todo cuanto tenía, todo cuanto su familia tenía, eran cosas desgastadas y sencillas.

Pero tenía dinero. Podría comprarle alguna cosa.

Sin embargo, todas las tiendas estaban cerradas. Echó a caminar por la Calle 5, por delante de los escaparates oscurecidos, en los que nada se ofrecía a modo de regalo ni siquiera estando abiertas las tiendas. Tras los escaparates había carne y pan, comestibles no perecederos, prendas de confección, el taller de un zapatero. Al pasar por delante de las tiendas Lucas tomó conciencia de su contenido durmiente, de la carne y las botas. Miró más allá de los cristales, más allá de su propio rostro mal reflejado, a las piezas rojas y blancas que colgaban sobre los azulejos, a los estantes de zapatos en silencio, a las botellas ante las que un hombre de bigote, con gafas, expresaba su gratitud por el tónico que las botellas contenían, el mismo hombre una y otra vez, expresando ese mismo placer.

Lucas fue a Broadway. Allí tal vez aún encontrase algo abierto.

Broadway podría haber sido un juguete para un niño gigantesco. Era como un obsequio puesto a los pies de un sultán, un invasor tocado con un turbante que hubiera rehusado todas las demás ofrendas, que hubiera sido indiferente a un bosque lleno de ruiseñores mecánicos, que hubiera bostezado ante las babuchas doradas que bailoteaban con vida propia.

Pero las tiendas de Broadway también estaban cerradas. A esas horas, solo estaban abiertos los cafés y las tabernas y los vestíbulos de los hoteles. Bajó por Broadway hasta Prince Street, y vio a un chico, en

la esquina, que ofrecía algo a los viandantes. El chico vestía con andrajos, era algo mayor que Lucas. Llevaba unos bombachos que le quedaban demasiado cortos, sujetos con una cuerda. Se había encasquetado un sombrero de fieltro sin forma, del color del pellejo de una rata, del cual asomaba un solo mechón de cabello naranja, lacio, como un secreto que no pudiera guardar.

Tenía en la mano un cuenco pequeño y blanco. Lo mostraba a los transeúntes, que no le hacían caso. ¿Era un cuenco para recoger las limosnas? No, más bien parecía un objeto que ofreciera a la venta.

Lucas se detuvo cerca del muchacho, quien naturalmente había robado el cuenco y trataba de venderlo, como era menester. Lucas bien sabía qué debía sentir. El cuenco era un premio y era a la vez un lastre. Cualquier objeto más corriente habría sido más fácil de vender; una simple berenjena, a su manera, tendría un valor más elevado. Los convecinos del barrio en que vivía el chico no querrían un cuenco; los que paseaban por Broadway tal vez sí, pero no se lo comprarían a un chico como él. Ofrecía el cuenco a los viandantes con ambas manos extendidas, con fatigada esperanza, como un sacerdote que ofreciera el cáliz sagrado a los fieles. Lucas pensó que el chico llevaba mucho tiempo allí, que había comenzado por pregonar un precio que había ido menguando, con el paso de las horas, como él, hasta quedar en esa condición de resignación muda.

Se aproximó al chico y miró más atentamente el cuenco. El chico lo apartó de Lucas y, celoso, abrazó su querido objeto. Lucas, sin embargo, lo pudo ver bien. Era un cuenco de porcelana blanca, intacto. Llevaba por todo el borde una franja de figuras azules claras.

—¿Cuánto? —le dijo Lucas.

El chico lo miró con nerviosismo. Naturalmente, debió de recelar de un truco.

—Lo quiero para mi hermana —dijo Lucas para apaciguarlo—. ¿Cuánto?

El chico tenía unos ojos taimados y ávidos como los de un gato.

—Un dólar —dijo.

Un dólar y tres centavos era cuanto Lucas llevaba en el bolsillo. Por un instante le pareció que el chico de alguna manera lo sabía, que era un espíritu que rondaba por Broadway con su tesoro en la mano, y que pedía en pago por el mismo todo lo que cada cual llevase encima.

—Eso es demasiado —dijo Lucas.

El chico comprimió los labios. El cuenco bien valía más de un dólar,

y tal vez pudiera embolsarse un dólar si pasara más rato en la calle, pero estaba cansado, tenía hambre y ganas de marcharse a su casa. Lucas sintió un aguijonazo de simpatía por el muchacho, que era hábil y astuto, pero que solo quería, igual que todo el mundo, terminar el trabajo que tenía entre manos, retornar a sus asuntos, descansar.

—Te lo puedes quedar por setenta y cinco centavos.

—Sigue siendo demasiado.

El chico apretó los labios. Lucas se dio cuenta de que no cedería ni un centavo más. Era un ladronzuelo, pero tenía su dignidad; tenía en su interior un territorio privado, y no se iba a resignar a empobrecerse.

—Es mi último precio. O lo tomas o lo dejas.

A Lucas le invadió la simpatía y la rabia. Sabía cuánto supondrían setenta y cinco centavos para el chico; sabía que el cuenco no le había costado nada. Podría dárselo sin más a Lucas, que lo necesitaba, y, al hacerlo, no quedaría peor de lo que estaba antes. Lucas sintió, muy pasajeramente, el paso del mundo inescrutable, en el cual un cuenco que no había costado nada, un cuenco que él mismo podía haber robado (aunque él jamás robaba nada; era demasiado nervioso para ello), iba a costarle la mayor parte del salario ganado con una semana de trabajo.

Miró a uno y otro lado de la calle como si esperase que apareciera allí delante, o detrás, otro cuenco, o algo aún mejor. Nada. Podría pasar la noche entera caminando para encontrarse solo con alguien que vendiera un manojo de puerros o media botella de cerveza.

—Muy bien, pues —dijo.

Sacó el dinero del bolsillo y contó setenta y cinco centavos. El chico y él hicieron una pausa por ver cuál de los dos iba a ceder primero, tratando de hallar una forma de intercambiar el cuenco por las monedas, de modo que ninguno quedara con las manos vacías ni un instante. Lucas percibió que los dedos encallecidos del muchacho le arrebataban las monedas. Percibió el cuenco al asentarse sobre la palma de su mano.

El chico salió corriendo, temeroso de que Lucas pudiera cambiar de opinión. Presa de un pánico repentino, Lucas examinó el cuenco. ¿Era falso? ¿Se había convertido en madera? No: era en efecto una pieza fina. En sus manos, parecía emitir una tenue luz blanca. Las figuras inscritas en el borde eran misteriosas. Le parecieron minúsculos soles azules, discos de hielo de los que emanaban rayos más finos que un cabello.

El cuenco era de porcelana buena, pues, pero solo le quedaban

veintiocho centavos, cantidad que no era suficiente para que los tres comieran durante toda la semana. A pesar de todo, tenía un regalo que llevarle a Catherine. Ya pensaría más adelante en la comida y en el dinero.

Regresó a la Calle 5 y llamó a la puerta sin desmayo, hasta que le abrió la anciana diminuta. Se extrañó de que hubiera vuelto, pero le franqueó el paso con más facilidad, porque empezaba a ser visible para ella. Volvió a advertirle que nada de travesuras. Él se mostró de acuerdo y subió por las escaleras al apartamento de Catherine.

Ella misma le abrió la puerta. No pareció ni contenta ni enfadada de volver a verlo. Él se preguntó si habría vuelto a cambiar, si de nuevo era irreconocible para ella, aun cuando llevara la misma ropa y la misma suciedad que el día anterior.

Habló de sopetón sin poder contenerse: —Solo por desiertos y montañas voy de caza.

—Hola, cielo —dijo ella—. ¿Cómo estás? —Ostentaba esa noche su cara nueva, la cara de fatiga.

Lucas oyó un ruido desde el interior de la vivienda, una suerte de risa breve, extraña, como un gimoteo, que le pareció de Alma. A esto siguió la voz de un hombre, grave y premiosa, que dijo algo indescifrable.

Catherine salió al pasillo y cerró la puerta a sus espaldas.

—Lucas —dijo—, no es buen momento para venir de visita.

—Pero es que te he traído una cosa —respondió.

Le mostró el cuenco. Se lo tendió sobre las palmas abiertas de las manos.

Ella lo miró sin saber qué hacer, como si no fuera capaz de discernir de qué se trataba. Lucas descubrió que era incapaz de hablar: nada podía decir, ni como Lucas ni como el libro. Era el cuenco y sus propias manos, nada más.

—Oh, Lucas —dijo ella.

Seguía sin poder articular palabra. Era un cuenco y unas manos que ofrecían un cuenco.

—No tenías que…

—Por favor —dijo él. Fue cuanto tenía que decir.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Lo he comprado. Para ti. Hoy me han dado la paga.

No fue lo que había esperado. Se la había imaginado alegre y agradecida.

Ella se inclinó hacia él.

—Es muy amable de tu parte —le dijo inclinándose hacia él—. Pero tienes que devolverlo.

—No puedo.

—¿De veras que has pagado por esto? ¿De veras?

Así pues, ella sospechaba que lo había robado. No se le ocurrió decirle otra cosa que la verdad.

—Se lo compré a un hombre al que vi en Broadway —dijo—. Los vendía, los tenía a la vista en una bandeja. —Le pareció mejor haberlo comprado a un hombre con una bandeja. Parecía verdad suficiente.

—Cariño, esto no te lo puedes permitir…

Tuvo un temblor cuando le invadió la rabia y la confusión, y una esperanza ciega y desesperada. No sabía cómo, pero había pasado a ser más pobre por el hecho de llevarle un regalo.

—Por favor —volvió a decir.

—Eres el chico más amable del mundo. De verdad que lo eres. Y mañana mismo debes devolvérselo al hombre de Broadway y recuperar tu dinero.

—No puedo —dijo él.

—¿Quieres que vaya contigo?

—¿Qué es un hombre en el fondo? ¿Qué soy yo? ¿Tú qué eres?

—Lucas, por favor. Estoy conmovida, de veras que lo estoy, pero no puedo aceptarlo.

—El hombre ya no está.

—Pero volverá mañana.

—No. Este era el último cuenco. Dijo que se iba a marchar.

—Ay, pobrecito mío.

¿Cómo podía decírselo, qué podía decirle estando allí, en la oscuridad del pasillo (donde aún sonreía el cráneo de la cabra), tendiéndole el único tesoro que pudo encontrar, un tesoro que ella no quería?

—La chica que da vueltas sobre sí misma se retira y avanza hacia el murmullo de la rueda grande.

—Calla, anda, calla. Vas a molestar a los vecinos.

No había querido decirlo en voz tan alta. No quiso tampoco hablar de nuevo, en voz más alta aún.

—La novia plancha su blanco vestido, la manecilla del reloj avanza despacio.

—Para. Por favor. Ven, vamos dentro, no debes ponerte a hablar de ese modo en el pasillo.

—La prostituta arrastra su echarpe, la cofia le cae sobre el cuello achispado, con hoyuelos. Los nueve meses pasados están en la cámara del paritorio, avanzan su desmayo y sus dolores.

Catherine se detuvo. Lo miró con ojos de un nuevo reconocimiento.

—¿Qué es lo que has dicho?

No lo sabía. Ella hasta ese momento nunca había parecido prestarle ninguna atención cuando hablaba como el libro.

—Lucas, por favor, repite lo que acabas de decir.

—Lo he olvidado.

—Acabas de hablar de una chica que da vueltas. Has hablado de una novia y… de una prostituta. Y de una mujer a punto de dar a luz.

—Era el libro.

—Pero… ¿por qué lo has dicho?

—Las palabras pasan a través de mí. Nunca sé cuándo va a pasar, ni qué voy a decir.

Ella se le acercó más, mirándole a la cara como si tuviera las

palabras escritas en ella, tenues y sin embargo visibles, difíciles de leer.

—Es verdad que no lo sabes, ¿no? Oh, Lucas. Me das miedo.

—No. Te lo ruego. Nada debes temer por mí. Debes temer por ti.

—Tienes un don —dijo ella con voz queda—. Tienes un don terrible, un regalo del cielo. ¿Lo sabías?

Él pensó por un instante que se refería al cuenco. Era en verdad un regalo terrible. No tendría que haberle costado nada, pero había pagado por ello con un dinero destinado a la comida. ¿Y qué empleo iba a darle Catherine a un cuenco como ese? Lucas seguía con la sangre agolpándosele en las sienes y las manos extendidas. Era el chico que había comprado el cuenco y era el chico que lo había vendido. Ese chico, el otro, ¿habría regresado ahora junto a su familia, llevándoles algo de comer? Lucas solo podía ser este, el que lo había comprado. Solo podía seguir en pie delante de Catherine, con un regalo terrible en las manos.

Con una suavidad inmensa (él pensó que jamás había presenciado una suavidad semejante), ella tomó el cuenco de sus manos. Lo sostuvo en una de las suyas.

—No sé qué vamos a tener que hacer contigo —dijo—. ¿Cómo van a

sobrevivir tu madre y tu padre?

—En esta hora te digo confidencias, te digo cosas que no diría a nadie, pero que a ti te digo.

—Calla, anda, calla.

—Los muertos nos hablan cantando por medio de la maquinaria. Siguen estando con nosotros aún.

—Ya basta, déjate de monsergas y habla como hablas tú.

—Simón quiere casarse contigo en la tierra en que habitan los muertos. Te quiere allí con él.

Con tristeza, ella negó con un gesto.

—Escúchame bien —le dijo—. Es una maravilla que quieras comprarme un regalo como este. Eres un chico amable, dulce, generoso. Voy a guardar el cuenco, voy a ponerlo a salvo esta noche, y mañana lo venderé y te daré el dinero. Por favor, no te ofendas.

—No te fíes de tu máquina de coser, de ninguna manera. No debes escuchar lo que te cante al oído.

—Chist. Si armamos semejante escandalera nos van a echar.

—¿Das por hecho que yo asombro? ¿Asombra la luz del día? ¿Asombra el colirrojo mañanero que trina en el bosque?

—Ahora ve a tu casa. Ven a verme mañana, cuando haya anochecido.

—No puedo dejarte. No lo haré.

Ella le puso la mano sobre la cabeza.

—Nos vemos mañana, ¿sí? Hasta entonces, ve con cuidado.

—Eres tú quien ha de ir con cuidado.

Ella parecía no oírle o no entenderle. Con una sonrisa compungida, abrió la puerta y entró en la vivienda.

Lucas se quedó un rato ante la puerta, como un perro a la espera de que le dejen entrar. Al cabo, como no soportaba ser como un perro, se marchó. Se cruzó con la anciana diminuta.

—Nada de travesuras, pues.

Él le dijo que no, que no había hecho travesuras. Pero alguna sí que hubo, ¿no? El cuenco, y lo que el cuenco le había costado. Hubo otros delitos.

Volvió a casa porque tenía dinero (algo le quedaba), y porque su madre y su padre algo debían cenar. Compró una salchicha al charcutero y una patata a una vieja que las vendía en la calle.

El apartamento estaba igual que siempre. Su madre dormía tras la puerta. Su padre estaba sentado ante la mesa, porque era la hora de hacerlo. Aplicó los labios a la boquilla de la máquina, aspiró la canción del espíritu de Simón metiéndosela en los pulmones.

—Hola —dijo Lucas. Su voz sonó rara en la quietud de la sala, como una judía que tintinease en un bote.

—Hola —dijo su padre. ¿Había cambiado ligeramente su voz, debido a tener el pecho lleno de Simón? Podría ser. Lucas no lo supo con certeza. ¿Iba su padre convirtiéndose en una máquina, con Simón dentro de sí?

Lucas cocinó la salchicha y la patata. Dio una parte a su padre, le llevó otra a su madre, que dormía agitada, pero dormía. Decidió que era mejor no despertarla. Dejó la comida en la mesilla, para cuando despertase ella sola y tuviera hambre.

Su padre terminó de comer.

—Padre, es hora de acostarse.

Su padre asintió, respiró, asintió de nuevo. Se puso en pie. Se llevó la máquina consigo.

Lucas dejó a su padre en el umbral del dormitorio. Su madre murmuró desde el interior.

—No deja de soñar ni un momento —dijo el padre.

—Está durmiendo. Es lo mejor que puede hacer.

—No duerme. Tan solo sueña.

—Calla. Anda, ve a dormir. Buenas noches, Padre.

Su padre se internó en la oscuridad. Las patas de la máquina arañaban la tarima tras sus pasos.

> Ojalá supiera traducir los indicios acerca de los muertos jóvenes, hombres y mujeres por igual,
>
> y los indicios acerca de los viejos y las madres, y de la prole que tan pronto se les arrebata del regazo.
>
> ¿Qué piensas que se ha hecho de los jóvenes, de los viejos?
>
> ¿Qué piensas que se ha hecho de las mujeres y los niños?

Lucas leyó su pasaje. Apagó la luz y se durmió.

Soñó que se hallaba en una estancia, una habitación enorme y llena de clangores. Era la fábrica pero no era la fábrica. Estaba el aire inundado de un polvillo luminoso y plateado, como la fábrica, pero

limpio de todo salvo del ruido, un ruido ensordecedor que no era el de las máquinas, aunque de alguna manera lo recordaba. Lucas entendió que las máquinas habían desaparecido, pero que pronto regresarían, tal como regresa el ganado al establo. Allí tenía que aguardar. Tenía que comprobar que regresaran. Alzó la mirada —algo le indicó que mirase arriba— y vio que el techo estaba tachonado de estrellas. Estaban el Gran Caballo, el Cazador, las Pléyades. Supo entonces que las estrellas eran también maquinaria. No había lugar al que ir que no fuera el mundo, que no fuera la estancia. Las estrellas se desplazaban mecánicamente, y descendía algo, una forma oscura que bajaba desde lo alto en el cielo estrellado de la noche…

Se volvió y vio una cara. Sus ojos eran negros charcos. Su piel, tensada por completo sobre el cráneo. Le dijo: «Chiquillo, mi chiquillo».

La cara de su padre estaba de pronto apretada contra la suya. Estaba soñando con su madre. Trató de decir algo, pero no pudo.

La cara volvió a decir: —Mi chiquillo, mira lo que te han hecho.

Estaba despierto. Su madre estaba acuclillada junto a su cama, con la cara pegada a la suya. Notó su aliento en los labios.

—Estoy bien, Madre —dijo—. Nadie me ha hecho nada.

Tenía la caja de música y la acunaba contra su pecho.

—Pobrecito niño.

—Estás soñando —le dijo Lucas.

—Mis pobres, pobrecitos niños. Primero uno y luego el otro y el otro.

—Déjame que te lleve a la cama.

—Es la codicia quien lo hizo. La codicia y la flaqueza.

—Vamos, te llevo a la cama.

Se puso en pie y la tomó entre sus brazos. Ella cedió, o no se resistió al menos. La condujo fuera del dormitorio, hasta la sala, donde miraban los rostros desde la pared. Ella arrastraba los pies. La llevó al otro dormitorio. Su padre respiraba silbando en sueños.

Lucas ayudó a su madre a meterse en la cama y la arropó. Tenía el cabello extendido sobre la almohada. En medio del abanico de cabello negro, su cara era de una pequeñez imposible, no mayor que su propio puño.

—Tendría que estar muerta con él —dijo.

Lucas pensó, o no pudo dejar de pensar, en el cuenco que había comprado. Le quedaban diecinueve centavos, con los que tendrían que aguantar hasta el viernes próximo. No habría comida suficiente para

toda la semana.

—Estás a salvo —le dijo—. Yo estoy contigo.

—A salvo, ay. Si alguien estuviera a salvo…

—Ahora tienes que dormir.

—¿Tú crees que dormir es estar a salvo?

—Chist. Anda, calla.

Se sentó a su lado. No supo si iba a ser mejor acariciarle la mano o abstenerse de acariciársela. Se meció ligeramente, para calmarse. No había nada que le diera tanto miedo como eso. No había nada, nunca hubo nada tan terrible como estar sentado en el colchón de la cama de sus padres, preguntándose si debía o no debía rozar siquiera la mano de su madre.

Supo que debía llevarse la caja de música, pero ¿y la otra vía de acceso que tenía Simón, la máquina de respirar de su padre? Su padre necesitaba la máquina, claro. O tal vez no.

Lucas no supo si la máquina era crucial para su padre o sí era solo una muleta. Nadie se lo había dicho. Era posible, no era del todo imposible, que el aparato de respirar, que le habían dado a manera de regalo, fuese una lacra. ¿No podría ser que estuviera succionando la vida de su padre, cuando a primera vista parecía servirle de ayuda? ¿Era posible que alguna máquina quisiera el bien para los suyos?

Lucas se puso en pie y fue con todo sigilo al lado de la cama que ocupaba su padre, y allí tomó la máquina. El mástil de hierro estaba frío al tacto. Estaba colmado por su propia canción, tan firme y tan inconfundible como los ratones que pululaban por las paredes. Con sumo cuidado, tal como tomaría un ratón por el rabo, se llevó la máquina a la sala y la dejó en el pasillo. ¿Era distancia suficiente? Esperó que lo fuera. En la penumbra del pasillo, la máquina era tan imprecisa como el cráneo de la cabra. La vejiga, del tamaño y la forma de un nabo, era gris, pero poseía una sutil luminosidad. El tubo y la boquilla colgaban inertes.

Esa noche la dejaría allí. Por la mañana volvería a meterla en la casa, cuando hubiera visto cómo se las apañaba su padre sin ella.

Entró en la sala a buscar la caja de música. La tomó y la dejó en el pasillo, junto a la máquina de su padre. Volvió a la sala y cerró con llave. Se cercioró de que estuviera bien cerrada.

Cuando volvió a dormirse, acudieron a él los sueños, aunque al despertar recordó solamente que eran sueños con niños y una aguja de

coser y una mujer que estaba muy lejos, dando voces en la otra orilla de un río.

Por la mañana vio que su padre aún no se había levantado. Lucas entró en el dormitorio de sus padres y abrió la puerta con sigilo. Estaban más quietos que otras veces. Su madre murmuraba en sueños, pero su padre, que era propenso a roncar con fuerza, a toser, a carraspear y a silbar sin darse cuenta, estaba en silencio.

Debía de necesitar la máquina. Lucas se dio prisa en llevársela.

Cuando salió al pasillo a buscarla, vio que no estaba. La máquina de respirar y la caja de música habían desaparecido por completo.

Se quedó allí un instante, sumido en una total confusión. ¿Acaso había soñado que sacaba ambos objetos al pasillo? Miró por el pasillo de arriba abajo, preguntándose si no estarían en un punto más alejado. Tal vez se hubiera levantado, de noche, y los hubiera cambiado de sitio, como un sonámbulo. No. No estaban en ninguna parte. Pensó por un instante que los artilugios mecánicos tenían más vida propia de lo que había supuesto, que incluso podían caminar. ¿Habrían encontrado el camino de regreso al dormitorio de sus padres? ¿Estaría la caja de música en el lado de su madre, canturreando una canción que ella no soportaba y no quería de ninguna manera escuchar?

Se armó de valor. Estaba agitado, pero no había perdido la cordura. Alguien se había llevado la máquina de respirar y la caja de música, como era costumbre. Nada que tuviera un mínimo valor podía dejarse sin vigilancia. Había creído que nada sucedería durante esas horas nocturnas, pero alguien se las había llevado. Alguien estaría ahora mismo tratando de venderlas, como el chico que había vendido el cuenco de porcelana.

Lucas volvió a la sala. ¿Qué podría decirle a su padre, siempre y cuando su padre lo entendiera? No se le ocurrió nada, de modo que no dijo nada. Dejó a su padre y a su madre juntos en el dormitorio, con la esperanza de que cuando regresara del trabajo se los encontrase como siempre.

Allí se encontraba, pues: su propia máquina. Se plantó ante ella en medio de la sala enorme. Dan y Will y Tom estaban ante las suyas, atendiéndolas como siempre, con la firme y desapasionada atención de los granjeros.

—Eras indigno —susurró Lucas—, y debes reconocerlo. Eras falso, infiel. Lamento que estés muerto, pero no puedes llevarte a Catherine. Y

tienes que dejar de cantarle a la Madre todas tus penas.

La máquina comenzó a cantar, y su canto no varió. Lucas aún no conseguía descifrar la letra, pero sabía que trataba sobre el amor y el anhelo. Simón quería más de lo que por derecho le correspondía. ¿Por qué iba a ser distinto, ahora que estaba muerto, de cuando estaba vivo?

Lucas cargó una plancha y se la dio de comer a la máquina. La máquina la aceptó igual que siempre. Hizo las estampaciones, cuatro a lo ancho, seis a lo largo. Cuando Lucas llevó a Dan la primera carcasa del día, se preguntó si su máquina también hablaba con los otros durante la noche, cuando se iban los hombres y las máquinas seguían viviendo solas. Se imaginó con toda facilidad que las máquinas murmuraban en las salas oscuras, que cantaban las canciones de sus hombres, que elogiaban a sus hombres, que soñaban con ellos, y se las imaginó cantándose las unas a las otras, es mío, él es mío, es mi único amor, cuánto anhelo que llegue el día en que me sea permitido tenerlo por completo. Lucas pensó que debería advertir a Dan, que debería advertir a Tom y a Will. Pero ¿cómo iba a decírselo?

Dan estaba inclinado sobre su máquina.

—Buen día, Lucas —dijo sin alzar la mirada.

—Buen día, señor.

Lucas se quedó allí tras dejar la carcasa en la carbonera de Dan. Dan era el hombretón más fornido de cuantos trabajaban en corte y estampación. Era impresionante, cargado de hombros. Arrastraba sus hombros inmensos como si fueran dos fardos; sobre los hombros, y en parte sepultada en ellos, la cabeza era una mirada de ojos azules y encharcados. Lucas nada sabía de su vida, pero se la podía imaginar. Tendría mujer e hijos. Tendría una sala y un dormitorio a cada lado.

Dan se volvió.

—¿Pasa algo? —le dijo.

—No, señor.

Dan sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la cúpula enrojecida y reluciente de su cabeza.

Le faltaban el índice y el corazón de la mano derecha. Lucas no se había dado cuenta hasta entonces.

—Por favor, señor —dijo—. ¿Qué le pasó en los dedos?

Dan guardó el pañuelo y se miró la mano como si esperase ver algo sorprendente en ella.

—Que los perdí.

—¿Y cómo los perdió?

—Un accidente.

—¿Aquí? ¿En la fábrica?

Dan calló un instante. Pareció pensar si debía o no revelar un secreto.

—Un aserradero.

—¿Trabajó en un aserradero antes de venir aquí?

—Así es.

Dan volvió a secarse la frente y volvió al tajo. Haraganear, charlar de ese modo, no estaba permitido. Lucas volvió a su máquina, a cargar otra plancha.

Una máquina distinta había devorado los dedos de Dan. La máquina, una que partía troncos en dos, contenía un fragmento del espectro de Dan, aunque el resto de Dan, casi entero, seguía vivo. ¿Estaría la nueva máquina al tanto de ello? ¿Llegaba a oír que otra máquina, que cantaba muy lejos de allí, en un aserradero, era feliz de tener los dedos de Dan, aunque lamentaba haber perdido el resto de su persona, y que por ello deseaba buena suerte a la máquina nueva?

Catherine ahora debía de estar cosiendo. Lucas no atinaba a pensar cómo podría hablarle una máquina de coser. Se trataría de un brazo con una aguja y un traqueteo constante. Podría pincharle, eso seguro, pero nunca podría hacerle daño de verdad.

Tenía que haber otras máquinas en su trabajo, seguro, máquinas que sí pudieran mutilar y desfigurar. Se esforzó por hacerse una imagen clara. Imaginó prensas y rodillos por los que habrían de pasar las prendas de vestir. ¿Se acercaba ella a esas máquinas a lo largo de su jornada? Podría ser, pero él no lo sabía. Ni podía saberlo. Tal vez le pidieran que llevase los corpiños y las camisas a un aparato más grande que una simple máquina de coser. Habría de ser tan grande como un ómnibus, pensó; blanco, no negro; tendría una boca por la cual devoraría las camisas y vestidos recién hechos, para alisarlos, plancharlos, doblarlos. Exhalaría torrentes de vapor.

Por fin sonó el silbato. Lucas aguardó a que pasara Jack Walsh a decirle «Muy bien, pues». Cerró la máquina y se dio prisa al salir. Corrió por Rivington, por el medio de la calle, esquivando las carretas y los ómnibus.

Una riada de chicas y mujeres manaba ya a las puertas de la Mannahatta Company cuando él llegó, y ninguna dio muestras de haber presenciado durante la jornada una calamidad. Buscó a Catherine entre el gentío. Vio a unas cuantas que podrían haber sido ella. Eran todas

muy parecidas, todas con sus vestidos azules. A medida que pasaban más y más, en parejas, en tríos, hablando en voz baja, estirando la espalda, flexionando los dedos, por fin se armó de valor para preguntar primero a una, luego a otra, si habían visto a Catherine Fitzhugh. Ninguna sabía

de quién se trataba. Había cientos de chicas en la sala de costura; a Catherine solo podían conocerla las que trabajaran cerca de su puesto. Desde cierta distancia, Lucas vio a Emily Hoefstaedler caminar entre otras muchas, regordeta y serena, riendo con salacidad en compañía de otra muchacha, pero no le habló. Nunca le hablaría de nada, y menos aún de Catherine. Preguntó a otra chica, y a otra más. Hubo unas que sonrieron y se encogieron de hombros; hubo algunas que fruncieron el ceño; hubo una, una muchacha joven, morena, de pelo negro, que le dijo: «¿Y no te sirvo yo?». Se la llevaron a rastras, entre risas, sus amigas.

Y entonces sí la vio. Estaba casi al final, con otra mujer de más edad, que se había recogido el cabello gris y ralo con severidad, y caminaba con el cuello estirado, como si su cara tuviera más ganas de avanzar que el resto de su cuerpo.

Lucas las abordó.

—Catherine —exclamó.

—Hola, Lucas —dijo ella. Lo miró con una paciencia dolorosísima para él.

—¿Estás bien?

—Bastante bien. ¿Y tú?

¿Cómo podría decirle que estaba?

—¿Habré de rezar? —contestó—. ¿Habré de venerar y ser ceremonioso?

—Lucas, te presento a mi amiga Kate.

La mujer mayor inclinó la cabeza.

—Kate, este es Lucas. Es hermano de Simón.

—Lamento mucho tu pérdida —dijo Kate.

—Se lo agradezco, señora.

—¿Has venido para acompañarme a casa? —preguntó Catherine.

—Sí, por favor. —Tuvo que contenerse para no tomarla de la mano.

—Kate, parece que tengo acompañante. Hasta mañana, pues.

La mujer mayor inclinó de nuevo la cabeza.

—Adiós —dijo. Su rostro adelantado la condujo por su camino, y su

cuerpo la siguió.

—Lucas, cariño —dijo Catherine tras ponerse con los brazos en jarras.

—Estás bien.

—Ya ves que sí.

—¿Me vas a dejar que te acompañe?

—He de ir a vender el cuenco.

—¿Dónde lo tienes?

—En mi bolso de rejilla.

—No vendas el cuenco. Guárdalo, quédatelo. Te lo pido por favor.

—Ven conmigo si quieres.

Echó a caminar, y él a su lado.

¿Cómo podría decírselo? ¿Cómo podría hacérselo ver?

—Catherine —le dijo—, las máquinas son peligrosas.

—Lo pueden ser. Por eso has de tener cuidado.

—Son peligrosas aunque tengas cuidado.

—Vaya, pero tener cuidado es lo mejor que se puede hacer, ¿no?

—No. Es necesario que no vuelvas a trabajar.

—¿Y adonde quieres que vaya, cielo?

—Podrías quedarte en casa a coser, ¿no? Podrías ponerte a trabajar a destajo.

—¿Tú sabes lo que se gana con eso?

Él no sabía lo que se ganaba con nada que no fuera su propio trabajo, y eso lo había aprendido solo porque se le pagaba por hacerlo. Pasaron juntos por Washington Square. Él casi nunca iba a la plaza. Se encontraba más allá de las lindes de su reino; no era un lugar pensado para un chico como él. Washington Square, al igual que Broadway, era parte de la ciudad dentro de la ciudad, y por eso se resguardaba en su quietud verde y moteada, rodeada por un anillo de hogueras más lejanas; era un lugar donde hombres y mujeres paseaban con vestidos y gabanes, donde un mendigo o un tullido tocaban la flauta, donde las hojas de los árboles recortaban siluetas en el cielo y una vieja

vendía helados que llevaba en una carretilla de madera; un lugar donde un niño ondeaba una banderola escarlata que soltaba chasquidos y ondeaba en contrapunto del flautista, quien a su vez hizo asomar una barbita puntiaguda, color jengibre, en respuesta a la banderola. Lucas procuró no dejarse distraer por la belleza de la plaza. Trató de seguir siendo el de siempre.

—¿Adonde vamos? —preguntó a Catherine.

—A ver a una persona que conozco.

Atravesó con ella la plaza hasta una tienda de la Calle 8. Era un comercio modesto, a medias bajo el nivel de la calle, llamado Emporio Gaya. En el escaparate, dos sombreros que flotaban sobre sendas pértigas. Uno era de satén rosa, el otro de escueto brocado negro. Bajo los sombreros había brazaletes y pendientes expuestos sobre una franja de terciopelo azul desvaído, relucientes como heroicos gestos de la derrota.

—Espérame aquí—le dijo Catherine.

—¿No puedo entrar contigo?

—No, es mejor que vaya sola.

—Catherine…

—¿Sí?

—Antes, ¿puedo ver otra vez el cuenco, por favor?

—Pues claro que puedes.

Abrió el bolso de rejilla y extrajo el cuenco. Brillaba a la luz del atardecer de un modo casi antinatural. Podría haber sido tallado en una perla. La línea de extraños símbolos, las rizaduras y los círculos azules, destacaba de manera muy visible, como un lenguaje que insistiera en su propia inteligibilidad y contundencia dentro de un mundo que hubiera perdido la capacidad de descifrar su mensaje.

—Es preciso que no lo vendas. —Lucas fue fugazmente rehén del apremio de arrebatárselo de las manos, de llevárselo al pecho y protegerlo. Por un instante pareció que, si el cuenco se perdiera, algo más también se perdería, algo que Catherine y él necesitaban, y que no se les volvería a presentar jamás.

—Venderlo, eso es exactamente lo que debo hacer —dijo ella. No tardaré.

Entró en la tienda. Lucas aguardó. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Se plantó ante el escaparate, a contemplar los sombreros y la bisutería, vivos en sus vidas de silencio.

Al cabo, Catherine regresó. Con fatiga evidente subió las escaleras para salir a la calle. Lucas pensó en la fatiga de su madre. Se preguntó si no habría mejorado ahora que no tenía música que oír.

—He conseguido cincuenta centavos —dijo Catherine—. No ha querido darme ni uno más.

Le tendió las monedas sobre la palma de la mano. Él quería el dinero; mejor dicho, necesitaba ese dinero, pero no se animaba a

tomarlo. Se quedó como estaba, quieto, con las manos pegadas a los costados.

—No puede ser lo que tú pagaste por él, pero es lo máximo que he podido sacar —dijo Catherine.

Él no podía ni hablar ni moverse.

—No me lo reproches, por favor —dijo ella—. Anda, toma el dinero.

Él estaba petrificado. Le rugían los oídos.

—Lucas, estás empezando a agotar mi paciencia —dijo ella—. Ahí dentro he pasado un mal trago. No me gusta que nadie me tome por una ladrona.

Así pues, eso era lo que le había hecho. La había obligado a rebajarse. Imaginó a la tal Gaya, la del emporio. Creyó que tenía que ser flaca cual esqueleto, con la piel del color de las velas. Creyó —sabía— que habría tomado el cuenco y lo habría examinado con codicia y con desdén. Habría puesto un precio con el tono terminante y la superioridad de quienes tienen por costumbre tratar con mercancía robada.

—La chica que da vueltas sobre sí misma se retira y avanza hacia el murmullo de la rueda grande —dijo él.

No estuvo muy seguro de no haberlo dicho en voz demasiado alta.

Catherine tuvo un traspiés.

—Hasta ahora, nunca te habías repetido —dijo.

¿Cómo podía saberlo? ¿Acaso le había estado escuchando durante todo este tiempo, siempre que hablaba como si fuera el libro? No podía saber si lo había dicho en voz muy alta.

No pudo controlarse.

—La novia plancha su blanco vestido, la manecilla del reloj avanza despacio —dijo.

Catherine pestañeó. Tenía los ojos muy brillantes.

—¿Qué es lo que te dijo Simon? —le dijo.

¿Qué le había dicho Simon? Nada. Simon cantaba las canciones de antaño, se burlaba de Lucas por ser pequeño, iba en secreto a la habitación de Emily.

—Los nueve meses pasados están en la cámara del paritorio —dijo Lucas.

Catherine dejó caer las monedas a los pies de Lucas. Una echó a rodar y se paró al golpear contra la puntera de su bota.

—Cógelo y llévatelo a casa —dijo—. Me has agotado la paciencia.

—La prostituta arrastra su echarpe, la cofia le cae sobre el cuello achispado, con hoyuelos.

Catherine comenzó a sollozar. Fue como un espasmo. Estaba de pie y erguida, con una sola lágrima que bajaba trazando meandros por su mejilla, y acto seguido se le hundió la cara, y las lágrimas manaron atropelladas. Se tapó la cara con ambas manos.

Él no supo qué pensar, qué decir, qué hacer. Le puso los dedos suavemente en el hombro. Ella lo apartó con determinación.

—Déjame en paz, Lucas —dijo entre dos sollozos—. Por favor te lo pido: déjame en paz.

No la podía dejar llorando en medio de la Calle 8, por donde pasaba la gente.

—Ven conmigo —le dijo—. Tenemos que encontrar un sitio donde puedas sentarte.

Con gran sorpresa vio que ella le obedecía. Se había perdido en el llanto. Se había convertido en una persona capaz solo de llorar y de caminar a su lado mientras él la condujo de vuelta a Washington Square, donde la banderola del chiquillo restallaba en el cielo y el flautista saltaba ágilmente cambiando el peso de un pie al otro.

Encontró un banco y se sentó. Ella tomó asiento a su lado. Con timidez, él la rodeó con el brazo por los hombros, que temblaban con cada sollozo. No pareció que a ella le importase.

—Lo siento —dijo—. No quería hacerte daño. Ni siquiera sé qué dije.

Su llanto fue a menos poco a poco. Levantó la cabeza. Tenía la cara colorada y fatigada. Él nunca la había visto así.

—¿Quieres saber una cosa? —dijo ella—. ¿Te gustaría que te contara una cosa?

—Sí, oh, desde luego que sí.

—Voy a tener un bebé.

Volvió a callar presa de una confusión absoluta por algo que era verdad pero que no podía ser cierto. Ella no se había casado.

Dijo «Entiendo» porque era lo que le pareció que debía decir.

—No me guardarán el sitio en el trabajo. Dentro de un mes habré engordado tanto que no lo podré disimular.

—¿Cómo ibas a ponerte tan gorda como para no ir a trabajar?

—No entiendes nada, Lucas. Eres un crío. ¿Por qué perderé el tiempo hablando contigo?

Hizo ademán de levantarse, pero volvió a sentarse en el banco.

—Quiero que hables conmigo —dijo Lucas—. Haré todo lo que pueda para tratar de entenderte.

Ella de nuevo se alejó hacia lo más profundo de su llanto. Lucas volvió a ponerle el brazo sobre los hombros, que le temblaban con violencia. Los viandantes los miraban y, cortésmente, miraban a otra parte, para ayudar a Lucas y a Catherine a librarse de su propia vergüenza. Las personas que pasaban por allí iban intrincadamente ataviadas, con hebillas de oro y relojitos sujetos de cadenas. Lucas y Catherine estaban hechos de una estofa más elemental. Si se quedaran mucho en el banco, aparecería un policía para indicarles que se largasen de allí.

Al cabo de un buen rato, Catherine logró enhebrar las palabras.

—De esto no he hablado con nadie. No es justo que te lo diga a ti.

—Es justo —dijo él—. Tú no puedes ser injusta.

Ella se rehízo del todo. No había terminado la llantina, pero su aspecto cambió. Algo nuevo se había apoderado de ella, una rabia con una gran pena que la atrancaba.

—Pues muy bien —dijo—. Te voy a enseñar una cosa.

—Por favor.

Cuando habló, tenía la voz como el alambre: fina, pero fuerte.

—Le dije a tu hermano que debía casarse conmigo. No sé si el bebé es suyo. Probablemente no lo sea. Pero Simón estaba dispuesto. ¿Quieres que te cuente una cosa más?

—Sí —dijo Lucas.

—Tengo una sospecha. Sufrió el accidente porque era infeliz. Es posible que estuviera tan… abrumado ante la sola idea de que nos íbamos a casar que permitiese que sucediera. Piénsalo. Llevaba dos años en la fábrica. Sabía de sobra qué hacer para no dejarse prender la camisa.

—Simón te quería —dijo Lucas.

—¿Él te lo dijo?

—Sí —dijo Lucas, aunque Simón nunca había llegado a pronunciar esas palabras. ¿Cómo no iba a quererla? No todo tiene por qué decirse con palabras.

—Soy una furcia, Lucas. Yo traté de beneficiarme a tu hermano.

—Simón te quería —volvió a decir. No se le ocurrió otra cosa.

—Voy a tener al bebé —dijo Catherine—. Es lo menos que puedo

hacer por el pobre Simón.

Lucas fue incapaz de dar con una respuesta. ¿Cómo iba ella a hacer algo que no fuera tener al bebé?

—Le dije que se había aprovechado —dijo ella al rato—, le dije que debía deshacer el entuerto. Le dije que había venido a amarme justo en el momento oportuno. Así que ya lo ves. Soy una furcia y una mentirosa y voy a dar a luz al hijo bastardo de tu hermano. Es preciso que no vengas a verme más. No debes comprarme nada más, no debes hacerme regalos con dinero que necesitas para comer.

Su cara había adquirido una nueva forma. Había envejecido. Le colgaban lacias las carnes. Se había convertido en una estatua de sí misma, una efigie. No era ya la que había sido. Iba de camino a otra parte.

—Yo te puedo ayudar —dijo Lucas.

Ella se puso de pie con gesto terminante, serio, concluyente.

—A mí no me puede ayudar nadie.

Echó a caminar con resolución hacia el este, hacia su casa. Lucas se le puso a la par.

—Corres peligro —le dijo.

—Corro el mismo peligro que cualquier mujer que arrastre su echarpe. Ni más, ni menos.

—No vayas más a trabajar, te lo ruego.

—Dentro de nada no tendré que ir a trabajar porque no podré o no me dejarán. Eso ha de suceder, tanto si quiero como si no.

—No. Mañana. No vayas mañana. Corres peligro.

—Me va a hacer falta cada centavo que pueda ganar, ¿no?

—Los muertos nos buscan por medio de las máquinas. Cuando nos presentamos ante una máquina, nos damos a conocer a los muertos.

—Otra vez tu libro maravilloso.

—No es el libro, es la verdad.

Él mismo se había confundido. El libro era verdad. Lo que trataba de decirle era una verdad de otra índole.

Ella siguió caminando. Su rostro nuevo, enrojecido, arrasado, cortaba el aire. Podría haber sido la mujer que se tallaba en las proas de los barcos.

—No puedo seguir preocupándome por ti —le dijo—. Lo siento mucho, pero no puedo. A partir de ahora voy a tener que pensar en muchas cosas, voy a tener que preocuparme por otras tantas.

—No es necesario que te preocupes por mí. Deja que sea yo quien se preocupe por ti. Deja que te ayude. Deja que te cuide.

Ella rió con amargura.

—Qué buena idea —dijo—. Me iré a vivir contigo y con tus padres. Viviremos los cuatro con tu paga de la fábrica. Ah, no, que seremos cinco. Eso no será un problema, ¿a que no?

Por un instante, Lucas acertó a verla tal como ella decía que era: una furcia, una mentirosa, una mujer de la calle, curtida y calculadora, que pusiera precio a sus servicios.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo.

Ella se detuvo tan bruscamente que Lucas se adelantó varios pasos. Imbécil, era un imbécil.

—Perdóname. Estoy perdida.

—¡Desenmascárate! Para mí no eres culpable, ni estás ajada, ni descartada.

A ella se le escapó un grito apenas audible, amordazado, y siguió caminando. Él se quedó de pie viéndola por detrás con su vestido azul, el cabello color de cobre amontonado sobre la cabeza, hasta que salió de la plaza.

Así pues, siempre, todo adquiría a la postre un sentido más completo y más repugnante. Simón la querría a ella y querría también al bebé. Aspiraba a desposarla en el reino de los muertos, a vivir allí con ella y con su hijo.

Era preciso impedir que al día siguiente acudiera al trabajo.

Lucas no lograba pensar en algo que hacer, aunque era mucho lo que debía llevar a cabo. Tenía que impedirle el acceso a la maquinaria. Tenía que encontrar dinero para ella.

Se acordó del dinero que ella le había arrojado a los pies. No lo había recogido. Volvió corriendo a la Calle 8, pero ya no estaba, naturalmente.

Echó a andar hacia el este por la Calle 8. Pensó que tal vez pudiera encontrar el dinero, si no las monedas que Catherine había arrojado a sus pies sí algún otro dinero, una suma equivalente en alguna parte, enviada por algún agente celestial que protegiera y secundara a los de corazón insensato. Pensó que si registrase a fondo la ciudad, si visitara lo más alto y lo más bajo de toda ella, podría hallar por azar algún dinero que no estuviera vigilado, que perteneciera a alguien pero estuviera descuidado, tirado en la calle o bien puesto fuera de su sitio, como había ocurrido con sus monedas. No se había propuesto robar,

igual que quien quiera que hubiese encontrado su dinero y se lo había robado. Su esperanza era más bien encontrar un lugar propio dentro de una cadena de pérdidas y ganancias, un constante misterio de pagos hechos y pagos recibidos, dinero que pasara de mano en mano, para satisfacer una antigua deuda que siempre había existido y que tal vez por fin pudiera saldarse en un futuro imprevisible. Tuvo la esperanza de que la ciudad pudiera procurarle ayuda mediante alguna solución incomprensible, tal como su estampación de las planchas de hierro incomprensiblemente producía carcasas.

Se puso en busca de lo que pudiera encontrar.

Por la Calle 8 llegó a Broadway. Si había algún dinero descuidado, si había monedas caídas por descuido, lo más probable era que estuvieran allí.

Broadway estaba lleno de luces y de música, de personas que habían hecho compras y ya se marchaban, de hombres alegres, con sombrero, que reían y expulsaban humo con el fuelle de sus pechos. Lucas caminó entre ellos mirando con atención al suelo. Vio los mínimos despojos que se pisoteaban: una colilla de un puro, un trozo de cordel, un panfleto de color canario que anunciaba TIERRA EN COLORADO.

Así caminó por espacio de varias manzanas, incurriendo por dos veces en la mascullada indignación de los ciudadanos que tuvieron que esquivar su paso, cuando dio con un par de botas que le parecieron conocidas, aun cuando nunca las hubiera visto. Eran botas de obrero, de color estiércol, atadas con recios cordones. Se detuvieron delante de él.

Alzó la vista y se encontró con el rostro de Walt.

Allí delante tenía su cascada de barba gris y blanca, su sombrero de ala ancha, el pañuelo anudado al cuello. Era total y absolutamente igual que su retrato. Sonrió con cara divertida a Lucas. Su rostro era como el papel de estraza, arrugado y alisado de nuevo. Le brillaban los ojos como dos clavos de plata.

—Hola —dijo—. ¿Se te ha perdido algo?

Lucas había ido en busca de dinero y se había encontrado con Walt. Una posibilidad inmensa tembló en el aire.

—Robustos como los caballos, afectuosos, altivos, eléctricos, aquí estamos este misterio y yo —respondió de una tirada.

A Walt se le escapó una risa tintineante.

—¿Cómo es esto? —dijo—. ¿Me citas a mí mismo?

Habló con voz clara y profunda, penetrante; no en voz alta, sino en una voz que estaba en todas partes. Podría haber sido la voz de un

chubasco, si la lluvia supiera hablar.

Lucas se desvivió por contestar como él era, no como el libro.

—La tierra —es lo que dijo— basta por sí sola, no quiero que las constelaciones estén más cerca, sé que bien están en donde están, sé que bastan para quienes a ellas pertenecen.

—Esto es extraordinario —dijo Walt—. Así que… ¿tú quién eres?

Lucas no pudo decírselo. Seguía de pie, estremecido, disminuido, a los pies de Walt. El corazón le golpeaba dolorosamente contra las costillas.

Walt se acuclilló ante Lucas. Las rodillas hicieron un chasquido suave, como dos ramas húmedas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Lucas.

—Lucas. ¿Cómo es que conoces mis versos tan bien?

—Soy compañero y acompañante de la gente, de todos los mortales insondables como yo; ellos no saben hasta qué punto son inmortales, pero yo sí lo sé.

Walt volvió a reír. Lucas percibió la risa en todo su cuerpo, por todo su esqueleto, cual temblor electrificado, como si Walt no solo riese, sino que también concitase la risa de la tierra misma, convocándola a ascender, a atravesar la acera, a ingresar en Lucas por las plantas de sus pies.

—Eres un chico realmente insólito —dijo Walt—. Y es insólito encontrarte aquí.

Lucas se armó de valor.

—No sé si podría hacerle una pregunta, señor.

—Pues claro que puedes. Adelante, tú pregunta. Si puedo, te respondo.

—Señor, ¿los muertos vuelven en la hierba?

—Así es, mi chico. Están en la hierba y en los árboles.

—Y solo ahí.

—No, no solo ahí. Están por todas partes, a nuestro alrededor. Están en el aire y en el agua. Están en la tierra y en el cielo. Están en nuestro ánimo y en nuestro corazón.

—¿Y en las máquinas?

—Bueno, sí, claro, también están en la maquinaria. Están por todas partes.

Así pues, a Lucas toda la razón le asistía. Si alguna duda le quedara,

allí acababa de hallar la solución.

—Gracias, señor.

—Cuéntame de ti —dijo Walt—. ¿De dónde vienes? ¿Vas a la escuela?

Lucas no supo dar con una manera de responder. ¿Qué podría decirle a Walt, cómo dar explicación de sí mismo?

—Estoy en busca de algo, señor —dijo al cabo.

—¿Y qué es lo que buscas, zagal?

No pudo decirle que buscaba dinero. El dinero era vital, a pesar de lo cual, de pie ante la cara y la barba de Walt, bajo el ala de su sombrero, parecía muy poca cosa. Decir «dinero» a Walt habría sido como hallarse en el pasillo de Catherine, resplandeciente de amor, y recibir un cuello de cordero guisado con un poco de patata. Tendría que decirle también para qué era el dinero, por qué lo necesitaba tanto, y esa tarea, esa larga explicación, era más de lo que se sentía capaz de afrontar.

—Algo importante, señor —acertó a decir.

—Muy bien, pues. Todos estamos en busca de algo importante, digo yo. ¿Podrías decirme con más exactitud qué es lo que buscas?

—Algo necesario.

—¿Y crees que yo podría ayudarte?

—Usted me ayuda siempre.

—Me alegro de saberlo. ¿Tienes la esperanza de encontrar eso tan preciado que buscas en Broadway?

—Le he encontrado a usted, señor.

Walt extrajo aún más risa de la tierra. Lucas la sintió por todo el cuerpo.

—Yo preciado no soy, mi chico. Soy un viejo sirviente, eso es todo cuanto soy. Soy un vagamundo y un hacedor de travesuras y desquicios. ¿Sabes qué pienso?

—¿Qué, señor?

—Creo que deberías caminar a lo largo y a lo ancho del mundo. Creo que deberías buscar por Broadway, pero también mucho más allá. Creo que deberías recorrer el mundo entero.

—Eso me sería muy difícil, señor.

—No todo de golpe, no todo en una sola noche. Sospecho que eres un poco poeta tú también. Sospecho que te vas a pasar la vida en busca.

A Lucas se le atrancó el corazón. Tenía que encontrar el dinero sin

tardanza.

—Oh, espero que no, señor —dijo.

—Ya lo verás, ya lo verás. La búsqueda es también el objeto. ¿Sabes qué quiero decir con eso?

—No, señor.

—Pues ya lo aprenderás, seguro. Cuando crezcas, lo sabrás.

—Necesito, señor…

—¿Qué necesitas?

—Necesito saber qué camino tomar.

—Ve por donde el corazón te diga.

—Mi corazón es defectuoso, señor.

—En modo alguno es defectuoso. Si te lo digo es porque me puedes creer.

Lucas torció el gesto. Creyó que podría echarse a llorar. Confió que Walt no llegara a ver las lágrimas que asomaban en sus ojos.

—¿Quieres tal vez que te dé un consejo? —dijo Walt en voz queda.

—Oh, sí, señor. Se lo ruego.

—Muy bien, pues. Ve al norte. Ve allí donde termina la ciudad, ve más allá. Ve a ver dónde disminuyen los edificios y comienza la hierba.

—¿Eso debo hacer?

—Es un consejo tan sensato como el que más. Si quieres consejo, yo te lo doy. Por consiguiente, te indico que camines hacia el norte.

—Gracias, señor.

—¿Vendrás mañana por aquí? —preguntó Walt—. ¿Vendrás a verme mañana a la misma hora de la noche, a decirme qué has encontrado?

—Sí, señor. Si usted quiere…

—Me gustaría mucho. No todos los días se encuentra uno con alguien como tú.

—Un niño dijo… —dijo Lucas.

Walt se le unió, y hablaron a la vez diciendo lo mismo.

—Un niño dijo: ¿Qué es la hierba?, y me la enseñó a puñados. ¿Cómo podría yo responder al niño? No sé yo mejor que él qué pueda ser la hierba.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Lucas. Espero que mañana vengas. Estaré aquí, esperándote.

—Gracias, señor.

Lucas se dio la vuelta y se alejó. Caminó con rumbo norte, como

Walt le había dicho. Echó a andar por Broadway, por delante de las tiendas y los hoteles. Se volvió al cabo de un buen trecho y vio que Walt seguía allí, mirándole. Lucas levantó la mano para saludarlo. Walt le devolvió el gesto.

Había ido en busca de dinero y, en cambio, había encontrado a Walt. Walt lo había orientado de camino hacia el norte.

Lucas siguió por Broadway. Pasó Union Square y siguió adelante, hasta que los grandes edificios escaseaban y eran menos los viandantes, hasta que comenzaron a extenderse los campos ante él, iluminados aquí y allá por las luces de las casas de los granjeros y, de modo más nítido, por las ventanas de las casas de importancia, casas de ladrillo y de caliza, orgullosas en medio del llano y la quietud. Pasó como un espectro por la carretera, a trechos de pavés, a trechos de tierra batida. Pasó por delante de una casa de particular grandeza, con la fachada de piedra y un porche blanco. Vio en el interior (no corrían las cortinas, por estar tan lejos) a una mujer soberbia con un vestido blanco, que alzaba un cáliz de vino de color rubí, de pie ante un retrato de sí misma, con el mismo vestido blanco. Se acercó un hombre que se puso a su lado, un hombre con chaleco. Tenía el mentón afilado; no, tenía una barba del mismo color que la piel, y el cabello era del mismo color de la piel. Lucas pensó que el hombre también aparecería en el retrato, pero vio que no era así. El hombre habló con la mujer, que se rió y le ofreció el cáliz para que bebiera. En el retrato, seguía mirándolo todo con gran serenidad.

Lucas los miró. Los muertos podían estar presentes y ausentes de ese mismo modo, en el mundo, pero sin ser del mundo. Los muertos podían errar como erraba Lucas, por delante de las ventanas de unos desconocidos, mirando a una mujer y al retrato de una mujer.

Dejó atrás al hombre y a la mujer y al retrato de la mujer. Pasó por delante de otras casas. Por otra ventana vio el respaldo de una silla y un espejo enmarcado que le mostraba las lágrimas de una araña de cristal. Vio a la mujer de un granjero pasar por una puerta y detenerse, arropándose bien con el echarpe. Vio una zarigüeya que caminaba como él, por la carretera. La zarigüeya siguió a su paso, a paso rápido, agachadizo, sin miedo, como si lo acompañara, por espacio de unos cincuenta metros, y allí se escabulló no sin antes detenerse para mostrarle la línea pálida y articulada de su cola.

Lucas llegó hasta la Calle 59 y se quedó parado ante la cancela de Central Park. Había oído hablar del parque, pero nunca había estado allí. Pasada la tapia baja de piedra había árboles y había negrura. Y los

sonidos que emitían los árboles. Se quedó allí un rato sin saber qué hacer, y, con vacilación, como si cometiera un delito al entrar, entró.

El parque estaba tenuemente iluminado cerca de la cancela, gracias a las farolas de la Calle 59. Más allá se adensaban las sombras. A la entrada había hierba y se veían los troncos de los árboles más cercanos, pequeños, recién plantados. Podrían haber sido hombres transformados en árboles, hombres que alzasen brazos de madera, que desplegaran las hojas que hubieran brotado de sus carnes frenadas y alteradas. Más adelante, la hierba pasaba de un verde intenso a un jade oscuro, y los troncos de los árboles más lejanos eran de peltre, de hierro, de hollín. Más allá de la hierba jade oscuro, más allá de los árboles negros, la oscuridad era pura, como si la entrada del parque fuera el lindero de un bosque que circundaba un lago de negrura, lleno del rumor de las hojas y de un sonido de fondo, innombrable, que debía de ser cosa de los insectos y de algo más. Más allá del bosque visible yacía el sonido de una atención ilimitada.

Lucas se preguntó si no podría ser ese el lugar en que residían los muertos, los muertos que no quedaban atrapados por la maquinaria. Allí había hierba, había árboles. Allí había un silencio rumoroso y alerta, lejos del mundo de los vivos, con sus luces y sus músicas, sus escaparates y ventanas llenos de objetos a la venta, o vendidos. Lucas se armó de valor y siguió adelante, tal como podría haberse zambullido en un agua de profundidad y frialdad inciertas, un agua que podría albergar peces, o no, y seres que no fueran peces, pero que vivían en el agua, seres que serían ojos y dentelladas y súbitos movimientos. Nunca había visto unas tinieblas semejantes. Nunca había estado todo tan oscuro, ni siquiera en su habitación con la luz apagada, ni tampoco con los ojos cerrados.

El parque, según Lucas se adentró por él, no era sin embargo tan oscuro como había parecido. No era negro como boca de lobo. La hierba, bajo sus pies, era de un negro impenetrable, pero era firme; los árboles eran negros, pero de un negro menor, los perfiles discernibles sobre un fondo de negrura. Se sintió como si llevara en sí una tenue iluminación, una vela que era su propia capacidad de ver y de oír, su presencia humana.

Algo había allí, entre los árboles. Se ahondaba a medida que avanzaba en su camino.

Al cabo, llegó a una balaustrada de piedra con una ancha escalinata en curva que descendía por ambos extremos. Ascendió las escaleras. En medio de una placeta oscura, encontró una figura enorme, con las alas

extendidas, tocada muy remotamente por la luz de la luna. Tenía la cara inclinada hacia abajo, vuelta hacia Lucas. Por un instante le pareció que hubiera encontrado a la madre vengadora del parque, la entidad que aguardaba, observaba, escuchaba, el ser que había soñado el parque hasta darle el ser mismo, y que no veía con agrado que nadie interrumpiera su sueño. Lucas tuvo un temblor. Hizo ademán de darse la vuelta y echar a correr, aunque pensó que, si lo hiciera, aquella figura batiría las alas, emprendería el vuelo y se lo llevaría con la misma facilidad con que un perro de presa atrapa una rata.

Pasado un instante comprendió que era una estatua, solo una estatua. Se acercó un poco más. Era un ángel de piedra sobre un pedestal, por encima de un inmenso plato lleno de agua. Vio que el ángel tenía el rostro severo y contemplativo, los ojos en blanco, entristecidos, que había apartado del cielo para mirar a tierra.

Alzó los ojos. Más allá del brazo del ángel estaban las estrellas.

Había llegado al corazón del parque, y lo que el ángel vigilaba —lo que había querido mostrarle, lo que Walt le había enviado a encontrar — eran las estrellas. Entendió entonces que allí, tan lejos de la ciudad propiamente dicha, el humo se dispersaba y las estrellas se hacían visibles. Por poco perdió el equilibrio de tanto mirar arriba. Las estrellas centelleaban, brillantes y móviles sobre un campo de ébano. Había millares.

Las conocía, o conocía algunas, por el mapa de la escuela. Estaba el Gran Caballo, estaba el Cazador. Lejos, tan tenues que no podía tener certeza, pero sin duda estaban allí, brillaban las Pléyades, un racimo de estrellas menores, las siete, en un círculo de fosforescencia.

Permaneció un buen rato mirando. Nunca había imaginado que existiera esa quietud tachonada de estrellas. ¿Habría sido así la granja de Dingle? No lo podía saber, pues la granja era el pasado; existió antes de que él naciera. Si la conocía era por los recuerdos de sus padres; era el lugar en que habían muerto las gallinas y se había perdido la cosecha de patatas. A ese lugar se refería su madre cuando hablaba del cielo: Dingle, pero sin la hambruna. Se preguntó en ese momento si se encontraba del mismo modo bajo estrellas como esas. De ser así, era natural que ella creyera que allí iban los muertos.

Fue creciendo en su interior una sensación, un enardecido cosquilleo en la sangre. Le llegó una oleada, un viento que lo reconoció, que no le profesó amor ni odio. Percibió lo que estaba viviendo como un surgir de su propio yo, la cambiante interioridad que anhelaba y temía, que le era

más familiar que cualquier otra cosa. Supo que una sustancia de respuesta se iba amasando a su alrededor, algo que emanaba de árboles y estrellas.

Siguió mirando embobado las constelaciones. Walt lo había enviado allí a encontrar eso precisamente, y él había entendido. Creyó entender. Ese era su cielo. No era Broadway, ni el caballo de ruedines. Era la hierba y el silencio, era un campo de estrellas. Era lo que el libro le decía noche tras noche. Cuando muriese, dejaría atrás su cuerpo defectuoso para convertirse en hierba. Estaría allí de ese modo para siempre. No había motivo para temerlo, porque era parte de él. Lo que había creído su vacuidad, su falta de alma, era solo un anhelo de ese momento.

En el apartamento, sus padres seguían tras la puerta. Lucas no se aventuró a entrar. Pensó que sería mejor dejarles descansar cuanto quisieran. Cuanto pudieran. Con el descanso, tal vez volvieran a ser los de siempre.

Entró en su cuarto a leer el libro.

> ¿Qué piensas que se ha hecho de los jóvenes, de los viejos?
> ¿Qué piensas que se ha hecho de las mujeres y los niños?
>
> Están todos vivos y están bien en donde sea,
> el más mínimo brote muestra que en realidad la muerte no existe,
> y si alguna vez existió fue para conducir a la vida, y no aguardar al final a detenerla,
> y dejó de ser en el instante en que apareció la vida.
>
> Todo sigue adelante, todo se desborda, nada se hunde,
> y morir es distinto de lo que todos creen, y es más sortudo.

Lucas siguió tendido en cama con santa Brígida sobre su cabeza y Emily al otro lado del patio, comiendo tras la cortina. Durmió. Si soñó, sus sueños se esfumaron con el despertar.

Sus padres seguían callados tras la puerta. Decidió que era mejor dejarlos. Ya no podía ayudarlos. Solo podía ayudar a Catherine.

Estaba esperando a la entrada de su edificio cuando la vio salir con su vestido azul. No se alegró de verle. Su rostro adoptó una expresión

de impavidez apenada, como el del ángel del parque.

—Hola, Lucas —le dijo, y se dio la vuelta y echó a caminar rumbo a la Mannahatta Company. Él se le puso a la par.

—Catherine —dijo—, hoy no debes ir a trabajar.

—Has agotado mi paciencia, Lucas. Ya no tengo tiempo para ti.

—Ven conmigo. Déjame que te lleve.

Ella siguió su camino. Enfurecido de pura desesperación, sin darse cuenta de lo que hacía, la sujetó por la falda y tiró hacia él.

—Por favor —dijo—. Te lo ruego.

—Déjame, Lucas —dijo ella, en una voz tanto más espantosa por la calma y el comedimiento que transmitía—. No puedes hacer nada por mí, ni yo puedo hacer nada por ti.

Se quedó inmóvil y, desvalido, la vio marchar hacia el este, hacia su máquina. Aguardó hasta que hubo recorrido un trecho y entonces la siguió. Cuando se acercaban a la costurería, otras mujeres con idénticos vestidos azules se reunieron en la calle. Vio cómo Catherine se internaba entre ellas. La vio atravesar la puerta. Siguió un rato en donde estaba. Más mujeres de vestidos azules pasaron por delante de él y entraron en el edificio. Imaginó a Catherine subir las escaleras y dirigirse a su máquina. La vio trabajar con la aguja. Sabía que su máquina se alegraría de su tacto. Sabía que había estado esperándola con paciencia durante toda la noche, cantando para sí, pensando en Catherine.

No se le podía permitir que siguiera allí. No tenía ni idea de qué peligro corría. Permaneció inerme ante su edificio hasta que entró la última de las mujeres. Él era demasiado pequeño, demasiado raro; no podía hacer otra cosa que interceder.

No. Había otra cosa que estaba en su mano. Una cosa más.

El truco consistiría en detener la máquina antes de que no hubiera devorado más que su mano. Tuvo que calcularlo a conciencia mientras trabajaba. No pudo permitir que los demás lo vieran hacer conjeturas. Supo que no podría poner una mano bajo la rueda y tirar de la palanca con la otra mano. La distancia era excesiva. Pero pensó que si se estirase hacia delante, si se tumbase incluso sobre la cinta, podría tirar de la palanca con el pie, y detener la rueda justo a tiempo.

Lucas fue aplazando para más adelante el momento de hacer lo que tenía que hacer. Era fácil, era fatalmente fácil seguir trabajando. El sueño en vela de su vida laboral lo deseaba incluso en esos momentos.

Alineaba y tensaba. Tiraba, tiraba de nuevo, inspeccionaba. Su yo iba menguando. Se iba convirtiendo en lo que hacía. Comenzó a pensar, a medida que pasaban las horas, que solo había soñado con Catherine, con la situación en que se hallaba; había soñado con todo lo que no fuera precisamente aquello que tenía delante, y estaba despierto una vez más en el único mundo real. Para animarse, la imaginó dando puntadas en blusas y camisas. Pensó en la máquina de planchar, en los rodillos levantados, a la espera, exhalando grandes bocanadas de vapor.

Estaba listo. Si no lo hiciera en ese momento tal vez no lo haría nunca. Miró en derredor. Los demás estaban en el tajo. Tomó una plancha, la cargó sobre la cinta. La ajustó perfectamente sobre la línea. En eso era un experto, y estaba orgulloso de serlo. Puso la mano izquierda —la izquierda sería preferible— sobre el borde superior de la plancha. Alineó los dedos contra el borde y al hacerlo se sosegó. Ese era su trabajo. Alargó la mano derecha y tiró de la palanca.

La cinta comenzó a correr. Notó el movimiento de los rodillos que tiraban de la correa y la cinta misma, el ritmo firme, seguro. Así se sentía el hierro al entrar. Su mano izquierda avanzó con la plancha. Se sintió grácil como un bailarín. Atravesó un instante de belleza. Fue uña y carne con el hierro y con la máquina.

Su mano se dejó llevar. Tenía el cuerpo ligeramente arqueado, y aún lo arqueó más. La punta del pie se le deslizó de la palanca. Cambió de postura para hacer de nuevo presa en ella y perdió toda gracilidad. Fue una estupidez ese esfuerzo en vano. Con el pie tocaba la palanca, aunque sin tener la certeza de que fuera la adecuada. Miró atrás. No podía estar seguro. Cuando se volvió de nuevo, sus dedos entraban ya bajo la rueda.

Lo vio suceder. Vio su mano situada entre dos dientes. Los dedos se colaron en el espacio intermedio. Los dientes mordieron el hierro. Sus dedos entraron debajo. Los nudillos entraron también. El tambor de la rueda le tocó las yemas de los dedos. Estaba caliente, más de lo que había supuesto. Estaba tan caliente como la boca de su madre cuando le introdujo los dedos para recuperar el trozo de patata. Notó cómo le aplastaba los dedos. No sintió dolor. Hubo una intensa y pálida nada. Con su paciencia implacable y caliente, la rueda le aplastó los nudillos. No hubo dolor y no hubo sangre. No hubo más ruido que el de la máquina.

Entonces volvió en sí. Vio lo que había hecho. Vio la carne de la zona ancha de su mano entrar bajo la rueda. Trató de tirar de la palanca con la punta del pie. Perdió la sujeción. Gritó. No reconoció el ruido

que le salió de dentro. A tientas con la bota, localizó de nuevo la palanca. Durante unos instantes no cedió. Y al cabo venció su resistencia. Con un clic y un suspiro inapreciable, la rueda dejó de girar.

Lucas no pudo retirar la mano. Todavía no se veía sangre. Todavía no había dolor. Pero había algo. Un cosquilleo. Una novedad. Siguió donde estaba, mirándose el brazo y la mano desvanecida con el entumecimiento de la fascinación.

Oyó el ruido de los demás. Alguien —tuvo que ser Tom— tiró de la segunda palanca, que invertía el sentido de giro de la rueda. Otro, probablemente Dan, puso su propia mano sobre la muñeca de Lucas cuando la máquina muy despacio comenzó a soltarla. Lucas vio la manaza de Dan, con los dos dedos faltantes, recibir la suya.

La mano se le había aplanado. Pensó por un momento que no tenía daños, que solo la tenía más grande, pero no. La sangre se le había acumulado en torno a las uñas. Levantó esa mano grande y sangrante. Quiso mostrársela primero a él mismo, luego a Dan. Fugazmente, las uñas aparecieron perfiladas en rojo. La sangre aumentó. Corrió a chorros por los dedos.

Cayó. No se había propuesto caer. Estaba de pie mirándose la mano y, acto seguido, sin darse cuenta, estaba en el suelo, con el techo renegrido allá arriba. Las poleas y los ganchos. El suelo olía de un modo acre a aceite de máquina, a alquitrán.

Llegó la cara de Dan. Llegó la cara de Tom. Tom puso el brazo bajo la cabeza de Lucas. ¿Quién habría supuesto que era capaz de tal ternura?

—Quédate con él —dijo la cara de Dan, y desapareció.

—Dios mío —dijo la cara de Tom. Tenía la boca ancha, los labios ásperos, los dientes del color del marfil envejecido.

—Por favor, señor —dijo Lucas a la cara de Tom—. Mande recado a Catherine Fitzhugh, en la Mannahatta Company. Dígale que estoy herido.

En el hospital había un hombre llorando de pie. Estaba vestido para trabajar, con un delantal de carnicero embadurnado de sangre animal. Su aflicción era incierta. Parecía estar ileso. Con grave formalidad, se le veía como un cantante en escena.

A su alrededor había otros. Estaban sentados en las sillas disponibles. Sentados o tendidos en el suelo. Eran hombres, unos viejos y otros que todavía no lo eran, heridos de un modo visible (uno

sangraba de una manera extravagante, de una herida en la frente; otro se acariciaba con ternura la pierna maltrecha) o de un modo que no lo era. Había mujeres sentadas en silencio, como si la enfermedad que las hubiera llevado allí fuera tan ordinaria como el estar sentadas en los salones de sus casas; una, tapándose con un pañuelo de color tabaco, tosía recatadamente, y hacía un ruido como el del papel que se desgarra, y de vez en cuando se inclinaba del todo y escupía al suelo, entre sus pies. Un hombre, una mujer y un niño estaban acurrucados en el suelo, meciéndose y gimiendo como si compartieran una misma enfermedad o una única herida. Olía a sudor y a otros humores mezclados con el amoniaco, como si la misma condición humana se hubiera hecho medicina.

Las monjas de hábito negro y un médico de bata blanca —no, había dos— se apresuraban entre los que seguían esperando. A veces se anunciaba un hombre, y una de las personas se levantaba y desaparecía. El hombre seguía de pie en medio de la sala, llorando con una insistencia inquebrantable y con un llanto sordo. Era el huésped de la sala de espera, tal como Mr. Cain era el huésped de la manzana en que vivía Lucas, su ángel herido e inspirado.

Lucas se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared. Dan quedó de pie delante de él. El dolor era una blancura caliente, brillante, que irradiaba por todo el cuerpo de Lucas y sangraba en el aire en derredor. Lucas sostenía en el regazo el revoltillo que tenía por mano, envuelto en trapos empapados de sangre. El dolor tenía su origen en la mano, pero le colmaba como colma el fuego una habitación que inunda de luz y calor. No emitía ningún sonido. Había ido demasiado lejos para hablar o gritar. El dolor estaba en su ser como el libro, como la fábrica. Siempre había estado allí, en esa sala de espera.

Apoyó el hombro contra la pierna de Dan. Dan se agachó a acariciarle el cabello con los dedos que le quedaban.

Lucas no supo cuánto tiempo pasó. El tiempo en la sala de espera era como el tiempo en el dormitorio de sus padres y el tiempo en la fábrica. Transcurría a su aire, no se dejaba medir. Pasado un lapso, Catherine llegó allí. Entró en la sala con su vestido azul, viva, indemne. Se quedó a la entrada, buscándolo con los ojos.

A Lucas le golpeó el corazón acalorado contra las costillas. Le dolió como si su corazón fuera un ascua, inofensiva cuando colgaba de la campana de su pecho, pero doloroso cuando el badajo daba en el hueso. Dijo «Catherine», pero no supo si de veras salió su nombre de sus labios. Hizo el gesto de levantarse, pero no pudo.

Ella lo vio. Vino a arrodillarse a su lado.

—¿Estás bien? —le dijo.

Él asintió. Las lágrimas brotaron a sus ojos sin que nadie las llamara. Sintió la urgencia de ocultarle la mano, el apremio de que no la viera ella, como si hubiera hecho algo vergonzoso, como si, al ver su mano, ella fuese a conocer algún secreto definitivo acerca de él.

Catherine miró a Dan.

—¿Por qué sigue todavía aquí fuera?

—Nos han dicho que esperemos —dijo Dan.

—Eso ya lo veremos.

Catherine se puso en pie. Lucas oyó el susurro de su vestido. Pasó entre los demás, sorteándolos para no pisarlos. Se quedó de pie junto al hombre que lloraba hasta que pasó una de las monjas que llevaba algo en una bandeja, algo que había dejado una mancha roja en la tela que lo cubría. Catherine habló con la monja. Lucas no oyó lo que le dijo. La monja respondió y se fue.

Catherine volvió adonde estaba. Se inclinó y acercó la cara a la de Lucas.

—¿Te duele mucho?

Él negó con la cabeza. Era verdad y no lo era. Había ingresado en el dolor. Era ya parte del dolor.

—Sigue sangrando —dijo Catherine a Dan.

Dan asintió. Habría sido absurdo negarlo.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—No lo sé —dijo Dan.

Catherine adoptó un gesto de seriedad. Por un instante, Lucas tuvo la sensación de estar en casa, como si el hospital fuese su sitio habitual entre los vivos.

Un médico, uno de los médicos, salió de la puerta por la que entraban las personas cuyos nombres cantaban en alto. El médico era flaco (el otro no lo era) y grave. Lucas pensó pasajeramente que el médico era uno de los hombres de las jaulas, en la fábrica, que con ceño fruncido se inclinaban sobre los papeles y contaban la paga. Uno de ellos también era médico. No. El médico era otro. Catherine se acercó al médico con actitud contundente (tal fue su manera de moverse entre los cuerpos tendidos de los enfermos) y habló con él. El doctor puso mala cara. Siempre hay alguien que está peor que tú. Siempre hay alguien más enfermo, más seriamente perjudicado.

Catherine tomó al médico por el brazo. Podrían haber sido dos

amantes en el momento de encontrarse. Catherine podría haber sido la prometida del médico por su manera de tomarle del brazo y de insistir, como solo una mujer sabe, en decirle algo que es necesario. Lucas se preguntó si el médico y ella no se conocerían de antes.

El médico frunció el ceño de otro modo —tenía un lenguaje de fruncimientos— al ver la mano de Catherine sobre la manga blanca de su bata. En cambio, como un amante, la acompañó. Ella le condujo entre los cuerpos hasta donde se encontraba Lucas.

—Se le ha aplastado la mano en la fábrica —dijo.

El médico esbozó un fruncimiento distinto. Este fue más sesgado, más gamberro.

—Hay uno al que le han arrancado la pierna —dijo el médico—. Los quirófanos están desbordados. Hacemos lo que podemos.

—No es más que un niño.

—Hay otros antes que él.

—Es un niño que mantiene a sus padres, que trabaja en un sitio demasiado duro para él, y en el que le han aplastado la mano. Su hermano murió hace tan solo una semana. Tiene que atenderlo cuanto antes.

—Lo atenderemos de inmediato.

—Tiene que ser ahora.

Al médico se le ensombreció el rostro. Retrajo los ojos, que se le empequeñecieron, aunque brillaron más en su semblante oscurecido.

—¿Qué ha dicho, señorita?

—Le ruego me disculpe —repuso Catherine—. No era mi intención ser descortés, pero por favor le pido que atienda a este chico. Como bien puede ver, estamos desquiciados.

El médico tomó una decisión. Era más sencillo, decidió, plegarse. Otros estaban antes de Lucas, pero tendrían que esperar, tal como ya sabían.

—Vengan conmigo —dijo el médico.

Dan ayudó a Lucas a ponerse en pie. Lo sujetó con el brazo a la espalda y le ayudó a caminar, tal como Lucas había ayudado una vez a su madre a volver a la cama. ¿Cuándo fue aquello? El médico los condujo, aunque pareciera que a Catherine le correspondiera guiarlos.

Pasaron por la puerta, que daba a un pasillo lleno de gente. Al igual que los de la sala de espera, estaban sentados o tumbados en el suelo. Dejaban un pasaje muy estrecho por el que podían pasar los no enfermos. Lucas se extrañó al pensar que el hospital pudiera ser como la

fábrica si consistía en una sala tras otra, cada cual diferente de la anterior, pero igual a la siguiente, que se abriesen una a otra como una serie de cavernas hasta que al final llegaran a ¿qué? La curación misma. Una joya viva, una bola de fuego verde oro.

Dan había ayudado a Lucas a salvar el camino que dejaban expedito los afligidos. Tuvieron que pasar por encima de una pierna y por encima de un brazo extendido, de un color extraño, azulino, blancuzco, como el queso. Lucas se preguntó si iban camino de la última de las salas, donde se custodiaba la curación.

La sala en que entraron estaba casi al final del pasillo. Era una sala ordinaria, aunque allí no había nada ordinario. Era pequeña, y lúgubremente blanca. Había unos armarios con puertas acristaladas, una silla y una camilla. En la silla estaba sentada una monja, inclinada sobre el hombre que ocupaba la camilla. El hombre, más o menos de la edad de su padre, pero más menudo, y con el cabello más largo, hablaba en murmullos con la monja.

—Muy bien. Veamos —dijo el médico.

A Lucas le llevó unos instantes comprender que el médico deseaba verle la mano. Creyó que se había referido a algo más general, más amplio, aunque no podría haber dicho de qué se trataba. Le tendió la mano. La sangre de los andrajos empapados goteó al suelo. Lucas contempló las gotas rojas. Estoy malherido, se dijo.

El médico desenvolvió el vendaje. No pareció que le importase la sangre. Al separarse los trapos, el dolor cambió. Se concentró en la mano de Lucas. Había estado antes presente en todo su ser como un malestar difuso, pero ahora estaba allí, siguiendo el curso de los vendajes que le iba retirando, como si las chispas se le hubieran quedado presas en la carne, intensísimas, atroces. Lucas gimió muy a su pesar. Era como si el vendaje se le hubiera adherido, como si el médico, sin comprender el error, estuviera arrancándole la mismísima piel a tiras.

Luego, desapareció el vendaje. Allí estaba su mano, al aire. Ya no era grande, como sí lo fue en la fábrica. Era pequeña, y estaba torcida sobre sí misma, como una pata de pollo. Era de una rojez gruesa, como si estuviera hecha solo de sangre. Parecía algo terrible y recién nacido.

Con nerviosismo miró a Catherine. ¿Sentiría repulsión?

—No pasa nada —le dijo ella—. No va a pasar nada.

El médico dejó los vendajes en una lata, en el suelo. La lata contenía otras cosas. El médico tomó la mano maltrecha de Lucas en la palma de

su mano, con tensa y cauta atención. La nueva forma adquirida era ancha, era severamente beatífica.

—¿Qué es lo que se puede hacer por él? —preguntó Catherine.

—Amputarle la mano. De inmediato —respondió el médico.

—No —dijo ella. Parecía poseer un poder no de conocimiento cierto, sino de divino rechazo. Parecía posible, o no parecía imposible, que Catherine le restableciese la mano solo insistiendo en que así fuera.

—¿Prefiere que esperemos y que luego sea preciso amputar el brazo entero?

—No es posible que sea tan grave.

—Señorita, ¿usted dónde ha aprendido medicina?

—La tiene rota —dijo con seriedad—. La tiene rota de mala manera, pero nada más. ¿No se le podría enderezar?

—Aquí no, desde luego.

—Pero sí en otra parte.

—No hay otra parte. Para él no la hay.

Lucas nunca había vivido una conversación como esa, en la que se hablaba de él como si estuviera presente y como si no lo estuviera. Era como estar en la fábrica. Era algo bueno, había algo que no era malo en el acto de entregarse así.

—Encontraremos un sitio al que podamos llevarle —dijo Catherine.

—¿Con qué dinero? ¿Tiene usted dinero?

—Por supuesto que no.

—Permítame decirle qué sucederá. Lo puede llevar al Hospital de Nueva York o al de St. Vincent. Le costará tiempo, tal vez un tiempo considerable, conseguir que alguien lo atienda allí, y lo más probable es que esa persona entonces decida indicarle que vuelva aquí. Para cuando regrese, se le habrá gangrenado la mano y tendremos que amputar todo el brazo, hasta el codo si hay suerte, hasta el hombro si no la hay. ¿Me entiende?

Catherine titubeó. Miró a Dan.

Lucas pasó entonces a ser visible.

—Lucas —le dijo ella—, creo que lo mejor será dejarle que haga lo que dice.

Asintió. Ascendió por encima de todo sentimiento que no fuera el dolor y Catherine. Lucas estaba extrañamente excitado. Ella lo miraba con una grandísima preocupación, con un amor profundísimo, duradero.

—¿Sabrás ser valiente? —le preguntó.

Él volvió a asentir.

—Muy bien, pues —dijo Catherine al médico.

—Así se habla —dijo este.

—¿Es posible que le den una cama ahora mismo? ¿Puede darle algo que le alivie el dolor?

—No tenemos camas disponibles.

—Seguro que alguna habrá.

—¿Pretende que eche de aquí a la mujer que se está muriendo en la habitación contigua? ¿Echo al hombre al que le falla el corazón?

—Esto es una monstruosidad.

—Tendremos un quirófano libre dentro de una hora, o dos a lo sumo. Mientras tanto, tendrá que esperar aquí.

—Entonces, dele algún medicamento. No quiere dar muestras de dolor.

—Tenemos muy pocas medicinas.

—¿Cómo es posible?

—Lo poco que tenemos debemos reservarlo para los casos más graves.

—Este es un caso grave.

—Este es un muchacho que está a punto de perder la mano. Cuando usted me insistió en que lo atendiera, tuve que dejar a un hombre al que se le ha incrustado en la cabeza un buen trozo de tubería. Le ha entrado por aquí —se señaló un punto situado encima de la oreja izquierda— y le ha salido por aquí. —Señaló un punto por detrás de la oreja derecha —. No sé cómo, pero sigue vivo. Para él sí tenemos morfina.

Catherine vaciló. Miró por toda la habitación (donde seguía tumbado el hombre que murmuraba en la camilla, atendido por la monja), miró los frascos guardados en las vitrinas como si creyera que allí pudiera estar la respuesta. Al no encontrar ninguna, habló con el médico en voz baja.

—Seguro que se puede tomar alguna medida. Como puede ver usted, no se encuentra nada bien.

—Señorita, este no es un hospital de caridad. La mitad de las personas que vienen aquí no se encuentran nada bien.

Catherine volvió a callar. Lucas la vio tomar una decisión.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —dijo el médico.

—¿No es este un lugar suficientemente privado?

Ella se desplazó hacia la puerta y el médico la siguió. Le habló en voz baja. El médico asintió con gran seriedad.

Dan no dijo nada. Lucas notó que no hablaba. El médico escuchó a Catherine y aún frunció el ceño.

—Los nueve meses pasados están en la cámara del paritorio, avanzan su desmayo y sus dolores.

—Lucas, cállate —dijo Catherine en tono cortante.

Se esforzó por permanecer en silencio. Apretó los dientes con fuerza.

El médico y Catherine volvieron junto a él.

—Le prescribiré algo de morfina. Como insiste usted tanto…

—Gracias —respondió Catherine.

—Termino aquí a las cinco en punto.

—Hasta luego.

—Haré que venga una de las monjas con la morfina y unas vendas limpias. Volveré cuando esté disponible el quirófano.

—De acuerdo —dijo Catherine.

El médico se marchó. Se quedaron los tres en la habitación con la monja y el hombre que murmuraba.

—Muy bien, pues —dijo Catherine a Dan.

Este no dijo nada, cosa que Catherine parecía esperar.

—He de volver a la fábrica —dijo al cabo.

—Sí —repuso Catherine.

Hasta ese momento, Lucas no había pensado que nadie fuese a volver al trabajo. Se había olvidado del trabajo. Se había convertido única y exclusivamente en su mano y en su dolor. Y en Catherine. Pero Dan tenía que regresar al tajo.

—¿Te vas a quedar conmigo? —preguntó a Catherine.

—Por supuesto —respondió.

—Seguro que te pones bien —dijo Dan a Lucas.

Lucas no pudo decir nada. Comenzó a comprender. Había causado una interrupción, nada más. Si Dan tenía que volver al tajo, Catherine tendría que regresar al suyo al día siguiente.

—Seguro que te pones bien —repitió Dan más despacio, con más nitidez, como si no estuviera seguro de que Lucas lo hubiera oído la vez anterior.

—¿Cuál de los jóvenes es el que a ella más le gusta? —dijo Lucas a Catherine—. El más acogedor de todos es el que a ella más bello le parece.

—Adiós.

—Adiós —respondió Catherine.

Dan la miró de manera extraña, con una cara parecida a la que puso Catherine cuando Lucas le llevó el cuenco. Algo había ocurrido entre Dan y Catherine. Ella le había mostrado el cuenco por el que tanto había pagado. Le mostró la mano destrozada. Siempre lo hizo con gesto desafiante, dolida y orgullosa.

Como no había más que decir, y nada que hacer, Dan se marchó.

—Es preciso que te tumbes —dijo Catherine a Lucas—. Y me temo que tendrá que ser en el suelo.

—Iré a la orilla, junto al bosque, y allí me quitaré los disfraces y me quedaré desnudo. Loco estoy de ganas de que esté en contacto conmigo.

—Chist. Anda, calla. Tienes que descansar. Tienes que descansar y estarte quieto.

—Estoy satisfecho. Veo, bailo, río, canto.

—Vamos, por favor —dijo Catherine—. Te pondrás peor si no dejas de hablar así ahora mismo.

Le ayudó a tenderse en el suelo y se sentó de modo que él pudiera apoyar la cabeza en su regazo. Bajo su cabeza quedaron los pliegues almidonados de su vestido azul.

—¿Te vas a quedar conmigo? —le dijo él.

—Ya te he dicho que sí.

—No solo hoy.

—Me quedaré contigo todo el tiempo que haga falta.

Lucas era solo el dolor y el regazo de Catherine. El dolor era una crisálida que lo envolvía como si fueran vendas abrasadoras. En la crisálida, en el regazo de Catherine, era difícil pensar en todo lo que no fuera eso. Con todo, se esforzó. Se contuvo. Él la había hecho estar allí, pero solo la había reservado para un solo día. Algo más tendría que hacer. Y no sabía qué.

—Catherine —dijo.

—Chist, no digas nada.

—Tienes que marcharte conmigo.

—Olvida todo eso. Olvídate ahora de todo.

Él se esforzó por no olvidar.

—Ayer vi que estabas equivocada.

—Basta, ni una palabra más.

—Debes tomar al bebé y marcharte lejos.

—Calla, calla.

Lo entendió entonces a través de la crisálida abrasadora. Era preciso que ella tomase al bebé y que marchara a un lugar como el parque que vio de noche, un lugar de hierba y de silencio. Era preciso que emprendiera su búsqueda, tal como Walt había indicado a Lucas. Existían tales lugares, y no solo en el parque. Él había visto los cuadros. Había campos y montañas. Había bosques y lagos. Él podría llevarla a un lugar como ese, pensó. Encontraría la manera de hacerlo.

En la camilla, el hombre murmuraba sin cesar.

Entró una monja. Su hábito negro tenía vida propia, y en su interior había creado su cara, tallada en madera. Envolvió la mano de Lucas con nuevos vendajes. Sacó de pronto (¿la llevaba dentro del hábito?) una jeringuilla llena de un líquido claro. Lo tomó del otro brazo, el intacto, con la calma y la sabiduría del zapatero que clava una suela. Le introdujo la aguja, una picadura como la de una avispa, un dolor mínimo, interesante, distinto en su manera de estar vivo, como la llamita de una vela. Retiró la aguja y se marchó. No había dicho ni una sola palabra. Como su rostro estaba tallado en madera, nada podía decir.

Pasado algún tiempo brotó una flor en el ánimo de Lucas. La percibió en un desdoblarse de pétalos, una transformación del capullo en la flor. El dolor seguía estando ahí, pero ya no estaba en él. El dolor le había abandonado tal como el espíritu abandona el cuerpo de los difuntos. De sí mismo había hecho un cortinaje cabrilleante, como si las cortinas pudieran hacerse de cristal y el cristal estuviera veteado de colores y mínimas muestras de luz. La cortina aleteaba, frágil como el cristal, alrededor de Lucas y de Catherine. Los rodeaba del todo. El dolor corría a través de la cortina en capilaridades de azul y de verde, del rosa más suave. En donde se tornaba más intenso, el dolor producía un retemblar acuoso de la iluminación, como la luz sobre las aguas de un río. El dolor los rodeaba, y estaban dentro del dolor.

Lucas no creyó que llegase a dormir. No creyó que hubiera soñado. Fue sin embargo capaz de ver cosas que por lo común solo veía en sueños. Vio que más allá de la cortina del dolor, más allá de las paredes de la habitación, se encontraba el hospital con sus suplicantes pacientemente perjudicados y el hombre que lloraba. Fuera del hospital estaba la ciudad con sus casas y sus fábricas, las calles por las que caminaba Walt y de todo se maravillaba, los herreros sudorosos en las forjas, las mujeres que paseaban con sus sombreros adornados con plumas, las gaviotas que trazaban círculos en el cielo cual si fueran

sueños que tuvieran los sombreros. Fuera de la ciudad estaba el libro, que inventaba lo que Walt veía y lo que Walt amaba, porque el libro amaba a Walt y deseaba deleitarle. Fuera del libro… ¿algo había fuera del libro? Lucas no estaba seguro. Creyó ver una distancia, una inmensidad que estaba en el libro y más allá de él. Le pareció ver campos y montañas, bosques y lagos, aunque no fueran como los de los cuadros. Por los cuadros había creído que serían planos y anodinos, mero verde empastado y azules límpidos, sin relieve. Ahora entendió que tenían vida propia y que eran de colores intensos. Había océanos de hierba meciéndose al compás de los soplos de la brisa. Había montañas de un blanco cegador.

A Lucas se le formaron arrugas en la frente. Catherine le habló en un susurro. No supo qué le había dicho.

Algo dijo: Lucas, es la hora.

¿La hora de qué?

Todo cambió. Volvió a estar de pie en la habitación, aunque era la habitación tal cual era en verdad, un cendal en forma de habitación, con una ciudad alrededor y un océano de hierba más allá de la ciudad. Se preguntó si los demás lo sabrían. Se preguntó si la monja de madera lo sabía, pues allí estaba de nuevo, esa era su espalda, y el brazo de Catherine para ayudarle. Caminaba, le pareció que caminaba. La cortina del dolor lo seguía por donde fuera, titilante, fusionada.

Estaba en el pasillo donde esperaban los que esperaban. Brillaban todos ellos con su propio dolor, teñidos por el dolor, convertidos en algo bello y extraño, fosforescente. Al caminar entre ellos, supo que eran sus amigos. Supo que los perjudicados, todos ellos, eran su familia, eran parientes a los que no conocía, pero que llevaban su misma sangre en las venas.

Entonces vio a Simón. Salió por una puerta y se plantó en el pasillo delante de él.

Lucas se detuvo. Era lastimoso ver a su hermano. Tenía la cara hecha fosfatina, un ojo oscuro que miraba sin ver, colgado de la órbita, y el otro volatilizado del todo. Lo que le quedara de cabello lo llevaba apelmazado, pegado a lo que le quedara de cráneo. El brazo derecho, el que se había llevado por delante la abrazadera y lo había arrastrado bajo la huella dentada, era mera hilacha de carne mal sujeta al hueso. El tejido de la camisa se le había amalgamado con el pecho, de modo que tela y carne eran una y la misma cosa. El corazón, intacto y más grande de lo que Lucas había supuesto, relucía entre las líneas limpias

de las costillas, entre blancas y amarillentas.

Era Simón por fin liberado de la máquina y la caja. Era el Simón que no les habían permitido ver. ¿Cómo había salido de su encierro?

Simón dijo: Tú me la has traído.

—¿Lucas, qué te pasa? —preguntó Catherine.

Simón dijo: Gracias. Me alegro de tenerla aquí.

Llegó una monja y tomó a Simón del brazo, el que aún no tenía destrozado. Se lo llevó con prisa.

—No pasa nada —dijo Catherine—. Ese hombre ha sufrido un daño terrible. No podemos hacer nada por él. Vamos, ven por aquí.

Lucas dijo: No. No pudo estar seguro de que lo llegara a decir en voz alta.

Dijo: Tenemos que marcharnos.

Como no tenía ninguna seguridad de que hablase en voz alta o no, se volvió y emprendió el camino contrario, hacia la sala de espera, avanzando con rapidez entre los caídos. Tenía sólidas las piernas, como si tuvieran su propia inteligencia. Sabía que Catherine lo seguiría. Esperaba que así fuera.

Se vio abrir la puerta con la mano buena. Se vio al desplazarse por la sala de espera, por delante del hombre que lloraba, por delante del padre y la madre que se mecían y gemían a la vez que el hijo. (¿Los llamarían alguna vez por sus nombres?) Se vio atravesar la puerta más lejana y salir a la calle. Era de día. La gente caminaba de acá para allá, llevando sus paquetes.

Catherine estaba allí, tras él. Lo había seguido.

—Vuelve, por favor te lo pido —le dijo.

Echó a caminar por la acera. ¿Iba ella a seguirle? Sí, lo hizo.

Vio que el amasijo rojo de su mano lo llevaba pegado al pecho, junto al corazón, como un segundo corazón que llevara fuera.

—Para, Lucas. Basta, para. Vas a perder la vez.

Tuvo gracia oírle decir eso. Ella creía que él había estado a la espera de un regalo, una maravilla que de ninguna manera habría querido perderse, cuando lo que en realidad quería, lo único que quería, era llevársela a ella lejos de allí.

Echó a correr. Tuvo completa certeza de adonde se dirigía, adonde la llevaba, pero no pudo darle un nombre. Tan solo sabía que se encontraba en tal dirección. Imaginó que era un sitio a salvo de todo, un sitio con árboles y montañas. Allí mismo estaban los árboles y las montañas, delante de él, delante de Catherine, y aunque se hallasen a

una distancia incognoscible él sabía a ciencia cierta que con cada paso la haría acercarse un poco más, alejándola así de los muertos. Solamente sabía, aunque lo sabía con certeza absoluta, que debía seguir su camino. Sabía que debía llevarla a ella consigo y que eso no podría hacerlo mediante las palabras o las explicaciones. Para eso no había lenguaje. Solo podía hablar con el cuerpo, solo con las piernas.

Catherine echó a caminar tras él. Iba a demasiada velocidad para ella. Frenó un poco la marcha, de modo que ella no se rezagara demasiado.

—Si no vuelves ahora mismo, no te atenderán —dijo ella.

—La presión de mi pie sobre la tierra mulle un millar de afectos.

—Que alguien lo detenga —gritó Catherine—. Por favor, está enfermo, no sabe lo que hace.

Lucas vio a un hombre y luego a otro preguntarse si deberían intervenir, y los vio decidir que no. Estaba el bulto sanguinolento en el pecho de Lucas. Estaban las cuitas de todos los demás, insondables, y cada uno de aquellos hombres bastantes cuitas tenían que atender.

Llegó cerca de Washington Square, con Catherine tras sus pasos, cuando oyó sirenas. Pensó al principio que eran trompetas, penetrantes y cacofónicas. (¿Por qué iba él, por qué iba nadie a pensar que los ángeles emitían un sonido bello?) Pensó que él, él y Catherine, entraban en una tierra de promisión, en que los acogía un ejército de… no, de ángeles no. Un ejército de espíritus que eran como los animales, como los fantasmas, como Mr. Cain y el hombre que lloraba, inescrutables, dueños de una lengua que los vivos no conocían, pero que de un modo u otro llegarían a entender. No eran afables, pero tampoco eran crueles. Lucas sabía que debía acudir con ellos. Sabía que su deber era llevarse a Catherine. Sabía que los que soplaban las trompetas eran el libro y que el libro era el mundo mismo.

Antes de verlo le llegó el olor del humo. Por un instante pareció sencillamente el olor habitual del aire, que le llegó de un modo acrecentado. Pero era más intenso, más acre. En la calle hubo otros que también parecieron percatarse. Flotaba un ascua que pasó de largo, de un naranja brillante, como las lucecitas en la cortina del dolor, pero más brillante. Hizo una pausa, no pudo evitar detenerse, para ver el ascua pasar de largo.

Catherine lo alcanzó. Iba sin resuello.

—Dios mío —dijo.

Siguió caminando deprisa. Lucas la siguió. Se alegró de ser el que

siguiera. Se alegró de que ella por fin pareciera comprender.

La Manahatta Company expulsaba fuego como si lo respirase. Lenguas de fuego que restallaban como estandartes en las ventanas de los pisos más altos. Las ventanas, al menos algunas, eran cuadrados de color naranja. Penachos de humo negro asomaban y se henchían, gruesos y aterciopelados.

—Oh, Dios mío —dijo Catherine. Lucas se quedó a su lado. Los coches de los bomberos relucían en la calle. Bomberos de negro atuendo, los maridos de las monjas, lanzaban chorros de agua luminosa que se precipitaba lejos de las ventanas por donde arreciaba el fuego. Lucas pensó en las joyas del escaparate del Emporio Gaya, resplandecientes entre los pliegues de la tela desvaída.

Siguió con Catherine hasta que un policía les indicó que estaba prohibido el paso. Catherine se plantó delante de él igual que se había plantado ante el médico en la sala de espera. Parecía que fuese a concitar todo el poder de su insistencia. Le diría que no había, que no podía haberse declarado un incendio.

—Yo trabajo ahí—dijo.

—Suerte que no estés ahora ahí dentro —respondió el policía.

Catherine buscó a tientas a Lucas, lo estrechó contra ella. Juntos vieron desplegarse las llamaradas manifestándose en toda su belleza, que no era cruel, ni era tampoco afable. Vieron el agua alzarse en hilos luminosos, y caer sobre la acera convertida en lluvia. Oyeron la fanfarria de las sirenas.

Y en ese momento Lucas por fin comprendió. Todo había sido por eso. Todo se hizo de tal guisa que Catherine no estuviera en la Manahatta Company cuando se declaró el incendio. Simón la había amado; en eso, ella se equivocaba. No se había desposado con la máquina, se había sacrificado a ella, tal como se entregaban los santos a la gloria, como se entregó santa Brígida al círculo muy vivo de su dolor de cabeza. Simón había sabido en todo momento, por algo tenía trato íntimo con las máquinas, bien sabía Lucas hasta qué punto era íntimo, que las máquinas de coser de la Manahatta adoraban y deseaban a sus mujeres, aunque eran demasiado pusilánimes para llevárselas, tal como las máquinas grandes se llevaban por delante a los hombres. Simón había sabido, había supuesto (¿se lo había dicho la máquina?) que las máquinas de coser estaban a la espera de llevarse a las mujeres de la única manera en que podrían hacerlo.

Y solo Catherine se había librado.

Abrazaba a Lucas con fuerza. Percibió el alboroto de su corazón. Respondió con su propio latido, pálido, como un avecilla, pero resuelto.

Una mujer se asomó a una ventana en la séptima planta.

Se quedó de pie en la ventana, agarrada al marco. La falda azul se le henchía. El cuadrado de intensa luz naranja hacía de ella una silueta azul, frágil y nítida. Era como una diosa del fuego, llegada a su pedestal para decir a quienes estuvieran reunidos abajo cuál era el significado del fuego, qué quería decir para todos y cada uno. Desde tan lejos, su cara no era reconocible. Se volvió hacia el interior del edificio como si alguien la hubiera llamado. Estaba radiante, aterradora. Escuchó algo que le dijo el fuego.

Saltó.

Catherine soltó un alarido. Lucas se aferraba a ella con toda su fuerza. El corazón de ella le repicaba en el oído.

La falda de la mujer se levantó a su alrededor en su caída. Alzó los brazos como si quisiera agarrarse a cuantas manos invisibles que trataran de sujetarla.

Cuando se estampó contra la acera, desapareció. Había sido una mujer suspendida en el aire, había sido la floración de su

falda, y en un instante no fue más que un vestido convertido en charco sobre los adoquines, todavía ligeramente levantado por los bordes, como si siguiera con vida. Los policías se precipitaron sobre ella.

—Oh, Dios mío —dijo Catherine. No habló en voz alta.

Lucas la sostuvo. Lamentaba lo ocurrido a la mujer, pero no era Catherine.

—¿Temías acaso alguna escrófula por el embarazo incesante? ¿Suponías que las leyes celestiales aún están por rehacerse y rectificarse?

Con la mano sanguinolenta, Lucas se tocó el guardapelo que llevaba colgado al cuello.

Se espesó el aire. Llegó a percibir su sabor. Lo notó en los pulmones. Una tormenta de ascuas caía bailoteando sobre la acera, alrededor de los policías y los bomberos, alrededor de la mujer desaparecida y de su falda.

Catherine se echó a llorar. Lucas le dio consuelo. Estaba aconteciendo algo abrumador, pero él y Catherine disponían de una cortina que los rodeaba. Estaban dentro de ella. Desde el círculo, Lucas vio con toda claridad, casi como si ya hubiera ocurrido, una casa en el

mar de hierba. Vio la luz que despediría de noche, bajo el cielo.

Se había congregado una muchedumbre. Lucas y Catherine se encontraban en primera fila, tan cerca del edificio como lo permitían los policías. El gentío estaba espeluznado y excitado. Las caras de los viandantes las iluminaba el incendio.

¿No era aquel el propio Walt entre los demás, el Walt con la expresión de hambre y asombro de todo cuanto pudiera suceder? Lucas vio a un hombre barbudo que podía ser Walt o podía no serlo. Había una mujer a su lado. ¿Era santa Brígida, con el rostro vuelto hacia el cielo, con su rostro blanquecino y compasionado, el halo discretamente oculto bajo un sombrero de fieltro marrón? Si no lo era, lo parecía.

Lucas saludó agitando la mano. No tenía certidumbre de que fueran Walt o santa Brígida, pero saludó. Con la mano buena abrazaba a Catherine, de modo que tuvo que saludar con la otra,

con el fardo ensangrentado. De pronto tuvo orgullo. Esto es lo que de mí se exigía. Esto es lo que he hecho.

Ni Walt ni santa Brígida lo vieron. Walt lo encontraría a su debido tiempo, seguro. Lo había encontrado en Broadway en su momento de más necesidad; de seguro volvería a encontrarlo cuantas veces fuera preciso. Lucas y Catherine se adentrarían en el libro, pues el libro jamás se daría por concluido. Lucas se lo recitaría a Walt y a todos. Recitaría lo que Walt aún no había escrito, pues su vida y el libro eran una sola cosa, y todo lo que él hiciera, todo cuanto dijera, formaba parte del libro.

El humo, aunque no el humo, lo que el humo creaba, se arremolinó en torno a todos ellos, una densificación del aire, una revitalización aguda y dolorosa. Lucas lo vio con la misma claridad con que había visto la cortina de dolor. El aire se había espesado; le pareció que podría alcanzarlo con la mano buena y formar pelotas, bolas como de nieve. Centelleaba en ascuas, manifestando su semejanza con el cielo de la noche.

El aire tenía un sabor. Lucas lo paladeó despacio. Lo reconoció.

Los muertos habían ingresado en el ambiente. Lucas lo supo con la certeza con que había sabido la presencia de Simón en la almohada. Con cada inspiración, Lucas se introducía a los muertos en su interior. Ese era el sabor amargo; de esa forma yacían, cenicientos, acalorados, sobre la lengua. Lucas siguió saludando al hombre en medio del gentío. Pareció de pronto que Walt tenía que verlo, tenía que acudir a él. Y muy pronto, además. Walt debía llevarlo a la orilla del río y enseñarle

el camino hacia la hierba.

Walt no lo miró, y tampoco lo miró la santa apenada. Había demasiadas otras cosas que ver. Lucas mismo vio, al igual que todos, sin duda, un gentío y un edificio en llamas, una totalidad inmensa e hipnótica en medio de la cual un chiquillo apenas agitaba el muñón de la mano.

Los muertos colmaban la boca y los pulmones de Lucas. Catherine lloraba abrazada a él. Él mismo se sintió visto, al igual que la noche anterior en el parque, por una presencia que lo conocía más allá de su nombre y su persona, más allá del mecanismo de la carne y la sangre que dormía en una habitación, que tantas ganas tuvo de tener un caballo con ruedines. Estaba fatigado; estaba brusca y profundamente fatigado. Creyó que las piernas no iban a soportar su peso. Creyó que caería tal como había caído la mujer. Desaparecería y dejaría tras de sí solo la ropa, la ropa mecida por el humo y el viento.

Se esforzó por seguir en donde estaba.

—Cada uno de los átomos que me pertenece vale tanto como si te perteneciera —dijo.

El gentío prorrumpió en exclamaciones como si fuera una sola persona. En lo alto, otra mujer asomó a una ventana. El vestido se le había incendiado. Estaba de pie como si fuera el mismo fuego, solo que en forma de mujer. Lucas miraba al igual que todos los demás. El vestido era una llamarada, pero la cabeza seguía siendo la de una mujer. Podría haberse tratado de Emily o de Kate o de la muchacha de pelo negro que le había dicho: «¿Y no te sirvo yo?».

Miró abajo. A Lucas.

Él comprendió, aun cuando los ojos de ella no fueran visibles desde tan gran distancia. Al saludar con la mano, había concitado no la presencia de Walt, ni de santa Brígida, sino de la mujer de fuego, la más reciente entre los miembros de los muertos. Él había querido darse a ver, y así había sido.

Le devolvió la mirada. No pudo hacer nada más. El corazón se le desbocó tal si ardiera, lleno de su propio fuego. Crepitaba a la vez que Emily, o no, o Kate, o la muchacha del pelo negro, crepitaba en la ventana. Dijo, aunque no pronunciara una sola palabra: esto es lo que ahora somos. Estábamos fatigados, agotados; vivíamos en minúsculas habitaciones, comíamos dulces en secreto, pero ahora somos radiantes, somos gloriosas. Ya no somos cualesquiera. Somos parte de algo más vasto, más maravilloso, que cuanto puedan imaginar los vivos.

Dijo: Dios es una máquina sagrada que nos ama de un modo tan abrasador y tan perfecto que nos devora a todos nosotros. Para eso estamos aquí, para ser amados y devorados.

Lucas oyó las palabras de la mujer y oyó el corazón de Catherine muy cerca de su oído. Comprendió. Simón y él habían cumplido con su cometido. Habían sido más listos que la máquina Dios. Habían dado más vida a Catherine; le habían dado un futuro. La vio haciendo cosquillas a su bebé con una brizna de hierba. La vio a ella y vio al bebé, ciudadanos en el mundo de los no muertos. Él estaba destinado a otras cosas. Estaba destinado, siempre lo estuvo, para esto.

La mujer de fuego extendió las alas y echó a volar.

Catherine chilló. El gentío y ella emitieron la misma exclamación. La mujer de fuego dio un alarido hacia tierra, llevando tras de sí cintas de llamas. Lucas se apretó más contra el corazón de Catherine. Su propio corazón, unido al suyo, se le hinchó en el pecho, se hizo más y más grande. Supo entonces que él era uno de los muertos y que siempre lo había sido. Notó que el corazón le reventaba, como un melocotón que revienta la piel. Trastabilló por más que no quisiera. Los adoquines se tornaron más grandes. Catherine lo sujetó. Lo sostuvo contra una de sus rodillas. Medio tendido, sostenido por Catherine, alzó los ojos. Vio a la mujer atravesar el cielo. Vio por encima de ella, por encima del humo y del cielo, un caballo resplandeciente hecho de estrellas. Vio el rostro de Catherine, dolorido, una fuente de inspiración. Dijo su nombre. Supo que se le había parado el corazón. Quiso decir: soy inmenso, albergo multitudes, estoy en la hierba, bajo vuestros pies. Hizo ademán de hablar pero no dijo nada. En el cielo tachonado de estrellas, el gran caballo celestial volvió la cabeza enorme. Se anunció una belleza indecible.

LA CRUZADA DE LOS NIÑOS

A ella se le había pasado. Nadie le echaba la culpa, pero no debería habérsele pasado. Presuntamente, era una de las pocas que tenían el toque mágico, una de las pocas que sabían discernir, al oído, el *ping* de la intención inequívoca, como un martillo que lejísimos diera en el clavo, al margen de lo rimbombante que pudiera ser el autor de la llamada, al margen de lo improbable que fuera la amenaza. Pero se le había pasado. Cuando entró la llamada pensó en el acto: un chaval de raza blanca, entre doce, casi trece, y quince recién cumplidos; el cibercolgado de costumbre, encerrado en una maloliente habitación de chico, que ni bajo la mayor presión de la tierra accedería a limpiar, rodeado de vasos de papel tamaño extra-grande y de mandos a distancia; pálido, con pinta de hurón, subordinado, carente de inflexiones en la voz y en el cuerpo, con aspecto desaseado incluso en las contadas ocasiones en que apareciera limpio, con uno o dos amigos exactamente iguales que él y que no hablaba con nadie más, solo con su familia, pero porque no le quedaba más remedio, y con su desastrada pandilla de Igors cortados por el mismo patrón, con los que compartía un lenguaje privado y un vocabulario de pasiones siniestras, además de una marcada propensión a pasar todo el tiempo que fuera humanamente posible en dormitorios mal iluminados del extrarradio, en los que resplandecía furtiva la luz de la pantalla, y en los que olía a pies y a lana resudada y a semen envejecido.

Ese chaval, en sus diversas encarnaciones, era un rasgo constante en la vida de la unidad disuasoria. Eran una raza: tristes, desesperados, picados de viruela, medio locos por las hormonas y la soledad, sentados allá donde estuvieran, con la polla en una mano sucia y el móvil en la otra. En la llamada no hubo una sola cosa que fuera notablemente diferente; no presentó ninguno de los síntomas de peligro. O al menos eso le había parecido. Solo la recordaba a medias en el mejor de los supuestos. Nada se dijo específicamente de la diana ni del armamento;

tan solo una sarta de improperios y una declaración de intenciones, una voz adolescente que anunció su decisión de llevarse por delante a un ciudadano de a pie, porque la gente, en fin —*dime qué pasa con la gente, anda*—, está jodiendo el mundo de arriba abajo, lo está destruyendo —*¿piensas en alguien en concreto, alguien específico que te quieras llevar por delante?*—, da lo mismo, ¿que no?, todos somos iguales —*para nosotros no, no todos somos iguales*—, lo que quiero decir es que al mundo no le importa, no tiene ninguna importancia por comparación con el tiempo geológico —*estás muy cabreado con alguien, da la impresión que alguien te tiene muy cabreado, ¿es así?*—, no, no entiendes nada, yo no estoy cabreado con nadie, solo voy a hacer que alguien salte por los aires, y me pareció que a alguien tendría que decírselo.

Clic.

Cat dio baja prioridad a la llamada y la largó por el embudo. Tres días después, en cuanto llegó la noticia oyó ese *ping* en el fondo de la mente. Una explosión en la esquina de Broadway y Cortlandt, muy cerca de la Zona Cero, al menos uno hecho trizas, dos probablemente, puede que más. Había hablado para entonces con otras varias docenas de potenciales, entre ellos un tipo que afirmó que se hacía pasar por gay y que visitaba los bares gay para introducir veneno en las copas de otros clientes, contribuyendo de ese modo a eliminar a algunas de las personas que estaban sorbiendo la savia del Árbol de la Vida. Había hablado con un varón de edad avanzada y de raza hispana que iba a pasar a cuchillo a todo el personal de la biblioteca pública, sede principal, a menos que dieran con el responsable de los insultos que contra su persona aparecían a menudo en los márgenes de los libros.

Había vuelto a la manía de confeccionar listas. Había intentado quitarse del hábito, pero después de que colgase el tipo que iba a cortar en pedacitos a los bibliotecarios, se la encontró delante de ella, en rotulador, sobre un Post-it:

El daño está en los libros

Matar al inofensivo

¿Escoba nueva?

No era una locura: así eran sus notas. Una psicóloga tomaba notas. Con todo y con eso, las suyas podían parecer un tanto fuera de lugar. Arrugó el Post-it y lo tiró a la papelera. Habida cuenta del clima reinante, no le agradaba la idea de que alguien encontrase esas palabras en concreto, escritas de su puño y letra. De acuerdo, tampoco le gustaba el hecho de no haber caído del todo en la cuenta de que había vuelto a

las andadas.

Tal vez Simón tuviera que llevársela a pasar fuera unos días. Una buena dosis de playa y servicio de habitaciones, una buena dosis de Simón puro, sin distracciones, le ayudaría a sentirse menos tensa. Si se diera el caso, remojaría su ciruela negra en las olas de la orilla. Ahogaría su ciruela negra en la piña colada que ella misma se tomase.

Cuando llegó la noticia, Cat oyó alto y claro el *ping*, pero no pudo recordar del todo la llamada. Le volvió a la memoria al conocer los detalles, que entraron más de una hora después del incidente. Dos despanzurrados, no solo uno, y a tenor de cómo se desarrollaron las investigaciones posteriores pareció que el que se había evaporado literalmente iba repleto de explosivos. Al otro lo habían identificado: un tal Dick Harte, promotor inmobiliario, parte de la reconstrucción del World Trade, cuyo dedo anular, con la alianza puesta, se había encontrado en el cajetín de un semáforo peatonal.

Bien. Voy a hacer volar a alguien por los aires, pensé que podría decírtelo a ti. Joder.

Cat recuperó su informe, notificó a Pete Ashberry. Si ese chico era el mismo, se le había pasado.

Rechazó el ofrecimiento que le hizo Pete para irse a casa temprano. Se pasó el resto del día sentada, a la espera de saber si se habían encontrado más fragmentos en el lugar de la explosión. Habló con un hombre que planeaba lanzar una bomba incendiaria en un Starbucks (sin especificar en cuál) porque insistían en contratar como camareras a furcias negras de mierda. Habló con otro hombre, de acento eslavo, que iba a asesinar al teniente de alcalde (¿por qué al teniente, y no al alcalde?) porque, por lo que atinó a percibir antes de que colgase, era sencillamente algo interesante de hacer.

Guardó todos sus bolígrafos en el cajón, sin dejar uno solo a la vista. Fue un poco como si dejase de fumar.

Pete llegó a su cubículo a las cinco menos cinco. Era un hombretón como un archivador de grande, y más o menos igual de emocionante. Pero era un tipo decente; llevaba sus sinsabores con valor. Su mujer se estaba quedando ciega. Su hija se había casado con un ecocultista que se la había llevado a Costa Rica para vivir en la copa de un árbol.

—¿Y ahora qué? —dijo Cat.

No estaba con ganas. De nada. Tendría que endulzar el mal trago; a fin de cuentas, muy posiblemente se le había pasado, pero si ahora se pusiera en plan simpático y se deshiciera en disculpas, si empezase a

actuar como una persona necesitada de perdón, posiblemente nunca sería capaz de mirarse al espejo. Que les dieran mucho por detrás si querían que se amansara.

Pete se quedó en el umbral (no se podría llamar umbral; era solo el punto en el que el cuchitril enano de Cat se fundía con la fluorescencia general de la planta) con la boca cerrada. Pete era el único hermano en toda la unidad disuasoria. Tenía la piel color caoba barnizada, el pelo de un incongruente y muy bello gris plateado. Cuando se concentraba y se ponía serio, bastaría con colocarle una lata bajo el labio superior y apretarle la nariz para que se accionase la función de abridor.

—Han encontrado un antebrazo, el izquierdo —dijo—. Media zapatilla deportiva con medio pie dentro. Es un chaval.

—Dios.

—¿Estás preparada para lo que sigue? El chaval se acercó a ese tipo caminando, lo abrazó e hizo detonar todo lo que llevaba encima.

—¿Cómo? ¿Que lo abrazó?

—Eso dicen los testigos. Un chico blanco, con una camisa de béisbol, pinta normal y corriente. Esto según los dos dignos de fiar. De los cuales solamente uno afirma que vio el abrazo de púgil.

—Joder. Estoy jodida.

—Estamos todos bien jodidos.

—¿Y quién ha resultado ser el tal Dick Harte? —preguntó.

—Un especulador. No es Donald Trump, pero tampoco es un *mindundi*. Uno de los que hacen que se levanten las torres de apartamentos.

—¿Algún negocio curioso?

—Nada por el momento. Vivía en Great Neck con su esposa número dos. Hijos, animales domésticos. Nada del otro mundo.

—¿Tú crees que conocía al chaval?

—Eso espero.

Eso esperaba todo el mundo. Todo el mundo estaría en esos momentos rezando una plegaria en silencio, al efecto de que el chico hubiera sido el hijo ilegítimo de Dick Harte, o bien de que los dos mantuvieran relaciones sexuales en un parque de Great Neck, o de lo que fuera. Cualquier cosa, con tal de que no fuera fruto del azar.

—Mierda.

—No sabemos si era el autor de tu llamada —dijo Pete.

—Yo tengo un pálpito.

—Sí, bueno, yo también, claro. ¿Quieres escuchar la cinta conmigo?

—Nada me haría tanta ilusión.

Fue con Pete por el pasillo hasta la sala de audiciones. Pete paró por el camino en la sala de los refrigerios para llevarse una taza de café pasado, del fondo de la cafetera, más fango que café, que se tomó con cuatro sacarinas. Cat cortesmente le dio las gracias. Entraron los dos en la sala de audiciones que, a juicio de Cat, era el lugar menos desagradable del recinto. Era algo más fresco que el resto, y la iluminación no era tan implacable. Tomaron asiento en las sillas grises, mullidas, de material sintético. Aaron había dejado la cinta preparada en su punto exacto. Pete accionó el botón.

Hola, Cat Martin al habla. Como a todo el mundo, le fastidiaba oír su propia voz grabada. Dentro de su cráneo no le sonaba ni tan plana ni tan desabrida. Para sí misma, sonaba muscular y musical, ahumada, como la de una Nina Simone todavía joven.

¿Hola? De nuevo ahí estaba, una voz carrasposa y adolescente, absolutamente anodina. Nerviosa, un poco aflautada, probablemente trece años. *¿Eres una mujer policía?*

¿Y tú cómo te llamas?

He llamado a la policía y me han pasado contigo.

¿En qué puedo ayudarte?

En nada. Tú no me puedes ayudar en nada.

Su pobre madre debía de haber oído esas mismas palabras desde que la pubertad convirtió a su dulce hijito en un desconocido malhumorado, fétido. ¿Alguna madre por el mundo adelante estaría ya preguntándose qué fue de él?

Entonces, ¿por qué llamas?

Porque quiero decirte una cosa.

¿Qué me quieres decir?

Silencio. Se lo volvió a imaginar a la perfección, el pequeño y desesperado pajillero en una habitación llena de pósters de películas violentas, armándose de valor. Nada del otro mundo, la verdad; nada de nada.

Voy a hacer volar a alguien por los aires.

¿A quién?

No te lo puedo decir.

¿Por qué piensas que no me lo puedes decir?

Hay que pararle los pies a la gente.

¿Por qué lo piensas?

Tenemos que empezar de cero.

¿Estás pensando en pararle los pies a alguien en concreto?

Da lo mismo quién.

No da lo mismo. ¿Por qué crees que no importa?

Quiero decir que al mundo no le importa. A la compañía no le importa.

¿A qué compañía?

A la compañía para la que todos trabajamos.

¿Tú para quién trabajas?

Tú también trabajas para la compañía.

¿Y la compañía te ha dicho que hagas daño a alguien?

Tú te crees que estoy majara, ¿no?

Yo creo que estás cabreado.

Por favor, no me hables como a los niños y a los locos. O sea, una persona no importa. Los números no se comprimen en cifras simples.

Tú quieres hacer daño a alguien que te está haciendo daño. ¿Es eso?

No puedo hablar contigo.

Sí que puedes. Dime cómo te llamas.

Yo estoy en la familia. Renunciamos a nuestro nombre.

Todo el mundo tiene un nombre.

Yo solo quería que alguien lo supiera. Me pareció que sería lo mejor.

¿Lo mejor para quién?

No tenía que haber llamado.

Mierda: ahí estaba.

Esto lo puedes resolver sin hacer daño a nadie. Dime cómo te llamas.

No soy nadie. Ya estoy muerto.

Clic.

Así pues, la verdad es que se le había pasado y la había cagado. En el momento en que alguno de los que hacían una llamada se remitía a otra persona, pasaba a ser automáticamente una llamada de alta prioridad. Cualquiera de los autores de las llamadas que dijera recibir instrucciones de un amigo, de Jesucristo mismo, del perro del vecino o de las transmisiones de radio que le llegaban por los empastes de las muelas, pasaba de inmediato al siguiente nivel de gravedad. Este había sido bastante difuso: *no tenía que haber llamado*, pero, con eso y con todo… Ella tendría que haberle tirado de la lengua, no tendría que haberle presionado tanto para que le dijera su nombre.

¿Estuvo tal vez en ese momento confeccionando una lista?

Probablemente. ¿Había prestado más atención a la lista que al autor de la llamada? Esperó de corazón que no.

—«Yo estoy en la familia» —dijo ella—. «Renunciamos a nuestros nombres». ¿Tú qué opinas?

—Lo que tú supongas vale tanto como, lo que suponga yo.

—¿Algún grupo de rock con letras de ese estilo?

—Lo estamos verificando.

—Bien.

—La familia. ¿Qué familia?

—Ocho en casa. La mafia. IBM. Ya sabes…

Cierto. El otro día había recibido una llamada así. Un ciudadano de voz amable que dijo que iba a ponerse a circular por el campo y a atropellar uno por uno a los emigrantes ilegales, porque había recibido órdenes de Katie Couric. Parecía que les gustaba la idea de que trabajaban para famosos, para corporaciones multinacionales.

—Ya sé —dijo Cat—. Ya sé, sí.

—Tendrías que haberlo pasado a alta prioridad —dijo Pete. No lo dijo con retintín. Simple afirmación de un hecho. Esas cosas pasaban.

—¿Se ha verificado el origen? —preguntó ella.

—Cabina pública. En la esquina del Bowery con la Calle 2.

—Aj.

—Tenía que pasar. Tarde o temprano. —Sorbió el café.

—No pensaba yo que me fuese a pasar a mí.

—Vete a casa. Descansa. Dile a tu novio que te prepare una copa y te lleve a cenar a un sitio agradable.

—¿Tú crees que estaba tan cuerdo como aparentaba?

—No sabría decírtelo. A ver qué dicen los forenses.

—¿Quién iba a facilitarle una bomba a un chaval?

—Yo diría que todos tienen ya sus armas de destrucción. Las consiguen de sus padres.

—Pete…

—¿Sí?

—Nada. Hasta mañana.

—Eso. Tómate un par de copas, descansa. Estarás mejor.

Volvió a su cubículo a recoger su bolso. Ed Short, que entraba en el turno siguiente, tardaría aún media hora en llegar. Las líneas estaban cubiertas; podía largarse un poco antes de la hora. Detestaba reconocerlo, pero ahora mismo, luego de oír la grabación, tenía unas

ganas enormes de salir de allí tan deprisa como fuera humanamente posible.

Se despidió rápidamente de los compañeros que estaban ajetreados con sus teléfonos, y no pareció siquiera darse cuenta de que se marchaba antes de que hubiera terminado su turno. Echó a caminar por el pasillo. Aunque no le gustara detenerse a pensar en ello, los tabiques que dividían los cubículos tal vez estuvieran diseñados de modo que la severidad fuera deprimente al máximo. ¿Era posible que los tabiques fueran del mismo color que tiene un cadáver que lleva tres días muerto? Desde luego. ¿Era posible que una luz verdosa zumbase sobre cada uno de los trabajadores, derramada desde unos paneles plásticos, lechosos, en el techo? Por descontado. ¿Era posible esparcir el olor a café quemado por los conductos del aire acondicionado? Sin ningún problema.

Bajó al vestíbulo de la entrada y salió tras pasar por delante del vigilante. El cielo del crepúsculo, sobre Broadway, era de una belleza burlesca, los vientos astrales pastoreaban un rebaño de nubecillas rosas, deshilachadas, sobre un campo de un color lavanda desgarrador. Una suerte, desde luego, que la unidad disuasoria estuviese localizada allí. Una suerte que no hubiera sitio en Center Street, donde todo eran policías, abogados, secretarias, donde la comida aparecía en carritos con ruedas o en envases de cartón, de los chinos para llevar, y las tiendas vendían una ropa barata, vistosa, de fiesta, ideada para atraer a compradores tan infelices que estuvieran dispuestos a malgastar diez pavos de su nómina en un jersey sintético, con lentejuelas, o en un par de zapatos de caimán falso, o en lo que fuera, con tal de enseñar algo que hubiese valido la pena. La esquina de Broadway con Prince era otra cosa. Allí, lo que se vendía estaba pensado para niños de verdad, zapatillas deportivas de moda, vaqueros con más bolsillos y más cremalleras de las que nadie podría ni por asomo necesitar, y camisetas con mensajes anarquistas, o el rostro de los héroes caídos, el Che y Jimi y los Grateful Dead.

Miró de reojo hacia el centro, hacia donde había tenido lugar el incidente. Todavía a esas horas estaría acordonada la zona; seguirían peinando las aceras. Ni siquiera entonces era posible no sentirse golpeado en lo más vivo por el vacío que se respiraba en donde estuvieron las torres. Unas nubecillas lanudas pasaban de largo, y una pálida rodaja de luna había salido y era visible con facilidad, ahora que las torres ya no estaban allí.

La misma luna saldría en esos mismos momentos sobre un sinfín de

pequeñas ciudades, extensiones de un césped abrillantado, tachonadas de árboles, en donde los ciudadanos tendían a circunscribir sus asesinatos cada cual a su corazoncito, en donde los policías dormitaban en la contemplación de la delincuencia juvenil y de las ocasionales perturbaciones domésticas; en donde no existía ninguna necesidad de que un especialista adivinara las intenciones reales de los terroristas confesos, de los envenenadores, de los defensores de la pureza racial provistos de un Uzi, de los abuelos aficionados a esgrimir un machete.

Y en esas pequeñas ciudades, claro está, no habría sitio en absoluto para alguien como Cat. En esas ciudades podría expirar discretamente, corroída por la soledad y el desconocimiento, o convertirse muy probablemente en una presencia cada vez más asidua en las barras de los bares y restaurantes locales, donde procuraría hablar en voz baja, disponer los bastoncitos de los cócteles en filas bien ordenadas, delante de ella, y abstenerse por todos los medios de confeccionar listas en las servilletas o los posavasos.

Fue caminando por Bond Street y viró al este. La gente por la calle iba a sus quehaceres cotidianos, aunque se notaba cierta electricidad en el ambiente. A todo el mundo le había pasmado la noticia. El tipo que caminaba por delante de Cat, con un maletín en la mano, avanzaba con los hombros encogidos, como si esperase un golpe que le llegara desde lo alto. Las tres muchachas asiáticas que se detuvieron ante un escaparate, miraron los zapatos, se miraron una a la otra y siguieron su camino: ¿pensaban tal vez en que les cayera encima una lluvia de cristales hechos añicos? El peligro que había infectado el aire mismo que se respiraba durante los últimos años se hallaba recién revuelto; ahora, su olor era perfectamente perceptible. Hoy, a todo el mundo se le había recordado, se nos había recordado, algo que el resto del mundo sabía desde hacía varios siglos: que uno puede con toda facilidad y en el momento menos pensado cometer su error fatal, que todos vamos amontonados en el mismo barco y seguimos indemnes más que nada porque nadie ha decidido matarnos ese día, y que no es posible saber, a medida que uno se apresura en sus quehaceres, si huye por los pelos de una conflagración o si se precipita hacia ella.

Cat siguió por Bond, por delante del restaurante japonés de precios estratosféricos, por delante de la tienda gafada en que otro optimista había puesto un letrero anunciando la inminente apertura de una nueva boutique que habría desaparecido en un plazo de seis meses poco más o menos. Cruzó Lafayette y se adentró por la Calle 5, su manzana, su casa, lo que había llegado a llamar su casa, aunque cuando se mudó, siete

años antes, había sido algo meramente provisional, un par de habitaciones con poca luz, que se podía permitir sin apreturas, después del divorcio, a la espera de que comenzase una nueva vida, de verdad, en un apartamento de verdad. Tenía gracia que en solo siete años se hubiera metamorfoseado de mera solución urgente en tesoro; tenía gracia que la gente no pudiera creer que se las hubiera ingeniado para encontrar y conservar un apartamento en un edificio sin ascensor, sin luz apenas, de alquiler controlado, en una manzana en la que los descerebrados del crack no le measen en el descansillo todas las noches del año. Todo seguía cambiando de sitio debajo incluso de sus pies, ¿no? Tal vez las generaciones futuras llegaran a tener un aprecio sin límite por esos jerséis de franjas, de Orion, que se vendían en Nassau Street. Tal vez las generaciones futuras llegaran tan lejos en su caída libre que unos zapatos de cartón, de caimán de imitación, hechos en Taiwan, llegaran a parecer objetos fabricados en una edad de oro.

Pasó entre los turbados habitantes de la Calle 5. Las dos lituanas estaban en la acera, en sus sillas plegables, de aluminio, igual que siempre, solo que en vez de ver pasar a los transeúntes con su fastuoso hastío de costumbre, estaban apoyadas la una en la otra y charlaban animadamente en su lengua, meneando la cabeza. La pareja de punks con peinados de un blanco quemado pasaron pateando la acera con una furia particular: *qué pasa, chusma, ¿tanto os extraña que os esté estallando todo en esa cara de culo que tenéis todos?* Solo el viejo sin techo, en su puesto delante de la floristería, parecía al margen como si nada le afectase mientras entonaba sus salmodias inaudibles, doliente contratado en el barrio para la ocasión, su propio cantor en honor de los difuntos.

Cat entró en su apartamento. Por un instante se lo imaginó tal como lo encontrarían los chicos de la brigada de atentados con bomba incendiaria si ella hubiera saltado por los aires en la esquina de Broadway con Cortlandt. No muy bien, la verdad. Reconozcámoslo: era el apartamento en que vivía alguien que había dejado que las cosas se le fueran un poco de las manos. Había ropa y zapatos tirados en desorden por todas partes; había platos en la fregadera. Los libros que se habían desbordado tiempo atrás de la estantería (sí, de simples tablones y ladrillos; tenía la intención de cambiarla por una estantería de verdad) estaban apilados por todos los rincones. ¿Había manchas de moho flotantes en la taza de café que había dejado sobre la pila de libros que se levantaba en un lado del sofá? Desde luego, inocultables. Si se pasara el dedo por la repisa de la ventana, ¿saldría cubierto por una capa de

polvo aterciopelada, vagamente grasienta? Seguro. Podría ser el apartamento de un estudiante de licenciatura un poco más descuidado que de costumbre. El sofá de color avena con un muelle roto… Se lo había dado Lucy para que se apañase mientras no encontrara algo mejor. De eso hacía siete años.

Joder. Estaba ajetreada. Estaba hecha polvo. La limpieza y el orden eran virtudes, pero sin un atractivo especial.

Repasó el contestador. El primer mensaje era de Simón.

Eh, ¿se sabe algo de la explosión? Llámame.

Llamó a Titán. Amelia, la secretaria de Simón, le pasó con él sin esperas.

—¿Cat?

—Hola.

—¿Qué está pasando? ¿Qué sabes del suceso?

—Creo que hablé con él. Con el autor de la explosión.

—No lo dirás en serio.

—Hace tres días. Aún no estamos seguros, pero creo que hablé con él.

—Hablaste con él. Él te llamó.

—Cariño, ese es mi trabajo. Soy yo a la que llaman.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—¿Te apetece que cenemos?

—Supongo. No estoy segura, la verdad.

—Te invito a una copa y a cenar por ahí.

—Estaría bien.

—¿Adonde quieres que vayamos?

—A un sitio sin complicaciones. Elige tú.

—Perfecto. ¿Qué tal Le Blanc?

—Vale. Estupendo.

—¿Media hora?

—Media hora.

Él colgó. Mientras hablaban, Cat había vuelto a las andadas. Había tomado un bolígrafo y había escrito en su cuaderno de espiral:

¿Fortaleza de soledad?

¿Suciedad = porquería?

¿Dónde está la casita?

Arrancó la página del cuaderno, la arrugó en una bola, la tiró.

¿Cuándo se había convertido eso de tomar notas continuamente en… en lo que fuera? Libre asociación de ideas. ¿Había empezado después del n de septiembre? Esa esperanza le quedaba. La causa y el efecto siempre eran algo reconfortante.

Llegó a Le Blanc exactamente en media hora. Fue la primera en llegar, como suponía. Simón nunca sería capaz de colgar el teléfono y marcharse, ni siquiera en caso de emergencia. Vivía en un permanente estado de emergencia. Comerciaba con futuribles. (Sí, se lo había explicado todo, y no, ella seguía sin entender exactamente a qué se dedicaba.) En la pantalla de su ordenador parpadeaban las fortunas que bajaban y subían y volvían a bajar. Era el hombre que operaba entre bambalinas. Si él no se cuidara del negocio, Oz podría disolverse en una bruma esmeralda. Llegaría en cuanto pudiese.

Cat en cambio no lograba superar su hábito de ser puntual. Lo había intentado. No estaba en su mano llegar nunca tarde a nada.

Un sitio como Le Blanc era la idea que tenía Simón de un lugar tranquilo, sin complicaciones, pero solo porque ya no estaba de moda. Tres años antes había sido una lavandería, un cuchitril deslucido en Mott Street; luego, alguien decidió adecentar las paredes de azulejo, que tenían cien años de antigüedad, poner unos espejos amarillecidos, una barra con encimera de zinc, y ¡zas!, se había convertido en el perfecto *bistrot* parisino. Fue durante un tiempo un epicentro, y después pasó al olvido. Ahora encontraba sitio la gente corriente. En una mesa pegada a la entrada estaba una pareja que claramente no era del barrio. Él era todo joyería de oro; ella había colocado su falso Versace sobre el respaldo de la silla. Nuevos ricos de estilo moscovita. Un año antes, les habrían parado los pies a la entrada. La idea que tenía Cat de algo tranquilo y sin complicaciones era más bien… bueno, de acuerdo, no se le ocurrió de inmediato un restaurante que no entrañara ninguna clase de complicaciones.

Tuvo unos instantes con la recepcionista, una chica nueva, megasonriente, tal vez por su confusión, pues no sabía qué hacer, obviamente, con una mujer negra que se había presentado sola. Antes de que pudiera decir nada, Cat le dijo:

—Tengo una cita con Simón Dryden. Creo que hemos hecho una reserva.

La chica consultó la lista.

—Ah, pues sí —dijo—. El señor Dryden todavía no ha llegado.

—Entonces, acompáñeme a la mesa reservada, ¿de acuerdo?

El porte aristocrático, la dicción de institutriz, la formalidad relamida y sonriente. Una hacía lo que tenía que hacer.

—Por supuesto —canturreó la recepcionista, y condujo a Cat a la segunda de las mesas.

Mientras tomaba asiento, Cat tomó contacto visual con Fred. Fred era uno de los actores que en Nueva York eran legión, que interpretaban el papel de camarero mientras se confiaban a que les cambiara la suerte. Había dejado de ser joven, eso sí. Se iba convirtiendo en lo que tiempo atrás solo fingía ser: un camarero ingenioso, chistoso, algo brusco, encantadoramente irreverente, y muy buen conocedor de la carta de vinos.

—Hola, Fred —dijo Cat.

—Eh, ¿qué tal? —dijo Fred. Perfectamente cordial, aunque en cierto modo un tanto vitreo. Como si lo hubiera pillado en un renuncio. Para Cat, sin Simón, carecía de una estrategia de bromas.

—¿Cómo estás?

—Bien. Estoy bien. ¿Quieres que te sirva una copa?

Tenía gracia lo difícil que podía ser estar sentada, sola, en un restaurante. Tenía gracia, ser una persona capaz de hablar con total aplomo con un psicópata, y con otro, pero que se encontraba a disgusto en el papel de una mujer no acompañada, que había hecho a un camarero sentirse un tanto incómodo.

Pidió a Fred una Ketel One con hielo. Miró la carta.

¿Se alimenta el ganado de harina de huesos?

¿La matanza de los inocentes?

¿Veneno en las paredes?

Basta. Al parecer, en sus momentos de intranquilidad, ya no tenía la necesidad de ponerlo por escrito.

Iba por su segundo vodka cuando llegó Simón. A veces todavía se sobresaltaba al verlo en público. Era irrebatiblemente joven y se le veía en plena forma. Era un Jaguar, una carroza alegórica en pleno desfile, una demostración, para los ciudadanos de a pie, de que un mundo más alegre, más a lo grande, un mundo de belleza potencialmente serena, autosuficiente, a veces se presentaba en medio de la sordidez de los quehaceres cotidianos; prueba palpable de que tras la impávida, grisácea superficie de las cosas, existía un territorio interior de riqueza y de sosiego, de celebración de la finura y la urbanidad. Vio cómo la recepcionista lo atendía. Lo vio caminar con la confianza en sí mismo

de un general de brigada al acudir a su mesa, pasmoso con su traje azul medianoche. Podría haberlo llevado tachonado de estrellitas y planetas.

La besó en los labios. Sí, ¿qué pasa?, este señor sale conmigo. Yo soy su novia, ¿vale?

—Perdona que me haya retrasado —dijo él.

—Llegas a punto. ¿Muy enloquecido el trabajo?

—¿Y tú me lo preguntas? ¿A mí? —Simón frunció el ceño en un gesto compasivo. Se le erizaban las cejas como dos orugas de color chocolate. Cat tuvo unas ganas inmensas de acariciárselas.

—Enloquecido… es un concepto relativo —dijo ella.

—Mmm —dijo él—. Bueno, ¿y crees que hablaste con ese tipo?

Simón iba a mostrarse severo y alejado de toda histeria, incluso un tanto despreocupado en todo esto, su primera crisis de segunda mano. Iba a ser una persona capaz de asumir la noticia de un terrorista que planta bombas al azar con la misma suavidad grave que, bien sabía ella, tenía que adoptar ante sus negocios y sus gestiones.

—Pídete una copa y te lo cuento despacio —dijo Cat.

Se sentó frente a ella. Fred acudió en el acto.

—Hola, Fred —dijo Simón. Era cliente habitual desde los tiempos de mayor gloria del restaurante, y se le rendía pleitesía por el mero hecho de haber seguido siéndolo.

—Eh, colega —respondió Fred adoptando un fluido lenguaje varonil.

—¿Te has enterado? —preguntó Simón.

—Da miedo.

—Conoces a Cat, ¿verdad?

—Pues claro. Hola, Cat.

—Cat trabaja en el departamento de policía. Y está trabajando en este asunto.

Vivo en un mundo erizado de peligros, Fred. Estoy metida mucho más a fondo de lo que tú podrías soñar.

—No lo dirás en serio —dijo Fred. Cat lo vio iniciar una intrincada reevaluación. De acuerdo: ella tenía un trabajo de verdad, y posiblemente un trabajo incluso interesante. Pero a fin de cuentas, lo que importaba de veras, ¿no la convertía eso mismo en una de esas negras malhumoradas, las defensoras a ultranza de los protocolos, las que torturaban al populacho desde detrás de los mostradores de atención al público o las ventanillas de una sucursal de correos?

—No gozo de libertad para comentarlo —dijo Cat.

—Ya, claro —asintió Fred con sagacidad. Estaba a la altura del desafío que representaba interpretar a un camarero en el que era posible confiar y facilitarle información privilegiada. Estaba a la altura más que de sobra.

—Simón —dijo Cat—, ¿por qué no pides una copa?

Simón hizo una pausa.

—Sí. Una copa de vino, creo. A lo mejor un Shiraz, si puede ser.

—¿El de Chile o el de Sonoma?

—El de Chile.

—Perfecto.

Fred volvió a asentir en dirección a Cat. *Un camarero camuflado. Perfecto en caso de crisis*. Fue a traerle el vino.

¿Qué les pasaba a los hombres? ¿Por qué estaban tan ansiosos de dárselas de valientes, competentes, sabiondos?

—Simón, cielo —dijo Cat—, no puedes ir diciendo cosas así. No a un camarero.

—Te entiendo. Perdona.

—No puedes ir por ahí exhibiéndome ante los demás como si fuera un bicho raro. Además, no soy Foxy Brown. Soy una simple poli normal y corriente.

—Es porque estoy orgulloso de ti.

—Lo sé.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué ha pasado?

—Llamó un chaval con una amenaza de bomba. Eso es todo.

—Y tú crees que ese es el chaval que hizo saltar a ese tipo por los aires.

—Seguramente.

—El chaval tenía que conocer a la víctima, ¿no?

Titubeó. Tenía que revelarle algo, lo que fuera, ¿no? Era su novio. Y tenía que reconocerlo: eso era parte de lo que ella podía ofrecerle.

—Parece lo más natural. Yo supongo que es un asunto de sexo. Lo más probable es que recibamos una notificación de alguien que ha desaparecido en los alrededores de donde vivía Dick Harte. Luego se sabrá que se la mamaba al perpetrador del atentado en el asiento de atrás de su BMW.

Cat sabía que hablar del «perpetrador del atentado» a Simón le resultaría excitante. Se había jurado que dejaría de actuar dándoselas de policía, por más que a él eso le gustara. Eso estaba descartado de plano.

—Ya —dijo Simón. Se le erizaron las cejas. Habría sido agradable arrancárselas suavemente, ponérselas en la palma de la mano, volver a colocárselas en su sitio.

—¿Qué te apetece cenar? —preguntó ella.

—No sé. El atún, supongo.

Simón seguía la dieta Atkins, alta en proteínas, sin hidratos. Y, a la vista de los resultados…

—Yo voy a tomar el entrecot a la pimienta —dijo ella—. Con puré de patatas.

Mamaíta ha tenido un día muy duro, ¿vale o no vale?

Volvieron a casa de ella por la noche, sin que le importara ni mucho ni poco el desorden. Estaba nerviosa; al llegar, comprendió que deseaba más que nada dormir en su propia cama. A Simón no le molestaba ir de vez en cuando a su destartalado apartamento. De hecho, afirmaba que le gustaba. Aunque ella nunca se lo había llegado a preguntar, era improbable que antes de haberla conocido hubiera pisado alguna vez la Calle 5 Este y sus alrededores.

Se despertó a las tres y media. No le hizo falta mirar el reloj. Conocía bien esa brusca, árida conciencia, ese salto de sus sueños más profundos al desvelo, debido no tanto a que hubiera dormido lo suficiente, cuanto a que de pronto se le hubiera olvidado cómo se hace para dormir. Las noches en que le ocurría era siempre entre las tres y media y las cuatro. Tenía un remedio en el botiquín del cuarto de baño, pero nunca había abierto el frasco. Parecía preferir el insomnio antes que el sueño simulado. Las manías de controlarlo todo. Era una jodienda, cierto, pero ¿qué otra cosa iba a hacer?

Simón respiraba con un ritmo reposado a su lado. Lo miró con detenimiento; él hacía muecas en sueños. Era un clásico de verdad. Cara grande, ancha, de presentador de informativos; un vigoroso pelo de color arena que comenzaba a afinársele aquí y allá, con algunos mechones de plata de ley. Podría haber salido directamente de la cadena de montaje de la gran empresa, la que fuera, que se dedicara a la producción de las grandes bellezas típicamente americanas. La empresa estaría sin lugar a dudas en el Medio Oeste, claro, y él, en efecto, era de Iowa, ¿no? Tataranieto de inmigrantes que habían huido de Nueva York buscando una vida mejor en las praderas, había hecho un regreso triunfal un centenar de años más tarde, príncipe en el exilio al que se le había devuelto su verdadero hogar pasando por una de las mejores universidades. Rico y saludable, treinta y tres años.

Prácticamente un adolescente en lo que a la edad del ser humano se refiere.

Tal vez ya fuera hora de abandonar el trabajo en la unidad, aunque si lo hiciera ahora daría la impresión de que se había dado a la fuga. Lo cierto es que llevaba ya algún tiempo pensando en dejarlo. Una termina por enloquecer un poco trabajando con tanto majara. Hay que escuchar a cada lunático con la misma paciencia; hay que acordarse una y otra vez de que cualquiera de esas personas es real y verdaderamente capaz de pegarle fuego a una escuela primaria, reventar de un bombazo una tienda, matar a alguien simplemente porque es famoso. Los camareros de los bares seguramente empiezan un buen día a ver un mundo lleno de borrachos; los abogados deben de verlo como si constara sobre todo de resentidos con ánimo de venganza. A los especialistas en psicología forense se les contagia la paranoia. Una sabe, mejor que el ciudadano de a pie, que el mundo contiene un submundo en el que los residentes se comportan como la mayoría de las personas, pagan su alquiler, hacen la compra, pero tienen además algo adicional entre manos. Reciben mensajes personalizados de sus televisores, o bien los viola cada noche una estrella de una serie de televisión, o han descubierto que las grietas que hay en la acera, entre Broadway y Lafayette, deletrean el nombre de los alienígenas que se hacen pasar por líderes mundiales.

Lo más sorprendente de todas esas personas, a decir verdad, era lo tediosas que resultaban. Todos sus jugos humanos fluían en una sola y la misma dirección; no les importaba en realidad nada que fuera más allá de sus propias fijaciones. La tía abuela medio chocha que cualquiera pudiera tener en Baltimore era mucho más vital y tenía más variedad, aun cuando su vida consistiera en ver la televisión y recortar los cupones de descuento que trajeran las revistas. Una se pasaba la vida sentada en su repugnante oficinucha del departamento de policía —que en realidad recordaba si acaso a un negocio de venta por correo que estuviera de capa caída—, escuchándolos uno tras otro. Los clasificaba en un ordenador que tenía cinco años de antigüedad. Confiaba en que ninguno llevara a cabo sus amenazas. Confiaba, en los días peores (a nadie le agradaba hablar de esto), en que uno sí lo hiciera.

Se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Simón,

y fue a la ventana. No es que tuviera una gran vista, tan solo la Calle 5 tres plantas más abajo, pero menos era nada. Allí estaba una tajada de la ciudad; el viejo sin techo, que seguía con su salmodia delante de la floristería (hoy se había quedado en la calle hasta más tarde que de

costumbre); las farolas de luz anaranjada y las fachadas marrones, los peatones vestidos de tonos oscuros, toda la semirrealidad ahumada y sepia del conjunto, la ciudad de noche, el decorado escénico más convincente que se hubiera ideado jamás, sin océanos ni montañas, sin árboles apenas (no al menos en ese barrio), tan solo una calle tras otra, brillante, ruidosa, bajo un cielo entre rosa y gris, atravesado por las antenas y los depósitos de agua, mientras allá abajo, frente al edificio de Cat, un rótulo azul fuego centelleaba sin descanso. LIMPIEZA.

Por la mañana preparó un café, le llevó una taza a Simón cuando aún estaba en la ducha, dedicó un momento a mirarlo tras el cristal empañado, el vago tono sonrosado de su espalda y sus piernas, el rosa más pálido de su trasero. ¿Podía un hombre estar más sexy que al darse una ducha? A pesar de todo, esa manía de mirar en secreto a Simón mientras dormía o cuando se duchaba no podía ser buena señal, ¿verdad que no? ¿Haría él lo mismo con ella? Ella no pudo imaginarlo. Dejó la taza de café encima de la cisterna, secó el vapor acumulado en el espejo, se echó un vistazo. No estaba mal para tener treinta y ocho. Una piel estupenda, las carnes firmes bajo el mentón.

Vestidos con espalda al aire, ¿cuánto tiempo más?

La costra helada del sueño al derretirse

Lo que tienes en la mano es el corazón de un cerdo

Simón salió de la ducha luminoso y empapado; la besó, tomó su taza de café.

—Hoy no va a ser nada divertido el trabajo, ¿no?

—Seguramente no lo sea.

Agarró una toalla, se secó. Las toallas llevaban sin lavar… dos semanas, o más. Volaba el tiempo.

—Llámame. Cuéntame todo lo que pueda pasar.

—Lo haré.

—Esta noche tengo un compromiso con un maldito cliente. Creo que puedo ventilarlo para las diez.

—Estupendo.

Se quedó allí todavía unos momentos sorbiendo su propio café, aunque era hora de dejarle que dispusiera él solo del pequeño cuarto de baño. Simón exudaba una vitalidad irresponsable, una alegría incuestionable de estar vivo. Comerciaba con futuribles. Había sido delegado de su clase. Llenaba todo el baño con su calor y su olor enjabonado.

Cuando murió su hijo, Cat había pensado que ella también había muerto; había creído que todos sus sistemas declararían el cierre por su cuenta, pero allí estaba, nueve años después, no solo viva, sino además con muy buena planta, con una buena educación (lástima que en su ejercicio privado de la profesión no hubiera llegado a despegar), libre de su pobre y torturado ex marido (que sin embargo aún se colaba a veces en sus fantasías), perfectamente capaz de resultar atractiva e incluso irresistible para alguien como Simón.

Ojalá, se dijo, se odiara más por tener tantas ganas de seguir viviendo.

Dio una última y honda bocanada al olor de ducha de Simón y entró en el dormitorio a vestirse.

Las mañanas eran buena cosa. (*Las mañanas son buenas, disfrútalas.*) Le gustaba el hecho de que por toda la ciudad la gente estuviera tomándose el primer café del día y duchándose y decidiendo qué ropa ponerse. Era la máxima cercanía a que se podía estar de la inocencia colectiva, esa transición en masa desde el sueño (por agitado que fuera) a la vigilia (por atormentada que estuviese). Prácticamente todos, o al menos todo el que fuera mínimamente funcional, tenía que levantarse y vestirse, incluidos los que iban a llamarle para referirle sus planes, consistentes en pegarle un tiro o una puñalada o prenderle fuego a alguien, incluidos los que se iban a sujetar una bomba al pecho para volar por los aires a un empresario en plena calle. Aquí estamos, todos nosotros, en este renacer diario en miniatura. Aquí estamos, además, todos juntos.

Desechó el vestido de estampados maoríes que había pensado ponerse y optó por unos vaqueros oscuros, de marca Earl. Los vaqueros y el jersey negro de cuello redondo, botas negras de tacón bajo. No iba a proponerse intimidar ni seducir a nadie. No al menos por medio del atuendo.

No esperó a que Simón terminase. Si acaso, era un día aconsejado para presentarse más bien temprano en el trabajo. Le dio un beso para despedirse mientras estaba aún en ropa interior y calcetines (¿hay algo, pensó, tan conmovedoramente menos sexy que un hombre con calcetines negros y sin pantalones?) y aceptó agradecida su promesa de que a eso de las diez a más tardar habría terminado el asunto del maldito cliente y que entonces decidirían dónde cenar algo, en casa de quién dormir.

Bajó las escaleras entre los residuos de la basura y salió a la mañana,

una luminosa mañana de junio, con tal frescor que daba en la cara, destellos hirientes en las escaleras de incendio de cada inmueble. Hizo una pausa en el portal para empaparse de la luz. En una mañana como esta era posible creer que el mundo era un lugar seguro y prometedor. Era posible imaginar que nada perjudicial, nada tóxico pudiera prosperar. No, desde luego, cuando la temprana luz de la mañana se derramaba sesgada, pura, desde un cielo azul intenso. No, claro está, cuando los geranios de las macetas en las ventanas del primer piso eran de un rojo incandescente, y cuando pasó un camión en cuyo lateral se leía FIESTAS POR ENCARGO en letras doradas, rutilantes.

Alguien la estaba mirando. En ese preciso instante. Lo notó. Cualquier mujer sabe notar una cosa así; era la codificación de la supervivencia. Miró en derredor. En ese barrio, una mujer sola, en la calle, incluso a plena luz del día, era de común acuerdo una persona que se ofrecía al público entretenimiento de quien fuese. Tuvo que reconocerlo: de un tiempo a esta parte, su capacidad de enfurecimiento se había reblandecido un tanto. Tampoco iban a molestarla a perpetuidad. El día menos pensado, los piropos y los silbidos de coyote y los *eh, tía buena*, terminarían de una vez por todas. Lo cual siempre sería un alivio. Entonces solo sería una señora negra entre tantas otras, de mediana edad, que iría sin llamar la atención a sus nada llamativos quehaceres. Sin embargo, está bien, reconócelo: esta mañana, en el portal de su vivienda, habiendo dejado en casa a su novio, más joven que ella, se sintió examinada a fondo, y buscó visualmente al causante de la ofensa con una cierta ansiedad ya colérica, como una princesa que ha encontrado a su príncipe, pero que sigue teniendo que aguantar a la rana encantada con la bola de oro. *Eh, rana, ahora me largo al mercado, anda, ve a croar bajo la ventana de otra*. No le interesaba nada la cuestión, a pesar de todo, en algún pliegue de su mente, en algún recóndito y absurdo rincón, le daba miedo que llegara el día en que la rana se largara con viento fresco a pensar en alguna otra.

Allí no había nadie. No, mentira: siempre había alguien. No la miraba nadie. Estaban los recontentos camino del trabajo, una pareja de estudiantes universitarios decididos a asistir a una clase tempranera, un viejo que caminaba a duras penas cargado con bolsas llenas de botellas vacías, tintineantes, mal que bien sujetas por sus manos paralíticas.

Con todo, la sensación era palpable. Alguien la estaba mirando con suma atención en ese preciso instante.

Bajó a la acera y enfiló hacia el oeste. Reponte. Lo que sientes no es más que tu versión particular de ese mismo nerviosismo que esta

mañana infecta a todo el mundo, así como el odio una vez más pone de manifiesto su capacidad de alcanzarnos donde quiera que estemos, y de succionarnos en la próxima dimensión.

Llegó a su cubículo con media hora de adelanto sobre la hora prevista. Ed Short aún estaba allí, a punto de dar por terminado el turno de noche. El de los enterradores.

—Buen día, Ed —le dijo.

—Buen día. Vienes temprano.

—Pues sí.

Ed dio un sorbo de la que seguramente era su decimoquinta taza de café. Tenía los ojos brillantes y acuosos. Su cabello, color gorrión, ya empezaba a escasearle, a pesar de lo cual le sobresalía con una especie de desesperación condenada de antemano, igual que una fogata que suelta una llamarada antes de apagarse del todo. Ed tendría… ¿treinta y dos, treinta y tres años? Estaba hecho a medida para el trabajo: joven y más que medianamente encabronado, sin que le incordiase la imaginación, incapaz de aburrirse, ansioso por arrancar de cuajo a los malos de donde hubieran echado raíces y de arrojarlos al abismo con las mismas. Habría dado alta prioridad al chaval si él le hubiera cogido la llamada. Ed daba alta prioridad a casi todo. La gente se quejaba; las altas prioridades significaban trabajo añadido, claro está, además del coste económico; asimismo, la política de que siempre sería preferible errar por exceso de cautela que por demasiada confianza tenía sus límites naturales. Pero Ed era uno de esos tipos que terminan por ser, si no empiezan, como un grano en el culo, y que tarde o temprano llegan a jefe de departamento. Cuando los Ed del mundo entero tenían razón, cuando parecían haber acertado con una llamada porque habían probado prácticamente todas las posibilidades, el hecho de que se hubieran pasado años irritando a todo el que les rodease parecía carecer de importancia. Eran los héroes. Eran los que resolvían el mal trago. Era imposible imaginar cuántas figuras históricas, cuántos grandes hombres (y mujeres, siempre había una mujer ocasional) eran exactamente iguales que Ed, cortados por el mismo patrón, gente que no se descorazonaba, no se distraía, gente de una fe inquebrantable, capaces de aguantar pegados al teléfono, en el laboratorio, ante el caballete, hasta que por fin, por fin, sucediera algo, mientras que el resto de la población tendía, con el tiempo, a pensar en otras cosas, a preguntarse cómo sería la vida en el campo, a especular sobre la posibilidad de que

hacer un trabajo sin complicaciones y criar a un par de hijos tal vez fuera más que suficiente.

¿Qué vive en las habitaciones vacías?

¿Hasta dónde llega la luz?

¿Hay dientes afilados en el bosque?

—¿Qué se ha sabido de la zona de la explosión? —preguntó Cat.

—El chaval llevaba pegada al cuerpo una bomba incendiaria. Sin clavos ni metralla ni nada por el estilo, no tenía la intención de acribillar lo que tuviera por delante, sino solo incinerarlo todo en un radio de metro y medio.

—¿Es posible aprender a fabricar esos artefactos en Internet?

—Pues sí. La mitad del cuero cabelludo de Dick Harte apareció en el alféizar de una ventana de una tercera planta. Por lo demás, fragmentos de huesos y un diente.

—¿Por qué no te marchas a casa? —dijo ella—. Estoy lista para empezar el turno.

—Gracias, estoy bien. Aprovecha tú y relájate un rato.

De acuerdo. Ese día le tocaba ser alguien que se relajara un rato.

Entró en la sala de descanso, se sirvió un café —que era bebestible hasta las diez de la mañana— y sacó los periódicos del bolso.

Un titular con cuerpo treinta y seis en el *Times*, por encima del pliegue, aunque solo ocho puntos mayor que un titular a propósito de una nueva arma experimental que podría servir para que un país fuera inhabitable, pero sin matar a los ciudadanos ni deteriorar las estructuras, EXPLOSIÓN EN EL BAJO MANHATTAN. Subtítulo: *Dos muertos, cinco heridos en posible ataque terrorista*. Benditos sean, se dijo, los redactores del *Times*, nuestros padrinos, que nos indican qué es lo que se necesita saber (qué es lo que ellos creen que necesitamos saber nosotros) sin explotar de forma indebida nuestros deseos de ser estimulados, tranquilizados, aterrorizados, o de quedarnos acojonados. Fácil imaginar a los hombres (y mujeres, habría una mujer, puede que dos) allí mismo, en el centro de la ciudad, desgarrados en una pura agonía acerca del pánico que deberían o no deberían inspirar, según detalles que habían de recibirse con posterioridad. El *Post* y el *News*, cómo no, tenían otra clase de preocupaciones. En el *News*, TERRORISTA LOCO EN ZONA CERO. En el *Post*, EL TERROR ATACA DE NUEVO.

Lo esencial de los tres artículos era en resumidas cuentas lo mismo. Solo variaba el tono de la información. Un terrorista suicida no identificado se inmola y mata a un tal Dick Harte, magnate del sector

inmobiliario. Aún no se decía que el asesino fuera un chaval; los colegas del departamento habían de algún modo conseguido mantener a los testigos al menos por el momento secuestrados. Obvias comparaciones con lo que Hamas y el resto hacían en Israel. El periodista del *Post* había sazonado su información añadiendo la especie de que el terrorista había gritado «Alá es grande» —o había encontrado a un chiflado que juraba ser testigo del suceso o se lo había sacado él solo de la manga—; por lo demás, la noticia no era excesivamente escabrosa, más allá de lo que era de por sí el suceso. Los tres periódicos habían juntado las informaciones disponibles acerca de Dick Harte, aunque ni su mujer ni sus hijos habían querido hablar con nadie. Había fotografías: un tipo de aspecto escrupulosamente anodino, cincuenta y tres años, con esa inexpresividad extraña, infantil, que adquieren ciertos hombres cuando se quedan calvos, cuando esa gran cúpula de la frente hace que sus rasgos faciales resulten más pequeños, más inocentes. Presidente ejecutivo de Calamus, Desarrollo Inmobiliario. Su esposa, Lucretia (*¿Lucretia?*) era una decoradora radicada en Great Neck, en donde vivían de hecho. La hija, Cynthia, era estudiante de último curso en un colegio público; el hijo, Cari, estaba en segundo en una facultad de la que Cat nunca había oído hablar. El *Times* y el *Post* publicaron la misma fotografía, la de carácter oficial, sacada a saber de dónde, que iría con el obituario; el *News* había desenterrado una en la que aparecía Harte con tres o cuatro tipos de su misma planta, en la inauguración de lo que Cat sabía que era otro monolítico edificio de oficinas en la Tercera Avenida.

Entró en su cubículo a las nueve, ocupando su lugar en la silla aún calentada por el culo de Ed, culo de currante entregado en cuerpo y alma. Miró las anotaciones de Ed en la hoja de incidencias. Tres llamadas de personas que afirmaban tener plena responsabilidad, las tres escrupulosamente calificadas de «prioridad alta». Dos eran variaciones sobre una misma idea: ahora lo vais a lamentar, y mucho (sin especificar qué era lo que tendríamos que lamentar), porque aún no he terminado; las dos mostraron la misma vaguedad acerca del modo en que habían sobrevivido a la explosión y habían logrado hacer una llamada posterior. El tercero dijo ser miembro de una cosa llamada Brigada de la Ilustración, y afirmó que el terror seguiría haciendo mella hasta que Estados Unidos dejara de permitir que las mujeres asesinaran a sus hijos nonatos.

Pete se pasó por su cubículo después de las nueve, con la primera taza de café caliente, endulzado como el caramelo, pero sin azúcar, en

las manos.

—¿Qué tal estás? —dijo.

—Bien, gracias.

—¿Has podido dormir?

—Un poco.

Entró en el cubículo con tanta osadía que incluso le puso la mano en el hombro. Pete y ella habían observado una tácita regla que descartaba todo contacto físico entre ambos desde una noche, tres meses atrás, en la que se quedaron trabajando hasta altas horas, los dos agotados y tan desanimados que se encerraron sigilosamente, juntos, en el lavabo de señoras. Cat aún era incapaz de precisar por qué lo había hecho, pues no le interesaba ni de lejos, a pesar de lo cual, misteriosa, inexplicablemente, se había encaminado al lavabo y le había hecho un gesto, y sin tiempo de saber qué estaba pasando se encontró sentada en el lavabo, con las piernas alrededor de su nada excitante culo de mediana edad, él en tal situación porque ella lo había permitido, porque en ese momento los dos parecían ser las únicas personas que quedaran en el mundo, porque su esposa se estaba quedando ciega y su única hija se había convertido en una ecologista chalada en algún rincón de Centroamérica, y ella porque… porque la esposa de Pete se estaba quedando ciega y su única hija se había convertido en una ecologista chalada en algún rincón de Centroamérica, porque había permitido que se le muriese su propio hijo y porque llevaba doce horas sin descanso atendiendo llamadas, porque el cuello de Pete le recordó el cuello de su ex, porque aquel sitio era tan feo, tan silencioso, y estaba tan lejos de todo, que era como si en el fondo hubiese querido, en ese momento, hacerlo todo añicos, hundirse, ser tan loca y tan destructiva y tan irresponsable como las personas que la llamaban. Ni Pete ni ella habían vuelto a hablar de lo ocurrido. Los dos sabían que no volvería a ocurrir.

—¿Seguro que hoy estás con ganas de trabajar?

—Completamente seguro. ¿Se ha descubierto alguna novedad?

—Dicen los forenses que el chaval tenía trece, tal vez catorce años, y que era pequeño para la edad que tenía. Por lo que han encontrado de momento, parecía estar sano.

—Detesto todo esto.

—¿Y quién no?

—No me refiero a esto. Me refiero a todo esto.

Pete asintió con gesto de hastío. Cat vaciló. En la unidad existía una norma tácita. Nadie especulaba, jamás. Nadie se ponía filosófico. Las

cosas no funcionaban de ese modo. Nadie se andaba por las ramas ni se ponía a comentar el notable incremento que se había dado en las llamadas de personas menores de dieciocho, personas claramente educadas, ni el incremento de llamadas concluidas en ejecución, que habían pasado de una por cada mil a una por cada 650 en los últimos cinco años. Nadie se ponía a perorar acerca del hundimiento de la institución familiar o de la civilización en general; a nadie le maravillaba la emisión de gases a la atmósfera, los alimentos expuestos a radiaciones ni la proyección de rayos sobre la tierra, debida a alienígenas hostiles. Todo eso era territorio de quienes hacían las llamadas, no de quienes las contestaban.

—Perdona. Es que estoy un poco cansada.

—Claro, cómo no.

Ella se enderezó en la silla.

—¿Qué se ha sacado en claro de la mujer y los hijos? —preguntó—. ¿Alguna novedad?

—La mujer está histérica. La hija, igual. El hijo vino desde Vermont, entusiasta y dispuesto a todo, deseoso de ser útil, de llegar al fondo de todo esto como sea, etcétera, pero no nos dice ni una mierda. El padre era un tipo decente. Entrenaba a un equipillo de la Liga Infantil, pagaba las facturas a tiempo. ¿Mi opinión? Yo creo que el hijo se lo está pasando en grande.

—¿A qué se dedica en Vermont?

—Estudia en un colegio especial para malos estudiantes, para chicos que se han pasado de la raya en el consumo de sustancias. Tal cual.

—Interesante.

—Estamos haciendo verificaciones.

—¿Tienen las grabaciones en Washington? —preguntó.

—Claro.

—¿Estamos en contacto?

—Oye, nadie te va a crucificar por haber pasado por alto una pequeñez como esta.

No tenía que haber llamado. Joder.

—A menos, claro está, que decidan que necesitan de verdad crucificar a alguien, y no sé por qué me parece que soy el mejor candidato.

—Muy improbable. ¿Por qué te preocupas ahora por esa posibilidad remota?

—Gracias.

—Después vengo a ver cómo estás.

—Eres el mejor.

Se puso a trabajar. Fue una mañana ajetreada, lo cual no pudo extrañar a nadie. Siempre hacía falta que pasaran veinticuatro horas para que los autores de las llamadas se pusieran en funcionamiento. Después de una noticia de las grandes, solo los más veleidosos echaban mano inmediatamente al teléfono. La mayoría, los chiflados pequeñoburgueses, tenían que masticarla y deglutirla, darse tiempo para que se les posara y precisar con toda exactitud el modo en que les afectaba o les pertenecía el acontecimiento en cuestión, antes de decidirse a que alguien situado en una posición de autoridad tuviera forzosamente que tener conocimiento de cuál era su parecer. Ahora había comenzado la estampida. En los primeros veinte minutos atendió a cinco, tres de ellos tan difusos que ni siquiera Ed les habría dado alta prioridad, meramente un trío de gritones deseosos de que alguien supiera que aún no había pasado nada, que lo peor estaba por llegar, que se avecinaba el Día del Juicio Final. El cuarto resultó un inglés que quiso decirle que había oído a hurtadillas una conversación en el vestíbulo de su edificio, y que había sacado en claro que el incidente era parte del plan maestro de su vecino para provocar una bancarrota total de las pequeñas empresas del distrito financiero, no, lo siento, no podía dejarle ni el nombre de su vecino ni el suyo propio, por miedo a las represalias, usted comprenderá, pero habida cuenta de la información transmitida tenía la esperanza de que la policía supiera cómo proceder. El quinto no podía posponer ni un minuto el decirle que en el lugar de la explosión unos activistas de la supremacía blanca habían dejado pistas falsas que incriminaban a la fe del islam. Este sí dejó su nombre: Jesús Mahoma, ministro de la Iglesia de la Luz y el Amor. Estaba deseoso de colaborar con la policía en todo aquello que se le pidiera.

Dio alta prioridad al inglés y a Jesús Mahoma, poniendo de ese modo en movimiento las respectivas indagaciones acerca de la vida y la naturaleza de ambos, que costarían a los contribuyentes más o menos quince de los grandes. Se preguntó si esa gente sabía, si tenía alguna idea del dinero y el músculo que eran capaces de poner en marcha solo por el hecho de llamar a ese número. Mejor, por supuesto, que no tuvieran ni idea.

Entre una llamada y otra archivó lo que había que archivar, escribió los informes de seguimiento, verificó el correo, que en su mayor parte fue normal y corriente: media docena de amenazas y un maleficio, escritos a mano, en ordenador y en lo que parecía una máquina de

escribir manual. Las cartas relativas a la explosión no llegarían hasta el día siguiente. El día iba adquiriendo su impulso propio, aunque empezó por parecer de lo más normal. Pasaría, seguro. El chico seguramente había sido el juguete sexual de Dick Harte y así quedaría esclarecido, o bien resultaría haber sido un locuelo de cuidado (esos locuelos de cuidado que estaban a la última), un rarito que hubiera sido objeto de abuso por parte de sus compañeros, sin un solo amigo, obsesionado con los juegos de ordenador antes incluso de saber andar. Era, tenía que ser, ¿qué otra cosa podía ser?, otro desastre más en un mundo propenso a los desastres, trágico, sin duda, pero inevitable. La vida seguiría igual.

Entró la llamada poco antes de las diez y media. Se la pasaron directamente: el que llamaba había preguntado por Cat Martin. Supuso que sería uno de sus llamantes habituales. Tenía un puñado que llamaba al menos una vez por semana, y bastantes más que llamaban esporádicamente, cuando les quitaban la medicación o dejaban de tomarla o era luna llena o los periódicos (eran lectores todos ellos) hubieran publicado algo siniestro, que de manera concebible pudiera ser culpa de alguien a quien se le pudiera achacar. Antoine llamaba siempre a propósito de cualquier cosa que incomodase a los que residían fuera de la ciudad pero acudían a diario a trabajar en ella (conspiraciones de la industria de la automoción para eliminar los transportes en masa); Billy era infalible siempre que apareciese algo sobre las condiciones hostiles de vida en otros planetas (constantes intentos por encubrir el hecho cierto de que los extraterrestres llevan décadas entre nosotros, sujetos a torturas en los campos de concentración del Gobierno). Antoine y Billy y los demás habían sido examinados a fondo muchos años antes. Antoine vivía de una mísera pensión por incapacidad en una ratonera de Hell's Kitchen; Billy era empleado del servicio de recogida de basuras en Staten Island. Los habituales tenían apego por las rutinas, los patrones. Repasaban a diario las noticias en busca de pruebas de sus argumentos. Ella no iba a echarles la culpa, desde luego. ¿Acaso alguien no querría tener más patrones que sirvieran de explicación de las cosas?

—Aquí Cat Martin —dijo.

—¿Hola?

Adolescente y blanco. Sus sinapsis chasquearon.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Tú hablaste con mi hermano?

Cat pulsó el botón verde. Según el lector, un código de área 212.

—¿Quién es tu hermano?

—Él me dijo que te llamó.

No, ni siquiera era adolescente. El chaval parecía muy joven: nueve o diez años. Voz serena, un punto afásico. Probablemente drogas. Unas cuantas tabletas de OxyContin robadas a su madre.

—¿Cómo te llamas?

—¿Hablaste con él? Lo siento, pero necesito saberlo.

—¿Cuándo pudo llamar?

—La semana pasada. El martes.

Mierda. Aquello era serio.

—Tendría que verificarlo en el registro de llamadas. ¿Me puedes decir cómo se llama?

—Estamos en la familia. No usamos nombres.

Hazle hablar, hazle hablar. Dales a los chicos todo el tiempo que puedas.

—¿Qué familia es esa en la que estás? —dijo.

—Él me dijo que habló contigo. Solo quiero asegurarme.

—¿Tienes problemas? ¿Puedes dejarme que te ayude?

—Eso me estaba preguntando. ¿Me puedes decir qué te dijo?

—Si hay alguien que te esté haciendo daño, yo puedo obligarle a parar.

No, afirmaciones concluyentes no. Dale a todo forma de pregunta. Que él siga contestando.

—Yo no lo sabía.

—¿Qué es lo que no sabías?

—Yo creí que él solo iba a poner la bomba e iba a salir corriendo.

—¿Puedes decirme algo más de esa bomba?

—¿Tú le dijiste que no lo hiciera?

—¿Quién es tu hermano? ¿Tú qué crees que hizo?

—No tenía que haber llamado. Solo tengo miedo. Lo siento.

—¿No me vas a decir de qué tienes miedo? ¿No me vas a dejar que te ayude?

—Eres muy amable, pero no puedes.

—Sí que puedo.

—¿Tú eres feliz?

¿Qué… qué carajo? Nadie le había hecho esa pregunta. Jamás. —Yo creo que tú eres infeliz. ¿Hay alguien que te esté obligando a hacer algo

que tú no quieres hacer?

—Tú harías lo mismo. ¿No?

—¿Qué es eso que, según tú, tanto tú como yo haríamos? —Todos somos la misma persona. Todos queremos las mismas cosas.

—¿Puedes dejarme que vaya a verte? ¿No te parece que deberíamos hablar en persona?

—Nadie muere en realidad. Seguimos en la hierba. Seguimos en los árboles.

Se iba alargando. Cat mantuvo un tono apacible.

—¿Por qué lo piensas?

—Cada átomo de los míos también a ti te pertenece.

Clic.

Hizo una pausa, solo un momento, para asegurarse de que había colgado. Cuando se levantó de la silla, Pete ya estaba en su cubículo.

—De puta madre —dijo.

—¿Qué demonio…? ¿*Hermanos*?

—Estaba en un teléfono público. En Washington Heights. —¿Han llegado ya?

—Van de camino.

—Mmm.

—Otra vez esa misma historia: «Estamos en la familia».

—¿De algún grupo de rock?

—No, al menos no hemos encontrado nada de momento. Aún estamos en ello.

—¿Han comprobado las películas, series de televisión?

—Claro, Cat. Tranquila. Eso se les da muy bien.

—Cierto.

—¿Qué fue lo que dijo al final?

—No estoy segura, pero me parece que era de Whitman.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Creo que era un verso de Walt Whitman. De *Hojas de hierba*.

—¿Poesía?

—Si lo es, se trata de poesía, sí.

—No me jodas. Luego te veo —dijo él.

—Vale.

Pete salió a toda prisa. Cat tuvo que quedarse, por si hubiera una rellamada. No se le pasarían más llamadas, a menos que alguien preguntara específicamente por ella.

Pasaron treinta minutos. Esto formaba parte de lo que no se había esperado, los minutos basura, estar mano sobre mano. Cuando entró a trabajar para la policía, se imaginaba a toda velocidad en un coche camuflado, o bien aterrizando en helicóptero. No se había imaginado una vida que recordase tan al pie de la letra el trabajo para una gran empresa, el cumplimiento minucioso de su mínima parte en todo lo demás.

Cada átomo de los míos también a ti te pertenece. No era exactamente así, pero se acercaba lo suficiente. ¿Un chiquillo que citaba a Whitman? Probablemente, Cat era la única de todo el departamento que habría sabido reconocerlo; era sin lugar a dudas la única, en todo el recinto, que había leído a Winnicott y Klein, a Whitman y Dostoievski. Tampoco es que importara gran cosa.

¿Hablaste con mi hermano? Joder, joder, joder. Un chiquillo salta por los aires, porque él mismo lleva una bomba, y su hermanito llama para interesarse por él. Empezaba a cuajar un cuadro: ahí estaba, por fin, algo tangible. Un chico desaparecido y un hermano menor. Asumiendo que fuera cierto, claro, pero… ¿quién sabe? De ese modo, sería mucho más fácil de localizar. ¿Serían hijos de sendos cultistas? Eso era de corte más bien rural, mesiánicos que habían criado a sus hijos en lo más profundo del bosque, y les habían enseñado a odiar al mundo pecaminoso, y además se congratulaban por llevar a cabo la obra de Dios. Eso era más propio de Idaho o Montana, esas familias convencidas de su rectitud moral, de su superioridad, incluso en el asesinato, que habían perdido por completo todo contacto con la realidad misma. Pero en los cinco burgos de la ciudad había una parte no desdeñable de tarambanas por el estilo. ¿No acababan de detener a un chalado que tenía un tigre adulto y un aligátor crecido en su apartamento, de un solo dormitorio, en pleno Brooklyn? Estaban por todas partes.

Podría haberle plantado un beso a Pete cuando por fin regresó.

—¿Qué hay? —dijo.

—Una cabina en la esquina de St. Nicholas con la Calle 176. A trasmano. Ningún chiquillo por los alrededores, ningún testigo de momento.

—Mierda. ¿Estás bien?

—Sí.

—Vuelvo luego a decirte algo.

—Gracias.

Ahora, estaba secuestrada. Estaba atada a su cubículo, y solo por la

más bien remota posibilidad de una rellamada. Mamaíta espera. Anda, llámala. Ella no te va a dejar solo.

Transcurrió la mañana. Cat adelantó trabajo archivando cosas pendientes, puso al día el correo electrónico. Recibió una llamada a las doce menos cuarto; el autor de la misma preguntó por Cat Martin y a ella se le puso el vello de punta, pero solo era Greta, la única mujer de sus llamantes habituales. Llamaba para comunicarle que la explosión la había causado el espíritu de una muchacha esclava que fue asesinada allí mismo en 1803, y que la única forma de darle sosiego eterno consistía en ir allí de inmediato a realizar el rito de la extremaunción. Greta vivía en Orchard Street, había sido costurera durante más de cincuenta años, tenía ocho nietos, era seguramente buena persona.

Todos queremos las mismas cosas. Seguía oyendo la voz aguda del chiquillo, su manera de hablar a tientas, su extraña cortesía. Había… ¿cómo decirlo? Había una inequívoca inocencia en él.

Dejando a un lado el motivo de su llamada, a él le había parecido un niño decente, un niño normal. Probablemente por las drogas, claro. O por un problema de disociación de la personalidad.

Pete siguió pasándose a verla periódicamente, bendito fuera, para decirle que no se había encontrado nada, y a las doce y media le llevó una pizza.

—No parece mal día para olvidarse de la dieta —dijo.

Pimientos con champiñones. Sabía cuál le gustaba. Ella le ofreció un pedazo, que él aceptó.

—¿Hasta qué punto te parece que la cosa es seria? —dijo él.

—No estoy segura. ¿A ti qué te dicen las tripas?

—Que es poca cosa, aunque parece mucho.

Cat dobló la punta de la rodaja de pizza y dio un gran mordisco, voluptuosa. ¿Había de veras algo tan delicioso, tan absolutamente satisfactorio, como un buen pedazo de pizza de pimientos con champiñones?

—O sea, tú piensas que solo son dos chavales.

—Sí. Acuérdate de los hermanos Menéndez.

—Un chaval de catorce años, hecho polvo de verdad, y que ya no está con nosotros, y su muy impresionable hermano menor.

—Nuestro primer copión.

Ella asintió. Desde el 11 de septiembre, todos habían estado muy pendientes por la escasez de continuaciones o imitaciones. No por Al

Qaeda, que eso era asunto de otros departamentos. Cat, y Pete, y toda la unidad disuasoria, llevaban tiempo preguntándose por qué los ciudadanos norteamericanos de a pie no lo habían utilizado como modelo e inspiración. Había sido el regalo de los terroristas a los dementes de corte más violento. Ahora era posible pegarle fuego a un cubo de basura, era posible dar la voz de alarma por un incendio en un cine o un teatro cualquiera, e infligir de ese modo un coste adicional de otros mil millones de dólares sobre la ciudad en concepto de pérdidas por el descenso del turismo.

—¿Y de quién reciben instrucciones? —preguntó ella.

—De alguien con poder, alguien más elevado. Ya sabes cómo es.

Lo sabía. Nueve de cada diez veces, los que llevaban a cabo alguna acción obedecían a algo, o a alguien. Eran siervos de una causa.

—El primero dijo que había que pararle los pies a la gente —dijo ella.

—¿Quieres que te diga lo que pienso? Dick Harte se traía un rollo sexual con los dos.

—No tenemos noticia de que haya desaparecido ningún chico en ninguna parte cerca de Great Neck.

—Tiene medio de transporte. Hay chicos por todas partes.

—Yo personalmente —dijo Cat— no me termino de imaginar a Dick Harte en el papel del típico individuo que toma el coche y va por ahí en busca de unos chiquillos con los que quiere mantener relaciones sexuales.

—Pues sucede a todas horas.

—Lo sé. Hablo de un pálpito que tengo, eso es todo.

—Vale —dijo Pete—. Entonces, Dick Harte es un hombre temeroso de Dios, un hombre de familia, que nunca ha tocado a nadie más que a sus dos esposas. Explícame por qué lo escogió el chiquillo.

—Déjame que piense en voz alta. Predigo que tarde o temprano vamos a recibir un aviso de un desaparecido y nos vamos a encontrar a un padre que ha torturado a sus hijos durante todas sus vidas. El mayor de los dos llega a cierta edad y decide poner fin al suplicio, decide que alguien tiene que pagar el pato. Pero no se decide a matar al padre. Elige en cambio a un tipo que se parece a su padre. De la misma edad y el mismo peso.

—Podría ser.

—Si los chicos no fueran de por aquí, si no eran hijos de personas a las que Harte conocía, eso nos llevaría a pensar que eran de ese tipo de

chicos que se dejan llevar en el coche de un desconocido.

—Cosa que sucede a todas horas —dijo Pete.

—Por supuesto. Pero hay algo en las voces de esos dos chicos, sobre todo en la voz del segundo… No me los imagino haraganeando a la entrada de un parque, esperando a que un tipo aparezca al volante de un coche caro y se ofrezca a hacerles una mamada por diez pavos. A mí no me termina de encajar.

—Eh, que tú eres la que tiene una carrera.

—Pues para lo que me ha servido…

—En fin. Que piensas que el tipo al que de veras querrían matar es su padre.

—Sí, pero no me lo hagas jurar.

—Ni se me ocurriría.

—Predigo más: encontraremos a un ciudadano tan estresado por el hecho de que su hijo mayor se diera a la fuga que ha torturado el doble al pequeño. El chiquillo resulta que ha conocido de primera mano el plan; se lo llevan de su casa, una casa jodida por los cuatro costados, a una casa diferente, pero igual de jodida, donde vivirá y recibirá tratamiento hasta que tenga edad suficiente para echarse a la calle y encontrar un trabajo y formar una familia y comenzar a torturar a sus propios hijos.

—Empiezas a tomar una perspectiva un tanto tenebrosa —dijo él.

—¿Tú no?

—Explícame una cosa: ¿por qué iba a citar poesía un chico así?

—Buena pregunta. ¿Han verificado si está en Whitman todo ese rollo de «la familia»?

—Ya lo han hecho. Y no es de Whitman.

—Qué lástima.

—Pues sí.

Se pasó el día entero a la espera de una llamada que nunca llegó a recibir. Tuvo gracia, porque por lo general se sentía grotescamente popular en el trabajo. Era una de las más buscadas. Ese día se limitó a permanecer junto al teléfono suplicando que sonara, como una colegiala enamorada.

Localizó a una experta en Whitman en la Universidad de Nueva York, una tal Rita Dunn, con la que concertó una reunión para el día siguiente. Por lo demás, se limitó a matar el tiempo. Archivó unas

cuantas cosas más. Se puso manos a la obra con algunos informes viejos que llevaban tiempo languideciendo en uno de los cajones inferiores de la mesa.

Se quedó una hora más. Llevaba el móvil, por supuesto; si el chiquillo volviera a llamar, podrían desviarle la llamada sin importar dónde estuviera. Volvió a su casa caminando con el crepúsculo de otro perfecto día de junio, entre ciudadanos que se negaban a despojarse de la costumbre de resultarle sospechosos. El tipo que con nerviosismo descargaba cajas de una camioneta de una panadería, el que corría por la acera con un chándal de Princeton, incluso el ciego que avanzaba a tientas con su bastón: todos se le antojaban potenciales. Eran, en efecto, potenciales. Todos lo eran. El truco consistía en seguir viviendo con la convicción de que casi todos eran en realidad inofensivos. Ahí radicaba la ironía capital de su trabajo. Si no anduviera con cuidado, podía volverse tan paranoica como la gente con la que tenía que tratar.

Todos somos la misma persona. Todos queremos las mismas cosas.

El apartamento le resultó particularmente pequeño. Tenía una manera rara de expandirse o contraerse en función de cómo le tratara el día. Hoy se le antojó ridículo, habitaciones pequeñas en las que ella, una mujer de treinta y ocho años, con una educación de las más caras a la espalda, se encontraba viviendo como si tal cosa. No lo olvides: es un chollo. En el mercado, a día de hoy, un cuchitril en la Calle 5 cuesta un grande y medio como mínimo. Da las gracias por tener una vida erigida sobre un alquiler controlado. Disfruta de una realidad: vives por encima de la línea que marca el umbral de la pobreza.

Fue a servirse un vodka, pero cambió de idea. Mejor estar completamente sobria por si acaso llamara el chiquillo. Se preparó, en cambio, una taza de té; tomó su Whitman de la estantería y se acurrucó en el sillón con el libro.

> Me celebro a mí mismo,
> y cuanto asumo tú has de asumir,
> pues cada uno de los átomos que me pertenece vale tanto como si te perteneciera.

Whitman, Walt. La verdad era que no había vuelto a pensar en él desde la universidad. Desde luego, era una lectora voraz. Aunque no era el tipo de poesía capaz de hacerle pasar la noche en casa, leyendo poesía por gusto. Conocía los datos elementales: un gran poeta visionario norteamericano, más o menos del siglo XIX, que a lo largo de

su vida escribió ese libro enorme, que nunca dejó de revisar y ampliar, tal como otro hombre podría haberse dedicado a remodelar su propia casa sin fin. Grandullón, barbudo, sombrero flexible de ala ancha. Le gustaban los chicos.

Eh, le gustaban los chicos, ¿no? ¿Era cierto? Ojeó el libro.

> Veintiocho hombres jóvenes se bañan en la orilla,
> veintiocho hombres jóvenes, y todos tan amigos,
> veintiocho años de vida femenina, y todos ellos tan solos.

Bien. ¿Qué más?

> Las barbas de los jóvenes rebrillaban de humedad, el agua les caía del largo cabello,
> chorros que recorrían sus cuerpos de punta a cabo,
> una mano invisible que también recorría sus cuerpos,
> y descendía temblorosamente desde las sienes y las costillas.

¿Habría leído eso mismo el chiquillo? Tal vez sí, tal vez no. Su cita procedía de la primera estrofa, nada más. Un chico listo se empapa de toda clase de cosas.

Con eso y con todo, algo de cariz sexual había en todo ello. Un chiquillo abraza a un hombre mayor y los dos vuelan por los aires.

Todos somos la misma persona. Todos queremos las mismas cosas.

No dejaba de oír mentalmente su voz. Había hecho una representación infantil, pensó. Un chiquillo que había hecho todo lo posible, y francamente bien, por actuar de manera convincente como un chiquillo.

No obstante, no percibía en él a un asesino. El chiquillo, cómo no, estaba loco por definición. Sin embargo, ella se sentía orgullosa de tener una capacidad infalible para calar a los que eran de verdad peligrosos. No sabía precisar en qué consistía específicamente, aunque había abundantes señales bien documentadas. Esto era distinto. Un sabor, un no sé qué. Un zumbido, ese era el mejor de los términos que tenía para definirlo. Como si acertase a oír el minúsculo sonido que emitía una mala conexión, el trocito en particular del cableado con defectos, y que convertía el asesinato en algo más que mera fantasía.

El asunto se complicaba todavía más por el mero hecho de que, de vez en cuando, algunos tenían razón. Las compañías tabacaleras habían descubierto, y estaba comprobado, ingredientes secretos para que los cigarrillos fueran más adictivos. Los coreanos del norte habían

secuestrado turistas japoneses, en efecto, para educar a sus espías en las peculiaridades de las costumbres japonesas. Los ruidos procedentes del apartamento del vecino los producía, en efecto, un tigre adulto.

Oyó un ruido en el rellano, delante de la puerta de su vivienda. Algo que rascaba. Un tacón que se arrastrase sobre las baldosas. Probablemente fuese Arthur, el vecino de al lado, que hacía una pausa para dar descanso a su respiración de enfisematoso antes de seguir trabajosamente dándole al fuelle, pero ella conocía bien los ruidos de Arthur; conocía todos los ruidos habituales de los inquilinos en los rellanos. Y este no era familiar.

Levantó la cabeza del libro. Aguzó el oído.

Ahí estaba de nuevo. Un ruido furtivo, de algo que se escabullera. Si estuviera en el campo podría tratarse de una zarigüeya que rascara los guijarros.

El campo… ¿hay dientes ahí fuera, en la oscuridad?

Se levantó y se acercó a la puerta. Ahora, nada. Sin embargo, se sentía inquieta, temblorosa. Un poco temblorosa. Teniendo en cuenta cómo estaba el panorama, claro. No llevaba arma reglamentaria, estaba en la unidad disuasoria. Nunca había querido llevar un arma. Ahora mismo se preguntó si así era.

Dijo: «¿Hola?» y le avergonzó el miedo de colegiala que notó en su propia voz. A la mierda. A la mierda todos los que la quisieran amansada. Abrió la puerta.

Nadie. La habitual sordidez del pasillo, la luz de acuario cenagoso en el rellano, las baldosas del color de los dientes careados. Salió y miró más a fondo. Vacío. El ruido probablemente procediera de la calle o del otro lado de la pared de la vivienda contigua (donde la pareja soñadora, a menudo drogada, andaba perpetuamente liada en algún proyecto misterioso que entrañaba interminables golpecitos y ruido de muebles arrastrados). No había ni nadie ni nada.

Le llevó otro instante ver qué había en la pared, frente a su puerta. En tiza blanca, en letras mayúsculas perfectamente caligrafiadas, aunque con esmero, trabajosamente, alguien había escrito: MORIR ES DISTINTO DE LO QUE TODOS CREEN, Y ES MÁS SUERTUDO.

Ni Pete ni los chicos del FBI sacaron gran cosa en claro. Interrogaron a los vecinos, cómo no; tal como era de esperar, nadie sabía nada, nadie había visto a nadie extraño, etcétera. Como bien sabía cualquier inquilino, era en cierto modo un desafío, aunque no era imposible

entrar en el laberinto de callejuelas y callejones sin salida aparente, donde se depositaba la basura, detrás del edificio, y a partir de ahí colarse por la puerta de atrás, el resbalón de cuya cerradura estaba estropeado. Los habitantes del edificio habían observado recientemente el quinto aniversario de sus perpetuos intentos por lograr que el casero procediera a repararla.

Pete se encontraba en el cuarto de estar de Cat y sudaba majestuosamente, tomándose el expresso que ella le había preparado.

—¿Qué tal está el café? —le preguntó.

—Fuerte.

—Es la única manera de prepararlo que sé.

—Francamente, no alcanzo a entender cómo se las ha ingeniado ese comemierda para saber dónde vives.

—Hay una docena de maneras.

—Es verdad.

Esa era una de las sorpresas: no existía ningún sistema complejo para mantener a toda costa el anonimato de los policías. Eso solo pasaba en las películas. Lo cierto es que los sistemas que sí existían, desde luego, pero solo para la pasma del más alto nivel, no funcionaban ni mucho menos a pedir de boca. Prácticamente todo el que tuviera verdadera determinación y un ordenador en condiciones podía localizar a un poli, a un agente del FBI, a un inspector de Hacienda; podía llamar a su puerta cualquier noche, podía hacerle llegar un mensaje letal. Solo tenían protección los auténticos jefazos.

—¿Quieres que uno de los chicos se quede contigo a pasar la noche? —dijo Pete—. ¿O prefieres ir a un hotel?

—Puedo pasar la noche en casa de Simón.

—Si tienen tu dirección aquí, puede que sepan también la suya.

—El edificio de Simón probablemente es más seguro que la central del FBI. Un rey en el exilio vive en uno de los áticos, y allí también tienen su residencia varios presidentes ejecutivos muy apetecibles de secuestrar.

—¿Le has llamado?

—Estaba en ello. Ahora habrá terminado su reunión con un cliente.

—Llámale. Quiero que estés bien recogida en donde sea.

Llamó a Simón por el móvil. Le contó lo ocurrido.

—Dios mío —dijo él.

—La verdad es que estoy un poco de los nervios —dijo ella.

—Ven ahora mismo.

—Ahora voy.

La llevó el propio Pete. Dejó a los chicos del FBI tomar las diez mil huellas dactilares que precisaran tomar en el lugar. Quién sabe, tal vez encontrasen algo de valor.

Pete la acompañó al vestíbulo del edificio de Simón, en la calle Franklin. Silbó suavemente al ver el revestimiento de madera de arce, la callada explosión de lirios rosa en la mesa del conserje.

—Vaya pasada —dijo por lo bajo.

Ella se anunció a Joseph, el portero coreano, tan sumamente competente en lo suyo.

—Buenas noches —dijo a Pete..

—Tiene que ser agradable —dijo él.

—Nos vemos mañana —respondió ella de un modo algo cortante. No estaba de humor.

—Hecho. Nos vemos mañana.

Simón la estaba esperando arriba. La abrazó. A ella le sorprendió darse cuenta de que podría echarse a llorar, y no de agotamiento, ni por los nervios, sino por la lisa y llana alegría de tener alguien a quien acudir.

—Increíble —susurró él.

—Increíble —dijo ella.

Se sentó en el sofá, rechazó la copa que le ofreció él. Le encantaba su apartamento, se sentía adecuadamente culpable por ello, pero a pesar de todo le encantaba. Cuatro espaciosas habitaciones en una planta veinticuatro, techos de cuatro metros de altura. La gente que caminaba abajo, por la calle, tratando de encontrar los plátanos menos magullados en el mercado de la esquina, con la esperanza de que no les atropellara un taxi, no tenían ni idea de lo que flotaba allí encima, esos oasis de granito y ébano, esos refugios inviolables. Las llanuras abrasadas se alzaban en cumbres alpinas, donde residían los hechiceros. Allí arriba todo consistía en una iluminación propia de un templo y en un silencio claustral, níveo.

Simón era coleccionista. Mapas del siglo xix, porcelana china, juguetes antiguos y cajas de música. Cat siempre había querido preguntarle por qué esos objetos en particular, teniendo en cuenta la cantidad de cosas que hay en el mundo. Nunca le había llegado a hacer la pregunta. Prefería el misterio. Simón compraba y vendía futuribles. Veía algún significado especial en los mapas, en la cerámica, en los

juguetes. A ella le gustaba que así fuera. Bastante tiempo se pasaba en busca de explicaciones en su trabajo.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Simón sentándose a su lado.

Ella vio el centelleo en sus ojos. Estaba excitado.

—Están registrando a fondo mi edificio, pero no cuento con que encuentren nada.

—¿Cómo es posible que no encuentren nada?

—Hay miles de huellas dactilares en un edificio como el mío. Y… en fin, ya va siendo hora de que lo sepas. En estas cosas no somos tan buenos como parece. Trabajamos mucho, muy a fondo, pero muchas veces terminamos por detener a quien no tiene ninguna culpa. Y si ese detenido acaba en la cárcel, todo el mundo se siente mucho más seguro.

Simón calló un momento, y asintió. No parecía sorprendido, o bien había decidido actuar como si no lo estuviera.

—Lo de la cabina de teléfonos tiene gracia, ¿no? ¿Por qué no usa un móvil?

—Los móviles tienen dueños. A su manera, es inteligente. La baja tecnología, en su caso, es lo más seguro. Echas unas monedas en la ranura, sueltas el rollo, te largas. No podemos tener vigilados todos los teléfonos de pago de los cinco burgos. Esos cabroncetes son bien listos.

—¿Tú crees que lo cogeréis? —preguntó Simón.

—Tenemos que cogerlo. No la podemos cagar en un asunto así de grande.

—¿Y cuál es tu papel?

—Ir a trabajar mañana y esperar a que entre otra llamada.

—¿Eso es todo?

—Por el momento, sí.

Se sintió decepcionado, naturalmente. Él quería imaginarla en plena persecución, en un coche camuflado. Quería que ella resolviera el caso, que sacara a la policía de ese aprieto. No era ni *sexy* ni interesante que tuviera que esperar pegada al teléfono. Era, por así decir, demasiado maternal.

—Estaba leyendo a Whitman —dijo ella—. Al mismo tiempo, un maniaco estaba escribiendo en la pared un verso de Whitman, enfrente de mi puerta.

—Nunca he leído a Whitman —dijo él.

Claro que no. Tú vienes de Cedar Rapids. Tú eres de los

que han pasado por Gornell, has hecho un MBA en Harvard. Vosotros no

leéis poesía. No os hace falta.

Basta.

—Chapman —dijo ella— llevaba encima un ejemplar de *El guardián entre el centeno* cuando mató a John Lennon.

—¿Por qué crees que el chaval habrá escogido a Whitman?

—Estoy tratando de adivinarlo.

—¿Por qué escogió Chapman a Salinger?

—Yo diría que para alimentar su propio concepto narcisista de sí mismo, el solitario sensible. Se identificó con Holden Caulfield. Holden tenía razón, el resto del mundo se había equivocado. Otros quizás piensen que fue muy mala idea matar a John Lennon, pero Chapman pensaba que él estaba mejor informado que nadie.

—¿Tú crees que ese chiquillo tiene la misma sensación con Whitman?

—Ni idea. Mañana voy a hablar con una especialista en Whitman de la Universidad de Nueva York.

—¿Estás cansada?

—Joder, pues sí.

—Vámonos a la cama.

Cat se deslizó bajo las sábanas mientras Simón aún estaba en el cuarto de baño realizando sus rituales. El dormitorio de Simón era el sanctasanctórum, la cámara acorazada donde se guardaba lo mejor de sus colecciones. En toda la pared sur, varias estanterías exponían hileras de vasijas y platos y tarros de jengibre, de un verde muy pálido, de un gris lunar. En la pared de enfrente, una colección de huchas viejas y de cajas de música miraba la colección de cerámica. Un Tío Sam de hierro colado, camiones de bomberos tirados por caballos, osos bailones, cajas talladas que aún contenían la canción preferida de alguien, con un siglo de antigüedad. *Juguetitos, contemplad la serenidad perfecta de una pieza de cerámica con mil años de antigüedad. Cerámica, nunca olvides cuánto han amado los seres humanos una canción sentimental, y el tintineo de una moneda bien guardada.*

Cat se dejó hundir en las almohadas gruesas, en las sábanas de hilo finísimo. Pues claro que le encantaba. ¿Por qué no habría de gustarle tanto? Había llegado allí por puro azar. Si Simón y ella no hubieran ido a Citarella a la misma hora (tomaron los mejores volovanes de cangrejo; ella había tenido unas ganas locas de zamparse un volován de cangrejo), si no hubiera estado lloviendo, si no hubieran llamado al

mismo taxi en el mismo instante…

Así fue la cosa. Así de fácil, así de rápida. Una charla animada en el asiento del taxi. (*¿Tú vendes futuribles? Eso es la pera. ¿Tú hablas con asesinos? Eso sí que es la pera.*) Una taza de café, y eso que él hacía con los pulgares, enganchándolos en el borde de la taza, repicando un ritmo vivaz. Tenía unos pulgares preciosos (a ella le perdían las manos de los hombres) y una manera de fruncir el labio inferior… Eso fue lo que, inicialmente, hizo que sucediera lo que sucedió. Poco después, él demostró ser uno de esos hombres a los que les importa que una chica lo pase bien, y ella lo agradeció. De acuerdo, era más concentrado que apasionado, su manera de hacer el amor denotaba el negocio que entrañaba (tengo que cerrar este ya mismo, tengo que mantener contento al cliente), pero era a pesar de todo un encanto en la cama, y ella creyó que podría aflojar sus tensiones con el tiempo. Tenía una determinación imbatible, manifiesta en sus cejas como escarabajos, de verla correrse; estaba además la belleza imposible y la certeza de su vida regalada, blanca, propicia. Sus colecciones y sus mullidos sofás de cuero, su gigantesca alcachofa cromada en la ducha. ¿Qué había tenido más peso al principio, los pulgares y el labio y el sexo a conciencia, o los aparejos?

El hombre. Ella no era así. Nunca se había colado por los tipos ricos, ni siquiera de joven, cuando era el cebo ideal.

Pero a pesar de todo allí estaba, sana y salva, en ese dormitorio, muy por encima del nivel de la calle. Era… era un poco jodido, reconozcámoslo. Probablemente. Era un poco frío. ¿O no? Ella le daba credibilidad callejera; ella le hacía tilín en lo más duro de su ser. Ella la daba más complejidad. Él a ella le daba… en fin, esto.

Y el amor. Ella en verdad lo amaba, y él también parecía amarla. Ella había pasado años sin nada que pudiera considerar amor. Ahí estaban sus pulgares y su labio y sus cejas; ahí estaba su gravedad, y su prosperidad; ahí estaba su yo más secreto, esa nimia, perjudicada, indignante cualidad que percibía en él, aunque lo detectara en su cara al verlo dormir.

Simón salió desnudo del cuarto de baño y se metió en la cama a su lado.

—¿Tú crees que el chaval volverá a llamar?

—Difícil saberlo…

—Alguna idea tendrás, ¿no?

—Una vez que un perpetrador ha iniciado un contacto como este,

existen probabilidades de que lo quiera restablecer.

Al cuerno, dile guarradas. Estás demasiado cansada para resistirte.

—Eso tiene su lógica —dijo él.

—Lo que se intenta hacer —le dijo ella— es suplantar el objeto existente. Si se tiene suerte, si se tiene mucha suerte, una se puede convertir en la persona que ama y que desea destruir. Y comienza a redirigir todos esos sentimientos hacia ti.

Con desvergüenza. Ni siquiera era cierto. Bastaba con hablar solo con una resonancia sexual.

—Igual que se haría en una terapia —dijo Simón.

—Pues… sí y no. Hace falta ser compasiva, pero también autoritaria con una persona así. Una persona así por lo común quiere tener un jefe. Una voz en el interior de su cabeza que le diga que haga cosas que, sospecha, no debería ni pensar en hacer. Lo que quiere es una voz nueva que le hable. Probablemente por eso mismo llamó una vez.

¿Habría sido suficiente? ¿Podrían ahora mantener una relación sexual, o no mantenerla, y dormirse sin más?

—Así que ¿tú intentas convertirte en esa voz interior?

Le pasó un dedo rosado con precisión por el antebrazo,

como si estuviera leyendo braille. Podrían hacer entre los dos un bebé precioso, eso era innegable. La piel de color caramelo, la cabeza llena de rizos esponjosos. Cat probablemente aún era joven, aún estaba en la edad. Quizás, sí.

—Sí —dijo—. Por oposición a los alienígenas, la CIA o lo que sea.

—Tratas de ser el autoengaño nuevo, el mejor.

—Correcto. Y si eso no funciona, al muy cabrón se le localiza y se le hace añicos.

Eso funcionó. Simón la besó y buscó con la mano su pecho.

Despertó a las cuatro menos cuarto. Aguardó cinco minutos, por si acaso, con suerte, volviera a conciliar el sueño. No. Se levantó entonces. Fue al cuarto de estar. Sacó *Hojas de hierba* del bolso, se puso a leer.

> He dicho que el alma no es más que el cuerpo,
>
> y he dicho que el cuerpo no es más que el alma,
>
> y que nada, ni siquiera Dios mismo, es más grande, para uno, que su propio yo,
>
> y que quien quiera que recorra un estadio sin gozar de simpatía ajena camina hacia su propio funeral, vestido con su

propio sudario,

y tú, o yo, sin blanca en el bolsillo, podemos comprar lo mejor de la tierra,

y que mirar por el rabillo del ojo o mostrar una judía en su vaina confunde el saber acumulado en toda la historia,

y que no hay vocación o empleo, aunque el hombre que siga la suya puede llegar a ser un héroe,

y que no hay objeto tan suave, salvo el que forma el cubo de la rueda del universo,

y digo, digo bien, a cualquier hombre o mujer, dejad que el alma mantenga su frescura y se aplome ante un millón de universos.

Dejó el libro y se acercó a la ventana a mirar la ciudad adormecida. Desde allí, todo estaba adorable y remoto, veintidós plantas más abajo. Todo era luces y silencio, muy pocas estrellas con el brillo suficiente para traspasar la bruma de la ciudad. Las ventanas de Tribeca y, allá, el cielo vacío.

¿Dónde estaría el chaval ahora mismo? ¿Durmiendo? Tenía el pálpito de que no. Lo imaginó allá fuera, tan completamente desvelado como ella. Podría estar mirando desde una ventana que fuera suya.

Luke ahora habría cumplido doce años. Desde que murió, ella había tenido la certeza de que estaba en alguna parte. Lo había sabido tan en el fondo de su ser como había sabido de su presencia en su interior, poco después de haberlo concebido. Nunca había sido nada religiosa. No había permitido que la pena y la desolación la mandaran a gatas a la iglesia. Tal vez le habría servido de alivio, pero era algo que no estaba en su ser; si acaso, se le había antojado una especie de insulto definitivo, urdir repentinas e histéricas convicciones acerca de aquello de lo que se había pasado toda su niñez procurando escapar. De acuerdo, llévate a mi hijo, pero no cuentes con que yo me ponga el velo y me arrodille ante la estatua. No cuentes con que dé palmas, con que eleve mi voz para cantar. Si lo hubiera hecho, habría perdido toda la cordura que aún le quedase.

Y es que, con todo y con eso, Luke no había desaparecido. Ella no tenía ni idea de dónde pudiera estar. No estaba en el cielo, no era un espectro, pero estaba en alguna parte. No se había evaporado. Lo sabía con una certeza irrebatible, una certeza de las propias entrañas. Era su única creencia. Esa, y el funcionamiento de la justicia en un mundo

peligroso.

El peligro… ¿nuestro verdadero procreador?

¿Dónde viven los muertos?

Estas cortinas… ¿seguro que Simón no es gay?

Se deslizó en la cama muy poco antes de que saliera el sol. No tenía sueño, ni siquiera un poco, aunque simulando estar soñolienta, actuando como quien está a punto de conciliar el sueño, a veces conseguía engañarse. Simón respiraba con ritmo uniforme a su lado, y murmuró algo en sueños. Nunca había tenido el menor problema para dormir. Procuró no detestarlo por eso.

Aún estaba completamente despierta cuando sonó su móvil. Eran las seis y diez.

—Aquí Cat Martin.

—Cat, tengo a tu llamante. Te lo paso.

Era Erna, del centro. A Cat se le aceleró el corazón. Simón abrió los ojos, pestañeó sin saber qué sucedía. Ella se llevó un dedo a los labios.

—Adelante, Erna —le dijo.

Oyó el breve hipido electrónico del desvío de llamada. Y apareció su voz.

—¿Hola?

Pareció aún más joven de lo que ella recordaba.

—Hola. ¿Quién llama?

—Mmm… Llamé antes.

—Sí.

Mantén la calma. Habla como si tal cosa.

—Podría estar en un apuro —dijo.

—No estás en ningún apuro, ni mucho menos. Sobre todo, si dejas que yo te ayude. ¿Tú escribiste algo en una pared? ¿Anoche?

—¿Qué?

—¿Me escribiste algo anoche? ¿En una pared?

—Ah. Sí.

—¿Y qué tratabas de decirme?

—Bueno… Lo que decía.

Simón se había incorporado y la miraba con los ojos como platos.

—¿A ti te parece que es suertudo morirse? —preguntó—. ¿Crees que morir es buena cosa?

—No creo que todavía quiera —dijo el chiquillo.

—¿Y quién es quien quiere que mueras?

—Es que las cosas son así. Yo no lo sabía. Si tú no mueres también, te matan.

—¿Hay alguien que te esté ordenando que te hagas daño?

—Golpeo el tambor y atrueno por los muertos.

—Eso es Whitman, ¿verdad? —dijo ella.

—¿Quién?

—Walt Whitman. ¿Eso lo has aprendido de Walt Whitman? —No. Walt no habla así.

—¿Dónde lo has aprendido, pues?

—En casa.

—Escúchame. Escúchame y presta mucha atención. Alguien te está diciendo que hagas cosas que son malas para ti, que son malas para otros. No es culpa tuya. Alguien te está haciendo daño. Dime dónde estás, y voy enseguida a ayudarte.

—No puedo.

—No tienes por qué tener miedo. No hay nada que temer, pero tienes que dejar que te ayude. Dime desde dónde llamas. Eso me lo puedes decir. No pasa nada.

—El siguiente toca hoy.

—Dime qué es lo que te obliga a hacer. No tienes por qué hacerlo.

—He de irme.

—No te vayas. Estás en un aprieto, y no es culpa tuya. Yo te puedo ayudar.

—¿Tú crees que una gran ciudad resiste y dura?

—¿A ti qué te parece?

—Adiós.

Colgó.

—Era él —dijo Simón. Un poco más y habría temblado de puro fervor en su apoyo.

—Era él, sí.

—¿Qué ha dicho?

—Espera un minuto, ¿quieres?

Sonó el móvil, tal como suponía. Era Pete.

—Joder, joder, joder —dijo.

—¿Dónde estaba?

—Una cabina pública, en Bedford-Stuyvesant.

—Hoy van a por otro.

—Eso ha dicho. ¿Tú qué crees?

—Con el corazón en la mano, te diría que no estoy segura. —Gracias por compartirlo.

—Pero diría que iba en serio.

—Yo también lo diría. ¿Qué fue toda esa mierda sobre Walt?

—Francamente, en eso me has pillado. El muy cabroncete parece haber memorizado el libro entero.

—Dice que lo ha aprendido en casa. ¿De qué va todo eso?

—Son imprevisibles, Pete. Y tú lo sabes.

—¿Cuánto tardas en llegar a la oficina?

—Veinte minutos. Más o menos.

—Allí nos vemos.

Cortó la comunicación. Simón se le quedó mirando con toda la disponibilidad de un ejecutivo.

—Tengo que ir al trabajo —dijo ella.

—Ya.

Estaba tan maravilloso así que era para caerse de espaldas, siendo una figura de tremenda potencia en sus propios círculos pero solo un simple espectador en este, reducido a la condición de mera esposa, allí tendido, mirándola, con sus imposibles ojos de ágata, el pelo eléctricamente desordenado, la barba del día erizada en la cara. Pareció por un instante que podría parar, que podía parar en ese preciso instante; podía mandar al cuerno su trabajo y entrar con Simón en su territorio, en su vida de alto octanaje y sin peligros de ninguna especie, el silencio y la seguridad que poseía, comprar y vender futuribles y el futuro mismo, buscar mapas antiguos, vasijas, llevarlas a casa. Ella iba de camino hacia una ingrata oficina en la que el equipo estaba pasado de fecha, el aire acondicionado propendía a fallar a menudo, la mayor parte de sus compañeros eran fanáticos derechistas o estudiantes con malas notas o tipos demasiado peculiares para encontrar un trabajo en las empresas que contrataban a los mejores, a los más listos; una oficina en la que los villanos eran tan patéticos, tan defectuosos como los propios héroes, en la que toda la pugna entre el orden y el caos carecía de la belleza más elemental, y tampoco tenía filosofía ni poesía, en la que la muerte misma parecía algo barato, hortera. Ella quería —¿de qué manera podría decírselo?— refugiarse en Simón, vivir en paz a su lado, gozar de su erizada y descuidada belleza, de su contentó electrizante. Deseaba abandonarse a él, atenerse a él. Claro que él jamás la querría de esa manera.

Se levantó de la cama.

—Luego te llamo —dijo.

—Vale —respondió.

Los dos callaron. Habría sido un momento perfecto para que uno de los dos dijera «Te quiero». De haber estado uno de los dos en ese punto, claro está.

—Hasta luego —dijo ella.

—Hasta luego —respondió él.

En la oficina era Carnaval. Nunca había percibido tal grado de agitación en el aire. Se trataba de algo que nunca había ocurrido en realidad: un psicópata que había anunciado sus intenciones, y con todos los indicios de cumplirlas. Aquello era de película.

Ed estaba a punto de correrse con los pantalones puestos. El pelo, o lo que de pelo le quedaba, parecía habérsele puesto de punta.

—Mecagüen —dijo.

—¿Han encontrado algo en Bedford-Stuyvesant? —preguntó ella.

—Nada. Ojalá pudiera yo hablar con él.

—¿Y qué le dirías?

—Yo creo que necesita una figura paterna.

—¿De veras me lo dices?

—No te ofendas. Estás haciendo un buen trabajo con él.

—A mi manera.

—No lo digo con ánimo de ofender. Solo pienso que tal vez un tío pudiera sacarle algo más. Fue pura cuestión de suerte que llamara y se encontrase contigo.

—No crees que una mujer sea igual de eficaz con él, claro.

—Eh, eh. No te me pongas como Angela Davis, ¿eh?

Ed era de la nueva hornada, los tíos que parecían dados a pensar que si se mostrasen tal como eran y nada ocultasen acerca de su sexismo y su racismo, si entrasen como si tal cosa allí

donde fueran y lo dijeran sin pelos en la lengua, al menos quedarían semiabsueltos de todo pecado. Es decir, que si el racismo era algo inevitable, era mejor, era más viril y más honrado reconocerlo con toda sinceridad. Ella, francamente, prefería el secretismo en ese sentido.

—Ni se me pasaría por la cabeza —dijo ella.

—Un mal padre le está diciendo que haga maldades. Un buen padre podría tener una ocasión espléndida para decirle que actuara por el bien. Una figura materna carece de la misma autoridad. Le sirve de

refugio. No es quién para contradecir lo que haya dicho el mal padre. Solo le sirve de consuelo.

—No te puedes ni imaginar hasta qué punto espero que en eso te equivoques.

—Yo también lo espero. A ese cabroncete lo vamos a pillar, te lo digo yo.

Ed lo dijo con un retintín de asesino. Tenía ese convencimiento puro, resplandeciente, de los que casi llegan a listos. Cuando Ed se ponía de ese modo, Cat oía el *ping* en su interior. Ese sí era un verdadero asesino.

—Sí —insistió—. Lo vamos a pillar, te lo aseguro.

Pete se presentó en el cubículo y le ofreció café solo.

—Eres un encanto —dijo ella.

—No hemos llegado a nada.

—Nunca llegamos a nada.

—Han revisado los registros dentales de más de dos mil chicos dados por desaparecidos. No se corresponde ni uno solo con los dientes que hemos encontrado.

—Decepcionante.

—Es como si ese primer chiquillo hubiera salido de la nada.

—O como si nadie supiera o a nadie le importara que ese chiquillo haya desaparecido.

—Lo sé, lo sé. Pero tiene gracia.

—En eso estoy de acuerdo. Tiene gracia.

—A lo mejor —intervino Ed— es alguien que ni siquiera ha tenido el cuidado suficiente con su hijo para mandarlo al dentista.

—Siempre cabe esa posibilidad —dijo Cat—. ¿Te has fijado en cómo empieza a desintegrarse en cuanto se agita un poco?

—Sigue —dijo Pete.

—Pierde toda coherencia. Empieza a improvisar con versos de Whitman. O, como diría él, aprendidos en casa.

—Lo que dice obedece más al azar —propuso Ed.

—Quizás —dijo Cat—. Pero también es posible que, desde su óptica particular, lo que diga obedezca menos al azar. Tengo el pálpito de que el poema es su lenguaje. Es lo que tiene en la cabeza. Quizás le resulta mucho más difícil, más fuera de quicio, decir «me da miedo morir» que decir «una gran ciudad resiste y dura».

—Eso sí que me parece difícil —dijo Ed—. Y sacado de quicio.

Cat tuvo ganas de decir «es un pálpito que tengo», pero no podía decir una cosa así delante de Ed. Él la utilizaría en su contra. Ella era la que tenía un título por la Universidad de Columbia, la que había leído más libros que todos los hombres del departamento juntos, la que se había dedicado a la psicología forense porque no había conseguido establecer una consulta privada. Era demasiado agresiva y le faltaban calificaciones. Era alguien que se fiaba de los sentimientos. Y de los pálpitos.

—No es más que una idea, Ed —dijo—. Este parece un momento óptimo para que demos rienda suelta a nuestras ideas, ¿no te parece?

El porte aristocrático, la dicción de institutriz. Tenía que olvidarse de ese enfoque de una vez por todas. El problema era que funcionaba. Casi siempre.

—Claro, claro —dijo Ed—. Desde luego.

—Hay algo extraño en las asociaciones mentales de ese chaval —dijo ella de nuevo con la voz de costumbre—. Como si estuviera programado. Un concepto acciona un resorte y aparece el verso, pero no posee en cambio los circuitos que serían necesarios para sacar algo en claro de ese verso. Es como si fuese un contenedor donde se hallan los deseos de otra persona. La poesía significa algo para él, pero no es capaz de decir qué es exactamente.

—Pensé que a estas alturas tendríamos una pista, algo —dijo Pete—. Por Dios, solo son niños.

—Alguien los mueve como a los peones —dijo Cat.

—Yo no lo sé —dijo Ed—. Por el momento, nadie se ha apuntado el tanto.

—A no ser —dijo Cat— que quienquiera que sea prefiera de hecho que los chavales nos llamen. A no ser, claro, que esa sea su manera de apuntarse un tanto.

—Empecé ese libro de Whitman anoche —dijo Pete—. Con toda sinceridad, no he entendido ni papa.

—Hoy mismo iré a ver a una especialista de la Universidad de Nueva York.

—Bien.

—¿Qué más se sabe de Dick Harte? —preguntó Cat.

—Bastante —respondió Pete—. Pero no hay nada que salte. No tiene un historial con jovencitos. Ni siquiera con chicas, nada. No hemos encontrado nada. Todo es normal y corriente. Estudió Derecho…

—¿Dónde?

—En Cardozo. No en Harvard. Ejerció de abogado unos años, y luego entró en el mercado de la inmobiliaria. Se casó con una chica decente, se hizo rico, abandonó a la chica decente y se casó con otra chica igual de decente, pero más guapa. Tuvo dos hijos, una ricura, con la esposa número dos. Casa grande en Great Neck, casa de campo en Westhampton. En conjunto, un tipo normal y corriente.

—Al margen de toda la pasta que ha ganado —dijo Cat.

—Correcto. Pero es todo producto de la inmobiliaria. No tenía talleres clandestinos. Sus empleados no es que lo adorasen, pero tampoco lo aborrecían. Les pagaba sus salarios. Recibían su paga de beneficios. Y una paga extra de Navidad todos los años, además de un fiestorro en el Hotel Rhiga Royal.

—Según mi experiencia —dijo Cat— son muy pocos los ricos que no tengan enemigos.

—Sus enemigos estaban todos a su altura. Rivalidades normales en los negocios, tipos a los que ganó por la mano en una puja, o tipos a los que vendió por debajo de lo esperado. Pero esas personas no lo odiaban. Las cosas no son así. Es como un club. Y resulta que Dick Harte era uno de los miembros menos sórdidos.

—¿Y qué hay del hijo al que hubo que mandar a Vermont a que prosiguiera sus estudios?

—Un simple chico con problemas. Se metió en asuntos de drogas, empezó a fallar en los estudios. Mamá y papá lo mandaron al campo. Seguro que no les agradó la idea, pero tampoco parece que fuera para tanto.

—¿Qué estaba haciendo Dick Harte en la Zona Cero? —preguntó Cat.

—Formaba parte de un grupo de jefazos que presionaban para conseguir más suelo edificable y dedicarlo a oficinas para venderlas al por menor. Por oposición a los partidarios de un monumento en memoria de los desaparecidos y un parque.

—Eso podría importarle, y mucho, a cualquiera —dijo Cat.

—¿A un chiquillo de diez años?

—Es un chiquillo de diez años que ha memorizado *Hojas de hierba*.

—Un friqui.

—O un sabio, quién sabe —dijo Cat—.

—Una cosa no quita la otra —dijo Pete.

—No, desde luego que no —repuso Cat.

Pasó la mañana a la espera en su cubículo, casi rezando para que entrase otra llamada. En la literatura, ¿quiénes eran las que más habían esperado?

Penèlope… que espera a Ulises y desteje lo tejido todas las noches.

Rapunzel, asomada a la ventana de su torre.

Blancanieves, la Bella Durmiente y el resto de las princesas comatosas.

No le vino a la memoria ningún relato acerca de un hombre cuyo cometido fuese el de la espera. Pero ya se lo había dicho Ed: No te me pongas como Angela Davis, ¿eh? Trataría de hacer todo lo posible.

Escuchó la grabación varias veces. Ojeó *Hojas de hierba.*

> Se preparan para la muerte, aunque no son ellos el final, sino más bien el comienzo;
>
> a nadie llevan a su término, ni a estar contento, saciado;
>
> quienes llevan consigo llevan a un espacio donde contemplar cómo nacen las estrellas, aprender uno de los sentidos,
>
> lanzarse con una fe absoluta, atravesar los anillos incesantes y nunca más estar en calma.

Vaya con el chiquillo. ¿A quién quieres llevarte al espacio a contemplar cómo nacen las estrellas?

A las diez y media echó el móvil al bolso y fue al despacho de Rita Dunn, en la Universidad de Nueva York. Se encontraba en un edificio en Waverly. En uno de esos edificios, Cat nunca estuvo segura del todo cuál era en concreto, estaba el taller de confección textil en el que se declaró el incendio. Conocía lo ocurrido de manera más bien vaga; las salidas estaban bloqueadas para impedir que las operarías sobreexplotadas se fuesen antes de terminar sus jornadas. O algo así. Se declaró un incendio, y todas aquellas mujeres quedaron atrapadas sin remedio. Algunas saltaron por las ventanas. De alguno de aquellos edificios, acaso el mismo en el que entraba en esos momentos, habían saltado las mujeres con los vestidos en llamas, para estamparse contra la acera que pisaba, o en aquel otro trecho. Ahora, todo era propiedad de la Universidad de Nueva York. Ahora eran estudiantes y compradores, una cafetería y una librería en la que se vendían sudaderas y prendas de algodón con el emblema de la Universidad de Nueva York.

Cat subió a la novena planta y se anunció a la secretaria del departamento, que le indicó que siguiera por el pasillo.

Rita Dunn resultó una pelirroja de cuarenta y tantos años, con una chaqueta de seda, verde, y bastante maquillaje. Perfil de ojos oscuro, colorete aplicado con mano experta. Al cuello, un collar de cuentas de ámbar un poquito más pequeñas que bolas de billar. Parecía más una patinadora artística retirada que una profesora de literatura.

—Hola —dijo Cat. Dio un momento a Rita Dunn para que se situara. Nadie llegó nunca a decir: «Por teléfono no me pareció que fueras negra». Todos lo pensaban siempre.

—Hola —respondió Rita, y le estrechó la mano con entusiasmo. A todo el mundo le encantaba hablar con un policía cuando no estaba en apuros.

—Gracias por tomarse el tiempo de recibirme.

—Es un placer. Siéntese.

Indicó a Cat que ocupara una silla de similicuero que había frente a su mesa y tomó asiento en su sillón. El despacho era un caos de libros y papeles (*desordenada hermana*). En la pared, a sus espaldas, un póster con la efigie de Whitman: una nariz como un bulbo, avejentado, ojos pequeños y oscuros asomados desde la maraña algodonosa del cabello y la barba. En la ventana del despacho, una planta de lazo de amor, o malamadre, colgaba sobre la panorámica de Washington Square Park. ¿Se habrían apiñado una vez las costureras, atrapadas por las llamas? ¿Se habían asomado a ese alféizar antes de saltar?

—Bien —dijo Rita Dunn—. Así que quiere averiguar un par de cosas sobre el señor Whitman.

—Así es.

—¿Me permite preguntarle qué es lo que busca exactamente?

—Trato de ponerlo en relación con un caso que estoy investigando.

—¿Tiene algo que ver con la explosión?

—Lo lamento, no puedo entrar en detalles.

—Comprendo. Un caso en el que se halla implicado Walt Whitman. ¿Se ha metido en apuros?

—Sé que no es lo habitual.

Rita Dunn formó una piña con los dedos y se los llevó a los labios color caoba. Cat percibió con brusquedad toda la fuerza de su atención. Era palpable, era un gesto como si enfocara, un zoom de piedra preciosa que se pudo palpar en sus ojos perfectamente perfilados. Bien, se dijo Cat. Así te vistes para despistar a los hombres, ¿no es eso? Eres peleona y furtiva.

—Me gusta todo lo que se salga de lo habitual —dijo Rita—. Me

suele gustar bastante. ¿Puede darme algún indicio, por dónde empezar?

—Digamos… A ver, ¿podría explicarme un poco cuál es el mensaje de Whitman a sus lectores?

—¿Su mensaje? Era complejo.

—Lo sé. Dígame lo que le venga a la cabeza.

—Mmm. ¿Sabe algo acerca de él?

—Poca cosa. Lo leí en la universidad. Lo he vuelto a leer ahora.

—Bien. Veamos. Whitman, como seguramente sabrá, fue el primer gran poeta visionario norteamericano. No solo se celebró a sí mismo. Celebró a todos, lo celebró todo.

—Ya.

—Se pasó la vida entera, y fue una vida muy larga, ampliando y revisando sus *Hojas de hierba*. Él mismo lo publicó. La primera edición es de 1855, y hubo nueve ediciones en total. La última, la que él llamó su edición «in articulo mortis», se publicó en 1891. Podríamos decir que escribió un único poema, y que ese poema era Estados Unidos.

—Que él amaba.

—Desde luego que sí.

—¿Diría que fue un patriota?

—No creo que sea el adjetivo más indicado para Whitman. Homero amó Grecia, pero el adjetivo «patriota» no casa bien con él, ¿verdad? Yo no lo creo. Un gran poeta nunca es tan provinciano, tan nacionalista como un patriota.

Tomó un abrecartas con mango de madreperla y pasó la yema del dedo a lo largo del filo. Los aristócratas con ínfulas de ocupar un tropo podrían haberse vestido de manera igual de impecable, igual de excesiva, se dijo Cat. Podrían poseer esa misma corriente subterránea de vigilancia feroz a la par que cordial.

—Pero si alguien lo leyera hoy, me pregunto —dijo Cat— si se le podría interpretar como un patriota. *Hojas de hierba* ¿podría leerse como una especie de himno nacional ampliado?

—A ver. Si le contara las interpretaciones que he leído sobre Whitman, le aseguro que no daría crédito. La verdad es que Whitman vivía permanentemente en el éxtasis. Era en cierto modo un derviche. El patriotismo, ¿no le parece?, entraña cierta idea fija de lo justo frente a lo equivocado. Whitman lisa y llanamente amaba lo que existe.

—De una forma indiscriminada.

—Sí y no. Creía claramente en el destino. Imaginó que la secuoya se alegra de recibir los hachazos, porque el destino del árbol es la tala.

—Así que no tenía un concepto particular del bien y del mal.

—Entendió que la vida es algo puramente transitorio. No le preocupaba en especial la mortalidad.

—Ya —dijo Cat.

—¿Le sirve de ayuda?

—Mmm. ¿La expresión «de la familia» le dice algo?

—¿Me pregunta si la reconozco como algo propio de Whitman?

—No es de Whitman.

—Ya me lo parecía. Aunque no seré yo quien se jacte de conocer todos y cada uno de sus versos.

—¿Le sugiere alguna cosa?

—La verdad es que no. ¿Podría situármela en algún contexto?

—Como si fuera una declaración. Como si alguien le dijera «soy de la familia». A la luz de Whitman.

—Verá. Whitman demuestra una enorme empatía con todo el mundo. En Whitman no hay una sola vida que pueda ser insignificante. Están los dueños de las fundiciones y los obreros de las fundiciones, las grandes damas y las prostitutas de la calle, y él se niega a favorecer a nadie en particular. A todo el mundo lo encuentra merecedor de su atención, digno, fascinante. A todos los encuentra milagrosos.

—¿Se niega a favorecer a uno tal como un padre, por ejemplo, se niega a favorecer a un hijo entre los demás?

—Supongo que así podría decirse, sí.

—¿Y qué hay de la idea de trabajar para una compañía?

—Disculpe, ¿cómo dice?

—Si alguien dijera «Todos trabajamos para la compañía». A la luz de Whitman, claro.

—Mmm. Supongo que podría aventurarme un poco, aun sin tener certezas.

—Por favor, adelante.

—Bien. Cuando Whitman publicó la primera edición de *Hojas de hierba*, la Revolución Industrial ya llevaba tiempo en marcha. La gente que había vivido en las granjas durante generaciones habían emprendido la gran migración a las ciudades con la esperanza de enriquecerse.

—Y…

—Y hubo un puñado que de hecho se enriqueció. Al margen de estos, casi todos los demás trabajaban en turnos de doce horas al día,

seis días por semana. Eran los momentos finales del mundo agrario y el comienzo del mundo mecanizado. ¿Sabía usted que la hora universal no existió hasta muy a finales del siglo xix? En un pueblo eran las dos, en otro eran las tres. Hasta que surgieron los ferrocarriles transcontinentales no hubo que ponerse de acuerdo para que fueran las dos en un sitio y las tres en otro, de modo que la gente pudiera tomar el tren a la hora prevista. Hizo falta el paso de toda una generación para que la gente se convenciera de que tenían que aparecer a trabajar todos los días a la misma hora.

—En cierto sentido, todo el mundo trabajaba para la compañía.

—Podría decirse, desde luego. Pero la verdad es que es imposible destripar a un poeta como Whitman de este modo. ¿Escribía sobre la industrialización? Sí, qué duda cabe. Pero también escribía sobre la tala de árboles, el sexo, la expansión hacia el oeste. Se le puede abordar desde cualquier ángulo y encontrar algo que dé respaldo a tal o cual tesis.

—Entiendo.

—«De la vida inmensa en su pasión, poder y pulso, alegre,

de los actos más libres que se formen bajo las divinas leyes, al Hombre Moderno canto». Me temo que si se insiste demasiado en concentrarse en tal o cual aspecto, se pierde de vista una visión en general.

—«Morir es distinto de lo que todos creen, y es más suertudo» —dijo Cat.

—A lo que se ve, conoce usted a Whitman.

—Un par de versos sueltos. Creo que no debo abusar más de su tiempo.

—No me parece que haya sido de gran utilidad.

Se levantó con elegancia, como una duquesa compasiva que ha llegado al máximo de su capacidad de interceder por otro en los misterios más ásperos del mundo, en sus plagas, en su clima calamitoso. Había aflicciones que probablemente era preferible tratar mediante métodos locales, mediante cánticos y piras funerarias rituales, mediante el dibujo de pentagramas.

—¿Puedo hacerle una última pregunta? —dijo Cat—. No tiene nada que ver con Whitman.

—Por descontado; adelante.

—¿Fue aquí donde se declaró aquel incendio, en el que murieron tantas mujeres? ¿Fue en este mismo edificio?

—No. Ese edificio se encuentra a la vuelta de la esquina. Actualmente forma parte del departamento de bioquímica.

Cat se levantó y se acercó a la ventana. Todo era calma allá abajo. Los estudiantes se apresuraban para llegar a clase y, al final de la manzana, brillaba el follaje en Washington Square Park.

Llamó a Pete por el móvil en cuanto salió a la calle.

—Aquí Ashberry.

—Acabo de hablar con la experta en Whitman.

—¿Te ha dicho algo?

—Parece que se le puede interpretar como una especie de voz favorable al statu quo. Por ejemplo, si uno tuviera un trabajo espantoso en una fábrica, con un turno de doce horas al día, seis días por semana, Whitman estaba ahí para decirle que su vida era magnífica, que la vida misma era poesía, que uno era un rey en su propio mundo.

—¿Tú crees que eso es lo que piensa el chaval?

—Creo que eso es lo que alguien piensa. Creo que alguien habla por medio del chaval.

—¿Vienes hacia acá?

—Sí.

—Hasta ahora.

Pete la esperaba en su cubículo cuando ella llegó. No le preguntó por Whitman.

—La esposa de Dick Harte —dijo— acaba de darnos algo.

—¿El qué?

—Él por lo visto despertó en medio de la noche, la víspera de ser asesinado. Dijo que había oído un ruido.

—¿Un ruido?

—El típico ruido en medio de la noche.

—¿Se asustó?

—Ella no ha dicho que se asustara. Ha dicho que oyó un ruido. Ha dicho que dijo que iba a ver qué era.

—Luego es ella la que se asustó.

—Sí. Pero resulta que toma un no sé qué para dormir mejor. Parece que no se suele despertar con facilidad.

—¿Y?

—Y él se levantó, salió del dormitorio. Estuvo fuera tal vez unos diez minutos. Volvió, dijo que no era nada, los dos se volvieron a dormir.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —dijo Pete.

—¿Crees que significa alguna cosa?

—Probablemente no. ¿A ti qué te parece?

—Al menos, ahora empieza a hablar.

—¿Y la hija?

—Sigue en la capa de ozono. Gravemente desquiciada.

—¿Qué pasa con el hijo?

—Mondo cooperante. Terroríficamente cooperante. Al chico le ha gustado esto de jugar a los detectives, le encanta la fama repentina.

—Suele pasar.

—Es una buena pieza, la verdad. Serio historial con las drogas. Últimamente, entregado a Jesús en persona. El colegio de Vermont es esencialmente una cárcel para niños ricos.

—Interesante.

—Tampoco es para tanto. ¿No irás a pensar que el hijo tiene alguna implicación, eh?

—No. La verdad es que no.

—No creo que saquemos nada en limpio de la familia. Es decir: no creo que haya nada que sacar en limpio.

—Probablemente aciertas —dijo ella.

A pesar de lo cual, una imagen se le coló en el pensamiento. Se imaginó a Dick Harte recién despertado, se lo imaginó caminar por una casa grande, oscura, en pijama (con toda seguridad dormiría en pijama, ¿no?, un tipo de cincuenta y tres años, calvo, con una hoja de servicios impecable, sin haber consumido drogas ni haber recurrido al sexo ilícito, que paga las facturas puntualmente, cuya hermosa esposa número dos desaparecía rumbo a Plutón todas las noches con ayuda de unos cuantos fármacos clave), a la caza de un ruido nocturno sospechoso. ¿Qué se habría sentido en la piel de Dick Harte? ¿Estaba satisfecho, se daba por un hombre próspero en el fondo de su corazón? ¿Tuvo aquella noche una premonición allá lejos, en la suntuosa abundancia de Great Neck? Cat lo imaginó bajar por la escalera, descalzo sobre el suelo de parqué y las alfombras orientales, sin encontrar nada fuera de su sitio, y sin embargo extrañado. Lo imaginó acercarse a una ventana, digamos que una ventana del salón, doble vidrio aislante, con un tratamiento a fondo para ventanas, imitación de brocado (la esposa era decoradora, ¿no?), una ventana que por ejemplo diera a una extensión de césped recortado con primor, negro, con setos

y rosales al fondo, y el resplandor oscuro de una piscina. Vio a Dick de pie ante la ventana, mirando al exterior. Lo vio comprender —más una sensación que algo visto realmente— que había un chiquillo en su jardín: un chaval delgado, erguido, alerta, demente, todo adoración: un centinela que vigilara la casa adormecida de Dick Harte, tal como observaría un guerrillero por última vez una aldea, con las lámparas apagadas, los lugareños dormidos, antes de pegarle fuego. El chiquillo habría desaparecido en el acto, poco más que una sombra en forma de chiquillo que se resolviera en una mancha de tinieblas allí donde el rosal no ofrecía capullos nuevos. Dick se habría encogido de hombros, habría vuelto a la cama, habría asegurado a su esposa, traspuesta, que no había nada que temer.

—Solo quería hacértelo saber —dijo Pete—. Hasta luego.

—Estaré aquí mismo, en mi telar.

—¿Cómo dices?

—No, nada. Hasta luego.

Se sentó ante su mesa, a reanudar la espera. ¿Era posible que el chaval hubiera ido a casa de Dick Harte, a ver en su casa a su compañero en la muerte? Improbable. Estaba incurriendo en una mera proyección. Dilo con claridad: lo que deseas es que Luke esté ahí fuera, en la oscuridad, vigilándote. Eso es lo que quieres, y eso es lo que temes. No pudo evitar imaginarse contemplando la Calle 5 desde su ventana, muy avanzada la noche, y verlo en la acera, a sus tres años, con la mirada vuelta arriba, hacia su ventana. Allí habría de estar, con los ojos oscuros, curioso, propenso a tener arranques de risa inexplicable, los dedos de los pies un poco curvados, entusiasmado con los camiones y con todo lo que fuera rojo.

¿Estaría cariñoso? ¿Estaría enfurecido? ¿La habría perdonado?

Un soplo al corazón. El diagnóstico del doctor me mandó a Columbia. Y eso me hizo recalar aquí.

¿Qué había hecho para merecer el perdón? No le vino nada inmediatamente a la cabeza.

Sucedió a las cinco menos diez.

Cat lo supo por Aaron, el tipo del audio. Apareció corriendo en su cubículo, e introdujo la cabeza pequeña, de nutria, por la puerta.

—Ha habido otra —dijo.

—¿Qué?

—Ahora mismo. En Central Parle.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que parece lo mismo. Una bomba. Al lado de la Fuente de Bethesda.

Siguió su carrera. Cat se levantó en el acto de la silla y tropezó con Pete cuando salía al pasillo.

—Joder —dijo Pete.

—¿Qué se sabe?

—En el puto Central Park. En la puta Fuente de Bethesda.

—¿Un chaval?

—Aún no lo sabemos. Voy para allá.

—Yo también.

—No puedes. Tú te quedas.

Cierto. Su deber era atender al teléfono. Imposible saber quién podría llamar, y si lo atendiera por el móvil seguramente se oiría el ruido de fondo caso de que acudiera al lugar de la explosión. Supo que era mejor no discutir.

—Tenme al tanto —dijo.

—Claro.

Volvió a su cubículo.

Así pues, la había armado. El pequeño cabrón se había arrimado a alguien en medio del parque y se lo había llevado consigo a contemplar el nacer de las estrellas.

Se quedó en su puesto. No podía caber nada más. La oficina se bamboleaba bajo sus pies, a su alrededor; ella era el centro inmóvil. Llegaron filtradas las noticias. La víctima era un tal Henry Coles, afroamericano, veintidós años, casado, separado. Un hijo de cinco años que vivía con la madre. Trabajaba en un Burger King. El perpetrador, según los testigos, había sido un chaval de once o doce años que llevaba un jersey de los Mets y una especie de gorra. Henry Coles había salido a dar un paseo, a respirar un poco de aire antes de comenzar su turno de trabajo. El chico se le había acercado por detrás, lo había abrazado, había detonado el explosivo.

Joder.

Cat oyó retazos de conversaciones telefónicas que se ventilaban en otros cubículos. Ese día no intervenía el factor del desfase habitual, los habitantes de la Dimensión Bizarra estaban seriamente alterados. *¿Tú por qué crees que el Gobierno quiere que esto suceda? ¿Tú conoces personalmente a algún miembro de Al Qaeda? ¿Cuándo empezaron los avisos por televisión acerca de la nación aria?*

El teléfono de Cat no sonó. Aguardaba. No podía hacer nada más.

Pensó en Henry Coles, hermano de otro planeta. Mejor dicho, de otro país de allí mismo, de su propio planeta. No conocía a Henry Coles, como es natural, y si Ed Short, o cualquier otro como él, hubiera osado hacer cualquier generación sobre el pobre cabrón recién reventado, ella lo habría puesto contra la pared. No tenía ganas de nada. De acuerdo, en privado, en la intranquilidad de su oficinucha, sí podía dejar que se le disparase un poco la imaginación. Veintidós años, con un hijo a cuya manutención no contribuía (no, desde luego, dando vuelta y vuelta a las hamburguesas), seguramente metido en un chanchullo, o dos, procurando salir adelante, procurando alcanzar una cierta dignidad, si no un cierto poder, desviviéndose a cada instante con tal de sentirse alguien, con tal de aguantar, de no hundirse, de no estar en el lugar malo a la peor hora, de no cometer el error que diera con sus huesos en el trullo. Conocía a Henry Coles, cómo no. Había estado casada con él.

Y no, tampoco. Daryl no había caído tan bajo que terminara en un Burger King, era guapo, era listo, ganaba un dinero pasable trabajando para UPS (sabía cumplir ese chico, vaya si sabía: en el reparto y en todo lo demás), y estudiaba un curso de acceso a la Facultad de Derecho en Hunter. Con todo y con eso, no terminaba de dar la talla, ¿o sí? No tenía la dicción, no tenía la apostura. La madre de Cat nunca se había cansado de insistir en que Daryl estaba por debajo de ella. Cat había recibido vestidos para ir a la iglesia y clases de piano. Todas las noches le habían leído un cuento antes de dormir.

Daryl. Todavía me acuerdo de tu cuello y de tus manos. Espero que las cosas te vayan bien en LA. Espero que estés pensando de nuevo en estudiar Derecho.

Se lo imaginó caminando por Central Park, como bien pudiera haber sido. Solo, a buena zancada, esperanzado y asustado y cabreado, consciente de la intranquilidad que infundía entre las muchachas blancas que empujaban sus carritos, mortificado por eso mismo y por eso mismo alegre. Atrás, zorras. Dick Harte quizás fuera el que hacía subir los precios de los rascacielos, pero no era capaz de meter miedo a las madres de Central Park solo paseando entre ellas. Cat vio a Henry Coles cruzar por delante de la fuente tal como lo hubiera hecho Daryl, contemplando el ángel del perfil ceñudo y los pies grandes de muchacha campesina: siempre estaba allí, día y noche, extendiendo las alas para todos los paseantes, pero ofreciendo refugio tan solo a sus preferidos. Atrás, zorra. Yo me hago mi propio refugio. Y tú no estarás en él.

Y entonces, por detrás, un par de brazos pequeños se le adhieren. Lo

envuelven. Luz cegadora. La apreciación de un ruido imposible.

Se esforzó por imaginar al chiquillo. No tenía gran cosa para empezar. El jersey de los Mets, una especie de gorra. Se lo imaginó pequeño incluso para su edad, pálido, serio; una criatura fantasmagórica, de ojos antinaturalmente brillantes y dedos pequeños, rápidos. Una especie de Gollum, un niño cambiado por otro al nacer. De pequeño habría sido inconsolable; al crecer se habría vuelto pasivo y temeroso, extrañamente vacío de sentimientos, infinitamente sugestionable, una personalidad como un gran «como si», uno de esos seres misteriosos que carecen del núcleo del yo que todo el mundo da por sentado en los demás. En toda su corta vida habría sido un convincente miembro de los muertos, siempre a la espera de que le llegara la hora.

Aguantó hasta las siete, hora a la que regresó Pete.

—Hola —dijo.

—Hola.

Se apoyó contra la pared de su cubículo. Ella nunca lo había visto tan fatigado. Tenía los ojos acuosos, la cara jaspeada.

—¿Qué es lo que sabemos?

—Un chico negro, la gorra encasquetada de modo que le tapara la cara. De pronto, puf. Los testigos no vieron nada más.

—¿Era negro?

—Eso han dicho los testigos.

Cuando llamó, él seguramente dio por sentado que ella era blanca. Naturalmente. Los chicos negros siempre daban por sentado que la persona que ocupaba el poder era blanca.

Pero el chico a ella también le pareció blanco. Qué curioso. Dos personas negras, policía y asesino, dieron por hecho que la otra era necesariamente blanca. Curioso, sí.

Estamos en la familia. Renunciamos a nuestros nombres.

—Parece —dijo a Pete— que no tenían ninguna relación.

—Es improbable. Pero lo sabremos en cuanto lleguen las muestras de ADN.

—Un chico blanco mata a un blanco. Uno negro, a un negro.

—Pues sí.

—Un negro que trabajaba en un Burger King.

—Ni siquiera tenía dirección fija. Dormía aquí y allá. Recientemente

estuvo alojado con su madre, en la Calle 123.

—Completamente distinto de Dick Harte.

—Es como si quisieran decir que nadie está a salvo. No estás a salvo aunque seas un magnate de la inmobiliaria, no estás a salvo si trabajas ganando el salario mínimo.

—Pues eso parece que es cierto.

—No se me va de la cabeza esto de «la familia».

—Algo averiguaremos. Seguramente será un desconocido videojuego japonés. O tomado de alguna de esas iglesias que se reúnen en los establecimientos comerciales.

—¿Tú crees que con esto hemos terminado?

—Eso espero —dijo él.

—Dos chavales, dos locos de atar, que dijeron que eran hermanos.

—¿Quieres comer algo?

—Sí.

Ella sacó la pila de menús de los restaurantes con servicio a domicilio del cajón de arriba. Decidieron pedir algo a un tailandés.

—No es posible que no haya una pauta común —dijo Pete.

—La encontraremos.

—¿Estás segura?

Ella vaciló. Bah, qué demonios: habla sin que importe de qué. Sois un par de trabajadores a cargo del Gobierno, agotados, a la espera de que llegue la comida de un tailandés. Se podían saltar las reglas.

—Me pregunto —dijo ella—… Empieza a ser cada vez más difícil ver las pautas, ¿no crees?

—De un tiempo a esta parte vivimos en una extrañeza constante.

—Espero que sea eso. Espero que en el fondo sea que no logramos ver lo que tenemos delante de las narices.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que espero que haya realmente algo que ver. Espero que no todo sea… producto del azar. El caos.

—No lo es.

Ella lo miró con firmeza y a fondo. Lo que voy a hacer, se dijo fugazmente, es tener otro hijo y criarlo muy lejos de todo esto, en una casa en la montaña, junto a un arroyo sin contaminar, donde aún naden peces que no hayan mutado, donde tengamos unos cuantos libros, pero no televisión, y haré todo lo posible para combatir el aburrimiento y el racismo, me las apañaré, no me pasaré todas las noches sentada en la

barra de un bar, estaré en casa y leeré un cuento al niño, y de día trabajaré en una clínica, o seré la psicóloga del instituto, o aprenderé a tejer jerséis y los venderé en las ferias de artesanía. Pensó: si tuvieras un poco de sensatez, Pete Ashberry, tú desearías lo mismo. Reconocerías que somos emigrantes, que nuestra tierra nativa es demasiado yerma para nosotros, demasiado dura, que lo que real y verdaderamente deberíamos hacer es comprar un coche usado, pero sólido, y largarnos al interior del continente, a ver qué nos encontramos por allí.

—Seguro que tienes toda la razón —dijo.

—Hiciste un buen trabajo. Lo hiciste tan bien o mejor de lo que nadie lo habría hecho. Pero no era posible que salvaras a este chaval.

Y pareció blanco por teléfono.

Y le he dejado morir.

Y soy una vasija agrietada, una taza vacía.

—Eso nunca lo sabremos, ¿verdad que no? —dijo ella.

—Anda, tómate un respiro.

—Eso intento.

—¿Te jodería mucho que te diera un consejo?

—Eso dependerá del consejo.

—No se te ocurra mezclar todo esto con lo que le pasó a tu hijo.

Ella asintió, se dio un par de golpecitos con el índice en el mentón. Probablemente había cometido una estupidez al hablarle a Pete de Luke. Al trabajar a diario con alguien, una pierde el rumbo. Le cuenta más de lo que debiera. Y tiene un rollo con él en el aseo de señoras.

—Oye, Pete: no se te estará ocurriendo alguna especie de teoría acerca de mí, ¿verdad?

—Ni por el forro.

Se hizo un silencio que duró más de lo previsto. ¿Se habría avergonzado él por lo que ella dijera? ¿Lo había puesto en evidencia? De acuerdo, bien: dale algo para que salga. Es un buen hombre, se preocupa por ti.

—No lo llevé a que lo viera otro médico —dijo ella.

—No tenías motivo para hacerlo.

—No teníamos dinero. Teníamos una mierda de seguro.

—Y el médico te dijo que solo era el gas. Los niños tienen pequeños dolores extraños. A todas horas. Eso del gas era un diagnóstico razonable.

—Erróneo.

—Eso tú no lo sabías.

Lo sospechaba. Tenía un palpito. Decidí creer al doctor. Me dije: los niños tienen pequeños dolores extraños, los tienen a todas horas.

—No, no lo sabía.

—Pues date un respiro, no te tortures. ¿Podrías?

Un soplo al corazón. Se metió en la cama con Daryl y conmigo, dijo que tenía más sed que nunca y se murió. Allí mismo.

—Claro. Tú tranquilo, claro que podré.

Llegó la comida. Comieron, hablaron de otras cosas, tiraron los contenedores de plástico. Pete volvió a su oficina. Cat se quedó un poco más, aun sin tener razones de peso. Ahora, todo era cuestión de limpiar, investigar lo que se encontrase: los chiquillos desquiciados habían muerto, la tarea de averiguar quiénes eran correspondería a otros. Marcó el número de Simón. Él había llamado tres veces desde el suceso, había dejado mensajes. Le creería cuando ella le dijera que había estado demasiado ocupada, que no había podido llamarle, aunque eso obviamente era falso. Era de largo la persona menos ocupada en todo el recinto. Había pospuesto la conversación con Simón, reconócelo, porque no se había visto con ganas, porque no le apeteció dárselas de fuerte, apasionada, sabia.

Amelia le pasó inmediatamente la llamada.

—Cat. Dios, estaba preocupado.

—Siento no haber llamado antes, pero es que esto es la locura.

—¿Puedes salir ahora?

—Sí. Nos vemos en tu casa, ¿vale? Invítame a una copa y me voy a dormir, estoy que no puedo más.

—Eso está hecho. Podré salir en… tres cuartos de hora.

Tratándose de Simón, tres cuartos de hora no estaba mal del todo. Quién sabe qué fluctuaciones en todo lo futurible no necesitarían de su inmediata atención.

—Llego hacia las nueve, ¿vale?

—Bien. ¿Estás bien?

—Relativamente.

—Bueno, te veo a las nueve.

Se despidió de Pete y salió directamente a la calle. Deambularía un rato entre la aterrada ciudadanía, hasta que Simón pudiera desembarazarse de las particularidades del negocio que estuviera

negociando.

Echó a caminar por Broadway. Quien nada supiera de lo ocurrido, fácilmente podría pensar que se trataba de otra noche más, una noche cualquiera en la ciudad. Estaban menos concurridas las aceras, los transeúntes se desplazaban con un punto más de sigilo o de presteza, pero un recién llegado de Mongolia o de Uganda solo habría percibido las impresiones turísticas al uso. La ciudad solo se convulsionaba en sus partes menos visibles, a lo largo de sus filamentos, en sus sueños de sí misma. La gente tenía miedo, desde luego, y habría sido imposible precisar qué cantidades de dinero se le estaban sangrando, cuántas reservas se habían cancelado, qué multinacionales estaban pensando seriamente en trasladar su sede a otro lugar, aunque Broadway seguía llena de taxis y furgonetas de reparto, las tiendas estaban aún abiertas, los desventurados todavía asaltaban al viandante para pedirle algo suelto. La maquinaria de la ciudad, la inmensa poesía discordante de la ciudad (gracias, Mr. Whitman) seguía trajinando con estrépito. Había que demoler edificios para que cambiasen las cosas. Hoy no habría vigilias con velas encendidas, ni montículos de flores, ni mujeres que llorasen. Todo seguía su curso.

Cuatro personas habían saltado por los aires, rumbo al espacio exterior, a contemplar el nacer de las estrellas. Todo seguía su curso. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

Estuvo mirando los escaparates de la parte baja de Broadway. Estaba hambrienta de normalidad, tal como podría tener hambre y ganas de tomarse un buen sándwich de pastrami con pan de centeno. No tenía ganas de ser la de siempre. No en esos momentos. En esos momentos le apetecía más bien ser una compradora, una persona normal y corriente, sin obsesiones, sin fatiga, libre de todo, salvo del cociente acostumbrado de amargura y de culpa: alguien con un poco de tiempo que matar antes de ir a casa de su novio.

Los escaparates de la zona estaban llenos de vaqueros, o de calzado deportivo, o de cosméticos baratos, o, de vez en cuando, de hierbas aromáticas e infusiones chinas. Los establecimientos más de moda se encontraban en las bocacalles. Broadway era para los jóvenes, para los semipobres, para los de fácil contentar. Ella no era joven, y no se contentaba con demasiada facilidad. Podría haberse alejado hacia el este o hacia el oeste, perderse por distintos barrios, pero eso habría sido ir de tiendas, y no era capaz de animarse a ello. Era demasiado trivial. En el mejor de los casos podía caminar lentamente por su ruta inevitable, repasando los escaparates por el camino, portándose de

manera incidental con un punto de banalidad, esperando a que dieran las nueve.

Nada más cruzar Canal Street volvió a tener la sensación. Alguien la estaba mirando. Siguió su camino. No se dio la vuelta. No en el acto, vaya. Esperó hasta llegar a un escaparate (una tienda en la que al parecer se vendía de todo, sin importar qué fuera, mientras se vendiese). Fingió examinar a fondo la mercancía expuesta, y entonces lanzó una rápida mirada hacia la calle. Nada, nadie. De acuerdo, una pareja de blancos, acurrucados uno con el otro como dos pichones, esquivando papeles que el viento lanzaba hacia ellos, y una vieja sentada en un muelle de carga, con las piernas colgando del borde, balanceándolas como una niña avejentadísima, agotada.

A pesar de todo, Cat tenía ese pálpito. Un cosquilleo inquietante en la base del cuello.

Volvió a concentrarse, miró de hecho el contenido expuesto en el escaparate. Emporio Gaya. Un poco raro para estar en Broadway; parecía un tipo de establecimiento más propio del East Village. El escaparate parecía lleno de despojos: un abrigo andrajoso con un cuello de piel falsa, unos patines antiquísimos, una bola de espejitos típica de discoteca, marañas de collares para disfrazarse, la cabeza de un maniquí, masculino, de cara larga, melifluamente animada bajo una peluca afro de colorines… El azar reinante era absoluto; los objetos expuestos habían terminado juntos solo porque el dueño de la tienda los había hallado en donde fuera y había pensado que alguien presumiblemente querría comprarlos. El mundo rebosaba de productos, viejos y nuevos por igual; era imposible contenerlos todos. En los niveles más bajos, la simple cantidad desbarataba toda categorización.

Aún dejó pasar algunos momentos más ante tan penoso botín. Seguro que a la mayoría de las personas le parecería un tesoro, claro. Era preciso formar parte de los pocos privilegiados para saber que todo eso era quincalla incluso cuando estuvo recién fabricado, el falso abrigo de dama rica, la pastorcilla de porcelana desportillada, los bastoncitos para cóctel rematados con unas sirenas de plástico.

Entre los muchos collares enredados había un cuenco semiescondido. Estaba lleno con total descuido de broches de oro falso, un collar de perlas de imitación, pero se veía el borde, pálido y brillante como la luna, decorado por la parte superior con símbolos de alguna clase, que podrían ser flores, o anémonas de mar, o estrellas. Quincalla, probablemente quincalla. ¿Qué otra cosa iba a ser, teniendo en cuenta dónde había terminado? Y, sin embargo, no parecía quincalla, ni

siquiera con los fluorescentes del escaparate. Parecía emitir un resplandor muy tenue, y pese a todo perceptible, como el de un reloj de pulsera en la oscuridad, aunque era puro, de un blanco purísimo. Por lo poco que podía ver, parecía un tesoro fuera de su sitio, algo genuinamente excepcional, que alguien hubiera tomado por escoria. Esa clase de cosas aparecían de vez en cuando donde menos se las podía esperar, ¿no? El dibujo de Leonardo colado entre grabados de botánica, las cartas de Melville olvidadas entre facturas viejas y listas de la compra amarillentas. ¿Podría ser tal vez chino? ¿Podría ser algo que a Simón le gustara para su colección?

Entró en la tienda. Olía a moho y a lana resudada, con un resabio de incienso de sándalo. Más que una tienda, aquello recordaba el armario desordenado de una persona desconocida.

Había pilas de zapatos, un riel alabeado y repleto de perchas, con chaquetas y jerséis viejos, y una caja de cartón redonda, que proclamaba, con letras escritas con rotulador fosforescente, que el contenido estaba disponible por cincuenta centavos la pieza.

Al fondo había una mujer sentada tras un mostrador de cristal. Se le veía tan lánguida y desgastada como la mercancía que tenía en venta. El cabello gris le colgaba inerte hasta los hombros, y tenía un rostro difuso, como si alguien hubiese dibujado los rasgos de una mujer en la parte delantera de su cabeza y hubiese olvidado borrarlos después. Con todo, tenía el porte de una reina arruinada a su manera. Permanecía erguida, con un vaso lleno de plumas de pavo real a la derecha y un espejo de mesa, ovalado, a la izquierda, como una reina menor del inframundo, dueña y señora de los objetos perdidos, sin consecuencias.

Cat adoptó un porte no menos majestuoso. No tengo ninguna intención de distraer uno solo de sus penosos objetos dentro de mi bolso.

—Hola —dijo la mujer sin el menor deje de malicia, sin ninguna suspicacia. Podría llevar años sentada entre aquellos objetos, a la espera de que por fin esa noche entrase alguien y se interesara por alguno.

—Hola —dijo Cat. Voz normal—. Me pregunto si podría ver mejor ese cuenco que tiene en el escaparate.

—Cuenco.

—Sí, está ahí mismo. El que está lleno de bisutería. ¿Está en venta?

—Ah, el cuenco. Un momento, por favor.

La mujer se puso en pie. Era de una violenta delgadez. Llevaba un vestido desgarbado, estampado de rosas, y una especie de chal de color púrpura sobre los hombros. Se acercó al escaparate, se inclinó y volcó la

bisutería sin contemplaciones. Le llevó el cuenco a Cat.

—Pues aquí lo tiene.

El cuenco, en efecto, tenía algo especial. Saltaba a la vista. Tendría el tamaño de un nido de gorrión y era luminoso; parecía amplificar la iluminación estancada de la tienda. Cat lo tomó de manos de la mujer. Era más ligero de lo que había supuesto; era casi ingrávido. Ni siquiera de cerca pudo descifrar qué sentido tendrían los símbolos pintados a lo largo del borde, por fuera. No parecían chinos. Todos ellos eran distintos, aunque eran remotas variaciones sobre un mismo tema: un círculo en el que se engendraban radios esbeltos, unos rectos, otros ondulados, unos cortos, otros largos.

—Es muy bonito —dijo Cat.

—No sé de dónde viene.

—¿Está en venta?

—Son diez dólares.

Cat calló. Tuvo una breve y absurda duda: si era realmente tan exquisito como parecía, ¿por qué costaba tan poco?

—Me lo llevo —dijo.

Dio a la mujer los diez dólares y esperó mientras envolvía el cuenco en hojas de periódico. Cat pensó en regalárselo a Simón. Nunca le había comprado nada así; solo le había regalado libros, y una vez una corbata que él admiró estando los dos juntos en Barneys. Hasta entonces, nunca le había regalado nada en lo que implicara su propio concepto de la belleza, nada destinado a figurar entre los trofeos que, escogidos con todo cuidado, exponía en su aguilera. No se había atrevido.

La mujer introdujo el cuenco ya envuelto en una vieja bolsa de plástico de la cadena de farmacias Duane Reade. Se la dio a Cat.

—Que la disfrute —dijo.

—Gracias —dijo Cat—, lo haré.

Al salir de la tienda oyó un estrépito. Cascos de caballo al galope. Se quedó inmóvil, congelada. Lo vio venir de frente hacia ella. Un caballo castaño, sin montura, al galope tendido por Broadway. Durante un solo segundo, el mundo se inclinó sobre su eje. Algo pavoroso, algo imposible estaba sucediendo. Y acto seguido el mundo se enderezó. Era un caballo que se había dado a la fuga, nada más que eso. Un coche dio un bandazo para esquivarlo, otro hizo sonar el claxon. El caballo corría por el centro de la calzada, levantando chispas con los cascos. Pasados unos instantes apareció un coche patrulla en su persecución, con la sirena a todo volumen y las luces dando vueltas. Allí cerca había un

establo en alguna parte, ¿no? Allí se recogían los caballos de la policía. Cat se resguardó en la marquesina de la tienda y el caballo pasó de largo. El espectáculo resultó innegablemente bello. Las negras crines al viento, los flancos de color castaño, relucientes, fuertes. Una manifestación antigua, maravillosa, colada de través por una arruga dimensional. El animal no parecía asustado, sino solo deseoso de galopar. El coche patrulla apareció tras él entre destellos. El caballo siguió al galope, perseguido por el coche.

La mujer de la tienda salió y se puso junto a Cat.

—Terrible —dijo.

—Dios mío.

—Es la segunda vez en lo que llevamos de mes.

—¿De veras?

—Hay algo que los espanta —dijo la mujer—. Esto antes no pasaba.

—¿Y qué le parece que puede ser?

—Algo que habrá en el aire. Los animales son muy listos, se dan cuenta de todo.

Cat permaneció junto a la mujer y vieron al caballo desaparecer por Broadway entre frenazos y bocinazos, llevándose en su galope el sonido hueco y constante de los cascos y los alaridos de las sirenas. ¿Qué sucedería cuando llegase a Canal Street?

—No se le habrá caído el cuenco, ¿verdad? —le preguntó la mujer.

—¿Qué? ¿Cómo? Ah, no, no.

De hecho, sujetaba el cuenco muy pegado a sus pechos, como si así lo protegiera, o como si hubiera dado en creer que de ese modo el cuenco podía escudarla de algo.

—Me alegro.

La mujer hizo un gesto de asentimiento. Por un instante, pareció como si el incidente tuviera por función privar a Cat del cuenco que le había costado diez dólares, y como si la mujer se alegrase de saber que las cosas a fin de cuentas no se habían torcido.

Las dos mujeres vieron al caballo alejarse. No se oyó ninguna colisión. El caballo había hecho un alto al llegar a Canal Street, donde se había levantado sobre los cuartos traseros. Los policías saltaron del coche. Se oyó una ruidosa confusión de gente, luces, en la esquina de Broadway con Canal, y se vio por encima de todo la cabeza del caballo, que resoplaba y se movía sin cesar. Vieron un destello en los ojos del caballo, en los dientes, y un hilo de saliva que le colgaba de los belfos, brillante a la luz de las farolas.

—Vaya —dijo Cat.

—Debe de ser que algo los espanta —dijo la mujer.

—Seguramente —repuso Cat.

A las nueve (¿era tan mala idea, tan visiblemente desesperado ser siempre de una puntualidad tan exacta?) se presentó ante Joseph, el portero, y subió. Simón le abrió la puerta. La abrazó, la besó en el cabello.

—Dios Santo —susurró—. Dios Santo.

—Tiene mala pinta la cosa —dijo ella.

Se acomodó en uno de los sofás y él le preparó una copa. Ella le contó lo ocurrido. Él la escuchó con avidez, frunciendo el ceño.

—Dios mío —dijo cuando ella terminó.

—Así que parece que con esto se ha acabado —dijo ella.

—No puede ser.

—No, quiero decir que se ha acabado para mí. Los dos chavales están muertos. Ahora me tocará hablar de nuevo con locos de lo más normal.

—¿Así que ya no queda nada que hacer? ¿La autopsia, y punto?

—Mmm. No debería costar mucho tiempo. Dos chiquillos descerebrados y bien jodidos hacen una especie de pacto inspirados por terroristas. Se meten en Internet, aprenden a fabricar bombas incendiarias. No logramos dar con una suposición válida acerca del porqué no han llamado los padres.

—¿Qué es lo que tú supones?

—Pura negación. Así de simple. Si llamas a la policía y te dan una confirmación, entonces es verdad que ha ocurrido. Si no llamas a la policía, aún puedes tratar de convencerte de que tu hijo solo se ha escapado.

—¿Crees que los chicos han sido víctima de abusos?

—Probablemente. O tal vez no. Algunas veces, resulta que esta clase de personas ha tenido una infancia relativamente normal.

—¿Tienes hambre?

—No, ya he comido algo.

—¿Quieres otra copa?

—Sí, por favor.

Tomó el vaso de su mano. Cat tenía la garganta constreñida, y de pronto estuvo llorando. En un momento no lo estaba, y en el siguiente

sí. Fue una larga serie de sollozos convulsos. Él la estrechó en sus brazos.

—No pasa nada —le dijo con suavidad—. No pasa nada.

Ella no pudo parar. No quiso parar. Se dejó ir sin resistirse. Se atragantó con sus sollozos, le costó recobrar la respiración. Era como si una piedra se le hubiera alojado en las tragaderas y tratase de expulsarla a lágrima viva.

—No pasa nada, tranquila —volvió a decirle.

Por fin remitió el llanto. Ella aprovechó para quedarse un poco más entre sus brazos.

—Perdona —dijo.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. La cagué.

—Yo no lo creo.

—Esos dos chiquillos me llamaron, y no les serví de ayuda.

—Tranquila, no pasa nada.

Se paró a pensar si debía o no comentarle la sensación de haberle parecido blanca, por teléfono, a un chaval negro. Decidió que no. Sabía que toda la confianza y el respaldo que él le diera nada significaban para ella. Pensó que de todos modos debería hablarlo con él, aun cuando solo fuera, ya se sabe, en aras de la proximidad, de la intimidad que les unía, pero estaba derrotada, estaba preocupada por otros asuntos, no tenía ánimos en ese momento, se le hacía demasiado arduo.

—No estoy muy segura —dijo en cambio— de poder seguir haciendo esto.

—Creo que deberías dormir.

—Lo sé. Pero no creo que mañana por la mañana me encuentre mejor.

—Esperemos, eso ya se verá.

—Creo que tal vez necesite encontrar otro trabajo distinto.

—Esperemos a ver, ¿de acuerdo?

—Vale. Ah, ahora que me acuerdo, te he traído una cosa.

—No me digas…

—Espera un instante.

Se puso en pie con cierta dificultad. Estaba ligeramente achispada. Tomó el cuenco del bolso y se lo dio.

—No tuve tiempo de envolverlo.

El extrajo el cuenco del envoltorio de plástico y retiró las hojas de

papel de periódico. Allí estaba, en sus manos. Sí: era en efecto un objeto maravilloso. Allí, en esa estancia, era mucho más aparente. Allí solo tenían cabida lo extraordinario y lo maravilloso.

—Vaya —dijo Simón.

—Lo encontré en una quincallería, pero es bonito, no me digas que no.

—Sí.

—¿Es chino?

—No. Nunca he visto una cosa como esta.

Él depositó el cuenco sobre la mesa de café. Resplandecía como el ópalo, parecía tachonado de chispas minúsculas.

—Gracias —dijo él.

—¿Te gusta?

—Sí, sí me gusta.

—Es que… lo vi en una tiendecita muy rara, y pensé que te gustaría.

—Así es, me gusta mucho.

—Qué bien. Me alegro.

—Ahora —dijo él poniéndose en pie—, es hora de irnos a la cama.

—Sí, será lo mejor.

Ella lo supo cuando él le puso la mano en el hombro. Su tacto fue tierno, amable, pero algo había cambiado. Ella le deslizó el brazo en torno a la cintura. Algo había cambiado.

—Vamos —dijo él.

Entraron en su dormitorio. Ella comenzó a desvestirse.

—¿Vienes tú también a la cama?

—No, aún no. Es un poco pronto. Me quedan unas cuantas mierdas por terminar.

Ella se quitó la ropa y se metió en la cama. Simón se sentó al borde del colchón y la arropó. No pudo hacerlo con más amabilidad. Sin embargo, algo estaba fuera de lugar.

—No te quedes hasta muy tarde, ¿vale? —dijo ella.

—No te preocupes.

Ella le tomó la mano, le acarició las yemas de los dedos.

—Simón —dijo.

—¿Mmm?

Dilo. Tarde o temprano, uno de los dos tiene que decirlo.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Qué sencillo. Con naturalidad. Sin extrañezas. Y, pese a todo…

Él la besó. Apagó la luz y salió del dormitorio.

A ella se le ocurrió después que él cerrase la puerta. Había llorado en sus brazos. Le había traído un regalo, se había imaginado con nerviosismo cómo iba a responder. Por vez primera, ella no se había portado como una persona fuerte y cínica, curtida, sabia, como una policía. Por vez primera, había sido como tantas otras mujeres (tuvo que haber antes de ella, cómo no, unas cuantas mujeres): frágil, necesitada, ansiosa por complacer, agradecida por sus atenciones.

Trató de apartar de sí el pensamiento. No era más que una noche, por Dios. No era más que una maldita crisis. ¿Quién la aguantaría sin caerse a pedazos? Por la mañana volvería a ser la de siempre. (¿O no?) Esto era lo que tarde o temprano sucedía cuando dos personas llegan a conocerse bien de veras. Nadie finge en todo momento ser el personaje que no es. Esto era la intimidad. Uno y otro han de acompañarse en las malas rachas, en los episodios de desánimo. Nadie necesita, mejor dicho, nadie quiere librarse de los miedos y las dudas, del llanto repentino, de las recriminaciones de uno mismo.

Y, con todo, ella tenía un pálpito… A ojos de él, ella había quedado dañada. Ya no era una persona excepcional, maravillosa. Ya no era la severa diosa negra que predica la aplicación de la ley a rajatabla. Era una persona que se había desmoronado, que necesitaba ayuda, que aguardaba el juicio que él emitiera.

Bien comprendía ella cómo se iban a desarrollar los acontecimientos. Creyó verlo con toda claridad. Simon no era un mal hombre. No estaba en la habitación contigua pensando en cómo iba a librarse de ella. Lo que sí tenía, sospechaba ella, era un agujero justo allí donde antes estaban su admiración y su deseo. No diría nada acerca de lo ocurrido. Por la mañana, le prepararía el café. Había sido más que amable. No la abandonaría cuando ella lo necesitaba. Pero algo había comenzado a desenmarañarse. Ella lo notaba, lo veía claro aunque aún estuviera a meses de distancia, pues ya se avecinaba: el fin del interés que él tuviera por ella. El comienzo de su vida, en la mentalidad de él, como alguien con quien había salido en otro tiempo. No era de extrañar. No era exactamente una sorpresa. Simon era un coleccionista. Ella entendió ahora que él coleccionaba los incidentes de su propio pasado, y que un buen día llegaría a su presente, se casaría con una mujer blanca lista y bonita, de su misma edad o algo más joven, con la que tendría hijos y con la que de vez en cuando haría referencia a su juventud, a los tiempos en que compraba arte y antigüedades en vez de correr con los

gastos de manutención y educación de sus hijos, en que iba a los restaurantes y a los clubes que solo unos pocos conocían, tiempos en que había salido con una bailarina de la compañía de Mark Morris y luego con una artista que había llegado a montar una instalación en la Bienal y, brevemente, con una negra algo mayor que él, experta en psicología forense, que estuvo envuelta en aquellos ataques terroristas, que de hecho llegó a hablar por teléfono con los propios autores de los atentados.

Él estaba programado para eso. Un chico listo de Iowa, con una perfecta formación, ambicioso; con toda naturalidad quiso, con toda naturalidad necesitó vivir una fase salvaje antes de asumir la vida que le había estado esperando desde el momento en que fue concebido. Todo estaba punto menos que predeterminado. Si Cat y él no se hubieran conocido cuando se conocieron, él habría encontrado a otro personaje lleno de color, seguro. Y en todo momento su futura esposa, su verdadera esposa, su esposa por derecho, estaba en alguna parte, esperándole.

Ella, Cat, era mero capricho de coleccionista, ¿no? Era un espécimen exótico. A los hombres siempre se lo había parecido. Una chica negra seria, de las que van al grano, ultracompetente, que ha leído bastante más que tú, a la que le traen sin cuidado los particulares domésticos, y que fijo te gana de calle a cualquier juego que quieras entablar con ella. A los hombres les gustaba la chica dura, pero no se volvían tan locos con la nerviosa. No habían firmado para quedarse también con esa parte. Daryl y ella podrían haber sobrevivido juntos a la muerte de Luke, pero no habían sobrevivido a los remordimientos de ella. Daryl pudo darle consuelo durante poco más de un mes. No pudo en cambio pechar con todo un año, y menos cuando quedó claro que a ella no le quedaba nada que darle, cuando no hacía más que decirle, una y mil veces, que había matado a su hijo, y que él era un idiota si creía que ella le quería. Di eso con la frecuencia suficiente, y pronto empezará a creérselo cualquiera.

¿Quién iba a culpar a esos tipos, con el corazón en la mano, por lanzarse en paracaídas cuando salían a relucir las cosas desagradables? A ella tampoco le gustaba, la verdad.

Sonó su móvil. Despertó de golpe, acostumbrada como estaba a esperar llamadas. ¿Dónde lo había dejado? ¿Dónde estaba ella?

En casa de Simón. En la cama de Simón. Él no estaba allí. Según el

reloj, las doce cuarenta y tres. Se puso en pie. Estaba desnuda. Entró en la sala de estar, donde encontró sentado a Simón ante su mesa greco-italiana de tres mil años de antigüedad.

—El móvil —dijo Cat con voz soñolienta.

—No sabía si debía despertarte —respondió.

Sacó el móvil del bolso, verificó la pantalla. Pete.

—¿Qué pasa? —dijo.

—A que no sabes quién acaba de entrar en la comisaría del Distrito Siete. Walt Whitman. Como lo oyes.

—¿Qué?

—¿Estás lista? Una vieja, no te lo pierdas, que dice que es el cabrón de Walt Whitman en persona. Entró en la comisaría del Siete, dice que se quiere entregar. Te llamo desde allí.

—Anda ya.

—Nunca he dicho nada tan en serio. Dice que es la madre de los perpetradores y que se llama Walt Whitman.

—Qué co…

—Está al tanto del asunto de Whitman. Eso es todo lo que te puedo decir.

—Voy para allá ahora mismo.

—Sabes dónde es, ¿no?

—Sí, claro.

Colgó. Simón se había levantado de la silla, se ofrecía en toda su capacidad, y con bastante apasionamiento.

—¿Qué es lo que pasa?

—Walt Whitman se acaba de entregar. Walt Whitman, sin embargo, resulta que es mujer.

—¿Qué me dices?

—Luego te llamo.

Volvió al dormitorio a vestirse. Simón estaba tras ella.

—Cat. ¿Qué está pasando? —preguntó.

—Ojalá lo supiera.

Ella no pudo dejar de pensar que él debía de morirse de ganas de follarla en esos momentos.

Se vistió. Simón la acompañó a la puerta. Lo besó allí mismo. Tomó su cara con ambas manos y lo besó suavemente, con ligereza.

—Llámame en cuanto puedas —dijo él.

Ella aún se demoró un instante. Sobre la mesa de café seguía estando

el cuenco, perfecto en su modestia, brillante como el hielo bajo las luces indirectas. No es que fuera poco corriente, ni fabuloso; no hallaría lugar entre los antiguos tesoros de las estanterías, pero era ella quien se lo había dado, y sabía que él lo guardaría. Podría dejar las llaves y las monedas sueltas dentro cuando llegara a casa por las noches.

—Adiós, cariño —dijo ella. El porte aristocrático, la dicción de institutriz.

La mujer estaba sentada en la sala de interrogatorios número tres de la comisaría del Distrito Siete. Estaba con ella Pete, así como el muy orondo Bob (ojos de pequinés, olor a tostadas quemadas) y el terrorífico Dave (corte de pelo estilo Duran Duran, zarcillos tatuados que le sobresalían por el cuello de la camisa, a saber Dios de dónde, y a saber qué era lo que reptaba por el resto de su cuerpo), del FBI. A Cat la acompañó un detective hispano de dulces facciones.

La mujer rondaría los sesenta años, y estaba sentada muy derecha en la mugrienta silla de la comisaría, tiesa como una escoba. El cabello blanco —blanco ártico, blanco incandescente— lo llevaba sujeto en un moño prieto como un puño, sobre el cuello largo y pálido. Llevaba un vestido de color café, sin forma definida, y una chaqueta de tweed, de hombre, con las mangas dobladas sobre los puños, con lo cual dejaba al aire una modesta franja de forro gris, a rayas. Había extendido las manos, de largos dedos, sobre la mesa, tal como si esperase una sesión de manicura.

—Hola, Cat —dijo Pete.

Orondo y Terrorífico la saludaron con un gesto inexpresivo.

—Me han dicho que usted es Walt Whitman —dijo Cat a la mujer.

—Así me llaman los chicos —respondió con voz fuerte y clara, sorprendentemente grave, con dicción precisa.

—Es un nombre poco común para una mujer.

—Soy una mujer poco común.

—Eso bien se ve.

—He venido para decirles que ha comenzado —dijo la mujer. —¿Qué es lo que ha comenzado?

—El final de los tiempos.

—¿Podría ser un poco más concreta?

—Los inocentes se están rebelando. Quienes más inofensivos parecían son aquellos en los que radica el peligro ahora.

—¿Qué es lo que me está diciendo exactamente?

—El impulso y las ganas y el apremio, siempre el apremio procreador del mundo.

—Mire, señora… —dijo Orondo.

—Veo que conoce bien a su Whitman —intervino Cat.

—¿Usted cree en la reencarnación? —preguntó la mujer.

—No estoy muy segura.

—Pues creerá.

—¿Es usted la reencarnación de Walt Whitman? —preguntó Cat.

La mujer la miró con afecto y con nostalgia. Tenía los ojos de un tono azul lechoso, de un extraño azul desvaído, como los de un albino, desenfocados. Si Cat no supiera lo contrario, podría haber deducido que la mujer era ciega.

—Ya es la hora —dijo la mujer.

—¿La hora de qué?

—De empezar de nuevo.

—¿Empezar de nuevo?

—El mundo. El mundo herido ha de recomenzar.

—¿Y usted cree que el mundo está empezando de nuevo? La mujer sacudió la cabeza con pesadumbre.

—Esos chiquillos de todos modos han muerto.

—¿Qué chiquillos?

La mujer no parecía particularmente inestable. Sus pálidos ojos miraban con firmeza. No le temblaban los labios sonrosados.

—Nadie los quería —dijo—. A uno lo abandonaron en un callejón, en Buffalo. Pesaba menos de un kilo y medio. El otro le fue comprado a una prostituta de Newark por doscientos dólares. El mediano ha sido esclavo sexual de una persona particularmente desagradable en Asbury Park.

—Dígame qué es lo que piensa que están haciendo los chicos y usted con ellos.

—Invertir el flujo —dijo ella.

—¿Con quién trabaja usted? —preguntó Terrorífico.

La mujer miró a Cat con amabilidad y hastío.

—Es hora de hacer el anuncio. No podemos esperar al último. Le está costando más de lo que estaba previsto.

—¿Quién es el último?

—No lo consigo encontrar. Me pregunto si se habrá ido a casa.

—¿Y dónde está esa casa?

—¿Iría usted a ver si está allí? Él le tiene aprecio. Confía en usted, creo yo.

—¿A ver si está… dónde?

—Rivington 327 —dijo la mujer—. Apartamento diecinueve. Si está allí, cuide de él.

Sonrió. Tenía los dientes muy pequeños, perfectamente cuadrados, simétricos, como joyas.

—¿Nos está diciendo que ese chico está en Rivington 327? —preguntó Pete.

—Estoy diciendo que podría ser —respondió la mujer—. Es difícil no perder de vista a los propios hijos, ¿verdad? Por más que una se empeñe…

—¿Está armado? —preguntó Pete.

—Bueno, sí, claro que lo está —respondió la mujer.

—Vámonos —dijo Pete a Terrorífico.

Cat supo quién más había de ir con ellos. Si se trataba en efecto de un chiquillo refugiado en un apartamento, y provisto de una bomba, el operativo policial correspondiente lo volatilizaría en un abrir y cerrar de ojos. Llegados a ese punto, nadie estaba comprometido con la idea de una captura sin derramamiento de sangre.

—Buena suerte —dijo Cat.

—¿Es que usted no va? —preguntó la mujer.

—No. Yo me voy a quedar a hablar con usted.

—Pues debería ir. Si está allí, es usted a quien querrá ver.

—De eso nada, señora —apuntó Terrorífico.

—¿Le importaría indicarnos qué es lo que cree que nos vamos a encontrar allí? —preguntó Pete.

—No correrán ningún peligro. Eso se lo puedo asegurar.

—Gracias. Nunca está de más saberlo.

—Caso de que lo encuentren, ¿lo traerán aquí?

—Así es —dijo Pete. A Cat le dijo—: Estamos en contacto.

—Hasta luego.

Pete y Terrorífico se marcharon. Orondo permaneció ominosamente pegado a la puerta, y Cat se acomodó en una silla frente a la mujer, cuyas manos seguían colocadas con esmero sobre la mesa, con los dedos extendidos. Vistas más de cerca, no tenía las uñas precisamente limpias.

—Usted sabe de sobra, ¿verdad? —le dijo Cat—, que si el chiquillo está allí lo van a tratar con mucha dureza.

—No podrán hacer nada —respondió.

—Es mucho lo que pueden hacer.

—Sería penoso que le hicieran daño. Sería aborrecible, desde luego. Nadie desea que se haga daño a un niño.

—Pero usted hace daño a sus niños. Eso también lo sabe.

—Es mejor, ¿no le parece?, despacharlo en un visto y no visto. Un destello, un momento de dolor y uno se halla en otra parte. Uno se pone en camino.

Cat se contuvo y no perdió los estribos pese al espasmo cegador de cólera incandescente que le había acometido.

—Háblame un poco más de eso que tiene que anunciar.

La mujer se inclinó sobre la mesa y sus ojos adquirieron una luz remota, neblinosa.

—Nadie está ya a salvo en una ciudad. No desde luego los ricos. Tampoco los pobres. Es hora de volver al campo. Es hora de vivir de nuevo de la tierra. Es hora de poner fin a la contaminación de los ríos y a la tala de los bosques. Es hora de que volvamos a vivir en las aldeas.

—¿Por qué hace usted todo esto? —preguntó Cat.

La mujer suspiró y se sujetó un mechón de pelo blanco y espectral, descarriado, detrás de la oreja. Podría haber sido una profesora de avanzada edad, fatigada por la juventud de sus alumnos, por su opacidad, pero pese a todo rebosante de esperanzas, pese a todo deseosa de enseñar.

—Mire a su alrededor —dijo—. ¿Ve usted felicidad? ¿Ve alegría? Los americanos nunca habíamos sido tan prósperos como ahora. La gente nunca había gozado de tanta seguridad. Nunca habíamos vivido tanto, gozando de tan buena salud. Nunca, en todo el transcurso de la historia. Para alguien que viviera hace tan solo cien años, anteayer como quien dice, este mundo en que vivimos le tendría que parecer el cielo en la tierra. Volamos. No se nos pudren los dientes. Nuestros hijos no tienen una febrícula ahora y mueren en un visto y no visto. No hay estiércol en la leche. Hay leche, leche en abundancia. La iglesia no puede ya asarnos vivos por una mínima diferencia de opinión. Los viejos ya no pueden lapidarnos por haber cometido adulterio. Las cosechas no se nos agostan. Podemos comer pescado crudo en el medio del desierto si eso es lo que nos apetece. Y fíjese cómo estamos: somos tan obesos que se necesitan parcelas más grandes en los cementerios. A los diez años, nuestros hijos consumen heroína o asesinan a niños de ocho años o ambas cosas al tiempo. Aumentan los divorcios a mayor velocidad que

los matrimonios. Todo lo que comemos ha de estar sellado, porque si no lo estuviera cualquiera podría añadir veneno, y si no añadieran veneno añadirían alfileres. La décima parte de la población está en la cárcel, y no construimos cárceles nuevas a la velocidad deseada. Bombardeamos otros países simplemente porque nos ponen nerviosos, y eso que casi todos nosotros no sabríamos poner esos países en un mapa. Ni siquiera sabemos en qué continente se encuentran. Empiezan a aparecer en la leche materna restos de los materiales ignífugos que ponemos en las tapicerías y moquetas. Así que ya me dirá usted: ¿le parece que las cosas funcionan como debieran? ¿Le parece a usted que esta es una historia deseosa de continuarse?

—Ya —dijo Orondo—, pero todavía no se ha inventado nada mejor que el Big Mac. —Se limpió una uña con la uña del pulgar contrario.

—¿Y usted cree que puede hacer algo para remediar todo eso? —preguntó Cat.

—Una hace lo que puede. Yo formo parte del plan necesario para que la gente sepa que todo ha terminado. Se acabó sorber la vida del resto del mundo, para que un pequeño porcentaje de la población pueda vivir con toda comodidad. Se trata de un gran proyecto, se lo aseguro. Pero la historia siempre la ha cambiado un pequeño grupo de personas con una gran determinación.

Orondo volvió a dar muestras de interés.

—¿Con quién trabaja? —preguntó.

—No nos vemos tan a menudo como de hecho nos gustaría —dijo la mujer.

—Deme un nombre.

—No tenemos nombres.

—Usted se hace llamar Walt —dijo Orondo.

—Así me llaman los chicos. No sé cómo empezó la cosa, de veras, pero llamarme así parecía proporcionarles una cierta comodidad, de modo que se lo permití. Ya sabe cómo son los niños.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—No tengo. De veras que no tengo. Me dieron un nombre hace muchísimos años, pero ya apenas lo recuerdo. No es mi nombre. Nunca lo fue.

—Está usted en la familia —dijo Cat.

—Pues sí, querida, así es. Todos estamos en la familia, ¿no se da cuenta?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Cat—. ¿A qué familia se

refiere?

—Ah, ya sabe.

—No, no lo sé. Y me gustaría que usted me lo dijese.

—Con el tiempo, también usted olvidará su nombre falso.

—¿Trabaja usted para la compañía? —dijo Cat.

—Todos trabajamos para la compañía. Aunque pronto dejará de tener actividad, claro.

—Háble me de la compañía.

—Me temo que ya he dicho todo lo que tenía que decir. No tengo más que añadir.

Algo le sucedió en los ojos. Se le pusieron vítreos, como los ojos que ponen los taxidermistas en las cuencas de los animales disecados.

—¿Walt? —dijo Cat.

Nada. La mujer estaba sentada con las manos abiertas sobre la mesa, y miraba sin ver el aire que tenía delante de la cara, remilgada y sonrosada.

Pete llamó en menos de veinte minutos al móvil de Cat.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó ella.

—No. Aquí no hay nadie. Pero creo que deberías venir. Que te traigan en un coche patrulla.

—Voy para allá.

El edificio de Rivington era uno de los últimos desperdicios de otro tiempo, emparedado entre una tienda de skateboards y un bar especializado en vinos. Era de yeso marrón, costroso, descascarillado, como un caramelo antiquísimo. Al otro lado de la calle, un almacén rehabilitado, los ladrillos brillantes, lavados al chorro de arena, ostentaba un cartel verde en el que se anunciaba la inmediata disponibilidad de varios LOFTS DE LUJO «LA FUNDICIÓN».

Estaba abierta la puerta de acero galvanizado, con sendas pintadas en las que se decía BIBA LA MUERTE Y PASTO DE PASTIS con letras brillantes, de molde, que simulaban gotear pintura fresca. Daba a un pasillo amarillento, de paredes surcadas por las cicatrices, iluminado por un fluorescente circular que chisporroteaba. Desolación en estado puro. Y, pese a todo, alguien había puesto un jarrón de flores de plástico en una mesa sobredorada y coja, nada más llegar al vestíbulo. Margaritas grises y rosas con púas; encima de las flores, empalado al final de una larga vara de plástico, un ángel reseco hecho de plástico y de hilo.

Cat subió las escaleras y encontró la puerta del diecinueve. Estaba abierta.

En el interior, Pete y Terrorífico y los tipos del operativo antibombas se encontraban en una habitación pequeña, sin luz apenas. Cat se detuvo para hacerse una idea. La habitación estaba ordenada. No había trastos inservibles. Olía a barniz y, muy tenuemente, a gas. Había un destartalado sofá de color beis, algo parecido al que tenía ella en su apartamento; había un par de sillas desparejas, una mesa de fórmica astillada, con abundantes marcas, pero presentable, seguramente encontrada en la calle. Y todas las superficies de la habitación, todas menos las de los muebles, estaban empapeladas de páginas alineadas con todo cuidado, amarillentas, bajo sucesivas capas de barniz.

Las paredes, el techo y el suelo, estaban forradas con las páginas de *Hojas de hierba.*

—Qué hijo puta —dijo Cat.

—Qué hijoputez —concordó Pete.

Cat caminó despacio por la estancia. Todo era Whitman.

—Este es su hogar —dijo—. Aquí es donde crecieron los niños.

En el extremo más alejado de la estancia, una abertura en forma de arco daba a un escueto pasillo, que también estaba forrado de páginas. Se dio una vuelta.

La cocina, el cuarto de baño, dos dormitorios, todo iluminado por bombillas desnudas, enroscadas en los casquillos que colgaban del techo. Las bombillas eran de baja intensidad, seguramente de cuarenta y veinte vatios; emitían una iluminación fosca y acuosa. La tenue luz, el barniz que cubría las páginas que empapelaban las paredes, daba a todo una tonalidad sepia, insustancial, como si se hallase en medio de fotografías viejas de interiores anodinos. El lugar no dejaba de ser acogedor, aunque fuera de una manera demente, yerma. La cocina estaba algo más presentable que la suya. Las sartenes, baqueteadas pero limpias, colgaban de unos ganchos encima de la cocina. En la encimera, una lata de café Folgers contenía los cubiertos. En el primer dormitorio había tres camastros estrechos, pegados uno al otro, escrupulosamente hechos. Las colchas, del color del polvo, estaban remetidas por los lados, y una almohada de color marfil aparecía centrada en la cabecera de cada una de ellas. En el segundo dormitorio, el camastro era igual que los otros. También había una vieja máquina de coser, de pedal, de un negro reluciente, como un insecto, sobre un armazón de madera de roble.

Podría tratarse de una versión de bajo presupuesto de un barracón del Ejército, o de un orfanato, con la particularidad de que todo —los armarios de la cocina, los cristales de las ventanas— estaba empapelado con páginas.

—Es ella la que los ha retenido aquí —dijo Cat a Pete.

—¿A quiénes? —preguntó Pete.

—A los chicos. Los encontró a saber cómo cuando eran bebés y los ha criado aquí.

—Me estás tomando el pelo.

—Ha criado una familia de pequeños asesinos. Se quedó con la custodia de unos niños a los que no quería nadie y los crió aquí. Lleva años planeando todo esto.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Yo no estoy segura de nada.

—¿Alguna idea acerca del porqué?

—¿Tú qué crees que resiste y dura? ¿Crees que una gran ciudad resiste y dura?

—Perdona, ¿cómo dices?

—Según ha dicho ella, este es el fin del mundo. Los inocentes se han rebelado.

—Eso es una chaladura.

—Mmm. Una chaladura de punta a cabo.

—Sus huellas dactilares todavía no encajan con nada que haya en las bases de datos.

—Ni encajarán. Ella no es nadie. Ha caído del cielo.

—Empiezas a hablar como hablaría ella.

—Solo hago mi trabajo —dijo—. Me proyecto en la mente del sospechoso.

—No es un sitio muy entretenido, que se diga.

Nunca lo ha sido, cielo.

—Con toda sinceridad, Pete —le dijo—, esto es algo que nos estábamos esperando. Sabes que lo esperábamos.

—Yo no.

—No quiero decir exactamente esto. Ya me entiendes. La gente ve qué fácil es meterle miedo al mundo, meterle el miedo hasta la médula. A lo que se ve, no es tan difícil joder al sistema y dejarlo bien jodido.

—Eh, dame un respiro, ¿quieres? De acuerdo, todo el mundo está flipando en colorines, pero el mundo sigue girando como siempre. Una

vieja bruja enloquecida y un par de crios retrasados no se van a bastar para acabar con todo.

—Lo sé. Eso ya lo sé.

—Entonces, ¿qué es lo que me quieres decir?

—¿Te importa que desvaríe un poco?

—Para nada. Adelante.

—Lo más probable es que tengas razón. Una vieja bruja y un par de crios perjudicados y averiados. Pero, según me ha dicho, ella piensa que la historia siempre la ha cambiado un pequeño grupo de personas.

—¿Pequeño? Habría que pensar en unos cuantos miles de bolcheviques. Eso sería completamente distinto, no jodamos.

—Claro que lo es. No tiene nada que ver.

—Oye, conmigo no emplees ese tono de voz.

Pete no pudo dejar pasar el tono de voz. Probablemente su madre lo había empleado con él.

—Lo siento. Solo pretendo decir que parece posible, o que no parece del todo imposible, que esta pandilla de chalados desarrapados con la que acabamos de tropezar sea parte de algo más grande. Algo que tendría un potencial considerablemente mayor.

—¿Quieres decir que podrían ser más?

—Ella habló de una familia extensa.

—Dios.

—Lo más probable es que esté loca, solo eso. Lo más probable, Pete, es que todo esto lo esté haciendo ella sola, una vieja canosa, enloquecida.

—Pero tú no lo crees.

—Yo ya no sé qué pensar. De veras, no sé qué pensar.

Pete se calzó las manos en los bolsillos. Tenía el rostro ceniciento, la frente tachonada de lentejuelas de sudor. Ella lo imaginó muy pasajeramente tal como era de niño. Tuvo que ser un niño terco, fácilmente contrariado, enfurecido ante la lentitud de un mundo nada generoso con sus apetencias. Nunca habría dicho a nadie, y menos aún a su pobre madre, sobrepasada por el trabajo, cuáles eran sus convicciones acerca de lo que susurraba dentro de su armario, de lo que aguardaba con apetito voraz debajo de su cama.

Los niños saben dónde se esconden los dientes.

Nos cuentan solo aquello que, creen, podemos soportar.

—Tendrías que volver a interrogarla —dijo Pete.

—Yo no me ocupo de hacer interrogatorios.

—Me da igual. Ve a charlar con esa vieja chalada y asesina.

—Con mucho gusto. Van a venir otros efectivos, ¿no?

—La mitad del equipo más o menos.

—Pete…

—Dime.

—Estaba a punto de decirte que no te preocupes, pero ¿por qué iba a decirte una cosa así?

—Toma un taxi y vuelve a comisaría, ¿de acuerdo? Necesito aquí a todos los chicos.

—Me encantará tomar un taxi.

—Y pide factura.

—Ya sabes que lo haré.

Le costó un rato encontrar un taxi en los alrededores, en una zona en construcción. Cuando por fin un alma valerosa se dignó parar a recogerla (Manil Gupta, según la tarjeta de identificación), se dejó caer en la penumbra con olor a pino del asiento de atrás y vio la ciudad pasar de largo por la ventanilla.

Pidió a Manil que la llevara a su apartamento, en vez de ir a comisaría, para recoger de paso su ejemplar de *Hojas de hierba*. Tal vez le viniera bien tenerlo a mano y hacer alguna que otra referencia cuando hablase con la mujer, y parecía improbable que hubiera un ejemplar despistado por la comisaría del Distrito Siete.

Manil accedió con un gesto y arrancó el taxi. Aun cuando solamente la llevase a la 5 Este, le resultó agradable que alguien la llevara de ese modo, dejar el control de las cosas inmediatas en manos de otro. El Nueva York de última hora de la tarde que se veía desde un coche en movimiento estaba relativamente desierto y tranquilo, casi como cualquier otro lugar de la Norteamérica nocturna. Solo en esos momentos de quietud podía uno comprender que esa ciudad rutilante, y apestada, formaba parte de un continente adormecido, de una vastedad en la que los faros de los vehículos eran respuesta a las constelaciones, de un campo fértil y negro y unos bosques salpicados por la ártica brillantez de las gasolineras y de los restaurantes abiertos durante toda la noche, ciudad tras ciudad, aunque estuvieran cerradas las persianas de todas ellas, rociadas de farolas, apenas cuidadas por quienes trabajaban en los turnos de noche, los vagabundos que buscaban carroña a oscuras, los insomnes con sus lámparas de lectura, las madres

empeñadas en dar consuelo a sus bebés descoyuntados por los cólicos, las camareras y los empleados de las gasolineras mismas, los panaderos y los lunáticos. Esparcidos por doquier, abundantes como las mismas estrellas, los disc-jockeys que lanzaban música a quien pudiera estar oyéndolos.

Se bajó del taxi en la esquina de la Calle 5, pagó a Manil la carrera y le dio una propina rayana en la extravagancia. En un primer momento, al acercarse a su edificio, no pasó de entender que había una persona muy pequeña refugiada en el portal. Encontrar allí a alguien cobijado no era insólito. Se había acostumbrado con los años a pasar por encima de los borrachos o los vagabundos que dormían en la entrada. Este, sin embargo, era más pequeño que la mayoría. Estaba sentado de espaldas a la puerta, con las rodillas a la altura del pecho. Iba envuelto en una chaqueta color caqui, remanente del Ejército. Era blanco. Cuando llegó al primer peldaño, supo de qué se trataba.

—Hola —dijo. Esa era su voz.

Aunque le costó precisarlo, teniendo en cuenta que estaba acuclillado, no debía de tener más de metro y medio de estatura. Un niño muy pequeño. ¿O era un enano? La miró desde dentro de las solapas de la chaqueta caqui que le quedaba enorme. Tenía la cara pálida, redonda. Los ojos grandes, negros, y la boca muy pequeña, fruncida, como si estuviera silbando. Podría haber sido la cría de un búho, en una nidada.

—Hola —dijo ella. Conserva la calma, toda la calma que puedas.

Callaron un instante. ¿Qué debía hacer ella? Podría contar con que los chicos llegaran en menos de diez minutos, y tenía además bloqueada la única salida de la que disponía él. Aun cuando consiguiera esquivarla, era probable que ella misma lo pudiera sujetar.

Pero todavía no. En ese instante, aún no. Subió un peldaño de la escalera. A él no pareció importarle que ella se acercase tanto. Esa podría quizás ser la única ocasión que ella tuviera de que él se soltase a hablar. Después, solo le quedaría vérselas con los interrogadores.

—¿Te encuentras bien? —le dijo.

Él asintió.

Cat acarició el móvil que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Has decidido entonces dejarme que te ayude?

Él volvió a asentir.

—Y tú has decidido que yo también te ayude, ¿vale?

—¿Cómo quieres ayudarme?

—Cada uno de los átomos que me pertenece vale tanto como si te perteneciera.

—Lo sé —dijo ella.

—Te he traído una cosa.

—¿Y qué es lo que has traído?

Se abrió la chaqueta. Pegado al pecho minúsculo llevaba un trozo de tubería. Parecía llevarlo sujeto por cinta aislante. En la mano derecha tenía un mechero de los baratos, de plástico, que se pueden comprar en cualquier parte. Rojo. Lo prendió, de modo que saliera la llama.

Ella contuvo la respiración. Concéntrate. Estate tranquila y concentrada. Ante todo, mucha calma.

—Eh, eso es algo que no quieres hacer —le dijo—. Yo sé que no.

—A veces hemos de hacer cosas que nos resultan difíciles.

—Escúchame. Walt te está diciendo que hagas algo que es malo. Sé que te parece que es lo correcto, pero no es así. Creo que eso también lo sabes, ¿verdad?

El chiquillo vaciló. La miró con aire suplicante. Dejó que se apagase la llama.

—Lo tienes que hacer de modo que no sea un asesinato —dijo—. Lo tienes que hacer con amor.

—Tú tienes mucho amor dentro, ¿verdad?

—No lo sé.

—Y ahora estás solo, ¿verdad?

El niño asintió.

—Nos hemos ido —dijo—. Ya no estamos en casa.

—Ahora estás tú solo.

—Bueno… Estoy yo y está Walt.

—¿Walt te ha dejado solo?

—Ha llegado mi hora.

—¿Tienes miedo de Walt?

—No.

—¿De qué tienes miedo?

—No estoy seguro.

—Creo que quizás tengas miedo de salir herido. Creo que también te da miedo herir a otras personas. ¿Estoy en lo cierto?

—No es un asesinato si lo haces con amor.

—¿Te da miedo no sentir suficiente amor?

—Supongo que sí.

—Creo que tienes dentro mucho amor. Creo que estás lleno de amor y que eres valiente. Es un gesto de valentía que quieras hablar conmigo.

—Es muy amable de tu parte, pero no es verdad. Tú no sabes.

—¿Qué es lo que no sé?

Hizo una pausa, y el fruncimiento de sus labios se acusó más que antes.

—Escúchame —dijo ella—. Estás confuso. Sabes que lo que Walt te dice que hagas es malo. Quiero que te quites eso que llevas en el pecho y que me lo des. Luego, todo estará bien. Te lo aseguro.

Se puso en pie. Apenas levantaba un metro y medio. Por la chaqueta de talla excesiva, era imposible saber si era o no deforme, y menos hasta qué punto. Tenía unos ojos demasiado grandes, la boca demasiado pequeña. La cabeza, muy redondeada, era grande para un cuerpecillo tan frágil. Sujetada entre los hombros de la chaqueta militar parecía una calabaza, un dibujo de la luna en un libro para niños.

—No sé qué hacer —dijo.

—Sí, sí que lo sabes. Quítate eso y dámelo. Yo me aseguraré de que estés bien. Todo estará bien.

—Yo no quería irme. Siempre hemos vivido allí.

—Es duro tener que irse. Entiendo que estés dolido por eso.

Asintió con seriedad. Cat tuvo un espasmo de espantosa compasión. Se trataba de un monstruo y de un niño muerto de miedo. Era un chiquillo torturado que en cualquier momento podría hacer que los dos saltaran por los aires. Le zumbaron los oídos. Le sorprendió comprobar que no tenía miedo, no exactamente.

—Estoy dolido.

Cat vaciló. ¿Qué sería lo más indicado? Demasiada amabilidad, y él podría concluir que la amaba lo suficiente para matarla. Demasiado poca, y podría hacerlo por rencor.

Se acercó un paso hacia él. ¿Por qué no? No cambiaría nada si él detonase la bomba. Acercándose, podría derribarlo, sujetarle los brazos, arrancarle la bomba. Él tendría que prender la llama y encender la mecha. Lo más probable es que tuviera tiempo de impedírselo, aunque no podía estar segura.

—Lo siento —dijo el niño. Moqueaba.

—No lo sientas. No hay nada de lo que tengas que arrepentirte.

Quien lo hubiera puesto en tal tesitura lo había abandonado. Ningún niño responde bien al abandono, ni siquiera un chiquillo desquiciado. Tomó una decisión. La mejor solución de todas consistía en aceptarlo,

en ganarse su confianza. Luego, esperar hasta que estuviera con la guardia baja y dar el paso.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—Un poco.

—¿Por qué no vienes a mi casa? Podría prepararte algo de comer.

—¿En serio?

—Sí, claro. Anda, vamos.

Subió los últimos dos peldaños y se situó a su lado. Sacó las llaves del bolso. Le temblaba la mano; le pareció curioso, no creyó que tuviera miedo hasta ese punto. Pero logró abrir la puerta.

—Adelante —dijo.

Le sostuvo la puerta abierta. Él esperó. Quería que ella entrase primero, ¿no? Debía de saber que si le permitía colocarse a sus espaldas, podría sujetarle entonces los brazos.

Entró ella primero y él la siguió.

—Hay que subir por las escaleras.

Comenzó a subir, con el chiquillo tras ella, y abrió la puerta de su apartamento. Él se negaba a caminar por delante de ella. Se mantenía dos pasos por detrás.

—Qué bonito —dijo él.

No era bonito. Era una pocilga. Estaba sucio. Había ropa y zapatos por todas partes.

Una escoba con la cual barrerlo todo.

No tener que planear más fiestas.

Estamos en la familia.

—Gracias —dijo ella—. ¿Por qué no te quitas la chaqueta?

—Estoy bien así.

Entró en la cocina y él la siguió pegado a sus talones. Abrió la mininevera. No había gran cosa. Encontró un par de huevos que probablemente aún no estuvieran en mal estado. No tenía pan. Creyó recordar que en alguna parte había unas galletas saladas.

—¿Qué te parecen unos huevos revueltos?

—Bien.

Lavó la sartén, que llevaba unos días en la fregadera, sumergida en agua, y vivió un momento de vergüenza surreal por el desastre que era en las tareas del hogar. El chiquillo se encontraba a pocos pasos de ella, sin perderla de vista. Con la luz del interior pudo apreciar más a fondo hasta qué punto llegaba su compromiso. Tenía los hombros, frágiles

como los huesos de un ave, ladeados hacia la derecha. Las orejas eran meros pedazos de carne, de un rosa intenso, como dos trozos de goma de mascar que alguien le hubiera adosado a cada lado del cráneo grande y redondeado.

—¿Dónde están tus niños? —le preguntó.

—No tengo niños.

—¿No tienes ningún niño?

—No.

Se estaba poniendo agitado. Miraba todo el apartamento a la vez que acariciaba el mechero. Por lo visto, pensaba que cualquier mujer tenía que tener hijos.

—Bueno, sí —le dijo—. Tengo a un niño pequeño que se llama Luke, pero ahora no está aquí. Está muy lejos.

—¿Va a volver pronto?

—No, no volverá pronto.

—Luke es un bonito nombre.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó al cascar un huevo sobre un plato.

—Yo soy el más pequeño.

—¿Y cómo te llamas?

—No tengo nombre.

—¿Cómo te llama la gente?

—Sé cuándo me llama alguien.

—¿Tus hermanos tampoco tenían nombre?

Él negó con un gesto.

Cat cascó otro huevo. Miró por un instante las dos yemas de un amarillo intenso flotando en la pálida viscosidad. Qué normal resultaba, dos huevos en un plato. Los batió con un tenedor.

—¿Tú querías a tus hermanos?

—Sí.

—Debes echarlos mucho de menos.

—Así es.

Vertió los huevos en la sartén. Normalidad absoluta. Preparar unos huevos revueltos para un niño. ¿No debería arrojarle la sartén caliente a la cara? No, tenía las manos dentro de la chaqueta, y seguro que en una tenía el mechero. Demasiado riesgo. Rascó los huevos con una espátula y los puso en un plato, con un par de Triscuits.

—Vamos —le dijo. Él la siguió hasta la mesa del cuarto de estar. Ella

le colocó el plato delante, fue a buscar unos cubiertos y un vaso de zumo de moras. O eso, o agua del grifo.

Si detonase la bomba allí mismo, todo el apartamento saldría volando por los aires.

Le llevó un tenedor, una servilleta y el zumo. Se sentó en la otra silla, frente a él.

—¿Tú no quieres nada? —le preguntó él.

—Ahora no tengo hambre, pero tú come.

Comió con inocencia, con avidez. Ella lo miraba.

—¿Siempre has vivido con Walt? —le preguntó.

—Sí. —Dio un sorbo de zumo y torció el gesto.

—¿No te gusta el zumo?

—Sí, no está mal, es que nunca lo había probado —dijo, y dio otro sorbo.

Estaba tratando de complacerla. Mera cortesía.

—¿Walt te hace daño?

—No.

—¿Y entonces por qué crees que quiere que mueras? A mí eso no me parece que sea un acto de amor.

—Nosotros no morimos. Nos convertimos en la hierba, en los árboles.

—¿Eso es lo que te dice Walt?

—Está en nuestra casa.

—¿Qué está en vuestra casa?

—Todo.

—¿Vais a la escuela?

—No.

—¿Has salido muchas veces?

—Al principio no salía nunca. Luego, llegó la hora y salimos todos.

—¿Cómo te sentiste?

—Fue duro. O sea, me sorprendí mucho.

—¿Por lo grande que es el mundo?

—Supongo que sí.

—¿Te gustó?

—Al principio, no. Era muy ruidoso.

—¿Y ahora te gusta?

—Sí.

—¿Por eso no estás seguro de estar listo para convertirte en la hierba, en los árboles?

—No soy valiente —repuso—. No soy amoroso. Mis hermanos sí lo eran.

—¿Puedo decirte una cosa?

—Sí.

—El mundo es más bello y más maravilloso de lo que tú puedes imaginar. No solo es la ciudad.

—Lo sé, está en la pared.

—Pero es muy distinto cuando lo ves de verdad. Están las montañas, están los bosques. Están llenos de animales. Están los océanos, están las playas llenas de conchas.

—¿Qué son conchas?

—Son… Son unas cajitas redondas muy hermosas. Las fabrica el propio océano. Y cuando te las acercas al oído, oyes en su interior el sonido del océano.

—¿El océano fabrica cajas y se mete dentro?

—Mete dentro su sonido. ¿No te gustaría ir a una playa a ver las conchas?

—Supongo que sí.

—Yo podría llevarte. ¿Querrías que yo te llevase?

—Supongo que sí.

—Puedes disfrutar de una vida maravillosa, y larga. Puedes ver el océano. Puedes navegar en un barco.

¿Por qué sintió una ligerísima comezón de culpabilidad al decirle eso?

—Me gustan los perros —dijo él.

—Claro, es natural. Los perros son bonitos.

—Pero te pueden morder, ¿verdad?

—No, un perro a ti no te mordería. Un perro te querría. Dormiría contigo por la noche.

—Creo que me daría miedo.

—No tendrías por qué. Yo estaría contigo.

—¿De veras?

—Pues claro. A ver, ¿por qué no te quitas eso que llevas en el pecho?

—No creo que deba.

—Sí, sí deberías. Eso es lo que hay que hacer.

—¿De veras lo crees?

—De veras.

—¿Y tú estarás conmigo?

—Te lo prometo.

Frunció los labios.

—¿Tú no quieres convertirte en la hierba y en los árboles? —le preguntó.

—Todavía no. Y tampoco quiero que a ti te pase eso.

—Podríamos dejarlo para más adelante, ¿verdad?

—Voy a tomar el mechero y a quitarte eso que llevas en el pecho. ¿De acuerdo?

—Oh, no, no creo que debas.

—No creo que las conchas emitan el sonido del mar si lo llevas puesto. Son muy sensibles.

—Vaya. Bueno. De acuerdo.

Y con total facilidad le entregó el mechero. Un pedazo de plástico rojo que se podía comprar en cualquier parte por noventa y nueve centavos. Se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros.

Le ayudó a quitarse la chaqueta. No llevaba nada debajo. Era muy flaco, con el esternón hundido. La bomba tenía que haberle supuesto un gran peso.

Tomó unas tijeras y cortó la cinta aislante que se la sujetaba al pecho. Tiró poco a poco. El niño torció el gesto. A Cat le sorprendió comprobar que detestaba hacerle daño.

Cuando tuvo la bomba en la mano, la dejó sobre una encimera de la cocina. Era solo una tubería de poco más de un palmo, tapada por ambos lados, con una mecha que sobresalía por un agujero practicado en uno de los cierres. Fácil de comprar, fácil de montar. La dejó en la encimera, entre la cafetera y la tostadora.

Era inofensivo. Era solo un chiquillo.

—¿Nos vamos ahora? —preguntó con ansia.

Ella pensó un instante. Sabía qué tenía que hacer. Tenía que llevarlo a comisaría. Ahora, ya no podía hacerle daño a ella ni a nadie.

A pesar de todo, era tanta su confianza… Estaba tan contento al pensar que iba a llevarlo a una playa… No tenía ni idea de lo que estaba a punto de sucederle. Al menos, debería dejar que durmiese un poco antes.

—Ahora mismo, no —dijo ella.

—¿No?

—Esperaremos hasta mañana. De noche no se pueden ver las conchas.

—Ah. Vale.

—Seguramente estarás cansado, ¿no?

—No. Bueno, un poco.

—Hagamos una cosa. Duermes un rato y cuando salga el sol vamos allá.

—Vale.

Lo llevó al dormitorio, le dijo que se quitara los pantalones. Llevaba unos calzoncillos minúsculos. Qué frágil era. El hombro derecho lo tenía bastante más caído que el izquierdo. Lo arropó en la cama.

—Me gusta esta cama —dijo.

Ella se sentó al borde del colchón, le tocó el cabello revuelto.

—Anda, duerme —dijo.

—Si tuviera un perro, ¿de veras dormiría conmigo por la noche?

—Ajá.

—¿Y le gustaría ir a la playa?

—Pues claro, a los perros les encanta la playa.

—¿Has tenido un perro alguna vez?

—Sí, pero hace mucho tiempo. Cuando era una niña pequeña.

—¿Y cómo se llamaba?

—Se llamaba Smokey.

—Smokey es un buen nombre.

—¿En serio me has dicho la verdad? ¿De veras que no tienes nombre?

—Ajá.

—¿No hay ningún nombre que te des a ti mismo?

—La verdad es que no.

—Tendríamos que ponerte un nombre.

—Smokey me gusta.

—Pero es un nombre de perro.

—Ah, vaya.

—Bueno, ahora duérmete.

—Vale.

Cerró los ojos. Pasados unos minutos, respiraba de manera uniforme.

Ella permaneció sentada y mirando a ese niño cambiado por otro al

nacer, a ese pequeño elfo. ¿Qué es lo que harían con él? No había perjudicado a nadie, eso tendría que obrar en su favor, aunque los demás sin duda tendrían en cuenta, ella misma lo tenía en cuenta, que había sido plenamente capaz de perpetrar un atentado. Con todo y con eso, no dejaba de ser un niño, y además un niño muy sugestionable. Se le podría reeducar. En cuanto su fotografía saliera en los periódicos, los buenos samaritanos se pondrían a la cola para adoptarlo luego de que el Gobierno hubiera cumplido con su función.

¿Llegarían a ponerlo algún día en libertad? La gente tenía miedo; la gente pasaba por una seria oleada de temores. Querrían estudiarlo a fondo, naturalmente, pero ¿querrían rehabilitarlo? No era del todo probable. ¿Qué clase de mensaje se difundiría si uno puede formar parte de un grupo que asesinaba a los ciudadanos en plena calle, al azar, haciéndolos volar por los aires, y luego puede someterse a terapia intensiva antes de ser puesto de nuevo en libertad, en el seno de la sociedad? No: era preciso mantener tolerancia cero con los terroristas. Incluso con los niños terroristas.

Allí estaba, plácidamente dormido en su cama. Era el demonio en persona: un niño con malformaciones que tenía que haber muerto abandonado en un callejón, en Buffalo, nacido prematuramente de una mujer que a saber cuántas drogas había consumido. Allí estaba, soñando con ir a la playa a llevarse una concha a la oreja deforme. Deseoso de que se le diera un nombre de perro.

Guardó la bomba en el bolso, junto a su ejemplar de *Hojas de hierba*. Era una locura llevarla encima, pero no podía dejarla en el apartamento con el chiquillo, claro que no. Tomó sus pastillas del armario del cuarto de baño, llevó una al dormitorio con un vaso de agua y despertó al chiquillo.

Parpadeó. Estaba confuso. No parecía asustado, al contrario que un niño normal que despertara en un lugar desconocido. Desde hacía algún tiempo todo era novedoso para él. El mundo era de esa manera.

—Disculpa que te despierte, pero quiero que te tomes esta pastilla.

—Vale —dijo. Tal cual. Sin preguntas. Enternecedor y repugnante al mismo tiempo.

Abrió la boca. Ella le colocó la pastilla en la lengua, le dio el vaso de agua, él tragó con obediencia.

—Ahora, duérmete otra vez —le dijo. Se quedó con él hasta que volvió a dormirse. Tardó solo unos minutos.

Entonces salió sigilosamente del apartamento y lo dejó encerrado. Al girar la llave en la cerradura se detuvo un instante a considerar la posibilidad de que se declarase un incendio, se imaginó como una de esas mujeres que salen en las noticias, las que salieron solo un momento a por tabaco, o a por leche, y dejaron a los niños solos porque no había quién los cuidase, solo ella, y necesitaba el tabaco, necesitaba la leche, necesitaba simplemente ser una persona capaz de salir a hacer un recado, y a los pocos minutos se encontraba retenida por un bombero, por un vecino, chillando despavorida al ver cómo las llamas realizaban su trabajo.

Al cuerno. Seguro que no le pasaba nada al pequeño asesino.

Fue caminando hasta comisaría. Quedaba a unas quince manzanas, pero necesitaba el tiempo, precisaba la soledad del paseo. Quiso ser una persona que camina sola. Muy fugazmente le pareció que, al caminar por las calles despobladas, podría escabullirse de su vida de ese mismo modo, podría ser cualquiera, en cualquier parte, sola, sin obsesiones y sin prejuicios, inerme, sin conocimiento de los peligros que acechan ocultos: una mujer con un trabajo y un hijo y la habitual panoplia de dificultades y problemas, la cuestión del alquiler y la alimentación. Mientras caminaba, se le antojó una felicidad inimaginable.

Pete estaba esperándola a la entrada de comisaría. Fumaba un cigarrillo. Había dejado de fumar años antes. Se introdujo la colilla humeante en la boca y recorrió la manzana para salir a su encuentro.

—Ha habido otro —dijo en voz queda.

Por un instante, ella pensó que el chico había detonado en su apartamento. Imposible: llevaba la bomba en el bolso.

Llevaba una bomba en el bolso, junto a su ejemplar de Whitman.

—¿En dónde? —preguntó.

—En Chicago.

—¿En Chicago?

—Ha llegado la noticia hace veinte minutos.

—¿Y qué se sabe?

—Pues que parece lo mismo.

—Pero en Chicago.

—Todavía tiene que entrar más basura. Aún no hay identificaciones, pero todo encaja. Una sola víctima, por lo que se sabe de momento. En Lake Shore Drive.

—Joder.

—Y tanto.

—¿Qué te ha contado la vieja? ¿Alguna novedad?

—¿Quieres que te lo diga? ¿Quieres saber qué es lo único que ha dicho desde que te fuiste?

—Dispara.

—Solo ha dicho que espera a hablar contigo. Si no, nada.

—Pues supongo que lo mejor será que entre a hablar con ella.

—Supongo que será lo mejor.

Entró con Pete en comisaría, en la sala de interrogatorios. La mujer seguía exactamente como Cat la había dejado. La misma postura, tiesa como una vara, los mismos ojos de taxidermista. Estaba sin embargo rodeada por media docena de fornidos agentes del FBI.

Pete la hizo pasar. Los tipos del FBI le hicieron sitio de mala gana. Cat se sentó frente a la mujer, que pestañeó, meneó ligeramente la cabeza y ofreció a Cat una sonrisa de astucia, de coquetería.

—He ido a ver su apartamento —dijo Cat.

—Pero él no estaba allí, ¿verdad que no?

—No —dijo Cat—. Allí no estaba.

—Ya aparecerá, no se preocupe.

—He visto lo que hay en las paredes.

—Pensé que debían crecer con la poesía. Creo que ha sido provechoso para ellos.

—¿Por qué eligió a Whitman?

—Es el último de los grandes. Después de él, todos parecen muy poca cosa.

—No creo que esa fuera la única razón.

—Todos queremos una razón, ¿verdad? En tal caso, digamos que fue así. Whitman fue el último hombre grande que de veras amó realmente al mundo. Las máquinas comenzaban a existir cuando él vivió. Si pudiéramos regresar a una época como la de Whitman, tal vez podríamos amar de veras al mundo.

—¿Ese era el mensaje que quería transmitir a los chicos?

—No creo que nadie reciba un mensaje de la poesía, se lo aseguro. Se obtiene a lo sumo un concepto de la belleza. Quería que mis chicos entendiesen qué es la belleza. Mi familia está devolviendo la belleza al mundo.

—Dijo usted que era parte de una familia extensa.

—Hoy en día los pueblos están muy diseminados. Antes vivíamos en aldeas.

—¿Dónde está el resto de la familia?

—Me temo que hemos perdido el contacto.

—Creo que puede usted decirme dónde están algunos.

—No, la verdad es que no puedo. Yo me he limitado a criar a mis chicos en Nueva York. Ninguno me llama nunca. Nadie me escribe.

—Usted dijo que «ya es la hora». Eso tiene que habérselo dicho alguien.

—Qué va. Eso se decidió hace muchísimo tiempo. El zi de junio de este año. Es cuando los días comienzan a ser más cortos. ¿No le parece que siempre es demasiado pronto, que oscurece ya temprano?

Una mano de un hombretón del FBI aterrizó en el hombro de Cat. Alzó los ojos. Un tipo ya mayor, pero con un extraordinario parecido con el Tímido de *Blancanieves*. A ese no lo había visto nunca.

—Vamos a ocuparnos ahora nosotros —dijo.

—Ha sido agradable hablar con usted, querida —dijo la mujer.

—Necesito un poco más de tiempo —dijo Cat.

—Vamos a ocuparnos ahora nosotros —repitió el hombre.

Comprendió. Era el momento de que entrasen en escena los interrogadores. Los métodos de persuasión ordinaria habían alcanzado el límite.

—No cuento con que nadie me trate con ninguna amabilidad. Adiós.

—Adiós.

—Cuídelo —dijo la vieja.

—¿Que cuide de quién?

La mujer se echó a reír de un modo cortante, repentino. Era una risa aguda, cristalina, como una canción. Aunque parecía genuina, enunció sus carcajadas con toda nitidez. Con la misma brusquedad con que empezó, calló en seco.

Pete acompañó a Cat hasta la calle. Desde Pitt Street, por el norte, soplaba una brisa teñida por el humo. Desde Williamsburg Bridge llegaban los bocinazos de los camiones.

—Santa madre de Dios —dijo Pete.

—Dudo mucho que vayan a sonsacarle nada más.

—Te sorprenderías. Han venido tipos que no aceptan un no por respuesta.

—No, quiero decir que ella, me parece, no sabe nada.

—Sabe algunas cosas.

—De acuerdo. Es probable que sepa que hace años se puso en marcha un plan. Es probable que sepa unos cuantos nombres que no serán nombres reales, nombres de personas a las que no encontrarán jamás.

—Esos tipos pueden hacer mucho con muy poca información.

—Ya lo sé.

—Tendrías que irte a casa a descansar un rato.

—¿Y tú?

—Me iré enseguida. Yo tampoco pinto nada.

—Pero…

—Me tiene flipado. Me voy a quedar por aquí solo un rato más. Es que aún no estoy listo para largarme a casa y echarme en la cama a dormir.

—Te entiendo. Puedo quedarme contigo si quieres.

—No, descansa un rato. Tu turno empieza dentro de… tres horas.

—Cierto.

—Chicago. Nada menos que en Chicago. Joder.

—Dijo que la familia es extensa.

Pete cerró los ojos y se meció ligeramente, como si pudiera perder el equilibrio.

—No quiero ni pensarlo —dijo.

—Nadie quiere ni pensarlo.

—Desde luego que no.

Siguieron juntos en la quietud de las tres de la madrugada. Algo estaba ocurriendo. Tal vez no fuera gran cosa; tal vez fuera poca cosa, aunque parecía grande, como había dicho Pete pocos días antes. Podría tratarse de un mero emulador, un ciudadano de Chicago perteneciente a la Dimensión Bizarra, que había visto los titulares y se había puesto a pensar: mmm, abrazarse a alguien y hacerle saltar por los aires, qué interesante, ¿cómo no se me había ocurrido a mí? Si no, en el peor de los casos, se trataba de un puñado de lunáticos diseminados por varias ciudades, peligrosos, sin duda, aunque no revistieran un gran peligro, no tanto como para cambiar el curso de la historia. ¿Cuántos bolcheviques hicieron falta para acabar con el zar? Ella tendría que saber ese dato.

Con todo… Tenía un pálpito, y era una persona que se fiaba de las intuiciones.

—Pete…

—¿Sí?

Quiso decirle que tal vez hubiera un lugar. Que tal vez hubiera hierba y montañas, una casita. Nada heroico —más bien era en realidad un acto de cobardía—: el deseo de escabullirse, pensar en salvarse uno mismo, tal vez salvar a otras dos o tres personas, tratar de vivir la vida en una aldea lejana, que fueran otros los que siguieran en el frente.

Por otra parte, Pete no podría ir. Tenía obligaciones. Aunque no las tuviera, tampoco era un tipo muy de tener una casa en el campo. No sabría qué hacer con su tiempo.

Sombra y agua.

El murmullo del mundo.

Tu recipiente y tu jardín.

—No empieces a fumar otra vez —le dijo.

—No te apures, es solo ahora.

—Vale. Hasta luego.

—Hasta luego.

Lo dejó en donde estaba, de pie en el aire que se aceleraba, bajo el rumor sordo de Williamsburg Bridge.

El niño despertó poco después de las siete. Cat estaba sentada al borde de la cama.

—Hola —dijo el niño.

—Hola.

—¿Nos marchamos?

—Sí. Vístete, anda.

Se levantó de un salto, se puso los vaqueros y la chaqueta. Cat tomó un bloc de papel amarillo, rayado, y un bolígrafo. —Ya estoy listo —dijo el chico.

—Espera un momento —respondió.

Escribió:

> Pete,
>
> Tengo que marcharme. No estoy en mis cabales. Me pregunto si no estaré loca desde hace años, sin que me haya dado cuenta. Es como si se me hubiera pegado algo de todos los majaras con los que he tenido que hablar. Me parece que no deseo esta vida, ni tampoco nada de lo que tengo a mano. Ya no puedo seguir trabajando para la compañía. Necesito encontrar otra ocupación.
>
> Lo que quiero decir. Procura no correr peligro. Quiero darte

las gracias por todo el cariño que me has dado. Si no te parece insufriblemente cursi, claro.

Cat

Dejó la nota en la encimera de la cocina. Aún llevaba la bomba en el bolso. No era buena idea dejarla allí. Ya se le ocurriría una manera de librarse de ella de tal modo que nadie la encontrase.

—Vale —dijo al chiquillo—. Yo también estoy lista.

No tenía nada que darle para desayunar. Le compraría algo de comer camino de la estación de ferrocarril.

El tren era el mejor medio de transporte. Ella no tenía coche. Si alquilase uno, podría resultar localizable. Un billete de avión también dejaría huellas. Los billetes de tren se podían adquirir en metálico, sin que nadie supiera su nombre, ni ninguna otra cosa acerca de ella.

Lo llevó al portal y se detuvo con él nada más salir a la calle, todavía en el primer peldaño, para mirar a uno y otro lado. El ambiente era el de costumbre a una hora tan temprana. Los merecedores iban camino de sus trabajos, el zapatero levantaba la persiana de la tienda. El viejo despotricaba delante de la floristería. Otro día normal y corriente en la Calle 5.

Titubeó. Era su última oportunidad de hacer lo correcto, lo racional. Podría entregar al crío. Perdería su trabajo, por descontado; drogar a un sospechoso, a un tipo peligroso, y retenerlo una noche en tu propio domicilio, no es precisamente la manera más aconsejable de hacer las cosas. Pero ya encontraría otro trabajo. Ya encontraría otro novio. Podría entregar al chiquillo y seguir siendo una ciudadana respetable. Lo que estaba haciendo —lo que todavía no había hecho, pero estaba a punto de hacer— sería en cambio irreversible.

El chiquillo la tomó de la mano.

—¿Pasa algo malo?

—No —repuso—. No pasa nada malo.

Con una sensación de vértigo, de intrepidez, de lanzarse al vacío entre mareada y aturdida, condujo al chiquillo hacia la calle.

Paró en un cajero y sacó quinientos de su cuenta corriente y quinientos de su libreta de ahorro. Era el máximo permitido. El dinero sería un problema, cómo no. Si usara la tarjeta de crédito o sacara más dinero de otro cajero, al día siguiente, podrían seguir su rastro. Ya se le ocurriría algo. No le quedaba más remedio.

Llevó al niño a un mercado coreano, compró dos bolsas llenas de

comida y pagó con la Visa; no importaría hacer con tarjeta ese último gasto en Nueva York. La comida tendría que durarles un

par de días. Compró para el chiquillo un *bagel* con un huevo y otro igual para ella. Él se comió el *bagel* con todo cuidado, a mordiscos pequeños, en el taxi en que fueron a Penn Station.

—¿Cuánto se tarda en llegar a la playa? —preguntó.

Cierto. La playa. Tendrían que tomar rumbo sur, ¿no? Es mejor pasarlas canutas cuando el clima es templado.

—Pues tardaremos un buen rato. La playa está bastante lejos.

El niño asintió sin dejar de masticar.

—Está bueno —dijo.

Llegaron a Penn Station. Compró dos billetes para un tren con destino a Washington que salía en veinticinco minutos. En Washington cambiarían de tren. Harían transbordo un par de veces.

A hora tan temprana, Penn Station estaba sobre todo llena de hombres y mujeres de negocios. Eran los de menor volumen, los que se las veían y deseaban para triunfar (los otros viajaban en avión, a lo grande) y tenían que viajar a Boston o a Washington a hacer sus negocios, ahora mismo perdidos en la brillante nada de la estación, tomándose un café de Starbucks, hablando por el móvil, vigilando los maletines por si acaso los ladrones, con la cabeza llena de gráficos y análisis de costes: hombres de trajes decentes, nada espectaculares, mujeres de cabello impecable, muy maquilladas, muy puestas en sus asuntos, convocando un almuerzo, llamando a última hora a su jefe para pedir instrucciones, o bien a sus cónyuges, para dárselas, pendientes de sus cuentas, atentas a los nuevos negocios, manteniéndolo todo en marcha, en perpetuo movimiento.

Y allí estaba ella, de la mano de un niño deficiente, con dos bolsas de comestibles, una bomba incendiaria y un ejemplar de *Hojas de hierba*. La gente le hacía sitio de manera inconsciente, como hacen los neoyorquinos cuando perciben la presencia de alguien extraño. Una mujer negra y un niño blanco y comprometido. Una locura. O tan malaventura, tan muestra de carencia, que tenía que ser una locura por defecto. Allí, de ese modo, se encontraba el inicio de su extraña vida nueva.

Cada uno de los átomos que me pertenece vale tanto como si te perteneciera.

Se anunció el tren que iban a tomar y subieron. Ella encontró dos asientos y dejó al niño el de la ventanilla. Cuando el tren arrancó,

oprimió su cara de luna contra el cristal.

—Allá vamos —dijo.

—Sí. Allá vamos.

Estaba al mismo tiempo aterrada y alborozada. No podía ser excesivamente optimista sobre las perspectivas que tenían por delante: desaparecer era difícil, y le quedaban solamente ochocientos setenta y tantos dólares luego de pagar el taxi y los billetes. Lo más probable era que tan solo estuviera aplazando lo irremediable. No le saldrían bien las cosas si los pillaran. Tendría que cumplir condena. Pete intervendría en su favor. Serviría de ayuda. Un buen abogado sostendría que ella había perdido a su propio hijo, y que se había desmoronado debido al estrés de su trabajo. Tal vez no fueran muy duros con ella. Tal vez sí.

Y tal vez, pero solo tal vez, el niño y ella lograran salirse con la suya. Sucedía. A veces, las personas desaparecían. Tal vez, pero solo tal vez, lograse encontrar trabajo de camarera en una cafetería de Sarasota, de Galveston o de Santa Rosa. No era cuestión de vivir en las ciudades. Tal vez lograse alquilar un pequeño apartamento para los dos, cerca de la playa; encontrar un trabajo sencillo, dar al niño libros que pudiera leer, regalarle un perro. Lo más probable era que tuvieran que mudarse a menudo de ciudad. Suscitarían la curiosidad de la gente. Cualquier vecino querría saber por qué el chiquillo no iba a clase, y decirles que no estaba del todo bien, que ella lo educaba en casa, valdría solo por un tiempo no demasiado dilatado. Claro que si se mudaran con frecuencia, si vivieran en sitios suficientes, tal vez lograsen erradicar el pasado respectivo de los dos, convertirse en otra mujer con un hijo, tratando de sobrevivir en un mundo ancho y difícil. Eran muchas las personas que vivían en un total anonimato. Era posible, o no era del todo imposible, que pudieran formar parte de ellas.

El tren salió de la alargada oscuridad del túnel a las marismas de Nueva Jersey. El chiquillo se quedó boquiabierto ante el

panorama, aunque solo eran cañaverales y encharcamientos birriosos de agua verde oscura.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Ajá.

—¿Sabes qué tenemos que hacer? Tenemos que ponerte un nombre.

—A mí me gusta Smokey, de verdad.

—Pero Smokey no es un buen nombre para un chico.

—¿Y Luke?

—Pues… tampoco creo que sea buena idea.

—Ya sé que tu otro chico se llama así, pero yo podría tener el mismo nombre, ¿no te parece?

—No lo sé. Creo que deberías tener un nombre que fuera solo tuyo.

—Me gusta Luke.

Volvió a mirar embelesado por la ventana. Aunque los cañaverales periódicamente eran interrumpidos por tundras asfálticas llenas de camiones de reparto, aunque estuvieran jalonados por los postes del tendido eléctrico, por las chimeneas, Cat tuvo que reconocer que había algo… silvestre, si no exactamente bello. Incluso en aquella zona tan cercana a la ciudad había breves trechos de tierra que probablemente tenían esa misma pinta antes de que se talase el primer árbol para construir la primera granja. Era una mañana luminosa, que apuntaba hacia una tarde de calor, sin nubes. El sol de primera hora arrancaba destellos del agua estancada.

Así pues, habían emprendido viaje. Iban de camino a alguna parte; imposible saber qué les sobrevendría. La mañana estaba por todas partes. Era por la mañana en Daytona y en Denver y en Seattle. Era por la mañana en las playas y en los bosques, donde los cazadores nocturnos habrían regresado a sus guaridas y los timoratos animales de hábitos diurnos, los destinados a ser devorados, se afanaban en encontrar comida. Era por la mañana en los tejados metálicos de las fábricas y en las cimas de los montes, en los campos y en los aparcamientos, en las habitaciones de alquiler en las que las mujeres sin dinero hacían

todo lo posible para que sus hijos siguieran vivos y sanos, en las que tenían la esperanza, habida cuenta de lo que tenían que trabajar, de hacerles felices al menos a ratos.

Una gaviota de un blanco casi doloroso bajó en picado y, durante un instante, se mantuvo a la par del tren. Cat le vio la cuenta negra que tenía por ojo, la mancha de un naranja intenso debajo del pico.

Echó un rápido vistazo al bolso. Sí, la bomba seguía allí. Su teléfono móvil parpadeaba. Alguien había dejado un mensaje. Lo apagó.

El chico dejó de mirar por la ventana. Tenía el rostro brillante de pura excitación.

—¿Sabes qué? —dijo.

—Dime.

—Los más mínimos brotes muestran que en realidad no existe la muerte.

—Cierto.

Volvió a la ventana, contemplando el paisaje embelesado. El tren rodaba por Nueva Jersey. Era inofensivo. Estaba desarmado. No era más que un chiquillo feliz y contento por primera vez en toda su vida. Ella podía acceder a él, sin duda. Podía lograr que volviera en sí. Para eso se había entrenado.

Le tocó el frágil hombro. Él alzó la mano y le dio unas palmaditas en la suya sin quitar los ojos de todo lo que pasaba por la ventanilla. Fue un pequeño gesto, pequeño, pero nada característico. Fue la primera señal de abertura que ella le vio hacer con cierta decisión, de manera que implicase la confianza involuntaria de un niño que se siente amado. Empezaba a responder, a confiar en ella. Era una criatura imposible, irremediablemente dañada, y era a la vez un chiquillo deseoso de ver las conchas, deseoso de tener un perro. Estaba permitiendo que ella lo salvara.

Se volvió hacia ella y sonrió. Ella no le había visto sonreír hasta entonces. Era una sonrisa torcida, como la de una calabaza ahuecada.

—Ahora también tú estás en la familia —le dijo.

Su sonrisa era demencial. Era una sonrisa de gozo sin remordimiento, y repleta de una malicia tan enloquecida que a él le parecía puro júbilo.

Sonó el *ping* en la mente de Cat. Era un asesino. Esa era una cara cargada de intenciones inequívocas.

Y de pronto lo entendió. Había sido una celada.

Tenemos que hacer saber que nadie está a salvo. Ni los ricos, ni los pobres.

Ese, así las cosas, era el mensaje: nadie está a salvo, ni siquiera las madres, ni siquiera las personas dispuestas a sacrificarlo todo por amor. El chico y ella iban a toda velocidad hacia el día en que, con la leche en la mesa y un perro pidiendo las migajas, su hijo adoptivo, su segundo Luke, el chico al que ella había rescatado, decidiera que por fin la quería tanto como para matarla.

Podía, cómo no, abandonarlo. Podía llamar a Pete; podía entregar al niño cuando el tren parase en Newark. Desde luego que estaría en un aprieto, pero sobreviviría a todo de un modo que ya no estaría al alcance del chiquillo. Lo engullirían las instituciones; nunca más volvería a saberse nada de él.

Él siempre podría optar por matarla. Ella siempre podría optar por deshacerse de él.

Por ahora, pensó, podían seguir juntos. Podían aplazarlo de hora en

hora, y tal vez de mes en mes, o de año en año. Tal vez ella siguiera queriendo ser su madre aun cuando fuese letal. Y, a fin de cuentas, él tal vez no estuviera aguardando a hacerlo con el cuchillo del pan, o con una almohada, mientras ella durmiera; podría estar deseoso de hacerlo gradualmente, como han hecho los niños desde tiempo inmemorial. En cierto modo, él ya la había matado, ¿no? Había entrado en su vida y se la había llevado a esa vida nueva, a ese enloquecido renacer, lanzándose hacia el futuro a bordo de un tren, lanzándose a la desmesurada confusión del mundo, al desplome y a la regeneración simultáneos e inacabables, a sus pequeñas promesas inflexibles, a sus dueños y a sus trabajadores, a los refugios que nunca se hicieron pensando en que durasen.

Morir es distinto de lo que todos creen, y es más suertudo.

El niño seguía esbozando su sonrisa asesina.

Cat se la devolvió.

CUAL BELLEZA

Podría haber sido bella. «Bella» no era sino mera aproximación. Un vocablo terrenal. La palabra más inmediata en su lengua era «kiram», que más o menos vendría a traducirse por 'mejor que lo provechoso'. Los suyos no se acercaban mucho más a tales altivas abstracciones. El grueso de su vocabulario se refería a condiciones climatológicas, amenazas de diversa índole y todo aquello que se pudiera comer, trocar o quemar cuando sirviera de combustible.

Según criterios terrestres era un reptil de casi metro y medio de largo, con prominentes fosas nasales y los ojos algo más pequeños que dos pelotas de golf. Pero Simón creía que podía haber sido gloriosa en su propio planeta. Allí podía haber sido bastante mejor que lo tan solo provechoso.

Él la veía todas las tardes a última hora, cuando paseaba con los niños por el parque. Siempre llegaba a la misma hora, después de que él hubiera dado comienzo a su turno. Era modesta, pero segura en sus movimientos. Tenía la piel esmeralda. Era de un brillo limpio, como de piedra preciosa, infrecuente entre los nadianos; la mayoría era de un aspecto más enmohecido. La piel de los demás nadianos más moteada, propensa a las manchas ocres y marrón oscuro. Esa era la razón de que la gente insistiera en que eran grasientos y malolientes. No eran grasientos. No eran malolientes. Todos los seres vivos olían a algo. El olor de los nadianos era dulce, limpiamente fermentado. La mayoría de la gente nunca se acercaría lo suficiente para saberlo.

Los niños, rubios los dos, parecían quererla mucho. Los niños tendían a amar a los nadianos, sobre todo los más pequeños. Ella guiaba a los dos pequeños rubios por los senderos del parque con la debida competencia. Les hablaba con suavidad. Cantaba intermitentemente, ese sonido bajo y sibilante que emitían todos ellos, una progresión en cinco notas: «i-um-fa-um-so». ¿Eran afectuosos los nadianos? Ese era asunto de constante debate. ¿Amaban a los seres humanos, o era solo

simplicidad teñida por la desesperación? A los niños no parecía que les importase.

La observó mientras los guiaba hacia el banco en que se encontraba él. El mayor, un chico probablemente de unos cuatro años, se adelantó corriendo. Algo encontraría —una piedra, una rama— y se lo llevaría a ella. Lo examinarían juntos, debatirían tranquilamente su valor. Los descartes los arrojaba después; los otros, ella se los guardaba en el bolsillo de su capa. Tan pronto se tomaba una decisión, el niño salía en busca de una nueva pieza, incansable como un perro de caza. Todo esto lo presenciaba con interés escéptico la niña pequeña, de no más de tres años, que se mantenía muy pegada a la nadiana. Jugueteaba con el dobladillo de la capa de su niñera. De vez en cuando alargaba la mano y se asía a los largos y delgados dedos de la mano esmeralda. Parecía ajena a las uñas que los remataban, con sus seis o siete centímetros, de color peltre.

Cuando la niñera y los niños estaban al alcance de su voz, Simón dijo:

—Eh.

Llevaba varios días diciéndoselo. Había sido progresivo: primero, ni siquiera un reconocimiento; luego, una sonrisa; después, una sonrisa con un gesto; más adelante, un saludo.

Ese día le respondió.

—Bochum —dijo. Tenía una voz suave. Con un silbido. Como si una flauta pudiera hablar.

El sonrió. A modo de respuesta, ella dilató las fosas nasales. Los nadianos no sonreían. Su boca no funcionaba de ese modo. Creían que mostrar los dientes significaba que estaban a punto de ser devorados.

—¿Qué encuentra? —preguntó Simón inclinando la cabeza hacia el niño.

—Ah, cosas muchas. —Así que hablaba inglés…

El niño, que se había alejado un poco, vio que su niñera dedicaba su atención a otro, y volvió a la carrera.

—El parque está lleno de tesoros —dijo Simón—. La gente no tiene ni idea.

—Sí.

El niño se encajó entre Simón y su niñera. Miraba a Simón con un odio franco y despreocupado.

La nadiana puso la garra sobre la cabeza rubia en miniatura. En realidad, no era de extrañar que algunas personas aún considerasen un

gesto liberal, rayano en la intrepidez, contratar a nadianas para cuidar a los niños.

—Tomcruise —dijo—, ¿enseñamos qué encontramos?

Tomcruise meneó la cabeza. La chiquilla se envolvió en los pliegues de la capa.

—Es tímido —dijo a Simón.

—Claro. Eh, Tomcruise, que no me como a nadie.

La nadiana se arrodilló junto al chiquillo.

—¿Le enseñamos la canica? —dijo—. Bonita es.

Tomcruise volvió a negar con un gesto.

—Crelij —dijo al chiquillo. Succionó con las fosas nasales como si fuesen anémonas irritadas. Debían de tenerle prohibido hablar en nadiano con los niños. Añadió enseguida:— Pues vamos.

Se levantó. Se dispuso a caminar con los dos.

—Es tímido —dijo a Simón.

Era valerosa. Muchos de ellos nunca osaban trabar una conversación. Algunos ni siquiera se animaban a contestar una pregunta directa. Si guardaban silencio, si eran tan invisibles como pudieran serlo, en sus garras estaría evitar el infortunio, o al menos prevenirlo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Simón.

Ella vaciló. Se le abrieron al máximo las fosas nasales. Cuando un nadiano se altera, las fosas nasales se le expanden y dejan al descubierto las membranas mucosas de venas verdes, dos círculos de piel interior jugosa y tierna cual hoja de lechuga.

—Catareen —dijo. Lo dijo tan quedo que él apenas la oyó.

—Yo soy Simón —dijo a su vez. Lo dijo con voz más alta que de costumbre. Por comparación con un nadiano, uno se siente voluminoso, ruidoso. Los nadianos eran veloces e indirectos. Apacibles y callados como un cable arrancado de su sitio.

Ella asintió. Y lo miró.

Nunca había visto que un nadiano hiciera tal cosa. No había tenido hasta ese momento la certeza de que trabaran contacto ocular unos con otros. Se reservaban su atención, en lo principal, para lo que pudiera venirles de lado, para lo que tal vez se agazapara a sus espaldas. Esta se hallaba de pie, tomando de la mano a una criatura humana con cada una de sus garras esmeralda, y le miraba a la cara con llaneza, sin miedo ni servilismo. Nunca había cruzado la mirada con una de su especie. Vio que tenía los ojos de un amarillo naranja subido, con profundidades ambarinas. Vio que los tenía atravesados de

incandescencias centelleantes, de un naranja tan puro que frisaba el violeta. Las ranuras de las pupilas delataban una inteligencia sosegada, principesca.

Eres alguien, pensó. Era alguien. También un planeta como el tuyo ha de tener sus princesas y reinas guerreras. Aun cuando sus palacios sean de barro y palitroques. Aunque sus ejércitos sean asustadizos y faltos de adiestramiento.

Ella de nuevo hizo un gesto. Siguió su camino. La chiquilla seguía envolviéndose en el dobladillo de la capa que llevaba la na- diana. El niño se volvió a mirar a Simón con un gesto triunfal, sus tesoros impolutos por la mirada del desconocido.

Cuando atravesaron Bow Bridge, Simón oyó su cantinela en voz queda: «i-um-fa-um-so».

Sacó el escáner de su riñonera y verificó el programa que tenía asignado. Amenaza en general hasta que apareciera su primer cliente, un nivel siete a las siete y media. Luego, dos treses y un cuatro. Odiaba los sietes. Cualquier cosa por encima de un seis, o de un cinco, la verdad, era dificultosa. Tenía que rechazar de plano los nueves y los dieces. Su capacidad no daba para tanto. Estaban bien pagados y él necesitaba los yenes, pero conocía dónde estaba su límite.

Simón se mantuvo amenazante hasta las siete y veinte. El tiempo transcurrido entre un cliente y otro se pagaba según el salario mínimo, y la mayoría de los figurantes preferían tener tantas asignaciones como fuera posible. Simón prefería esas horas intermedias. El parque estaba verdoso y tranquilo, punteado por las luces amarillo pálido. A veces, en las noches de menos trajín, podían pasar veinte minutos sin que se viera un solo grupo de turistas: nada, nadie, solo el crepúsculo hermoso, la brisa con perfume de clorofila. Como era de rigor, adoptaba su papel incluso estando solo. Rondaba y se dejaba ver. Se sentaba en bancos sucesivos y flexionaba los músculos, mostrando en sus tatuajes sus ondulaciones fosforescentes. Algunos grupos de turistas esporádicos, con sus guías, pasaban de largo murmurando. Nunca se alejaban demasiado del globo de luz entre verde y dorada que flotaba sobre la cabeza del guía.

Simón se cruzó con Marcus dos veces en sus rondas por las cercanías del paseo. A la segunda se arriesgó a guiñarle el ojo, aunque confraternizar era causa de despido estipulada por contrato. Los matones del parque no eran tipos amistosos. Se podía andar de coña con los colegas si uno formaba parte de la banda, pero los figurantes blancos

no se tenían por candidatos a trabajar en las bandas. Como había una constante aunque modesta demanda de caucásicos entre la clientela general, Encuentros Peligrosos, S. L., mantenía a unos cuantos en nómina, aunque con la condición expresa de que trabajaran por libre. Que hubiera bandas de blancos aterrorizando a los visitantes de Central Park habría sido una falta de exactitud excesiva. El Viejo Nueva York se había forjado su reputación gracias a su fidelidad a la historia. Por eso, Marcus y Simón y los demás figurantes blancos trabajaban en solitario, como lobos huidos —así rezaba el panfleto publicitario— de familias desestructuradas, con historiales de alcoholismo y abusos, a ese escabroso reino del bosque, en donde sus adicciones se multiplicaron y sus opciones vitales menguaron de día en día, hombres desesperados que robaban, gorroneaban y desplumaban a cualquier presa fácil que se pudiera despistar por inadvertencia en sus sectores. Marcus y él y los demás solitarios eran las posibilidades más baratas del menú. Que una banda se trabajase a un transeúnte costaba incluso cinco veces más.

Su nivel siete estaba a la vista en la Fuente de Bethesda. Se encaminó hacia allá.

La plazoleta estaba desierta cuando llegó. No lo lamentó, si bien las no comparecencias daban por resultado solo el veinte por ciento del depósito previo, del cual su parte sería solo el diez. A pesar de todo, no le importaría nada saltarse el siete, cumplir con los freses y los cuatros pendientes y largarse a dormir. Tal vez al día siguiente encontrase compensación en algunas citas adicionales.

Tenía que permanecer allí los quince minutos de rigor. Se apostó en un lateral, a la sombra de la columnata, donde el cliente no lo vería nada más llegar, como estaba convenido, por las escaleras del oeste. Gruñó al pasar delante de él un grupo de turistas. Ojeó con apetito lupino a los adolescentes que en el grupo transitaban, masculló que la caza china era la más sabrosa, por si acaso alguno de ellos entendiera inglés. Por lo común les encantaba una cosa así. Quizás le hicieran llegar una propina por medio del guía cuando estuvieran sanos y salvos y fuera del parque. Quizás el guía le hiciera llegar el dinero.

Trece minutos. Catorce. Entonces, justo antes de que oficialmente tuviera derecho a largarse como si tal cosa y recoger el dinero depositado de la reserva, llegó su nivel siete.

Era euro. Corpulento, de unos cincuenta años, con cierto aire de doncellez en su calvicie incipiente, en su rubicundez bien alimentada. Parecía nervioso. ¿Era su primera vez? Simón confió que no: al nivel siete no era probable. Bennie, de Encuentros Peligrosos, escoltó al

cliente hasta la entrada de la plazoleta. Mantuvieron una conversación en susurros al pie de las escaleras y acto seguido el cliente entró en la plazoleta sin compañía. Llevaba el pelo astroazul y un traje de mercurio. Probablemente era

alemán, o polaco. A los alemanes y a los polacos les entusiasmaba el pelo a la última. Les entusiasmaban los trajes líquidos.

Era un caminante. Había escuchado con suma atención lo que Bennie le indicó: que caminase con decisión, que dejara que sobreviniera la cosa como una sorpresa. En términos relativos.

Simón dejó que el cliente pasara de largo, un punto más allá de la mirada ciega y la mano tendida del ángel. Entonces comenzó a seguirlo. Vio que el hombre se ponía en tensión. Siguió pese a todo obedeciendo instrucciones. *Oirás pasos. No te vuelvas a mirar, un neoyorquino jamás haría eso. Tú apresúrate.*

El cliente avivó el paso. La luz de los focos halógenos centelleaba en su cabello color cobalto.

Simón llegó a su posición: al lado del cliente, aunque ligeramente por detrás de él.

—Eh, amigo —le dijo—. ¿Te puedo pedir un favor?

El cliente siguió caminando, como hubiera hecho un neoyorquino.

—Eh, que te estoy hablando a ti.

Nada. Prestó cuidadosa atención.

Simón sujetó al cliente por el codo. Un traje de mercurio siempre se le antojaba raro por la calidad acuosa, por el tenue calor que desprendía.

El cliente se volvió a darle la cara. Cuando se haya trabado contacto físico, tienes entera libertad para responder.

—*Was wollen Sie*?

Así que… ¿no hablaba inglés?

—Necesito un préstamo. Poca cosa —dijo Simón—. Llevo una mala racha, pero seguro que las cosas cambian.

—Disculpa, pero no puedo —respondió el cliente, que a fin de cuentas sí hablaba inglés. Excelente.

—Pues a mí me parece que sí.—Simón había apresado con más firmeza al cliente por el codo, como si fuera su pareja de baile. Lo agarró por la solapa. Estaban a unos seis metros de la columnata. Simón parcialmente lo levantó en volandas y bailó con él hasta internarse en la sombra, empujándolo al final contra una columna.

—Cada cual a lo suyo —dijo Simón—, para mí lo mío sea varón o

hembra.

—¿Qué? —dijo el cliente.

Maldito chip de poesía…

Simón se acercó más. Percibía el sudor del hombre. Le llegaba su colonia, de olor a verbena. A muchos euros les gustaba el aroma a flores.

—Que a mí me parece que sí —repitió.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el hombre con voz ronca.

—Sabes de sobra lo que quiero —respondió Simón. Decidió cargar las tintas en el aspecto sexual. Era arriesgado, nunca se sabía por dónde podía salir el cliente, pero su instinto era de fiar. La mayoría quería algo más que mera violencia.

—¿Quieres mi dinero? —dijo en un jadeo.

Simón se le arrimó más.

—Eso —susurró—. Tu dinero es lo que quiero.

También quiero tu dulce culo gordo. Quiero que lo pongas bien en pompa, para que te lo taladre a fondo con mi enorme pollón tatuado. Sin llegar a decirlo, claro. Solo insinuado.

—Yo no te quiero dar mi dinero.

Primera negativa. Conforme a las instrucciones. Bien.

—Lo de menos es lo que tú quieras, chicarrón.

—¿Y qué me piensas hacer si no te lo doy, eh? —preguntó en un tono de desolada coquetería.

No era conforme a las instrucciones. El cliente se deslizaba directamente a lo porno. Posiblemente fuese un consumidor de sexo en busca de variaciones. El atraco tenía que tener su punto sexy, pero en ese terreno existían limitaciones claras. Había que decírselo con toda claridad.

—Creo que ya lo sabes.

—No, no lo sé.

¿Podría contarse como una segunda negativa? Según el contrato, sí. El cliente se puede quejar, pero ya ha firmado el documento que lo compromete.

—Primero te iba a dar unas cuantas bofetadas. Tal que así.

—Simon le administró un sopapo rápido, con la mano abierta. Mero roce de las yemas de los dedos con la mejilla suave y blanca—. Solo que más fuerte.

—¿Me harías daño?

—¡Amor ciego en combate cuerpo a cuerpo! ¡Contacto envuelto, encapuchado, de dientes afilados!

—*Was*?

Atención. Concentración.

—Te haría daño, prenda —dijo—. De eso puedes estar seguro. Ahora, ¿me piensas pasar unos yenes, sí o qué?

Hubo una pausa.

—Quiero la pasta. Necesito la pasta. Ahora mismo —dijo Simon.

—No —dijo el cliente—. No te pienso dar nada.

Tercera negativa. Cumplimiento del compromiso inicial.

—Estás muy equivocado —dijo Simon.

Segundo bofetón, con toda la palma de la mano. Fuerte, lo justo para que de los labios del cliente colgara un hilo de saliva. Conectó su boca con la mano de Simon como una hilacha de telaraña líquida.

—No, por favor. Alto.

Ese siempre era un momento delicado. A los novicios a veces se les olvidaba la palabra de seguridad. Se les olvidaba que «no» significaba «sí». Habían firmado el documento, todo estaba bien claro. Con todo y con eso, un cliente cabreado nunca era una buena noticia para nadie.

Este cliente no parecía particularmente inocente, por descontado. Quizás un atraco fuera algo novedoso para él. Parecía en cambio improbable que fuera nuevo en eso de pagar a cambio de participar en un montaje con un figurante.

Simon le administró otro sopapo, esta vez con el dorso de la mano. Los nudillos le crujieron de un modo doloroso al chocar contra el mentón del cliente. A este, la cabeza le golpeó con la columna, que sonó a hueco.

—Por favor —dijo el cliente—, por favor, déjame en paz.

—Desde luego, en cuanto me hayas dado lo que necesito.

Simón agarró a puñados el rutilante tejido del traje. Levantó en vilo al cliente y lo zarandeó no con demasiada fuerza contra la columna. Ahora, nivel seis. Ya casi estaba hecho.

—¿Y si resulta que no llevo dinero? —jadeó el cliente. En su voz resonaba con fuerza la excitación—. ¿Qué me piensas hacer, eh?

Simón probó a enviarle una señal telepática. Esto no tiene nada que ver con el sexo, caballero. Esto es un robo. El sexo es bastante más caro, no sé si lo sabe usted.

—Destrozarte el patético culo que tienes —dijo Simón. Esta vez lo

dijo sin el menor remedo de seducción S&M. Lo dijo de un modo monótono, como si tal cosa. Como lo habría dicho un auténtico asesino.

Al cliente se le llenaron los ojos de lágrimas. Eran muchos los que lloraban. Era el momento de subir un punto más la apuesta. Hora de terminar el trabajito.

El cliente no dijo nada. Miraba a Simón respirando con fuerza, con los ojos brillantes. Inconfundibles síntomas de excitación. El cliente estaba en curso de ser satisfecho, pensó. El cliente tendría una historia que relatar a sus amistades de Frankfurt o Berlín.

—Te. Voy. A. Matar —se oyó decir—. Te. Voy. A. Taladrar. Ese. Culo. Patético. Que. Tienes.

—Sí —el hombre parecía a punto de moquear.

En el nivel siete, y en los siguientes, había abundantes variaciones posibles. Había que improvisar. Era un baile. No había un modo seguro de saber qué quería el otro mientras no lo sacaras a la pista. No habría derramamiento de sangre. No habría armas de por medio. Podría mediar un buen puñetazo, eso sí. O un cabezazo bien dado. Podría ser…

Simón tomó la decisión fiándose de que fuera la correcta.

Agarró al cliente por los huevos. El cliente estaba empalmado, como Simón suponía. Lo agarró con fuerza por el paquete y apretó.

—No —el cliente chilló en medio del delirio—. Te daré lo que quieras.

Asunto concluido. Simón había cumplido su parte. Soltó las solapas del cliente. Este resbaló un poco. Se habría caído del todo, pero Simón lo sujetó por las axilas, lo volvió contra la columna y le quitó la cartera del bolsillo del pantalón. El hombre respiraba en jadeos entrecortados. Simón lo sujetó por el cuello con una mano y le golpeó rítmicamente la cabeza contra la columna. A eso se le llamaba golpecitos de amor. Extrajo los billetes de la cartera, hizo un veloz repaso. Sí, la cantidad exacta. Simón se guardó los billetes en el bolsillo y dejó caer la cartera al suelo.

—Eres un tipo con suerte —susurró—. Suerte has tenido de no estar ahora mismo muerto.

Lo soltó del cuello. El cliente jadeaba, se aferraba con ambas manos a la columna, la cara aplastada contra la piedra.

—Repite conmigo —gruñó Simón—. Soy un tipo con suerte.

—No. Eso sí que no.

Simón le dio un último sopapo en la nuca, en toda la cabeza azul eléctrico.

—Dilo.

El cliente contuvo un sollozo. Su voz apenas era audible.

—Soy un tipo con suerte.

—Eso lo has entendido bien, tío.

Simón decidió regalarle un extra. Introdujo los pulgares por dentro del cinturón del cliente, le bajó los pantalones hasta las rodillas y le dio una palmetada en las nalgas desnudas, temblorosas.

—Juro que pienso que no hay nada más que la inmortalidad —dijo. En ese punto, el cliente no pareció caer en la cuenta de la incongruencia.

Simón se marchó. Pensó esperanzado en su propina, aunque la experiencia le indicaba que los alemanes no eran en ese sentido de fiar.

Volvió a su cuchitril a las cuatro y veinte. Se sirvió un trago de Liquex, se detuvo con su brillo aguamarina. Un vaso de serotoninada azul intenso, a punto de tomárselo un hombre que había trabajado todo el día. ¿Bello? Probablemente, de una manera menor. Estaba lógicamente diseñado para ser bello, para atraer al comprador. Se habían considerado diversos colores posibles, todos ellos rechazados antes de que la empresa llegara a éste, el color exacto de una piscina de noche.

La intención corporativa disminuía en parte la belleza del líquido, la aplanaba. Los incidentes más potentes de belleza eran aquellos que parecían descubrimientos personales, que parecían haber obedecido a una intención específica, personalizada, como si una inteligencia de vastedad inmensurable le hubiera singularizado a uno y quisiera mostrarle algo solo a él.

Simón se quitó los pisamierdas. Se arrancó la fétida camiseta sacándosela por la cabeza y la tiró a un rincón. Se tumbó en el catre y dio un sorbo a su fortísima bebida.

Había un mensaje en el vídeo.

—Háblame —dijo. Marcus apareció en pantalla. Claro. ¿Quién, si no?

Apareció mini-Marcus, pálido y oscilante en la pantalla. Sería estupendo tener un vídeo con mejor resolución. Sería estupendo tener muchas cosas.

—No soy nadie —dijo el parpadeante Marcus—. ¿Tú también eres nadie? Llámame cuando llegues.

Se volatilizó en un puñado de chispas.

—Marcus —dijo Simón, y el vídeo marcó el número. Marcus contestó al segundo tono. Reapareció con una resolución ligeramente mejor al estar en directo.

—Eh, Simón —dijo su imagen. Aún llevaba puesto el traje de faena, negro, y las botas. Ni siquiera se había quitado el perfil de ojos. Su modelo, según los archivos de Infinidot, era Keith Richards sin blanca. A Simón le habían indicado que cambiase su primera elección: Malcolm McDowell más de un siglo antes, en *La naranja mecánica*. Tras sopesar los vídeos antiquísimos, al final se decidió por Sid Vicious, pero con el pelo de Morissey.

—Me celebro a mí mismo, y cuanto asumo tú has de asumir. ¿Qué tal tu noche?

—Como siempre. Oye, escucha. Creo que esta noche hubo un zángano vigilándome.

—¿De veras?

—No estoy seguro al cien por cien, pero sí. Juraría que estuvo revoloteando sobre mí al menos durante un minuto.

—Tal vez no tuviera interés por ti. ¿En dónde estabas?

—Junto al quiosco de la música.

—Siempre rondan por el quiosco de la música. Es un lugar de acampada. Andan en busca de nadianos que puedan estar allí, ya lo sabes.

—Tengo un pálpito, nada más.

—Bien, pero ¿no te parece que estás, digamos, un poco más sensible de lo debido?

—Espero que sí. He tenido ese pálpito. Desde hace un par de días, creo. No quería comentarlo.

—Me satisface: veo, bailo, río, canto.

—¿Puedes dejarte de rollos patateros?

—Ya sabes que no.

—Estoy empezando a pensar —dijo Marcus—. Es posible que toda esta historia del 21 de junio sea una locura. El Viejo Nueva York es demasiado arriesgado para nosotros. Aquí nos vigilan muy estrechamente.

—Vigilan a los nadianos y a los turistas. A los subprostitutos escabrosos como nosotros apenas se nos tiene en cuenta en la lista de prioridades.

—Con todo y con eso…

—Son solo unos pocos días, Mare.

—Me he preguntado si no sería mejor que nos separásemos.

—Ni lo pienses.

—Llamamos la atención, Simon.

—A la separación sigue la llegada, perpetuo pago del perpetuo préstamo.

—Concéntrate, por favor.

—Me quedaría completamente solo sin ti, Marc. Y a ti te pasaría lo mismo.

—Lo sé, pero piensa…

—Yo prefiero arriesgarme contigo. Escucha. Tómate un Liquex, o dos, y descansa. Mañana nos vemos para desayunar.

—¿En Freddy?

—¿Dónde, si no?

—Vale. ¿A las dos?

—A las dos.

—Buenas noches.

—Dulces sueños.

Marcus desconectó. Se disolvió en un temblor espolvoreado de plata.

Simón se terminó el Liquex y se sirvió otro. ¿Sería la de Marcus una reacción desmedida? Había entrado en fase de nerviosismo. Pese a todo… El Viejo Nueva York era más arriesgado que otros lugares, eso era innegable. Pero era el mejor sitio para hacerse con unos cuantos yenes, rápido y sin que nadie hiciera preguntas.

Simón se ventiló media botella de Liquex. Dejó que la bebida lo transportara a un albor crepuscular, titilante y adornado de pesadillas, que pudo pasar por sueño. Soñó con personas que caminaban con aplomo e indiferencia hasta adentrarse en un río. Soñó con una mujer que llevaba un secreto alrededor del cuello.

}Se bajó del catre a la una y media. Se tomó un dermadecapante, se puso la ropa de calle. Levis, Pumas, una camiseta del CBGB. El Viejo Nueva York a veces exigía vestirse de época. Era parte del contrato.

La Calle 15 Este estaba llena de figurantes, y de gente que había ido a verlos. Los punks pasaban de largo con su ropa al último grito. Las viejecitas charlaban sin parar a la entrada de las tiendas. Rondo, el sin techo del turno de día, estaba en su puesto delante de la floristería, soltando trapo como loco. A mitad de manzana, una pastilla turística

depositó a un batallón de sinos. Simón se apresuró en llegar a Freddy esquivando a los turistas despistados. Algunos le tiraron un vídeo, aunque no es que fuera una atracción popular. Era un habitual del East Village, un mero figurante de relleno. Había muchos especímenes mucho más exóticos. ¿A quién le podía importar un tipo con pinta de músico envejecido, cuando había dichas de pelo rosa con serpientes enrolladas al cuello, y viejos dementes vestidos con andrajos abrasados, gritando a los cuatro vientos la llegada del fuego purificador y el advenimiento del dios insecto?

A esas horas, Freddy no estaba muy lleno. Marcus ya estaba allí. En una de las mesas del fondo, encorvado sobre un doble e, Jorge, que hacía de Freddy durante el turno de diez a cuatro, saludó a Simón sardónicamente: le dio los buenos días siendo las dos de la tarde. Le sirvió un café con leche casi antes de que su culo aterrizara en el asiento. Jorge era un tipo de buena planta, todavía joven. ¿Por qué interpretaría a Freddy, con todos sus piercings y sus chistes mordaces, no estando siquiera en hora punta? Tendría una historia detrás, cómo no. Esa clase de historias por lo común entrañaban un fracaso en alguna otra ocupación, y un aterrizaje solamente provisional en el Viejo Nueva York, para juntar algún dinero antes de seguir camino. Algunos de los figurantes llevaban allí más de veinte años, siempre de manera provisional. Algunos habían empezado a vivir las veinticuatro horas del día, siete días por semana, encarnando a su personaje. Algunos hasta se habían cambiado de nombre.

Marcus no tenía buena pinta. Estaba encorvado sobre su café como si fuera su único amigo.

—Eh, chico —le dijo Simón—, ¿estás mejor?

A Marcus se le ensombreció el semblante como si contuviera un eructo. Tenía tenso el cuello. En ese momento le salió de dentro como una explosión:

—Como no pude hacer un alto para visitar a la Muerte, ella tuvo la amabilidad de venir a verme. —De inmediato, lanzó miradas furtivas aldededor.

—No pasa nada —le dijo Simón suavemente.

—Sí que pasa. Más bien, ahora mismo no hay exactamente nada que pueda decirse que marcha bien.

—Un zángano. Un zángano que revoloteaba posado sobre el quiosco de música cuando tú estabas allí cerca. Poca cosa.

—Pero ya te lo dije. He tenido un pálpito. Varios días.

—Me han delatado los traidores, hablo a tontas y a locas, se me ha reblandecido el seso.

—Bien jodidos estamos.

Simón tomó la mano de Marcus con la suya, se la oprimió, la soltó.

—No podemos estar nerviosos a todas horas, Marcus. De ser así, ¿qué valdría nuestra vida?

—¿Por qué piensas exactamente que no deberíamos estar nerviosos a todas horas?

Fue una pregunta pertinente, ya que no bien acogida. Parecía dar a entender que hubo una vez una elección. Los cristianos parecían haber recuperado la mayoría en el Consejo. Si no, ¿cómo se explicaba el alza repentina de comedias y dramas cristianos en el vídeo, la creciente y rigurosa estrechez en la aplicación de la ley? Si los cristianos en efecto habían ganado unas elecciones, no era buena noticia para los símulos ni para ningún otro artificial.

—A mí no te me pongas repelente, ¿vale? Si no andas con cuidado, te suelto el discurso de turno para darte ánimos.

—Cuando lleguemos a Denver, te aseguro que lo voy a matar con estas manos.

—Como si pudieras…

—No dejo de preguntarme una cosa: ¿y si allí no hubiera nada?

—No es una línea de pensamiento muy productiva.

—Vale. Entendido. De acuerdo. Él está allá en Denver, a la espera, y no solo nos arregla todos los desperfectos de origen, sino que nos regala zapatos nuevos y vacaciones en la isla paradisíaca que más nos apetezca.

—Mejor. Céntrate en el futuro. Dentro de tres días nos largamos de aquí.

—Rumbo a quién sabe qué poblacho de vaqueros, dejado de la mano de Dios, y todo porque un dichoso chip insiste en que vayamos.

—No creo que tengas un compromiso previo.

—Todas las cosas barridas de pronto… Esta… es la inmensidad.

—Has dado en el clavo, tío.

—Estoy cansado, Simón. Estoy harto de todo esto.

—¿De qué estas harto exactamente?

—De todo. Harto de ser ilegal. Harto de sentirme como si no fuera nadie en particular. Harto de mascullar estos versos cabrones que ni siquiera entiendo.

—Y en Denver, el 21 de junio, tal vez lo entiendas.

—El mensaje tiene más de cinco años de antigüedad, Simón. Es un mensaje en una puta botella.

—Pródigo, amor me has dado; por tanto, ¡yo te doy amor!

—Cállate la boca, joder.

—No puedo.

—Dios me valga. Yo tampoco.

Simón mandó a Marcus a casa con la instrucción precisa de que no se preocupase tanto. Hizo unas cuantas compras. Necesitaba café y Dermalac y hojas láser. Trató de concentrarse en lo más inmediato. Procuró no estar nervioso en todo momento.

Era sábado. Las calles estaban llenas. Fue pese a todo a Broadway a por el café. Allí estaba la tienda buena de café. Además, tenía por delante varias horas que entretener hasta que le tocara de nuevo estar en el tajo.

Broadway era todo jóvenes étnicos que circulaban en grupos compactos. Además de los turistas. Además de unos cuantos falsos turistas con atuendo de época: el padre y la madre llegados del medio Oeste con sus cortavientos de nailon a juego, una pareja de euros consultando un mapa, pandillas de japoneses con sus Burberry y sus Gucci, apuntando con cámaras antiquísimas a todo lo que se moviera. Además, cómo no, un nadiano por aquí o por allá, haciendo recados, limpiando. Algunos aún insistían en que el Viejo Nueva York tendría que estar libre de nadianos por una elemental fidelidad a la exactitud histórica. Se aguantaba su presencia, al menos por ahora. ¿Quién, si no ellos, iba a desempeñar los trabajos que hacían de buena gana?

Simón se procuró el café y los útiles de aseo. De vuelta a casa vio un poco de vídeo. Se había enganchado con el programa finlandés de la mujer que abandona a su marido para irse con un androide, pero parecía que lo hubieran cambiado por algo sobre una adolescente que empieza a ver a la Virgen María en lugares inesperados (en el autobús, en el cine, todo titilación espectral, con una sonrisa hambrienta y mortificada) y renuncia a salir con su novio. Lo vio. Le pareció sexy a su manera. Bollero. Luego se zampó una *spanolunch*, se puso el uniforme, se presentó en el parque y se colocó en la situación asignada.

Echó a pasear por el norte de Sheep Meadow. Tenía un seis a las siete.

Era una de esas tardes todo suavidad y blandura, con una vaga

corriente de resplandor y neblina verdosos. Los espolvoreadores de clorofila estaban al máximo. En honor del comienzo del verano, habían dado suelta a las primeras luciérnagas. El césped se prolongaba hasta ser lavanda en ningún punto, esfumándose entre los árboles y, dominándolo todo desde la distancia, la piedra caliza y los zigurats de Central Park Sur, donde las ventanas centelleaban. Esparcidos como al azar sobre la amplia extensión había varios figurantes —los deportistas al trote, los que patinaban, los que paseaban al perro— y, como siempre, los grupos de turistas, que desde donde Simón se encontraba podrían haber pasado por conciliábulos de monjes o monjas camino de sus devociones, siguiendo el líquido parpadeo de los globos lumínicos que sostenían en alto los guías.

Era de gran belleza. Se dijo el mundo para sí. ¿Tal vez algún trastorno menor encasquillado en sus circuitos? Quizás.

Decidió irse caminando hacia el límite de su terreno, donde frisaba con el de Marcus. Nada malo en eso, nada técnicamente erróneo. Gozaba de libertad para andar a su antojo dentro de sus límites. Si por un casual avistara a Marcus, si se cruzaran momentáneamente allí donde se rozaban los terrenos respectivos, ¿quién iba a saberlo, y a quién podía importar? Tal vez fuera bueno para Marc acordarse así de que Simón estaba allí mismo, de que pensaba en él. Con suerte, así se calmaría un poquito.

Mientras caminaba en dirección al terreno de Marcus zumbó un zángano al pasar de largo volando bajo. El año anterior habían modificado el diseño, con lo que resultaban menos siniestros de apariencia, y así se hizo en respuesta a las quejas de los turistas. Los zánganos ya no eran bolas negras que giraban sobre su propio eje, con sensores rojos incrustados. Los habían recubierto de un baño dorado, los habían alargado, los habían equipado con unas alas doradas que no tenían función precisa. Ahora eran pequeñas aves de vigilancia. Eran las palomas doradas que venteaban el delito.

No había ni rastro de Marcus alrededor del quiosco de la orquesta. Simon tuvo la esperanza de que no hubiera decidido reportarse enfermo por vídeo, o, sencillamente, no presentarse en el tajo. Si las autoridades tenían alguna suspicacia, cualquier variación de su rutina sería una idiotez suicida.

Y entonces apareció. Vestido por completo. De ronda. A Simon le zumbaron los circuitos con la identificación.

Marcus lo vio. Se acercó poco a poco, pero no demasiado. Simon

siguió su desplazamiento. Siguió adoptando un aire tan malencarado como pudo. En silencio, rogó a Marcus que hiciera otro tanto.

Marcus estaba a menos de veinte metros de Simon cuando el zángano bajó en picado. Se posó en el aire delante de Marcus. Sus alas doradas emitían un susurro. Habló. Marcus respondió. Simon no llegó a descifrar sus palabras, ni las del zángano. Este querría respuestas. Marcus tendría respuestas. Harían la comprobación del registro en Infinidot. Mañana llegarían más preguntas, más espinosas, pero mañana tanto Simon como Marcus se habrían largado. Se esfumarían con dos días de antelación, estarían de camino a Denver cuando las autoridades hicieran la comprobación de turno. Una lástima que no les quedara tiempo para ahorrarse unos cuantos yenes más.

El zángano volvió a decir algo. Marcus parecía desconcertado. El nuevo diseño de los zánganos no funcionaba nada bien. Esa lustrosa versión palomera tendía a mostrar un comportamiento errático y a menudo era inaudible. El zángano repitió lo dicho. Silencio. Marcus permanecía con su ropa negra y sus botas grandes bajo las alas de un ave de búsqueda sobredorada, a la vez que el crepúsculo se ahondaba en derredor.

El zángano volvió a decir algo más. Simón descifró el pulso de su voz, pero no el sentido. Marcus bajó la mirada al suelo como si hubiera visto algo escrito a sus pies.

Y echó a correr.

No, pensó Simón. No corras. Cualquier cosa, pero no corras. Si has de correr, no corras hacia mí.

Corría en dirección hacia Simón.

No me jodas, Marcus. Fuerte cobarde amasijo de metal. Chatarra travestida de hombre. Esto solo va a empeorar las cosas. Va a empeorarlas mucho.

El zángano vaciló. ¿Se había atascado? ¿Acaso alguien en Infinidot había ido a consultar a un superior?

El zángano viró en redondo. Salió en pos de Marcus.

—Alto. No corras —dijo.

Marcus corría hacia Simón.

El zángano disparó. Aquello era imposible, nunca disparaban al primer encuentro. Un rayo rojo brillante salió del zángano y a Marcus le desgajó el brazo derecho a la altura del hombro. Simón permaneció inmóvil. El brazo cayó al suelo con el extremo seccionado humeante. Los dedos convulsionaron. Marcus no frenó la marcha. El zángano

volvió a disparar. Esta vez erró el tiro, e incineró un arbolillo un metro a la izquierda de Marcus. Este aún avanzó unos metros antes de que el zángano se plantase directamente sobre su cabeza. Se desató: un rayo, un rayo, un rayo, en intervalos de menos de un segundo. A Marcus se le cayó el otro brazo, luego la pierna izquierda. Aún siguió corriendo con una sola pierna. Los dos engarces de los brazos humeaban. Miró a Simón. No dijo nada. Ni una señal de reconocimiento. Miró a Simón con una mirada perfectamente inexpresiva, como si jamás se hubiesen visto. Y cayó de bruces.

El zángano le arrancó a Marcus la otra pierna. Seguía boca abajo. No era más que cabeza y tronco. No emitía ningún sonido. El zángano aleteaba a sesenta centímetros de lo que restaba de Marcus. Despedía un rayo tras otro. Fue trinchando la carne a gruesas tajadas hasta no quedar sino el núcleo: un cilindro plateado con un cuello articulado, plateado, unido a una esfera o cabezal poco mayor que una pelota de tenis, con un trozo de cuero cabelludo de Marcus, del tamaño de la palma de la mano, todavía adherido. La armadura humeaba en la hierba. El olor del metal candente mezclado con la clorofila. Las extremidades, aún convulsivas, aún en carne viva, estaban esparcidas como prendas de vestir olvidadas de cualquier manera.

Simón permanecía quieto. El zángano hizo una pausa encima de los despojos. Tomó sus vídeos. En un visto y no visto, se plantó ante Simón. A medio metro de su cara, con el chirrido de las armas.

—¿Aún pramaquí? —dijo.

—¿Qué? —dijo Simón.

En la central, alguien ajustó el audio.

—¿Algún problema por aquí?

Tenía voz humana, pero plasmada de manera electrónica, automatizada por puro diseño. De ese modo se consideraba más futurista.

—Entiendo los generosos corazones de los héroes, el coraje y el valor del presente y de cualquier otro tiempo —dijo Simón.

Joder. Concéntrate.

—¿Algún problema por aquí? —repitió el zángano.

—No —contestó Simón—. Ningún problema.

—¿Estás trabajando? —preguntó el zángano.

—Sí. En Encuentros Peligrosos.

—¿Tienes identifica-ca-cación?

La mostró. El zángano la tomó en vídeo.

—Pues vuelta al tajo —dijo.

Así lo hizo. Al alejarse a buen paso se arriesgó a mirar atrás, a los pedazos humeantes que habían sido Marcus. El destrozo emitía una luz tenue mientras el zángano seguía zumbando a su alrededor, tomando más vídeos. Así pues, eso eran. Carne engastada en una armadura de titanio. La carne se podía separar con la misma facilidad que si fuera nata montada. Simón se apretó el bíceps, no muy fuerte, pero probando, entre el índice y el pulgar. Había una vara dentro, plata brillante. En esencia, Marcus solo había sido un sueño que tenía su propio esqueleto. Eso mismo era Simon.

—Maldito sea quien mancille o profane un cuerpo humano con vida —dijo. Y confió en que el zángano no le hubiera oído. Volvió a su banco de costumbre frente al lago y se sentó. Eran las siete menos cuarto. Tendría que ponerse en marcha para alcanzar a su primer cliente. En cambio, remoloneó en su banco, fulminando con la mirada a una pandilla de turistas que pasaron nerviosillos, asustados, emocionados unos con los otros, mirándolo de lejos a la vez que el guía los pastoreaba, dándose codazos, con sus diversas corpulencias o enclenqueces, todos de mediana edad (el Viejo Nueva York no era popular entre los jóvenes), de mediano nivel de ingresos (tampoco tenía gran fascinación para los ricos), ansiosos de asombrarse, parpadeando i con atención, sujetos con fuerza a sus bolsos o a sus cónyuges, trotando casi con un calzado práctico, una bandada revuelta, no precisamente heroica que se diga, pero viva. Vivos todos ellos.

Simon no estaba vivo al menos en términos puramente técnicos. Marcus tampoco lo estuvo.

Y ahora Marcus estaba donde habían estado los dos menos de cinco años antes, cuando no eran nada. Cuando estaban por fabricar. ¿Qué había sido? Carne y cableado, una serie de microchips. Ningún recuerdo de la sonrisa de una madre o de la voz de un padre; ningún perro, ningún juguete preferido, ningún verano en una granja. Tan solo las facultades cognitivas, que habían arrancado bruscamente en una fábrica de las afueras de Atlanta. Una luz súbitamente encendida. Una sensación de algo que emergía plenamente formado de las tinieblas y deseoso de continuarse. Ese tuvo que ser el implante de la supervivencia. Era sorprendentemente potente.

Marcus en ese momento no era nada, no deseaba nada, y el mundo no quedó afectado. Marcus era una ventana que se había abierto y se había vuelto a cerrar. La panorámica de esa ventana no era distinta en función de que estuviera abierta o cerrada.

Era hora de que Simón acudiese a lo de las siete en punto, pero allí apareció ella. Allí estaba la nadiana, de camino hacia donde estaba él, con sus dos pequeños rubios. Él decidió verla por última vez.

Ese día, el chiquillo llevaba una especie de juguete en la mano, algo brillante, que por lo visto había diluido todo su interés que antes tuviera en la búsqueda de piedras y canicas. Retozaba y brincaba al caminar, agitando el objeto dorado por encima de su cabeza. La chiquilla bailoteaba tras su estela exigiendo su turno, cosa que el niño naturalmente rehusaba.

Cuando se acercó el grupo, Simón la saludó.

—Eh, Catareen.

—Bochum —contestó ella.

Él quiso decirle algo. ¿Qué podía ser? Tal vez solo esto: que no volvería a verla. Al día siguiente, cuando bajara al parque, se encontraría a un tipo nuevo en su lugar. ¿Sería ella capaz de darse cuenta de que no era él? ¿Les resultaban indistintos todos los humanos? ¿Diría igualmente «bochum» a su sustituto, creyendo que seguía siendo Simón?

Él quería que ella lo recordase.

Lo que el chiquillo sostenía en alto resultó ser un zángano en miniatura: minúsculas alas que batían frenéticas, un ojo protuberante, una abertura central por la que dispararía los rayos. El niño lo apuntó hacia Simón.

—*Zzzzap* —dijo.

Catareen apartó el zángano con una sola de sus garras.

—No, Tomcruise —dijo—. No apuntar personas.

El chico se puso colorado. Posiblemente, ella no tenía entre sus atribuciones la de disciplinarlo. Posiblemente, él lo sabía. Apuntó con el zángano de manera más ostensible al corazón de Simón.

—*Zzzzap* —volvió a decir, esta vez mucho más fuerte.

—Soy el esclavo acosado por la jauría, tuerzo el gesto con cada mordisco —dijo Simón.

No. Reprímete. Concéntrate.

La nadiana, en cambio, no pareció percibir nada insólito en lo que había dicho. Tal vez cualquier sentimiento expresado en inglés a ella le resultase extraño por igual.

—Niño es pequeño —dijo. ¿Con un deje de exasperación en la voz? Los nadianos siempre eran difíciles de interpretar. Tenían voces demasiado sibilantes, llenas de deslices y silbidos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Simón.

Ella tuvo que detenerse un momento a calcular. Años terrestres por años nadianos.

—Diez años. Poco menos —dijo.

—¿Va todo bien?

—Sí.

¿Qué otra cosa iba a decir? Lo más probable es que dijera la verdad, o que poco le faltara. Tenía que ser mejor que una lluvia inacabable. Mejor que los reyes que estudian y descifran sus heces en busca de signos de gloria y además los encuentran. Mejor que pasar por el cedazo hasta el agua potable, que aguzar el oído a cada instante, a la espera del rumor de aleteo de élitros coriáceos en lo alto. Pese a todo, los nadianos algo más debían de esperar cuando emigraron a la Tierra. Tenían que imaginar algo mejor que ser meros siervos, niñeras, barrenderos. O tal vez no. Difícil saber hasta dónde era capaz de llevarles su imaginación.

El niño seguía con el arma apuntada contra Simón.

—*Zap zap zap zap zzzzzap.*

—Oye una cosa —dijo Simón—. Ha sido agradable. Verte todos los días.

Ella se puso un tanto rígida.

—¿Es que te marchas? —dijo.

—Ah, pues eso nunca se sabe, ¿verdad? Hoy aquí, mañana allí…

—Sí—dijo ella—. Sido agradable.

La chiquilla hizo una intentona. Aferró el codiciado juguete y se llevó la torta que, seguro, sabía que el niño tenía lista para darle. Se puso a lloriquear.

La nadiana la tomó en brazos, la estrechó contra… ¿sus pechos? ¿Tenían pechos acaso? No había evidencia externa, pero alimentaban a sus crías, ¿no? Él sabía que eran mamíferos. Lo había visto en los periódicos mucho tiempo atrás, cuando los periódicos aún tenían interés.

—Tomcruise —dijo con severidad—. Tú no pega a Katemoss.

El pequeño Tomcruise volvió a lo suyo, apuntando con el zángano a la entrepierna de Simón.

—*Zap zap zap zap zap.*

—Los llevo a casa —dijo ella.

—¿Dónde vives?

Hizo una pausa. No era una pregunta a la que en principio debiera

contestar, no, desde luego, si se la formulaba un figurante desconocido en medio del parque. Miró hacia el oeste. Extendió un dedo verde.

—Allá.

El San Remo. Venerable domicilio de los altos cargos de la Administración y de los altos ejecutivos de la empresa privada, los pocos favorecidos a los que se les permitía habitar frente al parque, y ahorrarse así las idas y venidas diarias del trabajo a las zonas residenciales o a las ciudades dormitorio. En términos relativos, no tenía un mal trabajo.

El pequeño Tomcruise se había hartado aparentemente de matar a Simón y de que nadie le hiciera ningún caso. Eligió ese momento para echar a correr hacia el punto del que habían venido.

—Tomcruise —llamó Catareen. Él no hizo caso. Se había dado a la fuga. La chiquilla lloriqueaba en brazos de la nadiana.

—He de pillar —dijo a Simón.

—Y yo llego tarde a una cita —repuso—. Adiós.

—A más ver.

—¡Desatornillad las cerraduras de las puertas! —dijo él—. ¡Desencajad las propias puertas de las jambas!

Ella asintió y salió en pos del niño.

Faltaban dos minutos para las siete. Si se diera prisa, Simón podía llegar con menos de cinco minutos de retraso. Atajó por Cherry Hill.

Había llegado a la fuente cuando se volvió a mirar. Quería verla una última vez. Lo que vio fue a Catareen de pie en el sendero junto al lago, con un zángano chicharreando encima de su cabeza, hablándole. Los dos niños se habían pegado a ella. Respondió. El zángano habló de nuevo. Ella respondió otra vez. Luego, el zángano salió disparado en una dirección errónea, alejándose de Simón, hacia Strawberry Field.

Lo había hecho. ¿Lo había hecho? Probablemente sí. Le había dicho al zángano que Simón se fue por el oeste, no por el este.

Simón procesó sus opciones. Revisó las semejanzas. Algo estaba en el aire. Así las cosas, tenía que haber habido unas elecciones; las leyes debían haber cambiado sin que muchos se enterasen. Se estaba procediendo al exterminio de los artificiales. Probablemente, tampoco la noticia era buena para los nadianos. Una enérgica ofensiva, del tipo que fuese, por lo común comprendería a los nadianos.

Esa era la cuestión: ¿irse en ese instante o terminar su turno? No presentarse a su cita de las siete sería lo mismo que incriminarse. Cumplir el encargo de las siete lo haría fácilmente localizable.

Pensó en el núcleo de titanio de Marcus, enfriándose junto al quiosco de la orquesta.

Se decidió. Irse en ese instante. Despertaría sospechas que Simón no se presentase tras el exterminio de su compañero de tajo, pero lo contrario seguramente le brindaría un mayor margen de posibilidades. Si se presentase a las siete en punto, y si fuera detenido, tendría que fiarse de la clemencia de un Consejo que tal vez hubiera sido liquidado en una votación anterior. Tal vez estaría violando leyes nuevas de una manera imposible de adivinar.

Había otro factor de peso. La nadiana.

¿Sabía qué significaba facilitar información falsa a un zángano? Difícil precisar si los nadianos lo sabían. No estaban organizados. No estaban informados.

Simón vio a Catareen alejarse con los niños.

Ese chiquillo se lo diría a sus padres. Parecía indudable. Aun cuando en Infinidot no se verificasen los vídeos del parque, no se determinase que Catareen había mentido a un zángano, no se informase de inmediato al Consejo, sin duda perdería su trabajo por el mero hecho de ser alguien con quien un zángano quiso hablar. *No podemos confiar a nuestros hijos a alguien que…* Se acabó, no encontraría trabajo. A lo sumo, de barrendera. Le implantarían un sensor. En el fondo, por el mero hecho de hablar con ella le había arruinado la vida.

¡Dios! ¡Este arranque se está adueñando de mí!

Concéntrate.

Simón tomó otra decisión. Técnicamente no fue una decisión. Sus circuitos le indicaron qué hacer. Trataría de proteger a la nadiana de todo mal, porque sus actos la habían expuesto al mal. Eso era algo que llevaba incorporado.

Cuando Catareen llegase al San Remo sería inalcanzable. Las opciones de Simón: interceptarla ahora o esperar hasta que al día siguiente saliera al parque. Veinticuatro horas eran demasiadas.

Echó a correr a toda velocidad hacia el San Remo. Si diera la vuelta al lago aún tenía la posibilidad de llegar antes que ella.

Aguardó a que llegara en la linde del parque, apoyado contra el muro de piedra en el extremo de Central Park Oeste.

No podría entrar en el portal. No podía, de un modo razonable, esperarla bajo la marquesina del edificio. Los porteros figurantes le dirían que se quitase de en medio. Esperó a la sombra de los árboles. Eran las siete y cuarto. ¿Estarían las autoridades ya al corriente de que

se había dado a la fuga? ¿Habrían dado la alerta los de Encuentros Peligrosos? Era difícil de calcular. Las autoridades a veces eran más listas de lo que cabía suponer. A veces eran asombrosamente chapuceras.

Catareen apareció a las siete y diecinueve. Llevaba en brazos a la niña, que se había dormido. El niño brincaba a su alrededor con el zángano de juguete, sumido en una fascinación asesina. Simón cruzó la calle a la carrera.

A menos de veinte metros de la esquina, de un salto se plantó ante ella y la asustó. Ella emitió un chillido agudo. Un sonido nada hermoso. Se le oscureció la piel. Se le contrajeron las fosas nasales hasta quedar del tamaño de una cabeza de alfiler.

—No pasa nada, soy yo —dijo—. El tío del parque, ¿te acuerdas?

Ella tardó un momento en reponerse. Él se preguntó qué esfuerzo le habría costado abstenerse de soltar a la cría.

—Sí —dijo al fin.

El chiquillo miraba a Simon boquiabierto, paralizado por la furia.

—He de preguntarte —dijo Simón—. ¿Qué le dijiste al zángano en el parque?

Ella vaciló. Debía de estar preguntándose si Simon trabajaba para las autoridades, si había cometido un error fatal. Los nadianos vivían en una inacabable agonía producida por la incertidumbre, sin saber a quién obedecer. La mayoría entendía que lo más fácil era obedecer a todos, lo cual a veces les valía la cárcel o la ejecución sumaria.

—No pasa nada —dijo él—. No te quiero perjudicar. De verdad verdadera. Me temo que te hayas metido en un buen lío sin saberlo. Por favor… Dime qué le dijiste al zángano.

—Le dije que te fuiste al revés —respondió.

—¿Y por qué lo hiciste?

Error. Si un nadiano se siente acusado, se vuelve catatónico. Una teoría: se hacen los muertos con la esperanza de que el agresor pierda todo interés por ellos. Otra más extendida: deciden que ya están muertos y que eso facilita las cosas a todos por el procedimiento de acelerar lo que haya de ser.

Ella enderezó la espina dorsal. (No tenía hombros.) Lo miró directamente con sus ojos naranja vivo.

—Trato de ayudarte —dijo.

—¿Por qué querrías tú ayudarme?

—Eres hombre amable.

—No soy un hombre. Estoy programado para ser algo que semeje amabilidad. ¿Sabes en qué lío probablemente estás metida?

—Sí —respondió.

—¿En serio?

—Sí.

—No estoy seguro de que lo hayas entendido.

—Estoy lista para irme —dijo ella—. No tengo alegrías.

El chiquillo llegó entonces a su límite. Se puso a dar alaridos. Sabía que algo estaba ocurriendo; probablemente, lo de menos era el qué. Se le estaba desatendiendo. Su niñera estaba conversando con un desconocido. Sujetando con fuerza su zángano, el chiquillo entró corriendo en el edificio.

—Ven conmigo —dijo Simon a Catareen.

—¿Ven dónde?

—Ven, nada más. Aquí estás jodida. No tenemos tiempo.

Le arrebató con cuidado a la niña de los brazos. Catareen estaba demasiado perpleja para resistirse. La niña despertó y gritó. Simon fue corriendo con ella en brazos a la entrada del edificio, y llegó un momento antes que el niño.

Entregó a la niña al portero.

—Ten —dijo—. Cuida de los dos.

El portero tomó en brazos a la niña que lloraba, y quiso decir algo, pero Simon ya se había largado. Tomó a Catareen por el codo.

—Tenemos que ser muy rápidos —dijo.

Echaron a correr por la Calle 72. hacia el oeste. Correr no se le daba nada mal. El arte de la fuga era uno de los mayores talentos de los nadianos.

Llegaron a la boca de metro de la 72 Oeste y bajaron las escaleras corriendo. Simon facilitó el pase de ambos con su tarjeta. Un puñado de figurantes se arracimaban en varios grupos en el andén. El metro no era popular entre los turistas. Los turistas tenían sus pastillas voladoras para ir de un sitio a otro. Solo unos cuantos recalcitrantes, y los chalados por la historia, gustaban de viajar en metro, aunque solo en trayectos cortos. La inmensa mayoría de los viajeros del metro eran figurantes que iban o volvían de los complejos residenciales.

Simon y Catareen llegaron jadeantes al andén.

—Estamos en la parte alta —dijo él.

Ella no dijo nada. En silencio, él le imploró que no se pusiera

catatónica.

—Creo que deberíamos subir a la franja de las 90. Allí están los coches. Vamos a necesitar un coche.

La nadiana no decía nada. Miraba al frente con sus ojos de lagarto, a las vías desiertas.

—Tendríamos que cruzar el puente George Washington. Cuando estemos del lado de Jersey, estaremos fuera de la jurisdicción de Infinidot.

Él seguiría siendo un ilegal en Nueva Jersey, pero el sistema de aplicación de la ley del Consejo no tenía un buen interfaz con el de Infinidot. Y era posible que Catareen no hubiera cometido delito de ninguna clase en Nueva Jersey. Era imposible conocer al detalle las variaciones de un estado a otro.

Llegó el tren. El estrépito siempre era un sobresalto. Se abrieron las puertas con un rumor sordo, y Simón empujó a Catareen. Ella se movió. Él se sintió agradecido.

El vagón iba semivacío. Había otros cuatro, todos figurantes. Dos mensajeros en bicicleta con trenzas de rastafari; un judío ortodoxo, también con trenzas; un sin techo con una gorra de los Mets, dos jerséis y babuchas. Todos de vuelta a casa a pasar la noche.

Iban apiñados al fondo del vagón. Parecían tensos. Simón por un momento se preguntó si estaban al corriente, si Infinidot no habría difundido alguna especie de boletín instantáneo acerca de Catareen y de él, que hubiera alcanzado a la ciudadanía en general. Era improbable. Y entonces cayó en la cuenta. Iba con una nadiana.

—Siéntate —dijo a Catareen. Ella se sentó, y él se sentó a su lado.

—Podemos bajarnos en la Calle *96*. ¿Te encuentras bien?

Se le dilataron las fosas nasales. Las órbitas naranjas de sus ojos parpadearon dos veces.

—Voy a dar por supuesto que te encuentras bien —dijo—. Voy a dar por supuesto que me dirás si no te encuentras bien. Voy a dar por supuesto que cuando sea hora de movernos serás capaz de moverte.

Desde el extremo más lejano del vagón notó que los figurantes de camino a sus casas no les miraban a Catareen y a él. Cuando el tren de nuevo se puso en marcha, los dos mensajeros y el ortodoxo cambiaron de vagón.

Simón vio al figurante sin techo debatirse en busca de una decisión. ¿Debía también cambiar de vagón, sí o no? Se levantó a medias, volvió a acomodarse en el asiento. Al fin y al cabo, los nadianos eran

inofensivos. Lo único que pasaba es que eran grasientos. Y malolientes.

Simón vio a un zángano en un destello por la ventanilla del vagón después de que el tren pasara la estación de la Calle 79. Un manchurrón de alas doradas.

Habían introducido un zángano en los túneles. Estaría esperando en la siguiente estación.

—Las extremidades malformadas están sujetas a la mesa del anatomista, lo que se extirpa cae con espanto a un cubo —dijo a Catareen.

Ella parpadeó. Respiró.

Volvió a probarlo.

—Acaba de pasar un zángano —dijo.

—Ya he visto.

—Estará esperando en la Calle 96 —dijo él—. Lo más probable es que siga al tren hasta el final de trayecto. Lo más probable es que estemos jodidos.

—Espera aquí —dijo ella.

Se puso en pie. Fue rápidamente al otro extremo del vagón, donde el figurante sin techo se abstenía de mirarla.

Se plantó delante de él. Él mantuvo la vista en el suelo, con la esperanza de que no le diera la lata pidiéndole un yen, como a veces hacían los nadianos. Ella se inclinó levemente, para entrar en su campo visual. Abrió la boca y le mostró dos hileras de dientes pequeños y aserrados. Siseó. Simón nunca había oído un ruido semejante. Fue cortante, apremiante, como de gato, pero más gutural.

Alzó ambas manos y las sostuvo delante de la cara del figurante. Extendió las garras. La piel le brillaba de un tono verde fundido. Parecía haber crecido y tener más brillantez.

El figurante dio un grito.

—Calla —le dijo ella—. Dame tu ropa.

El figurante miró desesperadamente hacia Simón. Este se encogió de hombros. Esta mínima muestra de violencia no apreciada debidamente, y en modo alguno recreativa, le estaba taladrando un poco los circuitos, aunque no era él quien oficiaba de asaltante. Notaba las tripas entumecidas, y una efervescencia detrás de los ojos.

Catareen agarró la cara del figurante con una de sus garras esmeralda y la volvió hacia sí.

—Quítate la ropa —siseó— y dámela toda ahora mismo.

El figurante obedeció. Se quitó la gorra y los dos jerséis. Y las babuchas.

—Pantalón —dijo ella.

Él se puso en pie y se quitó como mejor pudo los pantalones sucios. Se los dio. Permaneció gordezuelo y aterrado en ropa interior.

Catareen le tiró la ropa a Simón.

—Póntela. Rápido.

Hizo lo que le decía. Cundo se estaba poniendo uno de los jerséis, ella se agazapó como un felino y colocó un dedo, con una garra de aspecto letal, en el cuello del tembloroso figurante.

—No mover. No hablar —la oyó decir Simón.

Con el estómago revuelto pero aún en funcionamiento, Simón se puso los pantalones deformados encima de los suyos. Se encasquetó la gorra de los Mets como pudo.

El tren llegó a la Calle 96.

—Ve —dijo Catareen a Simón—. No estamos juntos.

—¿Y tú? —preguntó él.

Resplandecieron sus ojos de un naranja caldera.

—Haz como digo.

Lo hizo. Bajó del tren.

El zángano estaba suspenso sobre el andén, verificando los pasajeros que bajaban. Simón se encorvó y echó a caminar. Se bajó la visera hasta las cejas y mantuvo gacha la mirada. Los pasajeros desembarcados, y unos cuantos nadianos, avanzaron hacia los tornos de la salida. Se mezcló con ellos. El zángano zumbaba por encima de sus cabezas, manteniéndose en una órbita circunscrita a las inmediaciones de la salida. Hizo una sola oscilación, tropezó contra los azulejos de la pared, enderezó el rumbo. Todos lo miraban con curiosidad. Simón también. Actúa como todo el mundo. Brevemente, sus ojos trabaron contacto con el visor rotante del zángano. Lo consideró. Hizo clic el vídeo. Aleteó hacia el siguiente ciudadano. Simón pasó el torno y subió la escalera con el resto de los pasajeros.

Salió entre los tinglados y los almacenes desiertos de la esquina de la 96 con Broadway. Sabía que debía moverse con naturalidad, seguir su rumbo, pero ¿y Catareen? Hizo como que se paraba a leer una vieja holografía en la que se anunciaba un concierto. Gatos cantantes. De manera verosímil, no podía permanecer allí más de un minuto.

Ella salió de la boca del metro a los treinta segundos. Pasó cerca de él, pero no demasiado.

—Juntos no —dijo en voz baja.

De acuerdo. Siguió caminando varios pasos por detrás de ella. Atravesó Broadway. Él también. En la otra acera, se encaminó hacia el oeste por la Calle 96, igual que él.

La zona era en realidad de almacenamiento. Algunas tiendas de reparación, algunos trechos con materiales de puro derribo, en donde decorados extra se blanqueaban a la intemperie cuando no se oxidaban. Maquinaria de talleres donde se explotaba a los obreros, carretas de caballos llegadas de Five Points (se pensaba en el cierre definitivo; era demasiado costoso que los figurantes trabajasen allí), Gatsbymóviles del centro de la ciudad en los años veinte, una caja tras otra llena de parafernalia hippie, en lenta decadencia desde que el Consejo procedió al cierre de Positively Fourth Street. Las atracciones no comenzaban de nuevo mientras no se llegase a los restaurantes con encanto y los tugurios jazzísticos del Viejo Harlem, y aquello quedaba al final del parque.

Cuando llegaron a un tramo tranquilo de West End Avenue, ella se volvió hacia él.

—No sabía que vosotros pudierais hacer… —le dijo.

—Poder, podemos.

—¿Cómo bajaste del tren?

—Voy rápido. Hombre dirá al zángano que siguiente parada. Nosotros deprisa.

—Vamos a necesitar un coche —dijo él.

—¿Puedes conseguir?

—Yo soy un coche. Más o menos.

Eligió un Mitsubishi antiguo aparcado en un solar lleno de zarzas y malas hierbas. Puso toda su esperanza en que fuera de verdad, porque la mitad eran solo una carrocería. Simón tentó el cierre centralizado, palpó la transmisión numérica. Arrancó los cables, los conectó, hizo contacto. La dejó acomodarse en el asiento del copiloto.

Ella se ató el cinturón de seguridad.

Circularon por Henry Hudson Parkway con rumbo norte.

—No me puedo creer que lo hayas hecho —dijo él.

Ella iba con la vista fija al frente, sus largos dedos verdes recogidos sobre el regazo.

La vía rápida por la que transitaban estaba dividida. Los coches de época a la derecha, las pastillas voladoras por la izquierda. No había muchos coches, pero era constante el flujo de pastillas llenas de turistas.

Desde el interior de las pastillas, con su luz limpia, ártica, la gente iba mirando a la calle. Algunos se fijaban en Simón y la nadiana, que avanzaban a velocidad lenta en el Mitsubishi. Debían de preguntarse qué era aquello, un hombre tatuado con una gorra de los Mets y dos jerséis, al volante de un coche compacto con una niñera nadiana. Seguro que más de uno consultó su guía turística.

—Espero que no te importe si te lo pregunto, pero es que me gustaría saberlo. ¿Qué hacías en Nadia?

—Era delincuente —dijo ella.

—No, venga, en serio. ¿Robabas?

—Era delincuente. —No dijo más.

Delante, el puente George Washington se tendía iluminado sobre el río. Enfiló el acceso al puente.

—Tendríamos que desembarazarnos del coche en cuanto pisemos Nueva Jersey —dijo—. Encontraré una pastilla como sea.

Ella asintió. Seguía con las manos recogidas en el regazo.

Se encontraban en medio del puente cuando resonó una voz de zángano sobre el coche.

—Viclonto detengrecha.

—No pares —dijo ella.

—Ni siquiera me había parado a pensarlo.

Pisó el acelerador a fondo. Con un gemido y un crujido, el Mitsubishi ganó algo de velocidad.

—Probablemente estamos bien jodidos —dijo Simón.

El zángano se encontraba a su altura y zumbaba junto a la ventanilla.

—Oríllese y deténgase.

Simón pegó un volantazo en dirección al zángano, que golpeó el cristal de la ventanilla y salió despedido por encima del coche. Oyó el ruido de las alas contra el techo, como una abeja de metal atrapada en un envase de vidrio.

El zángano reapareció casi de inmediato delante del coche. El primer rayo hizo añicos el parabrisas. Las astillas de cristal brillante salieron volando por todas partes.

—Este es el aliento de las leyes y los cantos —gritó Simón— y la buena conducta. —Dio un volantazo esta vez a la derecha. El zángano no lo perdió de vista.

—Agáchate —dijo a Catareen.

Ella se agachó a la vez que él. El segundo rayo abrió un agujero quemado en el reposacabezas, donde había estado la cabeza de Simón. El aire olía a espuma plástica.

Con la cabeza casi pegada a las rodillas no podía ver la trayectoria del coche, que fue dando bandazos y arañó un buen trecho el quitamiedos. Catareen asomó la cabeza un instante sobre el salpicadero y puso una mano sobre el volante. Recondujo el coche a su carril. El viento soplaba por el parabrisas inexistente.

Entró otro rayo en ángulo, directo a la cabeza de Catareen. Lo esquivó justo a tiempo. Golpeó en la consola, entre el asiento del conductor y el del copiloto. Levantó una llamarada, un rizo de humo plástico.

Simón se asomó lo justo para ver la carretera. El zángano no estaba visible en ese instante. Acto seguido, sí. De nuevo pegado al costado. Frenó en seco. Rechinaron los neumáticos. El coche culebreó. El rayo pasó justo por encima del capó.

Simón aceleró y dio un volantazo para pasarse al carril de las pastillas rozando la parte delantera de una, que hizo sonar la bocina. Vio que había sitio suficiente para colar el Mitsubishi por el arcén, a la izquierda de la pastilla. De un nuevo volantazo, se hizo más a la izquierda.

El zángano ahora iba detrás. Trató de despanzurrar el cristal posterior del coche. Falló a la primera, por haber apuntado demasiado alto y lanzar el rayo hacia Nueva Jersey. A la segunda, hizo trizas el cristal posterior y accionó la radio. Bruce Springsteen comenzó a cantar «Born to Run».

Simón y Catareen estaban cubiertos de cristales. Las pastillas que circulaban a un metro del suelo, o algo más, tocaron el claxon a la vez. El que iba delante de él frenó de improviso, y Simón lo pasó por el lateral hasta colocarse delante. El coche retemblaba. No estaba hecho para estos esfuerzos. Simón tampoco estaba hecho para soportar tal presión.

Directamente ante ellos, ambos carriles estaban despejados, con la salvedad de una pastilla a unos treinta metros. Simón fue cambiándose de carril tan caprichosamente como pudo. Un rayo le rozó la mejilla izquierda. Notó la quemazón. Giró bruscamente a la derecha cuando otro rayo le traspasó la gorra de béisbol (repentino y acre olor de plastilana quemada) muy cerca del cuero cabelludo. No supo si era grave la herida. Sabía que estaba vivo. Sabía que podía seguir al

volante.

El zángano aleteó fuera del espacio desierto, donde estuvo ante el cristal de atrás. Emitía una tos grave, metálica, oscilando en el aire. Cuando se hubo enderezado del todo, soltó un nuevo rayo. Esta vez apuntó demasiado alto y a la izquierda, con lo que alcanzó a la pastilla que, a menos de treinta metros, había iniciado la frenada. Pareció que el zángano se hubiese atascado, porque alcanzó a la pastilla siete veces seguidas, en rápida sucesión. Los dos primeros disparos atravesaron el aerodinámico chasis blanco de la pastilla, dejando dos agujeros humeantes, de bordes quemados, del tamaño de una moneda de un cuarto. El tercero reventó una ventana y mató con toda concisión a una persona que parecía haber sido una mujer de raza china. El cuarto mató al hombre que estaba sentado junto a la mujer, y que se puso en pie al ver que el rayo anterior la alcanzaba mortalmente. El quinto y el sexto dieron en otras dos ventanillas. El séptimo entró por la ventanilla que había abatido el sexto.

Simón vio el caos creado en el interior de la pastilla. Imposible precisar si el conductor estaba herido. La pastilla se desvió hacia la derecha, golpeó contra el pretil y salió rebotada a lo ancho del puente hasta detenerse bloqueando ambos carriles. Quedó allí en suspenso, a poco más de un metro del asfalto.

El zángano se había colocado por la ventanilla de Catareen.

—Agáchate —le gritó Simón. Ella se lanzó al hueco de los pies. Los nadianos eran veloces. El rayo del zángano crepitó en el asiento del copiloto, de repente vacío. El siguiente dio en la puerta del copiloto, justo debajo de lo que había sido la ventanilla.

Supo qué debía hacer. Dirigió el coche en línea recta hacia la pastilla que bloqueaba ambos carriles.

—Quédate ahí —dijo a Catareen, y apretó el acelerador.

La pastilla emitió un estridente rechinar contra el techo del Mitsubishi cuando este se coló por debajo. Fue un ruido extraño, un ruido velcrudo. Por un instante, Simón notó que el coche parecía vacilar, tal como vacilaría un ser vivo antes de proseguir el intento, como si valorase los daños sufridos. Vio el vientre blanco de la pastilla. Fue como pasar por debajo de una ballena.

El final del puente estaba a la vista. Un rótulo a la derecha indicaba BIENVENIDOS A NUEVA JERSEY.

Terminaron de salvar el puente, con lo que salieron del Viejo Nueva York. El zángano se quedó flotando en el límite del puente. Emitió el

chasquido del vídeo. ¿Seguiría la persecución aunque fuese ilegal? Simón creyó notar que el operador trataba de decidirse cuanto antes. Había que tener en cuenta el asunto de los turistas muertos, bastante adverso para Infinidot. ¿Sería preferible vulnerar las leyes y seguir tras Simón y Catareen a pesar de cruzar una frontera estatal? ¿Sería menos perjudicial todo el suceso si terminase con la detención de los criminales?

El zángano se dio la vuelta y emprendió el regreso al Viejo Nueva York. Los operadores de los zánganos no recibían un buen salario. Tendían a engañar sus penas y a consumir las drogas que les hicieran más llevadero el pesar. Este podría haberse ventilado una copa o dos durante la persecución. Tal vez hubiera agotado su límite. Debía de saber que ya había perdido su empleo. Tal vez incluso se alegrase de ello. Varios figurantes dedicados al latrocinio, en la nómina de Encuentros Peligrosos, habían sido operadores de zánganos que se desanimaron del todo. Como ladrones, tendían a ser muy buenos.

Simón y Catareen siguieron dando tumbos en el Mitsubishi por espacio de un kilómetro o poco más. Bruce Springsteen cantaba «Born to Run» una y otra vez en la radio. Se le habían descompuesto las entrañas. Simón no tardó en introducir el coche por un pasto desierto, junto a la carretera. En Nueva Jersey no había servicio de mantenimiento. No lo había en toda la placa marítima del este, salvo en los parques temáticos. El Consejo mantenía el nordeste libre de delincuentes, pero no tenía mayor interés por el alumbrado público, el estado de los pavimentos u otras instalaciones en una región tan alejada de la Asamblea del Sur.

El coche vibraba. Emitía una pulsación calorífica. Simón se limpió con ambas manos los cristales que le cubrían la pechera. Revisó los daños personales. Una quemadura rojo intenso le corría por la mejilla derecha, hasta el lóbulo de la oreja. Se quitó la gorra y vio que se había llevado un trozo que antes estaba algo a la izquierda del centro de su cabeza. Nada grave. Las quemaduras chisporroteaban, un calor cauterizante no del todo desagradable de sentir.

Catareen miraba al frente. De nuevo estaba con las manos recogidas en el regazo.

—Lo hemos conseguido —dijo Simón.

—Sí —respondió.

—Eres muy buena.

—Y tú.

—Existo como soy, con eso basta. Ahora hemos de idear qué hacer.

—Adonde ir.

—Correcto. Ya sé que dije que trataría de conseguir una pastilla.

—Sí.

—La verdad es que puede ser difícil. Estos viejos cacharros no me plantean el menor problema. La seguridad de las pastillas es harina de otro costal.

—¿Seguimos en este?

—Hasta donde podamos. Estos trastos van con gasofa. Fuera del Viejo Nueva York no hay gasofa.

—Vayamos hasta donde se pueda.

—Si tenemos suerte, mucha suerte, podremos atravesar en coche todo Nueva Jersey. Cuando estemos en otro estado, veré qué puedo hacer. En lo que a vehículos se refiere.

—¿Por qué camino? —preguntó ella.

—¿Qué te parecería ir a Den ver?

—Denver. —Dio al nombre un efecto de silbido, aflautado.

—Mmm. A ver, ¿cómo te lo puedo explicar exactamente? Versión breve: soy un simulo. ¿Sabes algo de los símulos?

Aguardó una respuesta. Ella parecía haber dejado de hablar por completo. Otra vez. Miraba fijamente al frente por el inexistente parabrisas, el trecho de hierbas altas y matojos. Pasó volando un envoltorio. De ositos de gominola.

—Soy experimental —dijo él—. Me fabricó una empresa llamada Biologe. ¿Has oído hablar de ella?

Por parte de Catareen, nada. Siguió hablando. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—Biologe perdió la carrera por las patentes de genética animal, que es donde estaba la pasta gansa. Sí se hizo con unas cuantas patentes humanas clave, más o menos gracias a que operó por debajo del radar, cuando la legislación aún era confusa. Pero en Biologe enseguida surgieron problemas para convertir sus patentes en beneficios de verdad. Infinidad de problemas de relaciones públicas potenciales, como seguramente imaginas. Su departamento de márketing por fin pareció haber hallado el ángulo de ataque que parecía perfecto: humanoides para viajes espaciales de larga duración. Entidades flexibles, con capacidad de adaptación, fiables al cien por ciento, capaces de razonamiento abstracto, plenamente equipadas para trabar un buen

contacto con las formas de vida alienígenas, y sin el menor reparo a la perspectiva de emprender un viaje de cuarenta o cincuenta años de duración, del que posiblemente no habría retorno.

»A pesar de todo, la cosa era arriesgada. Peliaguda. Biologe subcontrató el trabajo con socios de segunda fila, apenas conocidos, pequeñas empresas para poner en marcha la cosa, y les pagó bien, aunque dando por sobreentendido que Biologe se negaría a tener conocimiento de cualquier experimento que saliera mal, sobre todo poniéndose la cosa fea. Uno de esos socios era un tipo que iba por libre, un tal Lowell, Emory Lowell, residente en Denver. Lowell ideó una manera para excitar determinadas líneas celulares para que entrasen en maridaje con una serie de circuitos a la antigua usanza. El núcleo era mecánico, pero de él brotaba una biomasa. Que se formaba a imagen y semejanza de los humanos en torno al núcleo. Un poco como si dijéramos un muñequito de aquellos, un Chia Pet.

Un Chia Pet. ¿Cómo sabía eso? Lowell tenía que habérselo colado en sus circuitos… a modo de chiste. También parecía saber algo sobre los PEZ, el jabón de baño Mr. Bubble y Bullwinkle el Alce.

—Novedad añeja —dijo a Catareen—. Corderillos de arcilla y cosas a las que le salía hierba. Da lo mismo. Biologe para entonces se fue quedando sin liquidez, y apremiaron a Lowell para que desvelase su prototipo antes de lo que él deseaba. Hubo acaloradas discusiones. Él insistió en que si dispusiera de otros seis meses, o un año a lo sumo, podría hacernos un ajuste fino, podría idear una entidad tan flexible en todos los sentidos como la carne, con la auténticamente notable capacidad que tiene la carne para sanarse y repararse por sí sola, pero sin una sola de las cualidades humanas del más alto nivel: el pensamiento abstracto, las emociones, etcétera. Porque eso sería inmoral, al menos según qué criterios. Sería inmoral engendrar algo así y lanzarlo al espacio exterior.

Catareen miraba al frente. Simón decidió dar por supuesto que le estaba escuchando.

—Hubo algunos errores incluso catastróficos, que se pudieron acallar del todo. Yo formaba parte de la tercera tanda. Para cuando estuve desarrollado del todo, a Biologe se le había agotado el tiempo, la paciencia y la pasta, así que inició de inmediato la producción, muy a pesar de las protestas de Lowell. Hubo un gran alboroto a propósito de nosotros, pero no llegamos a entusiasmar a nadie. Los contratos con las grandes empresas no se materializaron nunca, luego resultó que la exploración espacial más o menos se dejó morir por sí sola después de

Nadia. Biologe dio un vuelco total y naufragó, pero se rumorea que Lowell sigue en lo suyo, dale que te pego. Se dice que se siente culpable por haber creado seres que casi son lo que son, pero que no lo son del todo. Se dice que ha ideado una manera de manipular los códigos y de hacernos…

—¿Hacer qué? —dijo ella, que estaba así pues escuchándole.

—Bueno… Un poco más humanos, al menos por fuera.

—¿Tú quieres?

—Yo quiero algo, no sé bien qué. Noto una carencia.

—Carencia.

—No sé cómo llamarlo. La verdad es que no me interesan tanto los sentimientos, si quieres que te diga la verdad. Y menos los de la variedad llorica. Pero hay algo que los biológicos sienten y yo no. Por ejemplo: entiendo la belleza, capto el concepto, sé qué cualifica, pero no lo siento. Casi lo siento, al menos algunas veces. Pero nunca es del todo seguro, nunca es real.

—Te falta colereza —dijo ella.

—¿Cómo dices?

—Colereza. Otra cosa no sé.

—De acuerdo. Digamos que lo que tengo es carencia de colereza. Siento como si hubiera algo terrible y maravilloso y sobrecogedor, algo que sin embargo queda fuera de mi alcance. Tengo sueños al respecto. Por cierto, yo es que sueño. Es algo que aletea a mi alrededor en momentos raros. Y zas, desaparece. Me siento como si estuviera siempre al filo de algo que nunca termina de llegar. Y quiero o tenerlo o librarme de ello de una vez por todas.

—Vamos a Denver —dijo ella.

—Yo tengo que ir a Denver. Tengo algo en mente a propósito del zi de junio de este año. Solo esa fecha, en Denver. Es una cosilla inquietante, una minivibración que está siempre ahí detrás, como una canción que no me pudiera quitar de la cabeza. A Marcus le pasaba lo mismo. Por la razón que sea, es algo que está implantado en nosotros.

—Vamos a Denver —volvió a decir.

—Denver está a más de mil quinientos kilómetros. Y es posible que allí no haya nada. Lowell probablemente tenga un trabajo normal y corriente en cualquier otro sitio. O puede que esté muerto. No era precisamente joven cuando empezó todo esto.

—Vamos.

—Todo esto lo trago, sabe bien, me gusta, me lo apropio.

—Sí—dijo ella.

Atravesaron en el Mitsubishi buena parte de Nueva Jersey sin decir apenas nada. Se hizo de noche. Salieron las estrellas. No era posible ir deprisa, con el viento de cara por el parabrisas inexistente y las carreteras tachonadas de baches tan hondos que se podría esconder un niño en cada uno. Simon verificaba el indicador del combustible cada tres minutos. Cada tres minutos había menos. Bruce Springsteen cantaba sin cesar.

Sin embargo, no hubo complicaciones en Nueva Jersey. A veces pasaba una pastilla de largo, rumbo a un centro comercial o a un palacio del juego. Sus ocupantes los miraban atentamente, pero se alejaban flotando. Dejaron atrás un kilómetro tras otro de fábricas abandonadas, de ventanas sin cristales, hilera tras hilera de casas sin habitar. De vez en cuando vieron campamentos de ocupantes nadianos que malvivían en las viviendas o en las fábricas. Los nadianos estaban acuclillados alrededor de fogatas de las que emanaban chispas que se perdían en lo alto, engullidas por la negrura del aire. Fuera de una localidad que, según el rótulo, se había llamado nueva burnswick, los faros del coche iluminaron una cuadrilla de niños nadianos que se encontraban en el arcén. Se quedaron cegados por los faros, boquiabiertos al paso del Mitsubishi. Tenían unos ojos deslumbrantes. La mayoría estaban desnudos, aunque uno se había ingeniado un vestido con envoltorios de comida y lo que parecían ser unos vendajes.

—¿Sois muchos los que habríais preferido no venir nunca? —preguntó Simón a Catareen.

—Algunos.

—¿Tú en concreto preferirías no haber venido aquí?

—He de venir.

—Porque eras una delincuente en Nadia.

No hubo respuesta. De nuevo, la mirada fija, las fosas nasales muy abiertas.

El coche llegó a penetrar una treintena de kilómetros en Pensilvania antes de que se agotara el combustible. Tuvo un ataque de hipo, farfulló, tosió, se quedó parado. Simón lo guió hasta el arcén. Tratándose de Pensilvania, las carreteras eran algo mejores, aunque allí serían distintas las dificultades. Pensilvania había sido subcontratada con Magicom, formando parte de un trato en el que se incluía, de manera más prometedora, Maine y casi todo el este del Canadá.

Pensilvania no era un estado de alta prioridad, a pesar de lo cual Magicom imponía bastantes más leyes que el Comité de Distrito de Nueva Jersey. Allí, un humano (lo que pasaba por humano) y un nadiano que viajaran juntos despertarían muchas más suspicacias.

El coche se había parado entre campos descuidados que flanqueaban algunos árboles. La noche estaba apacible y era muy negra.

—Se acabó el Mitsubishi —dijo Simón.

Catareen parpadeó y respiró hondo.

—Deberíamos dormir un poco —dijo él—. No en el coche. Deberíamos salir y tratar de descansar. ¿Te parece bien?

—Sí.

Salieron del coche y atravesaron a pie un campo, hacia los árboles. El terreno era desigual. Olía como la clorofila rociada del parque, aunque no tan fuerte. Mientras caminaban, la canción de Bruce Springsteen fue atenuándose al fondo, hasta disolverse del todo en la crepitante semiquietud de la noche.

Cuando se hallaban ya entre los árboles, dedicaron un rato a encontrar un sitio razonable donde tumbarse a descansar. El suelo era de heléchos y matorral. Despejaron una zona en la base de un árbol cuyo tronco tenía una ligera hendidura, de modo que pudieran apoyar la cabeza contra la corteza. No era que digamos cómodo. Era lo que encontraron.

Simón se tumbó en el terreno recién despejado. Catareen se sentó a su lado. No se tumbó.

—¿Te importa que te hable tanto? —dijo él.

—No.

—Es por mi programación. Tiendo a mostrarme cada vez más amistoso, hasta que seas tú quien marque algún límite definido. Entonces más o menos me acomodo en ese nivel de intimidad establecido. A menos que me indiques que prefieres reducirlo. Puedo rebajar la cháchara, según. Ese era uno de los trastos en los que Lowell por lo visto trabajaba cuando Biologe decidió presentarnos en público. Un tope represivo sobre mis impulsos de agresión. Se supone que es lo que impide que te mate.

—Tienes que ser amable —dijo ella.

—Sí. No hay verdadera emoción tras ello. ¿Eso te molesta?

—No.

Tal vez hubiera dicho la verdad, pero ¿cómo saberlo, tratándose de una nadiana?

—Así pues —dijo—, deduzco que no te agrada hablar de tu pasado en Nadia.

Silencio.

—¿Y qué me dices de esto? ¿Tienes familia aquí? ¿Tenías familia allá?

Nada.

—¿Tuviste familia alguna vez? ¿Estuviste casada? ¿Hijos?

Más nada.

—¿Crees que podrás dormir?

—Sí —respondió ella.

—Caigo sobre los hierbajos y las piedras, los jinetes espolean a sus monturas reacias y ya se acercan.

—Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches —respondió.

Amontonó una almohada de tierra y plegó las manos sobre el pecho. Al cabo de poco tiempo, dormía. Soñó con un chico que miraba a un hombre que miraba por una ventana a las tinieblas en que se encontraba el chico. Soñó con un tren que volaba sobre un campo dorado, con rumbo a un destino inefablemente fabuloso.

Despertó con la primera luz del alba. Ella dormía. Se había ovillado como una pelota. Su cabeza reposaba en el hombro de él.

Así tuvo esa ocasión de mirarla despacio.

Su cabeza era poco mayor que un melón cantalupo. No tenía vello ninguno. Sus ojos, cerrados, aún brillaban a través de la membrana venosa de los párpados. Su piel, en la tenue luz del amanecer, era verde oscuro, casi negra. No tenía la piel escamosa, eso era un mito. La tenía lisa y suave como una hoja de árbol. Muy fina, de aspecto frágil. Como una hoja de árbol.

Respiraba de manera uniforme mientras dormía. Silbaba esa involuntaria melodía. La fina línea de la boca, sin labios, no era más que eso: una línea. La boca de los nadianos no era expresiva; todo estaba en sus ojos y en sus fosas nasales. La cabeza pequeña y lisa le oprimía con suavidad el hombro mientras dormía.

Despertó entonces. Parpadeó varias veces. Estaba inmediatamente despierta y alerta. Se incorporó.

—¿Estás bien? —dijo él.

—Sí —respondió.

—Deberíamos ponernos en marcha. A pie. Lejos de la carretera.

—Sí.

—No sé cómo, pero vamos a robar una pastilla. No será fácil.

—Se me da bien robar —dijo ella.

—No quiero decir que sea moral ni filosóficamente difícil.

Quiero decir que los sistemas de seguridad de las pastillas son duros de pelar. Probaré.

—Sí. Probar.

—Suponiendo que podamos hacernos con una pastilla, no deberíamos tener mayores problemas en Pensilvania. En Pensilvania mayormente hay solo refugiados, que mayormente son inofensivos. Pero luego pasaremos a Ohio, y en Ohio comienzan los Territorios Libres.

—Sí.

—¿Eso lo sabes?

—Un poco.

—Allá fuera todo es bastante imprevisible. Después de la fusión accidental del reactor, más o menos todo el que se hallara entre este punto y las Montañas Rocosas fue sujeto a evacuación. Supongo que fue una medida provisional, pero lo cierto es que nadie se tomó la molestia de volver. Ahora, los que mayormente rondan por ahí son justo los que se negaron a la evacuación, y es todavía imposible precisar qué daños han sufrido por la lluvia radiactiva. Solo están ellos y los nómadas que van llegando desde la Asamblea del Sur o que bajan desde Canadá. Pueden ser duros de pelar. Son la gente que nunca llegó a ingeniárselas en la sociedad civilizada. Algunos son evangélicos. Otros son delincuentes.

—Como en Nadia —dijo ella.

—Supongo. En cierto modo.

—Ahora caminamos.

—Sí, ahora empezamos a caminar.

Pudieron seguir en paralelo a la carretera, aunque en largos trechos desaparecía el matorral y el monte bajo y tuvieron que seguir adelante por campo abierto. Avanzaban deprisa, pero no demasiado. Por la carretera, a menos de un kilómetro a su izquierda, pasaban zumbando las pastillas. Si alguien mirase de reojo y los viera por casualidad, podrían pasar de manera verosímil por refugiados en busca de alimento y de cobijo. No serían tan verosímiles en calidad de humano y nadiano que vagaran juntos. No les quedaba otra que confiar en que nadie los

viera desde la carretera, nadie al menos con la suspicacia necesaria

para avisar a Magicom. No les quedaba más remedio que tener esperanza.

Caminaron a través de amplias extensiones de hierba y matojos. Pasaron una vez por una urbanización abandonada, filas y filas bien ordenadas de casas muy similares, alrededor de las cuales había crecido la hierba en desorden. Las casas habían sido una sola idea repetida hasta la saciedad. El tiempo y la intemperie las habían blanqueado, les habían dado una calidad casi translúcida, como si fueran casas de papel. Había algo particularmente satisfactorio en su callada igualdad, en el modo en que sus tejados, modestamente inclinados, aserraban como dientes el cielo blanquecino e impenetrable. En su apacible y constante desplome.

Mediada la tarde llegaron a un complejo que brillaba por encima de la carretera. Era un óvalo plateado, falso Gehry de imitación, de unas cincuenta plantas de altura, decorado con extrañas protuberancias y, por la cara sur, con una aleta de doce metros que formaba un ángulo descorazonador en dirección al cielo. Bajo el vientre planteado en pendiente tenía que hallarse la zona de estacionamiento.

—Bien —dijo Simón—. La civilización. Debe de ser uno de los últimos complejos habitados, estando tan al oeste.

—Sí.

—Recias medidas de seguridad, estoy convencido. Pero parémonos a pensar un minuto.

—Sí.

—No nos permitirán la entrada en la zona residencial ni en la zona mercantil. Es posible que nos pudiéramos colar en la zona comercial, pero no nos quitarían el ojo de encima ni un instante.

—¿Hacen ahí entregas y repartos? —dijo ella.

—Repartos… Seguro. A todas horas.

—¿No suele estar muy vigilado?

—Probablemente, no. Así pues… estás pensando que podríamos haraganear por el puerto de entregas y repartos y probar a robar una pastilla de carga. ¿Es eso?

—Sí.

—Verás cuál es el problema en eso. Yo no puedo atacar físicamente a nadie. Podría robar una pastilla, pero no puedo amenazar al conductor. Mi programación no me lo permitiría. Me quedaría paralizado. No, de hecho entraría en colapso. Si algo realmente malo le sucediera a alguien, mis circuitos podrían bloquearse del todo.

—Si eras ladrón en el Viejo Nueva York…

—Eso lo podía hacer porque los clientes querían que lo hiciera. Era uno de los pocos trabajos que pude conseguir sin una recomendación.

—Yo sí puedo amenazar.

—Ya lo he visto.

—¿Yo amenazo, tú conduces?

—Sí, puedo conducir, sin problema. Lo único es que no puedo hacer daño ni amenazar con hacer daño a ningún ser vivo que tenga columna vertebral.

—Yo amenazo. Tú conduces.

—Bien, a ver qué pasa.

Se dirigieron a la base del complejo y permanecieron al borde mismo de la plaza, cuya superficie recorrían rendijas o venas de musgo y hierbas. Debía de ser un complejo de alquileres bajos. Las puertas acristaladas de la entrada estaban menos que limpias. Unos cuantos paneles de titanio de la cobertura se habían caído enteros. La superficie estaba tachonada de rectángulos marrones, donde había estado el revestimiento de titanio.

La seguridad tampoco podía ser, así pues, de primera calidad. Quizás todavía estuviera prevista de aquel modelo de antaño, que afirmaba ser capaz de identificar a todo el que entrase, pero que en realidad interrogaba a uno de cada tres y automáticamente disparaba anestésicos a uno de cada cincuenta. De aquello nunca se supo gran cosa. Como cambiar el sistema de seguridad por otro habría sido lo mismo que reconocer la culpa en tales desmanes, y algunos de los complejos más antiguos y menos caros aún estaban provistos de ellos.

—Entrega y reparto seguro que por detrás —dijo Simón.

—Vamos —dijo ella.

—Claro, vamos.

Al fondo del complejo, una rampa trazaba una curva desde el nivel del terreno y terminaba ante una verja de acero que se levantaría cuando un repartidor fuera identificado. Se encontraba vacía. En los alrededores, los toneles de residuos tóxicos resplandecían entre blancos y azules al sol. El complejo debía de tener desactivado el sistema de procesamiento de residuos tóxicos para ahorrar dinero. Es probable que contratase a nadianos para que se llevasen los productos más letales. Los nadianos seguramente los verterían en los campos por los que Simón y Catareen habían pasado a pie.

—Esperamos. Escondidos —dijo ella.

—¿Y dónde nos vamos a esconder?

—Toneles.

—La verdad es que no deberíamos acercarnos mucho a esa basura.

—Poco tiempo.

—Si no es mucho, supongo que lo peor será que nos mareemos un poco.

—No hay otra.

Catareen y él se agazaparon tras los toneles de residuos tóxicos. De manera experimental, Simón tocó uno con las yemas de los dedos. Estaba caliente. De los contenedores emanaba un rielar espectral apenas visible, una mayor condensación, una eflorescencia del aire. Simón se preguntó si los residentes de las plantas inferiores del complejo no padecerían jaquecas inexplicables, si los niños no tendrían problemas con la dentición.

Al cabo de un rato oyeron el ronroneo de una pastilla que se acercaba. Catareen se puso en pie de un brinco.

—Tú espera —dijo. Salió velozmente de detrás de los toneles y se tendió en medio de la rampa.

Instantes después apareció la pastilla de carga. El conductor se detuvo a pocos metros del cuerpo prosternado de Catareen.

Ella alzó la cabeza y miró al conductor de la pastilla.

—Por favor. Auxilio, por favor.

Él oyó la voz del conductor, amplificada desde el asiento del piloto.

—¿Qué sucede? —era la voz con carraspera, aguda y ansiosa, de un adolescente.

Ella alzó un brazo, movió una garra verde e inerte.

—Por favor —gimió.

El conductor estaría tratando de decidirse. ¿Mejor seguir adelante y pasar por encima de ella, entrar y notificárselo a alguien? ¿Tal vez intervenir directamente? Las opiniones estaban divididas a la hora de ayudar a los nadianos. Unos se negaban categóricamente. Otros eran excesivamente serviciales, para contrarrestar la actitud de los que los rechazaban.

Simón vio al joven salir de la pastilla. Eres un joven bueno, dijo en silencio, lamento que tu actitud esté a punto de cambiar.

El joven repartidor se agachó junto a Catareen. Ella titubeó, susurró algo. Y se le echó encima sin que se diera cuenta. Con ambas garras le rodeó el cuello. Como el chico era casi cuarenta centímetros más alto

que ella, le plantó las patas en el abdomen. Lo hizo con una gran celeridad. Era como un lagarto de veras. Por un instante, Simón vio en ella a un animal que ataca a su presa. Luego salió corriendo de detrás de los toneles.

El repartidor —el chico de los repartos, más bien— se quedó demudado, con la cara como el papel, tembloroso, en poder de Catareen. Tenía el cabello naranja claro y pecas espolvoreadas por toda la cara.

—Por favor, no me hagan daño —dijo.

Simón se detuvo. Le zumbaron los circuitos. El chico quería que le hicieran daño, ¿no? Lo deseaba sin saber que lo deseaba. ¿Era verdad? ¿O estaba interpretando Simón erróneamente la señal?

—No te vamos a hacer nada que tú no quieras que hagamos —dijo Simón.

—Dentro —dijo Catareen al chico—. Lado del copiloto.

Tembloroso, el chico subió a la pastilla con Catareen aún aferrada a él como una criatura monstruosa. Simón ocupó el asiento del piloto. Puso marcha atrás y salió flotando hasta la carretera. El chico estaba sentado a su lado, Catareen ferozmente agazapada en su regazo.

Simón comprobó que el chico traía un cargamento de leche de soja al complejo. Las cajas de color naranja estaban apiladas en perfecto orden en la parte posterior de la pastilla.

—Por favor —dijo el chico—. Oh, por favor. Llevaos la pastilla. Yo no haré nada.

Simón paró un momento. Era preciso hacer lo mejor para el chico. Si le causara cualquier perjuicio, él quedaría bloqueado. Pero no parecía ser capaz de apreciar si el muchacho quería que se le dejara en paz o si quería que se le amenazara.

Catareen callaba. Mantenía las garras fijas en el cuello delgado del chico.

Cuando Simón intentó decir algo, descubrió que la voz no le respondía.

—Solo te vamos a dejar un poco más adelante —logró decir en voz muy baja—. Podrás volver caminando. No te pasará nada.

Su voz había adquirido una mecánica laxitud. Se sentía como si estuviera conduciendo bajo los efectos del alcohol. Concentró su atención en conducir el vehículo.

El chico gimoteaba sujeto por Catareen. Simón conducía lo mejor que podía. Trazó algunas eses, pero pudo avanzar por la carretera sin

salirse.

—Gira aquí —le dijo Catareen cuando vieron una carretera secundaria.

—Oh, no, Dios, no —dijo el chico. Seguramente pensaba que se habían propuesto matarlo—. No, por favor, por favor, por favor.

Simón se quedó en blanco en ese instante. Su funcionamiento cesó por completo. Vio su mano inmóvil sobre la palanca de control de la pastilla. Vio que la carretera secundaria pasaba de largo.

—¿No giras? —dijo Catareen.

No era capaz de hablar. Tan solo podía seguir como estaba, helado, clavado en el asiento, viéndolo todo suceder. La pastilla se desvió hacia la derecha y Simón no pudo corregir su rumbo. Para el momento en que Catareen entendió que no poseía ningún control sobre el aparato, la pastilla se había salido de la carretera y transitaba sobre la tierra y la hierba del arcén. Rebotó ligeramente.

Catareen retiró las garras del cuello del chico. Nada más poner una mano sobre la que Simón tenía inmóvil para así reconducir la pastilla hacia la carretera, el muchacho abrió la puerta del copiloto y bajó de un salto.

Simón, todavía inmovilizado, miró en el globo del espejo y vio al chico dar tumbos por tierra. Se le comenzó a nublar la visión. Se esforzó por permanecer consciente. Vio al chico dar dos vueltas completas, levantar una polvareda, alejarse a medida que la pastilla ganaba velocidad. Le fue fallando la vista progresivamente. Primero, en la periferia de su campo visual comenzó a acumularse una blancura que después fue empañándolo del todo. Se esforzó, completamente en tensión. Vio que el chico se quedaba sentado en tierra.

Recuperó la visión. Los dedos que tenía sobre la palanca de control de nuevo le transmitieron sensaciones táctiles. Apartó la mano de Catareen, viró en redondo el rumbo de la pastilla y volvió a por el chico.

—No vuelta atrás —dijo Catareen.

No le hizo caso. No tenía elección.

Detuvo la pastilla en el lugar en que el chico estaba sentado sobre la tierra. Salió y se dirigió a él.

—¿Estás bien?

El chico estaba de una palidez cadavérica. Estaba sentado con las piernas dobladas bajo su cuerpo. Tenía magullada una mejilla. Simón percibió que su metabolismo de nuevo se ralentizaba. Su visión volvió a

emblanquecerse.

—¿Estás bien? —volvió a decir.

Despacio, el chico asintió. Simón se acuclilló a su lado, comprobó el estado de sus extremidades. No parecía que se hubiera roto ningún hueso.

—Parece que estás bien —dijo Simón.

El chico se echó a llorar. Tenía un rastro de imperfecciones en la frente, la nariz ganchuda, los ojos pálidos, bobos.

—¿Te puedes poner en pie? —preguntó Simón.

El chico no pudo contestar, se lo impidió el llanto.

—¿Qué me vas a hacer? —barbotó al fin.

En su voz resonaba una inconfundible nota de excitación.

Era un nivel siete, claramente. A Simón le zumbaron los circuitos.

—Te voy a matar —se oyó decir— taladrándote el patético culo que tienes.

El chico soltó un chillido. A duras penas retrocedió levantando tierra. Se dio la vuelta y, a rastras, se alejó hasta la hierba.

No. Reprímete. Concéntrate.

—Lo que quiero es tu dulce culo gordo. Quiero que lo pongas bien en pompa, para que te lo taladre a fondo con mi enorme pollón tatuado.

Joder.

El chico dio un alarido. Reptó un trecho por la hierba e, inseguro, se puso en pie. Volvió a caerse. Simón notó que las sinapsis le disparaban a quemarropa, y que su sistema cognitivo se cerraba a cal y canto. Fue infortunado, pero no exactamente desagradable.

—Tan cierto como que vuelven las estrellas tras disolverse en la luz —dijo—, la muerte es tan grande como la vida misma.

Catareen había salido de la pastilla e iba en pos del chico. Simón miraba sin poder hacer nada. La vio apoderarse del chiquillo, que sollozaba y se había puesto del color del cemento. La vio registrar a toda velocidad los bolsillos del chico y quitarle el vídeo. La vio volver y, no sin ciertos esfuerzos, la vio conducirlo a él, a Simón, de nuevo a la pastilla. Era capaz de moverse si ella lo apremiaba. Durante el cierre de su sistema, en fase aún inicial, era capaz de responder todavía a las instrucciones, aunque no podía iniciar una acción de ninguna clase.

Ella lo colocó en el asiento del pasajero y ocupó el del piloto. Giró la pastilla en redondo y arrancó a toda velocidad.

Poco a poco Simón recuperó su poder de movimiento. Lo notó

volver despacio. Fue un calorcillo creciente, una especie de floración interior.

—Me parece que me he colgado un poco, ¿eh?

—Sí —respondió ella. Estaba concentrada en la carretera.

—Los circuitos. La programación. Nada que hacer.

—Lo sé. —Y, a pesar de todo, estaba molesta. Él lo percibió. La pastilla se desplazaba flotando en silencio.

La había visto saltar sobre el muchacho como un lagarto que se apoderase de un escarabajo. Entendió en ese instante que parte de lo que se decía de los nadianos era probablemente verdad. Tenían un aspecto animal. Eran capaces de hacer daño.

—No tenemos mucho tiempo, lo sabes —dijo al fin.

—Sí.

—Al chiquillo le basta con echar el alto a algún buen samaritano que pase en su pastilla. Cosa que ya puede haber ocurrido. Sea como fuere. Magicom debe de estar a punto de tirarse más que nada a degüello a por nosotros.

—Sí.

—En cuyo caso, sería preferible no transitar por la red principal.

—No.

Y siguió pese a todo conduciendo sin mover un músculo, pura concentración en sus ojos anaranjados. Un lagarto, pensó él. Jodido lagarto.

—Hay caminos viejos por toda Pensilvania —añadió—. Parece que ahí cerca llegaremos a un cruce.

—Sí.

—Probablemente debería conducir yo.

—Yo conduzco.

—Solo tuve un problemilla porque hicimos daño a ese chiquillo. Creí que te lo había explicado.

—Yo conduzco —dijo ella.

Decidió que era mejor no discutir. Parecía que era bastante buena conductora. Pararse a cambiar de sitio sería una pérdida de tiempo.

Ella tomó la carretera que salía de la auto-pastilla. Un rótulo destartalado indicaba harrisburg. Atravesaron flotando los restos de un asentamiento. En los estados que administraba

el Consejo había comenzado a desmantelarse esa clase de lugares, o al menos eso se decía. Según los rumores, Magicom trataba de vender

Pensilvania, pero no encontraba compradores.

Catareen pilotaba la pastilla con plena competencia, por encima de la carretera alabeada y resquebrajada. Iban pasando por ambos lados casas y tiendas abandonadas, MacDonald's y Wendy Kentucky y Health-4-Ever, todos comidos por la hierba y la oscuridad, rociados de cristales rotos. Casi todos estaban desiertos. Algunos los habían ocupado los nadianos, que habían vuelto a colocar los toldos devorados por el sol. Allí cuidaban de sus pequeños, de sus coladas puestas a secar, de sus fogatas.

Catareen y Simón siguieron viaje en la pastilla durante horas sin encontrar ningún estorbo. Mantuvieron la pastilla con rumbo oeste. El paisaje no cambiaba: casas vacías y franquicias y tiendas al azar y de vez en cuando un centro comercial hecho una ruina, todos ellos tan similares que Simón tuvo la preocupación de que hubieran vuelto sobre sus pasos sin darse cuenta siquiera. Cuando todos esos lugares estaban en funcionamiento, tuvieron que ser algo más individualizado. Le preocupaba que Catareen y él pudieran dirigirse de regreso a Nueva Jersey. Podrían terminar perfectamente en el complejo en que habían robado la pastilla de carga.

Había que fiarse del asistente direccional de la pastilla. Había que seguir adelante.

Se hizo de noche. Cada uno de ellos había tomado dos cajas de leche de soja. Necesitaban alimento sólido. Siguieron adelante en silencio, atravesando la oscura nada. Los faros de la pastilla iluminaban un kilómetro tras otro de carretera estropeada que a nada conducía, a nada más, a lo sumo, que a la esperanza de Emory Lowell. Iban en persecución de una fecha y de un lugar que Lowell había implantado en Simón cinco años antes.

Si a la nadiana le preocupaba algo, no dio ninguna muestra. Se limitaba a conducir con su concentración sin flaqueza, con sus ojos de reptil.

—Deberíamos parar a hacer noche —dijo él al fin.

—Una hora más —respondió ella.

—No. Deberíamos parar ahora.

Vio que se tensaba su boca desprovista de labios. Era una mujer lagarto que quería salirse con la suya. Era imperiosa, sin empatía.

—Si quieres —dijo ella al fin.

Se detuvo en el arcén. Desactivó la pastilla, que, con un suspiro, se posó en el suelo. La luz de los faros desapareció poco a poco. Se hizo

una oscuridad pura, viva, crepitante por el chirriar de los insectos.

—Podemos prescindir de parte de la leche de soja y dormir en la trasera —dijo él.

—O casa.

Con su cabeza pequeña, ovoide, ella señaló una hilera de casas al otro extremo de la carretera, los techos a dos aguas bajo las estrellas, como el dibujo que un niño hubiera hecho de una cordillera.

—Técnicamente siguen siendo propiedad privada —dijo él.

Ella meneó las garras en el aire; un gesto nadiano para desestimar algún comentario, supuso.

—Eh —dijo él—. Somos delincuentes, ¿no? En tal caso, ¿qué más da romper algo e invadir una propiedad privada?

Salieron de la pastilla. Simón permaneció unos instantes pie a tierra, estirando la columna vertebral. Se encontraban en medio de un inmenso vacío negro, lleno de casas. En lo alto pendía una inmensidad de constelaciones. Tan lejos de las luces de la ciudad, las estrellas eran incontables.

El sol de Nadia era una de las estrellas colgadas sobre las siluetas negras de los tejados. Aquella estrellita *cotrañosa.*

Se dio cuenta de que Catareen se encontraba de pie a su lado. Eran capaces de moverse sin hacer ningún ruido. Lagartos.

—Nadia —dijo ella.

—Mmm.

—Nosotros decimos Nourthea.

—Lo sé.

El nombre de «Nadia» siempre había sido una simple e irónica aproximación. Uno de los periódicos derechistas comenzó a llamarlo Planeta Nada, en español, pues sus riquezas y su sabiduría no se llegaban a materializar jamás. Y el nombre había tenido éxito.

—¿Tú has ido? —dijo ella.

—¿Yo, personalmente? No, yo soy nuevo. A mí me fabricaron hace unos cinco años. En realidad, soy uno de los últimos que se hicieron.

—¿Por qué no legal?

—¿Quieres decir que por qué se toman la molestia de perseguir a un pobre e inofensivo artificial como yo?

—Sí.

—Hace un par de años, el Consejo identificó a todos los artificiales y los tildó de propiedades robadas, porque el debate en torno a la vida

natural frente a la vida que era fruto de la ingeniería no terminaba de resolverse. Éramos monstruos, éramos abominaciones. O bien éramos víctimas inocentes de la ciencia, y merecíamos una cierta protección. Se habló de crear reservas especiales para nosotros. En Texas, alguien inventó y patentó un aparato medidor de almas, pero los tribunales no dieron su visto bueno. Al final, aquellas personas a las que más aterraba nuestra existencia y condición creyeron dar con una solución. Como éramos fabricados, los símulos fueron declarados propiedad de Biologe. Y como andábamos por ahí a nuestras anchas, se declaró que éramos propiedad robada. En resumidas cuentas, nos habíamos robado a nosotros mismos. Se nos declaró objeto de contrabando. Se nos conminó a proceder a nuestra propia devolución. Pero Biologe ya no estaba en ejercicio. Así pues, lo mejor que se podía hacer era entregarnos a las autoridades hasta que nuestro propietario por derecho apareciera para reclamarnos. Lo cual, obviamente, jamás iba a suceder. Quedaríamos en depósito bajo custodia hasta entonces, es decir, para siempre. Hubo algunos que de hecho se presentaron. Por lo que alcanzo a saber, siguen sentados en sus celdas a día de hoy, con una etiqueta prendida a la oreja. Los demás hicimos todo lo posible por desaparecer. Pero siendo como somos propiedad robada, somos inherentemente ilegales. Hemos incumplido las leyes por el mero hecho de continuar en posesión de nosotros mismos.

—¿Y odian?

—Vaya, «odiar» tal vez no sea la palabra indicada. Se podría decir que nos consideran una muy mala idea. Una complicación innecesaria en el debate que aún arrecia en torno a la eternidad del alma. Más o menos, prefieren que no existamos.

—Los nadianos también.

—Ya, pero es distinto. Vosotros sois alienígenas legales. Siendo biológicos, vuestro derecho a la vida no se cuestiona. Se cuestionan a fondo todos vuestros demás derechos.

—Vivimos sin colereza.

—Las agonías son uno de los cambios de vestuario —dijo él.

—Sí —respondió ella.

La noche vibraba en derredor. Quedaban ciertos insectos. Las aves probablemente habían desaparecido para siempre.

—Sé que no te gustan las preguntas —dijo Simón.

—Algunas preguntas.

—Y no te voy a preguntar por tu pasado, por tu familia, por

cualquiera de esos temas claramente prohibidos.

—Gracias.

—Pero me gustaría saber… O sea, aquí estamos tú y yo. Tú tenías un trabajo, tenías un sitio donde vivir. De acuerdo, seguramente no era un trabajo fenomenal, pero teniendo en cuenta lo que hay a tu disposición…

—A disposición de alguien como yo.

—Disculpa, no quería ofenderte. Ya sabes adonde quiero llegar, ¿no? ¿Por qué estás aquí? Si llegamos a Denver, si por algún milagro Lowell sigue estando realmente allí, ¿qué esperanzas tienes?

—Morir en Denver.

—Un poco melodramático, ¿no crees?

—No.

Acto seguido, se quedó con la mirada perdida, impasible. Aunque él no la veía con claridad, supo con certeza qué grado de dilatación tenía en las fosas nasales. Iba aprendiendo a percibir tales condiciones en cuanto se suscitaban en ella. El aire mismo cambió entre los dos. Una ausencia legible, y casi audible, se anunció por sí sola.

—¿Por qué lo haces? —preguntó él—. Quiero decir, ¿adonde te ausentas cuando te pones así?

Muy despacio, ella exhaló su cantinela nadiana. «i-um-fa- um-so».

—Te lo pregunto —dijo él— porque, francamente, me pongo un poco de los nervios cuando te evades en un pispás. He terminado por entender que tarde o temprano has de volver, pero aun y todo… ¿Te costaría mucho, en fin, no sé, aguantar un poco más? ¿Sería demasiado antinadiano?

Nada. La cantinela susurrada, suave en la oscuridad.

—De acuerdo. Bien, me alegro de haber tenido contigo esta conversación. Vamos a buscar un sitio donde dormir, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo ella. Al menos, había dicho «sí».

Cruzaron la carretera y se adentraron en la zona urbanizada. Era uno de esos pueblos que Titán había creado para los que pronto habían de ser ricos. Porches a la entrada, buhardillas visibles, ventanas con macetas. Habían corrido ciertos rumores de que esos sitios estaban construidos con un material que se deterioraba con el tiempo y que producía emanaciones tóxicas, aunque la elevada incidencia de los tumores cancerosos entre los que pronto habían de ser ricos bien podría haber tenido sus raíces en el terreno o en el agua de sus diversas tierras de procedencia.

Catareen le condujo directamente a la tercera casa de la primera fila. Fugazmente dio la impresión de que ya hubiera estado allí alguna vez, de que hubiera tenido alguna relación en particular con esa casa, aun cuando era sin duda algo sumamente improbable. Seguramente era una peculiar propiedad de los nadianos, que tal vez siempre elegían el tercer artículo de una fila, o que realizaban una elección puramente arbitraria con una demostración ritual de certidumbre. O lo que fuese. A saber. ¿Y quién se iba a tomar, a esas horas, la molestia de preguntarlo?

La puerta estaba cerrada. Casi todos los evacuados habían contado con volver. Simón insinuó que probasen en otra casa, pero Catareen se había decidido por esa. Terminaron por romper una ventana con un Krishna de plastipiedra que permanecía soplando en silencio una flauta silenciosa en medio de un círculo de margaritas muertas tiempo atrás, en el césped de la entrada. El plexi, al reventar, hizo un ruido agudo y penosamente musical.

Tras colarse por la ventana rota se hallaron en un cuarto de estar que había sido despojado de todo lo que fuera fácil de transportar. Lo que allí quedaba era un sofá y dos sillones bajos, voluminosos, cubiertos de rosa y de oro y de azul pavo real, tan brillante que se veía incluso en la oscuridad. Había una mesa baja y un vídeo gigantesco y un globo de luz en forma de lámpara de araña, de época.

—A ver si hay algo de comer —dijo Simón.

En la cocina encontraron paquetes viejos de tal cosa al curry y de tal otra en escabeche, todo lo cual exigía agua para reconstituirse. Y no había agua, claro está.

Catareen sostuvo un paquete de aluminio en las manos dándole vueltas, como si esperase descubrir alguna instrucción secreta para convertir las cáscaras liofilizadas en comida sin la aportación de la humedad. Viéndola así, a Simón le invadió una sensación clara de cómo pudiera haber sido la vida desconocida de Catareen, escarbando las plantas que sirvieran de alimento en el suelo yerto y encharcado de Nadia, su llegada a la Tierra en una de las Naves de Promisión y su desembarco, tras diecisiete años de viaje, en un mundo posterior a la fusión del reactor, donde un alienígena bastante suerte tendría si encontrase trabajo en tareas de limpieza o en el cuidado de los niños ajenos. Ahora la tenía delante, en la cocina abandonada por una familia evacuada, con un paquete de alimento imperecedero en las manos, camino de un lugar en el que no se le había perdido nada, adonde se dirigía lisa y llanamente por no poder continuar en el lugar en que hasta entonces había estado.

—Mañana por la mañana algo se nos ocurrirá para comer —dijo Simón—. Ahora vayamos a dormir.

—Sí —dijo ella. Dejó el paquete en la encimera con sumo cuidado, como si fuera algo frágil, preciado.

Ascendieron las escaleras, dejando a uno y otro lado paredes con holografías retiradas de sus sitios. Arriba encontraron tres modestos dormitorios, en cada uno de los cuales había una cama y un secreter vacío. Debido a un acuerdo no expreso, ambos eligieron las habitaciones que habían sido de los niños, descartando el dormitorio paterno, algo más grande, con una cama bastante mayor.

—Buenas noches —dijo Simón. Ella le hizo un gesto escueto, militar, y se introdujo en su habitación.

Simón se tendió en la modesta cama infantil. La habitación vacía, con una única ventana que miraba a la ventana idéntica de la casa contigua, semejaba una celda de monja, aunque su ocupante ya desaparecido había olvidado una holografía recortada de una revista y pegado a la pared, así como un único calcetín rosa claro, enroscado como un signo de interrogación al pie de la cama. En la holografía aparecía Marty Mockington en sus primeros tiempos, bailoteando con gracejo infantil, y condenado, en un campo de amapolas cantantes. Simón vio a Marty Mockington bailar continuamente, joven, vital, resplandeciente. No podía haber sido una de las imágenes preferidas de la niña, ya que en tal caso no se la habría dejado allí olvidada. Debía de haber sido una imagen de segunda fila entre las docenas de imágenes análogas que habrían cubierto la pared. Simón imaginó sucintamente a la niña —tenía que ser una niña a juzgar por el calcetín— allí tendida, ante su pared de iconos cantantes y danzantes. ¿Se habría imaginado en el futuro, habría supuesto que algún día pasaría de esa habitacioncita al mundo de las holografías? Probablemente. Los niños tenían fe en destinos extravagantes. Ahora debía estar… a saber dónde. Lo más probable es que hiciera algún trabajo esclavo en la Asamblea del Sur o, con suerte, si sus padres hubieran resuelto sus trámites burocráticos, estaría estudiando para hacer algo en régimen de semiesclavitud en Canadá. Eurasia estaba fuera de toda consideración para una persona así. La niña estaría donde estuviese, y Marty Mockington, una estrella secundaria en su constelación particular, difunta veinte años antes, seguía bailoteando en la pared de su dormitorio y seguiría haciéndolo durante cien años, o más, hasta que los fotones se desmembrasen, hasta que las amapolas perdieran color y su exuberante interludio de baile (punta, tacón, salto) perdiera velocidad y al final se detuviera.

Simón cerró los ojos. Llegaron fragmentos de sueños. Una habitación repleta de estrellas. Un hombre orgulloso y feliz, cuyas manos eran llamaradas.

Despertó con una luz que brillaba fuerte y blanca en los ojos. Por un instante creyó que tal vez siguiera soñando, soñando con una luz terrible.

—Aquí hay otro —dijo una voz masculina detrás de la luz.

Otro qué, se preguntó Simón.

—No es nadiano —dijo una segunda voz, femenina.

—Pues no, no lo es.

Simón se bajó de la cama y se puso en pie cegado por la luz.

—Necesitábamos un sitio donde dormir —dijo—. No vamos a robar nada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó la voz femenina—. Pregúntale qué están haciendo aquí.

Los ojos de Simón se adaptaron a la luz cegadora. Atinó a discernir dos figuras de pie tras la fuente del resplandor. Una era alta y parecía encapuchada; la otra era más baja, con un nimbo de cabello eléctrico y erizado en toda la cabeza.

—Somos viajeros —dijo Simón—. No queremos hacer daño a nadie.

—Eso suele decir la gente —dijo el de la voz de hombre—. Pero se hace daño de todos modos.

Una tercera voz llegó desde el rellano.

—¿Qué habéis encontrado ahí?

Era una voz adolescente. Un muchacho con una autoridad nada juvenil.

—Un desposeído —respondió la silueta del hombre detrás del globo de luz—. Para mí que está loco.

Simón aún llevaba puestos los dos jerséis robados, asquerosos, y los pantalones sucios por encima de su traje multicremallera, el traje de trabajar. Propio de un loco. Y tanto.

Brevemente se sintió avergonzado, aunque de una extraña manera.

Entró más gente en la habitación.

—¿Podríais quizás bajar un poco esa luz? —dijo Simón.

Hubo una pausa durante la cual el hombre del globo de luz pareció confirmar si tenía permiso. Como al parecer se le concedió, bajó ligeramente el globo de luz apartándolo de los ojos de Simón, con lo cual puso al descubierto lo siguiente: él mismo, el que portaba el globo

de luz, un hombre de setenta años, o más, envuelto en un viejo disfraz de Halloween: Obi-Wan Kenobi. El tejido sintético de la capa se henchía en torno a su cuerpo más bien enteco; su cabeza gris, plateada, brillaba ligeramente bajo el capuchón, que le quedaba tan pequeño que más bien se le encasquetaba a las sienes como un gorro minúsculo. A su lado, una chica de unos diecisiete, una Virgen Bendita, con una capa azul y blanca. Tras ellos, Catareen sujeta por un Jesucristo con todas las de la ley. Se había maquillado con todo detalle, y llevaba los implantes de púas en la frente.

El Jesucristo y la Virgen llevaban sendas recortadas.

Desde algún punto invisible en las inmediaciones de Catareen se oyó hablar al muchacho:

—¿Qué es lo que estáis haciendo aquí exactamente? —Su voz era como el ruido de unas tijeras que cortasen hojalata.

—El mito celestial es indicio del alma; el alma siempre es bella —respondió Simón.

—La poesía no responde en realidad a la pregunta, ¿no crees?

El muchacho dio un paso al frente. Tendría unos once o doce años. Estaba desfigurado. La cabeza, grande como una sopera, se le asentaba con manifiesta pesadez sobre los hombros delgados. Tenía los ojos más grandes y más redondos de lo debido. La nariz y las orejas apenas existían. Llevaba algo que parecía un albornoz de baño, remangado y arrastrado por el suelo. De unos cuantos cordeles que llevaba al cuello pendían diversos ornamentos: una lata de atún, Afrodita convenientemente aplastada, un símbolo de la paz de color naranja, un frasco de laca de uñas MAC, un cráneo de gato con los dientes amarillentos.

Simón envió una callada y fútil plegaria a Catareen. Échame una mano, anda; a ver si eres capaz de hacer algo más útil que estando ahí de pie, capturada como si tal cosa, como si el cautiverio fuese tu verdadera condición natural.

—Solo estamos de paso. Eso es todo —dijo.

—¿Adonde me vas a decir —dijo el muchacho— que vas de paso por una carretera como esta, si solo conduce a otras carreteras como esta?

—Nos desviamos de la autopastilla solo un rato. Queríamos ver cómo son los alrededores.

—Esto es el campo —dijo el Jesucristo—. Así es como somos.

—Soy Luka —dijo el muchacho—. De la Nueva Alianza.

—Yo soy Simón.

—¿Y tu amiga?

—Se llama Catareen.

—Encontramos vuestra pastilla ahí fuera. Vimos que habéis roto una ventana.

—Lamento lo de la ventana. Podría… en fin, podría dejaros mi nombre, y si los dueños de la casa vuelven alguna vez, podría tratar de reparar los daños…

—Es bastante insólita… la imagen que presentáis vosotros dos —dijo Luka—. Un hombre y una nadiana en una pastilla llena de leche de soja. Estoy tratando de pensar en alguna explicación razonable e inocente. No sé si se me ocurre algo…

—No dinero —dijo Catareen—. No nada tenemos.

—Nosotros no usamos dinero —dijo el viejo—. No lo tocamos nunca.

—Nunca —dijo el Jesucristo.

—Procuramos estar limpios.

—Nosotros también estamos limpios —dijo Simón—. Tratamos de llegar a una hermandad en Colorado.

Ahí estaba la oportunidad de hacerse pasar por cristianos en fuga. Era una mínima posibilidad, pero lo era.

—¿Una hermandad que acepta nadianos? —preguntó Luka.

—Así me sea dado ver con ojos ajenos mi propia crucifixión y mi coronación sangrienta.

Uops.

—¡Están con Satán! —exclamó la Virgen María.

—Eso me está pareciendo —dijo Luka con un gesto de hastío y decepción.

—¿Los sacrificamos aquí mismo o los llevamos al tabernáculo? —preguntó el viejo.

—Tabernáculo —dijo Luka.

—Hagámoslo aquí —dijo el Jesucristo.

—No. Los llevamos al tabernáculo —respondió tajantemente Luka. Claramente, estaba acostumbrado a llevar la voz de mando.

—Vaya, pues de acuerdo —dijo el Jesucristo, claramente acostumbrado a dar muestras de obediencia.

Simón y Catareen fueron conducidos abajo, fuera de la casa. Aparcada delante de la pastilla de carga, en la carretera, había una destartalada autocaravana con calcomanías desvaídas que

representaban escopetas, peces y mamíferos.

—Dale a Obi-Wan Kenobi el contacto de tu pastilla —indicó Luka a Simón.

Simón obedeció. El viejo le arrebató el contacto tal como una ardilla le habría arrebatado una avellana.

Siguió a esto un debate bastante prolijo, acerca de quién había de ir en qué vehículo. Se decidió que Luka y el Jesucristo llevarían a Simón y a Catareen en la autocaravana, y que la Virgen y el viejo los seguirían en la pastilla de reparto. A Simón y a Catareen los colocaron sin ningún miramiento en la trasera de la autocaravana. Contenía una casa en miniatura. Tenía una cocinilla y una mesa con asientos, así como una cama en una oquedad. Era de colores brillantes, como las cosas de antaño. Olía a moho de pan y a plástico caliente.

Luka entró en la parte de atrás con Simón y Catareen. Tomó la recortada de manos del Jesucristo y los encañonó. El Jesucristo se quedó a la entrada, haciendo tintinear las llaves de contacto en la palma de la mano estigmatizada.

—¿Crees que podrás con ellos ahí detrás? —dijo.

—Por supuesto —respondió Luka—. De todos modos, en cuanto al arma… está preparada para atontar, ¿no? A un nivel cinco no es letal, ¿cierto?

—¿Está al cinco?

—Así es.

—Bien. El cinco está bien. El cinco los dejará vuelta al aire, pero no los matará.

Luka apuntó la recortada contra el Jesucristo y disparó. Una llamarada azul intenso lo alcanzó en el pecho enflaquecido, envuelto en la blanca túnica. El Jesucristo miró a Luka con una expresión de profundo desconcierto. Acto seguido, los ojos se le dieron la vuelta en las cuencas y cayó como un fardo, fuera de la puerta de la autocaravana, para quedar tendido en la calle.

—Rápido —dijo Luka a Simón y a Catareen—. Vámonos de aquí.

Simón se quedó mirando al Jesucristo. Uno de sus pies calzados en sendas sandalias, y asombrosamente pequeños, se había quedado enganchado en la puerta de la autocaravana. Temblaba. El resto de su persona yacía espatarrada en el asfalto, en actitud de éxtasis, de liberación total.

—¿Qué es lo que tienes en mente exactamente? —preguntó Simón.

Luka le entregó el arma.

—Tómame por rehén —dijo—. Agarra las llaves y conduce y larguémonos de aquí. Pero ya.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Apúntame con el arma.

Simón no tuvo el menor problema en hacerlo, teniendo en cuenta los nada ambiguos deseos del muchacho.

—Voy a salir por delante de ti —dijo Luka—. Tomas las llaves y nos sacas de aquí. ¿Entendido?

—Supongo que sí.

—Mejor llevarnos la autocaravana y dejar la pastilla. La autocaravana es mejor todoterreno.

—Sí.

—Oblígales a devolverte el contacto de la pastilla para que no puedan seguirnos.

—Lo que tú digas.

—Hecho. Vámonos.

Luka dio una patada al pie del Jesucristo que se había quedado enganchado. Alzó las manos y salió de un brinco. Simón miró de reojo a Catareen: ¿pensaba acaso que era una especie de trampa? Agitó los dedos largos en dirección a la puerta, en un gesto de impaciencia típico de los nadianos.

Desde fuera de la autocaravana oyó decir a Luka:

—Por el amor de Cristo, no dispares.

Catareen agitó los dedos con más apremio que antes. Allá ella. Si se trataba de un error, que el problema fuese de ella.

Simón saltó tras Luka y encañonó con la recortada su frágil espalda.

—Muévete. Te voy a matar ahora mismo como no hagas exactamente lo que te digo —dijo.

Se le daba bien, eso era innegable.

—No me hagas daño, por lo que más quieras —sollozó Luka.

La Virgen y Obi-Wan Kenobi se habían quedado helados ante las puertas de la pastilla, y parpadeaban con evidente confusión. A Simón se le antojó todo una charada excesivamente compleja, teniendo en cuenta que el público constaba de una adolescente y un anciano disfrazados de Halloween.

En ese momento empezaron a fallarle los circuitos. Notó que se le iban a cerrar. Percibió el repentino enfriamiento, como si la temperatura hubiese caído ocho o diez grados de golpe. Notó que se le

iba la cabeza y se mareaba; notó la agria, vertiginosa intoxicación. Parecía brotar no de la amenaza de violencia, completamente falsa, sino del absurdo mismo de la amenaza, del patetismo propio de apalear a esos tristes personajes (dotados, conviene recordarlo, de capacidad asesina). Se vio desbordado por entero por la idea de que el mundo estaba hecho de trucos baratos y de penas, de fanáticos y de chapuzas y de autoridades brutales y de viejos disfrazados de cualquier manera.

Se fue cerrando. No debería sucederle. No estaba haciendo daño directamente a nadie. Pero se había producido el fenómeno.

Catareen había arrebatado las llaves de las manos del Jesucristo. Luka dio un paso adelante.

—Por favor, por favor —decía—, haré todo lo que tú me digas.

Simón era capaz de moverse, pero con dificultad creciente, como si el aire mismo se espesara a su alrededor.

—En el interior de las vestimentas y los ornamentos —dijo—, contemplad un odio secreto y una muda desesperación. —Lo dijo con la voz pesada, varias notas por debajo de su tono.

Catareen le quitó el arma, dio un salto y apretó el cañón entre los omoplatos de Luka.

—Tirar contacto —dijo al viejo y a la Virgen.

—Hacedlo —ordenó Luka.

El viejo lanzó el contacto hacia Catareen. Cayó al suelo, a sus pies, y lo atrapó con velocidad de reptil.

—Muévete —dijo a Luka.

Este se desplazó. Simón lo siguió como pudo.

Catareen introdujo a Luka en la cabina de la autocaravana. Simón se las apañó para entrar por la puerta del copiloto. Catareen introdujo la llave en el contacto y arrancó. Se asomó por la ventanilla y dio un grito a la Virgen y al viejo.

—Si nos seguís, matamos.

Aceleró y se pusieron en camino.

—Buen trabajo—dijo Luka. Olía ligeramente a ambientador de pino. Su collar con los fetiches golpeaba levemente contra su pecho magro, envuelto en el albornoz.

Catareen conducía. Los faros de la autocaravana iluminaban la carretera color ceniza, las oscuras marañas de hierba a ambos lados.

Simón notó que iba volviendo en sí. El movimiento parecía sentarle bien.

—¿De qué iba todo eso? —dijo.

Oyó su propia voz como si resonase a cierta distancia, pero se iba recuperando, sin lugar a dudas.

—Eso ha sido «sayonara, soplapollas» —respondió Luka.

—¿Quiénes eran esos?

—Manchas en el nombre del Señor. Idiotas vestidos de idiotas.

—¿Tú no eras uno de ellos?

—Me hacía pasar por uno de ellos.

Los faros de la autocaravana siguieron iluminando una carretera brillante, desierta, flanqueada por negros campos. Simón vio que iba equipada con radiogoniómetro. Encontrarían Denver con facilidad.

—¿Vendrán tras nosotros? —preguntó.

—Es probable. Querrán recuperar la autocaravana a toda costa.

—¿Para preocuparse?

—No son muy listos. No saben organizarse. Obi-Wan y Kitty tardarán al menos una hora en llegar a pie al tabernáculo. Yo diría que lo suyo es salirse de la carretera y apagar los faros. La luna será suficiente.

—¿La autocaravana es todoterreno?

—Sí. Modificada. Motor atómico. El chasis lleva suspensión hidráulica. Modelada según aquello que se llamaban tanques.

—Sé bien qué es un tanque —dijo Simón.

—Entonces sabrás que podemos ir adonde queramos con este cacharro.

Con eso, Catareen se salió de la carretera y apagó los faros. Los neumáticos de la autocaravana se agarraban bien aun sin asfalto y por terreno desigual. Catareen lo condujo por la hierba, mecida y plateada bajo la luna.

—Bien —dijo Luka—. ¿Adonde os dirigís?

—A Denver.

—¿En busca de Emory Lowell?

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando alguien dice que va camino de Denver, el nombre de Lowell surge de manera natural. Es decir, dudo mucho que fueseis tan lejos solo para el festival de las serpientes de cascabel.

—Así que has oído hablar de Lowell.

—Lo conozco.

—¿En serio?

—Claro. Viví en Denver durante unos cuantos años. Cuando era más joven. Mi madre y yo viajábamos mucho.

—¿Militar?

—No. Pobres.

Atravesaban llanuras de hierba. De vez en cuando, las luces de un complejo titilaban en lontananza. De vez en cuando, saltaba una estrella fugaz.

Tras recorrer más de ciento cincuenta kilómetros, acordaron hacer un alto para pasar el resto de la noche.

—Hemos que comer —dijo Catareen.

—Me encantaría —dijo Simón—. Si por un casual encuentras un café ahí cerca…

—Yo encuentro —dijo ella.

—¿Y qué esperas encontrar exactamente?

—Animales aquí, ¿no?

—Algunos. Quizás. Dicen que algunos de los especímenes de más aguante siguen rondando por ahí. Ratas. Ardillas. Mapaches.

—Voy —dijo—. Yo miro.

—¿Me estás diciendo que crees que eres capaz de cazar algo ahí fuera?

—Yo miro.

—Como quieras.

Catareen salió de la cabina del camión y pareció volatilizarse en el acto entre los árboles. Simón y Luka también salieron. Pasearon, se estiraron. Arriba, entre las ramas, las estrellas eran manifiestas.

—Probablemente es buena cazadora —dijo Luka.

Simón pensó en sus garras afiladas. Pensó en sus dientes.

—Sí, ¿quién sabe?

—Me parece recordar —dijo Luka—, cuando era pequeño, un vídeo sobre las costumbres de los nadianos.

—Tenía que ser antiguo de verdad.

—Recuerdo que les gustaba en especial un roedor.

—Yo tengo vagos recuerdos. Una cosa gris, sin pelo, del tamaño de una ardilla de tierra. Con la cola larga. Muy larga.

—Eso es. Lo cocinaban con una especie de verdura marrón, peluda.

—Como una pifia piñonera, pero con pelo. Si se estofaba el roedor con la verdura peluda durante cinco o seis horas se podía comer.

—Era una de las delicias de los nadianos.

—Eso.

—Tienen alma, no sé si lo sabes —dijo Luka.

—Si quieres que te diga la verdad, no es que me entusiasme gran cosa el concepto de alma.

—¿Porque eres biomecánico?

—¿Qué te hace suponerlo?

—Tus ojos. Es algo muy sutil, pero siempre acierto.

—¿Qué les pasa a mis ojos?

—Difícil de explicar. Técnicamente no les pasa nada.

—Son biológicos —dijo Simón.

—Eso ya lo sé. Ya te digo, es algo muy sutil. Se tiene un poco la sensación de dos obturadores de cámara que se expanden y se contraen. Algo que recuerda una lente. Los ojos del ser humano biológico tienen, no sé, tienen más jugo. O son más sibilinos, o algo. No es cuestión del aparato visual. Más bien, de lo que hay detrás. Sea como sea, a mí no se me escapa.

—Eres un chico listo, ¿eh? ¿Cuántos años tienes?

—Unos once más o menos. Doce, quizás. ¿Importa algo? Siempre he tenido una percepción acentuada.

—A través de mí muchas, largas voces bobas.

—Este asunto de la poesía es interesante.

—Yo lo odio.

—Pero sueñas, ¿no?

—A mi manera.

—¿Te gusta estar vivo?

—Digamos que le tengo apego a la sensación de estar vivo.

—¿Te preocupa la muerte?

—Estoy programado. Hay un chip de supervivencia.

—Claro, todos estamos programados, ¿no crees? Programados por nuestros hacedores.

—No es que me sienta muy filosófico ahora mismo. Así que lo tuyo… ¿es el Exedrol?

—Eso. Cuando mi madre se quedó preñada de mí, se tomó unos cuantos puñados.

—¿Adrede?

—Creyó que el Exedrol contenía una suerte de programa. Cheques mensuales para pagar reparaciones. No sé quién se lo pudo decir.

—¿Tomó intencionalmente una droga que deformaría a su hijo?

—¿Y qué quieres que te diga? Siempre andaba en busca de un chanchullo, lo que fuera. Ella era así. Yo no la culpo de nada.

—Venga ya.

—Me dio la vida. La gratitud es la única respuesta adecuada a todo cuanto sucede.

—Los biológicos sois un misterio.

—Hace un par de años ella y yo nos sumamos a un grupo que se hacía llamar Fuego Sagrado. Una panda que daba miedo, la verdad. Los de antes eran algunos de los especímenes más inteligentes.

—Así que era cristiana…

—Era lo que hiciera falta ser con tal de acomodarse un rato. Los cristianos te dan de comer si aceptas sus votos.

—¿Sigue tu madre con ellos?

—Qué va. Encontró un tipo. Arreglaba el tejado. Había goteras en el tabernáculo. Hace casi un año que no he sabido nada de ella.

—¿Te abandonó?

—El de los tejados no tenía ningún interés por la paternidad. Ella supuso que los cristianos me sabrían cuidar mejor incluso que ella. Ellos son los que me pusieron por nombre Luka. Asunto bíblico, sabrás.

—¿Y tu verdadero nombre?

—Mi verdadero nombre es Luka. Mi nombre antiguo era Blitzen. Como uno de los ciervos de Santa Claus, ¿vale? Mi madre era… Da igual lo que mi madre fuera.

—¿Y tú fingías creer en su dios?

—No, no; es que yo sigo creyendo en su dios. Lo que pasa es que me desagradan sus métodos.

—Te lo digo en serio…

—No podría hablar más en serio. Llevo al Espíritu Santo en mí ya desde hace casi un año.

—Pues eso está muy bien para ti, supongo.

—«Bien» probablemente no sea la mejor palabra.

Simón y Luka habían regresado a la autocaravana y estaban sentados con la espalda apoyada contra el neumático trasero derecho cuando volvió Catareen. Era asombrosamente sigilosa. No se había oído una sola pisada, una sola rama quebrada. Algo llevaba a la espalda.

—Encuentro —dijo.

—¿Quieres decir que de veras has cazado algo? —dijo Simón. —Sí.

—¿De qué se trata? —inquirió Luka.

Catareen titubeó. Sus ojos resplandecían en la oscuridad.

—Lo preparo del otro lado. —Se llevó lo que fuera al lado opuesto del vehículo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Luka a Simón.

—Le da vergüenza —respondió.

—¿Por qué había de darle vergüenza? Si de veras ha salido por ahí y ha cazado algo que podamos comer; es una auténtica heroína.

—No quiere que la tomemos por un animal.

—No es un animal.

—No, no lo es, pero tampoco es humana. Para ella es extraño vivir aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo imagino, eso es todo.

Pronto volvió Catareen. Había despellejado con limpieza y había fileteado dos ardillas. Les había arrancado la cabeza, las patas y las colas. Entrecerró los ojos casi del todo, las ofreció a Simón y al chiquillo. Tenía la capa manchada de gotas de sangre que brillaban oscuras sobre el tejido pálido. Simón confió en que no se diera cuenta de que él se había dado cuenta.

—Gracias —dijo.

—Entonces nos las comeremos crudas —dijo Luka.

—Tengo una idea —dijo Simón.

Levantó la capota de la autocaravana, levantó el compartimento del minirreactor que se había alojado allí donde en tiempos hubo una batería. Despedía un brillo verde claro. La carne de las ardillas resultaría ligeramente contaminada, pero no lo suficiente para causar daños graves.

Las tomó de Catareen. Estaban calientes y pegajosas. Eran con toda claridad cosas que habían estado vivas. Experimentó muy brevemente algo parecido a lo que Catareen tuvo que experimentar al cazar y matar las ardillas. Se oyó un clic interior. No pudo darle otra palabra. El hambre y un clic, un siseo mínimo, eléctrico, dentro de su pecho. La miró.

—Gracias —volvió a decir.

Ella asintió. No dijo nada.

Dejó las ardillas sobre el reactor expuesto. Lo hizo con suavidad, como si aún pudieran sentir el dolor. Emitieron un suave chisporroteo al contacto. No quedarían cocinadas en el sentido técnico del término,

pero tampoco estarían crudas.

Contempló las dos ardillas mientras se oscurecían lentamente. Despidieron un olor salvaje y acre. Luka permanecía cerca, en observación. Catareen estaba más alejada. Simón vio una vez un vídeo, antiguo metraje de una familia en una actividad muy semejante. El padre cocinaba la carne al fuego mientras la mujer y el niño esperaban a que estuviera hecha.

Se comieron las ardillas, la carne agria y fibrosa, con un fuerte resabio químico. Con todo y con eso, era alimento. Después de comer, durmieron en la trasera de la autocaravana. Catareen y el chiquillo encajaron a la perfección en los dos bancos de cojines anaranjados que rodeaban la mesa de imitación de madera. Simón, por ser de mayor tamaño, ocupó la oquedad de la cama que sobresalía por encima de la cabina de la autocaravana.

Soñó con mujeres voladoras que llevaban vestidos de luz.

Al alba reanudaron el viaje. La tierra se ondulaba un poco, hierbas altas, inmensidades de cielo. La autocaravana abría una senda por la hierba que se cerraba inmediatamente a su paso. No dejaban huella. Nubes como puños cerrados rodaban por delante, amasándose y disolviéndose.

—Todo parece bastante normal —dijo Luka.

—Difícil de precisar, ¿no? —Simón oteaba el horizonte por el parabrisas—. Es decir, ¿antes eran las nubes así? ¿Era el cielo de esa tonalidad de azul?

—He oído que la fusión del reactor se produjo en Dakota del Norte. Allí había una instalación secreta bajo tierra.

—Yo he oído que fue en Nebraska, cerca de Omaha.

—Un tipo al que conocí me dijo que fue el golpe de gracia de la Cruzada de los Niños. Niños enloquecidos, con una bomba grande de verdad.

—No, eso ya había terminado para entonces. Fueron separatistas de California.

—No es eso lo que tengo entendido. Los separatistas de California eran solo, a ver, siete u ocho personas de Berkeley, sin financiación ni nada. Eso lo sé de una autoridad fiable.

—Eran mucho más. Fueron sin ninguna duda los responsables de lo del agua potable en Texas.

—Igual me da. Hay quien cree que la evacuación no fue necesaria.

Otros piensan que sigue sin ser seguro andar por aquí.

—No hay quien niegue que ya no hay pájaros.

—Sí, pero los están reintroduciendo ahora. Es solo un ensayo. Los más duros de pelar. Palomas, gorriones, gaviotas.

—Tendrían que pensar un poco más en la reintroducción, primero, de las propias personas.

—¿Tú crees que ha habido unas elecciones? —preguntó Luka.

—Me lo he planteado, sí. Me parece que sí. Las leyes parecen haber cambiado.

—Tengo entendido que uno de los presidentes está en la cárcel.

—Yo tengo entendido que el otro presidente se convirtió.

—Ahí lo tienes.

Siguieron la marcha adentrándose en el día, atravesando el vasto plato de la tierra. Pudieron seguir con rumbo oeste en línea recta, en términos relativos. El radiogoniómetro los mantenía informados de lo que podrían encontrar más adelante. Esquivaron ciudades y asentamientos. Tuvieron que trazar curvas de vez en cuando para sortear algunas arboledas, pero durante kilómetros y más kilómetros no hubo nada más que campos, los campos que en tiempos habían sido de pasto, y ahora eran de malas hierbas. Vieron ciervos. Vieron coyotes. Siempre a lo lejos, manchas pardas en la verde inmensidad, mirándolos desde lejos. Así pues, los animales de mayor tamaño volvían poco a poco.

Periódicamente paraban para que Catareen cazase algo. Por lo común lo lograba. Desaparecía durante media hora o algo más y volvía con un conejo o una ardilla. Cuando trabajaba en procuración de alimentos, Catareen era siempre igual. Se deslizaba en silencio, regresaba igualmente en silencio, despellejaba y limpiaba de entrañas a las presas al otro lado de la autocaravana, donde Simón y el chiquillo no la vieran. Les ofrecía los animales relucientes sin decir palabra. Ninguno de los tres decía nunca nada sobre lo que comían. Comían sin más, y Catareen enterraba luego la cabeza, los huesos, los restos que pudieran quedar. Siempre enterraba los despojos. Aparentemente era una necesidad que tenía. Una vez enterrados los trozos del animal, seguían camino.

A la segunda noche detuvieron la autocaravana sobre una modesta elevación del terreno con vistas a una laguna que brillaba como un espejo circular en la luz poniente. Reflejaba el brillante tono lavanda del cielo crepuscular, una versión ondulada y ahondada, como si el

agua llevase una piel de pálida luz púrpura.

—No me iría mal un baño —dijo Simón.

—A todos nos sentaría bien —dijo Luka.

Se acercaron a la orilla de la laguna. Moscas y mosquitos sobrevolaban la superficie del agua. Despedía un olor… a hierro y a algo más, un olor que Simón solo supo identificar con el de la humedad.

—Difícil precisar —comentó— si es tóxica o no.

Por toda respuesta, Catareen se despojó de la capa, entró a pie en el agua y se zambulló con la misma, alarmante celeridad que le permitía acechar y matar animales de pequeño tamaño. Sencillamente, estaba de pie en la orilla y, sin tiempo para nada más, pasó a ser una capa olvidada y manchada de sangre animal. El punto negro de su cabeza asomó a la superficie a una veintena de metros.

—No parece que le preocupe —dijo Simón.

—A mí tampoco —dijo Luka, aunque sin apenas convicción.

Simón y Luka se desnudaron. Luka se quitó el collar de los fetiches, se despojó del albornoz. Desnudo, se quedó quieto en la orilla misma. Simón reparó en la pequeñez sonrosada de Luka, en las concavidades y torsiones de su cuerpo. Sin ropa, recordaba los cuerpos despellejados de los animales que cazaba Catareen.

—Parece que no está demasiado sucia —dijo a Simón.

—Eso me parece.

Luka pareció hallar consuelo en la afirmación de Simón, aunque los dos obviamente eran conscientes de que Simón no tenía forma de saber nada en absoluto sobre el nivel de contaminación de la laguna. A pesar de todo, Luka pareció extraer de su afirmación una suerte de permiso. De un salto se lanzó al agua, levantando una gran salpicadura.

Simón se introdujo en el agua brillante hasta los tobillos. Pensó por un momento que se le encasquillaban de nuevo los circuitos. Notó las primeras insinuaciones de frío helador, de languidez. Pero se trataba al parecer de algo distinto. Era una sensación nueva. Parecía brotar de la pura y simple extrañeza, del hallarse al borde de un círculo de agua, muy posiblemente contaminada, con una mujer lagarto y un chiquillo deforme. Fue algo que se desplazó por sus circuitos, como el aviso del cierre inminente, aunque no del todo; una sensación más flotante, vagamente cosquilleante; un desatracarse interior, un aflojamiento como el que precede al sueño.

—Vamos —lo llamó Luka.

Simón se lanzó. El agua estaba cálida en la superficie, fría más

abajo. Nadó hacia Catareen y Luka.

—Sienta de maravilla —dijo este—. Me da igual si es tóxica.

Catareen flotaba de espaldas, tan sin esfuerzo que daba la impresión no de que nadase, sino de que estuviera sujeta por el agua misma, propulsada por el agua, como una nutria o un castor. Así pues, los nadianos sabían nadar. En el agua parecía más asilvestrada que de costumbre. Parecía más salvaje y más real. Tenía algo de inevitabilidad criaturesca. Simón comprendió, o creyó comprender. Estaría percibiendo la capa de agua cálida que flotaba sobre el agua fría, la sensación de atravesar un cuenco de luz púrpura rodeada por un mundo progresivamente oscuro, cuando salieran las primeras estrellas. Desaparecería en todo ello tal como desaparecía en sus estados de catatonia, su cantinela de lagarto.

Simón fue el primero en salir. Permaneció desnudo en la orilla, de modo que el aire lo secara, y vio emerger a Catareen y al chiquillo. Desnuda, Catareen era puro nervio, brazos y piernas finas, fuertes, minúsculas turgencias en el pecho, una elevación compacta, huesuda, cuadrada, en la pelvis. ¿Quién era el escultor? Giacometti. Parecía una escultura de Giacometti.

Permaneció unos momentos donde apenas cubría mientras el chico trepaba por el ribazo y se ponía a toda prisa el albornoz. Se volvió y miró el agua. Simón comprendió que le había causado un placer intenso, el agua y la tierra que se oscurecía. Supo que era reacia a marchar. La contempló. Era una silueta delgada y negra, recortada sobre la laguna y el cielo. Era, le pareció, feliz. Era repentina e inesperadamente feliz, o comoquiera que los nadianos lo llamaran, caso de que tuvieran un vocablo para designar la felicidad.

—Es bello —dijo. No estuvo totalmente seguro de lo que quiso decir con eso en ese momento en particular. Pareció casi un nuevo saludo que Catareen y él hubiesen acordado intercambiar, una variación sobre el lenguaje común, codificado de nuevo.

Ella se volvió al oír su voz. Se sobresaltó, se mostró tímida. Algo especial hubo en ella en ese instante, algo que él no supo

describir. Tal vez no hubiera una palabra para designarlo en el lenguaje humano. Él no atinó a ponerle nombre.

—Qué bellos y qué perfectos —dijo en cambio— son los animales. ¡Qué perfecta es mi alma! ¡Qué perfecta la tierra, y hasta la cosa más ínfima que haya en ella!

Catareen lo miró. Pasó un silencio entre ambos.

—Hueles un poco mejor que antes —dijo Luka a Simón.

—Gracias —dijo Simón. Comenzó a vestirse.

En ese momento Catareen salió del agua, se vistió y se escabulló para cazar. Regresó al poco con un par de criaturas pequeñas, de patas largas, que ninguno supo identificar. Simón las cocinó.

—Creo que debemos de estar ya en el oeste de Kansas —dijo Luka mientras Simón daba la vuelta a las ancas flacas sobre el radiador de la autocaravana—. Podríamos llegar a Denver mañana a última hora.

—Yo diría que a media tarde —dijo Simón.

Lo que sí pensó y no dijo: no le hubiera importado seguir conduciendo sin cesar. Había algo hipnótico en ello, algo profundamente placentero. Solamente conducir.

—Denver —dijo Luka— ha terminado por ser una especie de gigantesca ciudad de chabolas. Probablemente se debe de parecer algo a como era hace trescientos años. Solo que hace trescientos años nadie vivía en centros comerciales abandonados, en franquicias sin mercancía que vender.

—Los cristianos no son dueños de Denver, al menos por lo que yo sé.

—No, Denver sigue siendo básicamente laica. Algunos cultos de algunas diosas, y una gran ciudad dedicada a Buda en el este. Allí, Jesucristo Nuestro Señor vale bien poca cosa.

—¿Dijiste que creías en todo eso?

—Pues sí.

—Pero formaba parte de la engañifa.

—Empezó siendo así. Les llevé la corriente y me dejé llevar por sus ideas, para que no dejaran de alimentarme. Rezaba con ellos sus oraciones, cumplía con las devociones diarias. Meditaba en el patético santuario que habían construido en el aparcamiento del supermercado. Mero fingimiento. Y entonces entendí que es verdad.

—Lo dices en broma.

—Lo digo totalmente en serio. Un buen día sucedió algo. No sé cómo describirlo. Llegó algo. Es como… a ver, digamos que tú sales todos los días de tu casa y un buen día das un grito: «¡Oh, Gran Heffalump, ven a mí!». Lo haces nada más que por complacer a alguien, porque es una costumbre de los lugareños, porque la loca de tu tía no se tomará la medicina a menos que tú llames a gritos a Heffalump todas las mañanas, y entonces un buen día ese bicho enorme y peludo, con su trompa y su cornamenta, se llega a rastras y te dice: «Yo soy el Gran Heffalump, dime, ¿qué es lo que quieres?». ¿Qué haces en un momento

así? Tú no crees en él, ni siquiera te gusta, no lo quieres para nada, pero resulta que ahí está, delante de tus narices.

—No estoy muy seguro de creer lo que dices.

—No me hace ninguna falta que me creas. Eh, a ver, ¿están hechos esos erizos?

—No creo que sean erizos.

—Pues lo que sean. A mí no me importa que se queden un poco crudos.

Simón sirvió las criaturas sometidas a radiación. Catareen se sentó entre el chiquillo y él, a consumir en silencio su parte de la caza. Después de la cena, enterró los restos y el chaval se fue a acostar en la trasera de la autocaravana. Simón se quedó fuera un rato más, con Catareen. Se sentaron juntos en una ladera de hierba mullida. El viento arrancaba un sonido bajo, un crepitar, y las estrellas brillaban con nitidez en el cielo negro como la tinta. La laguna despedía minúsculas chispas que podrían haber sido mero reflejo de las estrellas.

—¿Echas Nadia de menos? —le preguntó Simón.

—No.

—Es tu tierra, es de donde vienes.

—Allí no hay nada.

Él no supo cómo contestar. Había algo en eso. Había algo, en realidad, en todo, en todas partes. Cierto, los habitantes de la Tierra habían puesto grandes esperanzas en su primer (y posiblemente único) contacto con habitantes de otro planeta. Los trillones invertidos en llegar allí, las décadas de esfuerzo constante, ¿y qué habían encontrado? Un pueblo que en diez mil años de historia ni siquiera había ideado un sistema de escritura. Que vivía en chabolas de adobe reseco y se transportaba, los unos a los otros, en carromatos de madera. ¿Dónde estaban las ciudades de oro, los chamanes, los científicos? ¿Dónde estaban los grandes descubrimientos, las curas a tantas enfermedades, el arte?

—Tengo entendido que es un lugar áspero —dijo.

—Para mí no es nada.

—Tal vez —dijo— no tenga ningún sentido que seas tan misteriosa en lo que concierne a tu pasado. ¿No te parece que es minimísimamente innecesario?

Estaba sentada a su lado en la negrura. Emitía su cantinela como un silbido.

Pasado un rato, Simón dijo: —En fin. ¿Tienes alguna pregunta a

propósito de mí?

—No.

—¿Son así todos los nadianos?

—¿Así? ¿Cómo?

El viento le daba en la cara. Traía un olor seco, a verde.

—¿Te importa escucharme? ¿Te aburro cuando hablo?

—No. Me gusta.

—Es agradable oírtelo decir.

Silencio, y la cantinela de su respiración.

—Es que tenía algunas preguntas más. Para un biológico.

—Pregunta.

—Sé que mucho de lo que diga seguramente no tiene ni pies ni cabeza. Toda la cuestión de lo humano contra lo nadiano, claro.

—Pregunta.

—De acuerdo. Los sueños. ¿Puedo preguntarte algo acerca de los sueños?

—Sí.

—Yo tengo unas titilaciones cuando duermo. Sonidos e imágenes. No parecen exactamente brotadas al azar, pero no se sostienen, no forman nada en conjunto. Ni siquiera sé si se trata de sueños o si es una descarga de mis sistemas. Tal como yo lo entiendo, los biológicos tienen sueños que implican historias enteras, con principio y fin. Historias misteriosas, a menudo oblicuas, pero coherentes, llenas de sentido. ¿Cierto?

—No —dijo ella.

—¿Te resultaría muy doloroso darme algún detalle más?

—No son historias enteras. Cambian.

—¿Quieres decir que cambian mientras sueñas? ¿Las historias cambian según se desarrollan?

—Sí.

—Pero no despiertas con la sensación de haber visto algo importante. Ni siquiera si su significado no te queda claro. ¿No te sientes por la mañana como si durante el sueño se te hubiera dado una explicación?

—No.

—Bien. De acuerdo, probemos otra cuestión. La voz con la que te hablo ahora mismo, lo que tú conoces como mi voz y, por extensión, mi… llamémosla personalidad, está programada. Cadencias,

vocabulario, modulación, lenguaje coloquial… Todo está diseñado por Emory Lowell para darme una apariencia más humana. Además, cómo no, los arranques involuntarios de poesía. Lo que hay en mi cerebro es distinto. Me escucho hablar, me estoy escuchando en este preciso instante, y me resulta raro. No tiene nada que ver con lo que yo oigo dentro de mi cabeza. Los impulsos son míos, tomo la decisión de decir esto o aquello, pero la expresión escapa a mi control. Sospecho que si pudieras verme el interior de la cabeza, si pudieras ver cómo hacen los circuitos lo que han de hacer, te repugnaría. Comprenderías que soy mecánico. Y que no tengo corazón.

—Yo soy igual —dijo ella.

—¿Lo que dices no tiene nada que ver con lo que hay en tu cabeza?

—Sí.

—Claro que no. Tú hablas una lengua extranjera.

—En mi lengua.

—¿Quieres decir que, allá en Nadia, sentías esa misma divisoria entre quien pareces ser y quien sabes de veras que eres? —Sí.

—Es muy amable de tu parte el decírmelo.

—Es verdad.

Permanecieron un rato en silencio. Simón notó que ella se retiraba, algo que ya se le había hecho familiar, aunque esta vez pareció retirarse más al fondo de sí misma, como si hubiera desplazado su atención de manera más concienzuda que nunca. Pensó por un momento que en realidad se había marchado, pero la miró y la vio allí al lado, sin ninguna alteración aparente.

Quería que volviera a ser como había sido en la laguna. Quería que fuese una silueta oscura, recortada en el cielo que se iba oscureciendo, volviéndose con timidez hacia él cuando dijo la palabra «bello». Pero ese momento había pasado, y ella volvía a ser así, imperturbable como una maleta abandonada.

—Detén este día y esta noche conmigo y poseerás el origen de todos los poemas —dijo.

—Ahora duermo.

—Yo me voy a quedar un rato más.

—Sí.

—Buenas noches.

Se levantó de pronto. Simón oyó el suave clic de la portezuela de la autocaravana cuando ella entró.

A media mañana, al día siguiente, Luka había caído enfermo. Estaba colorado y febril. Insistió en asegurarle que no estaba tan enfermo como parecía. Insistió en viajar en su sitio de costumbre, entre Simón y Catareen, hasta que de pronto se vio en la repentina obligación de indicar a Simón que detuviera la autocaravana de inmediato, para poder salir y vomitar, tras lo cual Catareen insistió en que los trozos de comida que había regurgitado requerían que los enterrasen. Simón lo aguantó con paciencia. Tanto el chiquillo como la nadiana hacían solamente lo que se exigía de ellos. Con todo y con eso, creyó recordar una situación similar a esta, de un vídeo: la imagen de un hombre que viajaba, que soportaba armado de paciencia todos los retrasos que causaban la mujer y el niño que iban con él, retrasos de los que no se les podía tener por culpables, aunque al hombre le resultaban sumamente irritantes.

Catareen colocó a Luka en la cama de la repisa en que dormía Simón. Cuando estuvo acomodado, siguieron camino.

—Probablemente algo había en el agua —dijo Simón.

—Sí —respondió Catareen.

—¿Tú también estás con náuseas?

—Sí.

—No debería haber permitido que os bañarais. A ninguno de los dos.

—No es culpa.

—Es fácil de olvidar —dijo Simón— que de todo esto nada es tan puro como parece. No me gusta pensar en lo que habrá en todas esas criaturas que nos estamos comiendo. Ni en qué clase de mutaciones genéticas se están produciendo en ese ciervo que tan hermoso parece en el horizonte, al atardecer.

Se hizo el silencio. Siguieron camino con el calor y la luz.

—¿Simón? —dijo ella. Nunca lo había llamado por su nombre. Él ni siquiera estaba seguro de que lo supiera.

—¿Sí?

—Colereza.

—Sé más concreta, por favor.

—Esto.

—¿Esto, así pues, diríamos que es colerezoso, ahora mismo? —Sí.

Iba sentada igual que siempre, tan plácida como un adorno en medio de un césped, con las manos en el regazo.

—Parece que hemos enfermado por nadar en agua contaminada. Tenemos aliento de erizo radiactivo. No tenemos ni idea de lo que nos

va a suceder pronto. ¿A eso te refieres cuando dices «colereza»?

—Me refiero a nosotros.

Un chispazo sordo soltó un trallazo en sus circuitos, un rápido remolino eléctrico.

—Meramente me desperezo, oprimo, palpo con los dedos, y soy feliz. Tocar con mi persona otra persona es casi lo máximo que soporto —dijo él.

—Sí.

—Estaremos en Denver dentro de unas horas —dijo él—. ¿Te has parado a pensar en lo que quieres hacer cuando lleguemos?

—¿Hacer?

—Ya sabes. Llegada a destino. Yo averiguaré lo que sea, si hay algo. Averiguaré qué significa el 21 de junio. Luka probablemente pondrá en marcha un chanchullo a los diez minutos de llegar. ¿Tú qué tienes pensado?

—Morir en Denver —dijo ella.

—Eso ya lo dijiste otra vez. ¿Te importaría decirme exactamente a qué te refieres con eso?

—A morir en Denver.

—Tengo que reconocer que en eso no se me alcanza a seguirte. Parece que pasamos por uno de esos momentos de irreconciliable desencuentro entre terrestres y nadianos. ¿No podrías ser un poco más específica?

Silencio. La suave cantinela aflautada al respirar.

—De acuerdo —dijo él—. Fin de la discusión. Tu plan consiste en morir en Denver. Probablemente también podrías encontrar trabajo de camarera, si es que lo de la muerte no te sale bien.

Ella se había ausentado, pensó. Se había desplazado a ese punto en ninguna parte, con ojos de lagarto, que parecía considerar su hogar.

Denver se reveló cuando ya declinaba la tarde. Al principio, un rielar plateado en el horizonte; luego, un presentimiento de agujas y torres plateadas; después, un gran agolpamiento de edificios tendidos en la llanura, bajo la cascada inclemente del sol blanquecino de verano.

—Luka querrá ver. Voy en su busca —dijo Catareen.

—¿No crees que deberíamos dejarle dormir?

—Voy. Veo.

Detuvo la autocaravana. Ella salió y volvió al punto con Luka, que

aún tenía la cara colorada y un brillo rosado y malsano en los ojos.

Sin embargo, se posicionó con ansia entre Simón y Catareen.

—Ahí está —dijo.

—Ahí está —repuso Simón.

—¿Algún problema? —le preguntó Luka.

—No. ¿Qué problema iba a haber?

—Eso me preguntaba.

—No deberías levantarte —dijo Simón—. Sigues estando enfermo.

—Ya me encuentro mejor —dijo Luka—. Es solo que me he pillado algo feo en el agua en que nos bañamos. O a lo mejor alguna cosa que hayamos comido. En cualquier caso, me encuentro bien.

—Tú no estás bien. Catareen tendría que haberte dejado seguir durmiendo.

Se percató de que el chiquillo y Catareen intercambiaban miradas de reconocimiento. Parecían creer que compartían algún conocimiento acerca de él. ¿Cuándo había empezado a ser así? No dijo nada. Siguió conduciendo.

Denver, cuando llegaron, resultó una serie de anchas avenidas abarrotadas de humanos y nadianos. En el aire centelleaban sus propósitos diversos e invisibles. Cruzaban las calles y caminaban por las aceras, por delante de los escaparates de pequeños comercios que alguien había tallado en la fachada de las tiendas y restaurantes de antaño. Los rascacielos vacíos descollaban en lo alto, las ventanas destrozadas, o resquebrajadas. Algunos ciudadanos iban a pie. Algunos pilotaban pastillas, la mayoría viejas y abolladas. Algunos montaban a caballo.

—Aquí el caballo vuelve por sus fueros —dijo Luka—. Son más de fiar que las pastillas. A caballo se llega a más sitios.

Avanzaron centímetro a centímetro inmersos en el tráfico.

Luka señaló una tienda que en tiempos, según el rótulo plateado y deteriorado, se había llamado banana republic, y que ahora era un salón, una barbería y una tienda de ropa y accesorios. Delante de ella, un grupo de colonos nadianos cargaba una carreta de la que tiraba un caballo con sacos de lo que a primera *vista parecían* semillas.

Simón se asomó por la ventanilla y preguntó a los conductores de varios vehículos si habían oído hablar de Emory Lowell. Por toda respuesta recibió sucesivos encogimientos de hombros y miradas de desconcierto.

—Tú sigue recto —indicó Luka—. Si Gaya sigue donde solía, seguro

que algo sabe.

—¿Gaya?

—Una pincelada de color local. Era amiga de mi madre. Su sitio de siempre está un poco más adelante.

Se acercaron al cabo a una mujer de magras carnes, ya mayor, que se encontraba en una esquina, hablando por los codos y ofreciendo a los transeúntes lo que parecía un cuenco pequeño y blanco.

—Allí está. Para —dijo Luka.

Simón se arrimó a la acera lo mejor que pudo teniendo en cuenta lo apiñado del gentío. Luka pasó por encima del regazo de Catareen y se asomó por la ventana.

—Eh, Gaya —dijo.

La mujer cesó en sus imprecaciones y miró a Luka con gesto de irritación y temor. Parecía tratarse de alguien que no relacionaba el que se la llamase por su nombre con la llegada de buenas noticias. Llevaba un mono de Mylar y un viejo sombrero de piel de leopardo. Por debajo del sombrero sobresalían ajorcas, aros, mechones de cabello oscuro, estropajoso, como los signos de puntuación de una lengua desconocida.

—Soy Blitzen —dijo Luka.

Gaya se acercó con suspicacia a la ventanilla de la autocaravana. Entornó los ojos como si el propio Luka emitiese una luz dolorosa.

—Has crecido —le dijo.

—Suele suceder. ¿Conoces a Emory Lowell?

—He oído el nombre. Me suena, sí.

—¿Sabes dónde vive?

—Por ahí cerca, en alguna parte.

—¿Qué es lo que vendes?

Gaya contempló el cuenco con gesto de gravedad.

—Blitzen —dijo—, esto tendría que estar en un museo. Solo por una remotísima carambola me encuentro en posesión de este objeto, y si no fuera por las facturas del médico que he de pagar jamás se me pasaría por la cabeza pensar siquiera en vender…

—¿Cuánto? —preguntó Luka.

—Hasta ahora estaba pidiendo veinte yenes, es decir, un precio casi ridiculamente ínfimo, pero teniendo en cuenta que tú y yo…

—Dale veinte yenes —dijo Luka a Simón.

Este rebuscó el dinero en el bolsillo.

—Eh, que te puedo descontar algunos yenes —dijo Gaya—. Es decir,

si se piensa…

—No, veinte es un precio más que razonable —repuso Luka—. Simón, ¿los tienes?

Simón sacó un billete de veinte del bolsillo. El chiquillo se lo arrebató de la mano.

—Ten —dijo—. ¿Puedes indicarnos cómo llegar a casa de Emory Lowell?

—Seguid recto —respondió Gaya— durante diez u once manzanas, y luego a la derecha, unos siete kilómetros. Doblad a la izquierda en el Centro Comercial del Gigante Galante. Seguid hasta ver un par de abetos azules, uno a cada lado de la carretera. Allí, aparcáis el cacharro y camináis hacia el oeste.

—Gracias. Toma los veinte.

Gaya tomó el dinero y entregó a Luka el cuenco.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó con languidez.

—No sabría decirte. Si pasa por aquí, dile que me has visto. Dile que estoy bien.

—Descuida, lo haré.

Simón se apartó del bordillo y aceleró. Luka se acomodó con el cuenco en el regazo.

—Es basura —dijo.

—Parece antiguo —dijo Simón.

—Si ha llegado a estar al nivel de Gaya, es basura. Te lo digo porque lo sé.

—Lo más corriente y lo más barato y lo más cercano y lo más fácil soy yo —dijo Simón.

Simón siguió las indicaciones de Gaya. Salieron de la zona de más densa población, dejaron atrás los afloramientos menguantes de casas deshabitadas, que dieron paso a un desierto de color pardo que había sido en tiempos una zona de cultivos. Vieron al cabo los dos abetos al frente, como los había descrito Gaya. Delante de los árboles, una banda de niños y un caballo invadía la carretera, desdibujándose en el rielar que el calor arrancaba del cemento.

Luka había vuelto a enfermar. Iba medio adormilado, la cabeza en forma de sopera hundida allí donde debiera haber tenido un pecho más ancho. Se irguió lo justo para ver a los niños y al caballo en la carretera.

—Probablemente deberías arrollarlos —murmuró.

—Eh, ¿tú no se supone que eres cristiano? —preguntó Simón.

—Soy cristiano, pero no soy tonto. —Volvió a caer en su sueño febril.

A medida que se acercaban, Simón vio que se trataba de cinco niños: dos niñas a la grupa del caballo bayo, lanudo, con otra chica y dos chicos que iban a pie.

De las dos niñas a caballo, una era humana y la otra nadiana. De los otros tres, dos eran nadianos y uno humano. La mayor, una chica humana, tendría unos doce o trece años. La más joven, nadiana, no tendría más de cuatro.

Simón detuvo la autocaravana. Los niños lo miraron con modestia, a la expectativa, como si estuvieran esperando el paso de un tren. Simón se asomó por la ventanilla y los llamó.

La nadiana que iba a caballo llevaba unas endebles alas de cartón sujetas a la espalda con dos gomas elásticas. La humana que iba tras ella se sentaba a horcajadas, con unas piernas blancas, flacas, y unos brazos delgados sujetos en torno a la cintura de la nadiana.

—Llegáis tarde —dijo la nadiana de las alas.

Iban todos más o menos desnudos. Uno de los chicos nadianos se había sujetado de un modo extraño dos rosas de plástico al pecho diminuto y llevaba una faldilla de hierbas. La muchacha humana que iba a pie junto al caballo portaba una lanza que parecía consistir en una hoja de cuchillo sujeta al extremo de un taco de billar.

—Casi os lo perdéis —dijo la chica de la lanza.

El caballo aguantaba estoicamente, sacudiendo la cabeza enorme. Tenía los ojos de un negro lustroso, círculos líquidos.

—Vamos buscando a Emory Lowell —dijo Simón.

—Eso ya lo sabemos —dijo la nadiana a caballo.

—¿Por qué ibais a venir, si no? —dijo la chica humana.

—Todo esto me parece muy curioso —dijo Luka, irguiéndose lo justo para hablar.

—¿Puedes conducirnos a él? —preguntó Simón.

—Claro que podemos —dijo la nadiana.

—Tendréis que dejar el vehículo —dijo la humana.

—No sé si deberíamos dejar el vehículo —dijo Luka.

—Calla —le indicó Simón.

Simón, Catareen y Luka bajaron de la autocaravana y avanzaron hasta reunirse con el grupo de niños. El caballo piafó a la vez que

asentía vigorosamente, como si estuviera de acuerdo con su propio sueño nada más despertar.

—¿A qué llegamos tarde exactamente? —preguntó Simón.

—No seas tonto. Vamos.

Los niños los condujeron por la carretera durante un trecho, y luego atajaron por un campo. Simón llevaba en brazos a Luka, que periódicamente despertaba y susurraba:

—La verdad es que no estoy seguro de todo esto.

Atravesaron una arbolada y llegaron a un grupo de edificios en la base de una loma baja, cubierta por la hierba. Había sido una granja. Había un granero, una casa austera, de madera pintada de blanco, una congregación de pequeñas cúpulas que parecían habitáculos. Más allá de todo el conjunto, una cordillera de montañas de color lavanda cortaba la palidez del cielo.

Una nave espacial se encontraba entre la casa y el granero. Era una de las primeras, una elipse plateada, de poco más de cincuenta metros de anchura, en equilibrio sobre aquellas tres patas de araña que con el tiempo resultaron de muy poco fiar y fueron sustituidas por un soporte hidráulico en el centro. Tenía al menos treinta años de antigüedad. Resplandecía, opaca, bajo el sol.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó Simón.

—Siempre ha estado ahí —dijo uno de los chicos—. Casi está listo.

Listo para el desguace, pensó Simón.

—Os llevaremos directamente a Emory —anunció la nadiana alada.

Les condujo al granero, un edificio matronil, color tabaco, con una luz blanca, intensa, que salía a chorros por sus atildadas ventanas. Las chicas desmontaron del caballo y descorrieron la gran puerta de madera.

El granero estaba lleno de equipamiento de navegación con varias décadas de antigüedad. Los pilotos parpadeaban en las consolas. Un viejo vídeo mostraba la nave espacial, con una banda de lecturas numéricas que se desplazaba a paso de hormiga por el borde inferior. Había trabajadores en las consolas, unos humanos y otros nadianos. Algunos llevaban batas blancas de laboratorio, otros mono de faena, otros trajes de poliéster. Una pequeña nadiana estaba agazapada ante un teclado, con un quimono estampado de crisantemos chillones.

Un hombre los miró en cuanto entraron. El resto permaneció absorto en su trabajo. El hombre se les acercó. Debía de rondar los setenta años. Una cascada de barbas de color ahumado se le derramaba sobre el

pecho. Llevaba un baqueteado sombrero de ala ancha encasquetado hasta las patillas grises, lanudas.

—Hola —dijo—. ¿Qué tenemos aquí?

—Peregrinos que encontramos por el camino —dijo la chica alada.

—No vienen muchos viajeros por aquí —dijo el viejo—. Estamos lejos de los caminos trillados.

—Ya —dijo Simón.

—Me llamo Emory Lowell.

Los circuitos de Simón zumbaron. La sensación fue similar a la que se produjo en él cuando vio a Catareen de pie a la orilla de la laguna.

—¡El arribista me abraza con fuerza y que yo con fuerza abrace! Nos lastimamos uno al otro como se lastiman mutuamente la novia y el novio.

Emory miró a Simón con ávidos ojos de fiera.

—¡Dios del amor! —dijo—. Tú eres uno de los míos, ¿verdad?

—Supongo que lo soy —dijo Simón.

—Caramba. Me temía que hubieran exterminado a todos. Pero aquí estás tú.

—Aquí estoy—dijo Simón.

—Notable. Eres el único, no sé si lo sabes. Implanté una docena en total. Los demás, supongo, habrán sido desactivados.

—Marcus lo fue.

—No se me dan nada bien los nombres.

—Él era uno de los tuyos.

—Y ya no está con nosotros.

—Era mi amigo. Bueno, éramos compañeros de viaje. Lo necesitaba para maximizar mis oportunidades.

—Lamento tu pérdida —dijo Emory.

—¿Qué va a suceder el 2,1 de junio?

—Es el día en que despegamos rumbo al nuevo mundo.

—¿Qué nuevo mundo? —dijo Luka.

—Voy a conducirnos a otro planeta.

—¿En ese viejo cacharro? —Luka se mofó de la nave espacial.

—Es viejo. No es un cacharro. Debería funcionar perfectamente.

—Eso lo dirás tú.

—¿Por qué deseabas que viniésemos aquí el 21 de junio? —preguntó Simón.

—Hace bastantes años pude precisar las coordenadas. El 21 de junio

de este año es el momento óptimo, por los alineamientos orbitales. Incluí un artilugio dotado de instinto de regreso al hogar en la última tanda, antes de que Biologe me obligase al cierre. Pensé que si alguno de vosotros lograba regresar a tiempo, lo menos que podría hacer sería llevaros conmigo.

—¿Quieres que viaje contigo a otro planeta?

—Desde luego, serás bienvenido. Tú y tus amigos.

—¿Otro planeta? ¿Qué clase de planeta? —preguntó Luka.

—Ah, en fin, hay muchas cosas que contaros, ¿no es cierto? Antes, quiero presentaros a mi esposa.

Miró hacia la zona de trabajo.

—Othea —dijo—, ¿puedes venir un momento, por favor?

Pareció dirigirse a una mujer nadiana, a la que llevaba el quimono. No se apartó de su consola.

—Estoy ocupada —dijo.

—Solo un momento, por favor.

La nadiana se puso en pie con evidente desagrado y se acercó.

—En serio —dijo—, ¿tú tienes idea del poco tiempo que queda?

—Tenemos visita —dijo Emory.

—¿En fecha tan tardía?

—Tenemos sitio.

La nadiana se acercó y se puso junto a Emory. Tenía un aspecto de ferocidad. Su cabecita verde era una protuberancia en el cuello del quimono, como si fuera una idea escueta y decidida que el propio quimono acabara de tener.

—Esta es Othea —dijo Emory—. Mi esposa.

Othea estiró el cuello hacia delante y miró intensamente a Catareen.

—¿Cria dossa Catareen Callatura? —dijo.

Catareen titubeó.

—Lup —contestó.

—¿Os conocíais? —preguntó Emory.

—No, nunca nos habíamos visto —dijo Othea—. Oof ushera do manto.

Catareen inclinó la cabeza. ¿Un gesto de reconocimiento o de vergüenza? Othea se acercó a Catareen y puso la mano derecha sobre la frente. Catareen le devolvió el gesto.

—Es una gran guerrera —dijo Othea—. He oído hablar de ella durante muchos años.

—Cumplo mi cometido —respondió Catareen.

—¿Qué clase de guerrera? —preguntó Luka.

La nadiana no le hizo caso.

—¿Oona napp e cria dossa? —dijo a Catareen.

—¿Qué? —preguntó Luka.

—Le he preguntado cuánto le falta —dijo Othea.

—Seis semanas. O siete —respondió Catareen.

—¿Estás preñada? —preguntó Luka.

—No.

—¿No lo saben? —dijo Othea.

—¿Saber qué? —preguntó Luka.

Catareen se ausentó en el acto, lo cual no fue de extrañar.

—Bien —dijo Othea—. Seguro que os sienta de maravilla algo de comer y un buen descanso. Emory, por favor, hazte cargo de nuestros invitados. Yo la verdad es que no me puedo ir de aquí.

—Claro —dijo Emory.

Othea miró otro instante a Catareen.

—Es un honor —le dijo.

—El honor es mío —respondió Catareen.

Emory y los niños condujeron a Simón, a Luka y a Catareen fuera del granero y hasta la casa. Toda la granja parecía una reconstrucción de mediados de siglo, con barandillas labradas en los porches y mansardas al estilo regionalista de Grant Wood. El granero podría ser verdaderamente de época, o podría haber sido una falsificación particularmente conseguida. La casa era barata, las contraventanas y ornamentos simplificados al máximo, y excesivamente grande. Parecía una casa en miniatura que por algún extraño procedimiento se hubiera vuelto de tamaño real.

A espaldas de la casa se desplegaba una aldea de cúpulas, racimos de hinchables blancos y habitáculos de diversas épocas, ninguno de ellos nuevo ni demasiado limpio. Al fondo, un huerto descuidado se marchitaba al sol. Podría tratarse de un campamento veraniego de una banda de inuits particularmente disolutos y descorazonados.

Según caminaban, Emory tomó del codo a Simón con un gesto de familiaridad.

—Tengo muchísimas cosas que preguntarte —dijo Emory.

Simón había tenido la esperanza de hallar respuestas, no preguntas.

—Yo también tengo un par de preguntas que hacerte.

Luka caminaba con Catareen, por delante de Simón y Emory.

—¿Y qué era eso de la gran guerrera? —preguntó.

Catareen no dijo nada.

Emory los hizo pasar a la casa.

—Hay camas en el piso de arriba. Quizás debiéramos llevar arriba al chico y dejarlo que duerma un rato.

—De ninguna manera —dijo Luka.

—Luka…

—Tengo hambre. Me muero de hambre. Todos estamos medio muertos de hambre. ¿No tienes nada de comer?

—Claro —dijo Emory. Los condujo a una cocina. Pasaron por lo que había sido un cuarto de estar y era ahora una oficina con dos mesas, una de acero inoxidable, otra de plastimorfo. En uno de los laterales había dos sillones desvencijados y un armario con puertas acristaladas que contenía una llamativa colección de quincalla. Simón reconoció algunas piezas: un muñequito de Chia Pet en forma de cordero, expendedores de caramelos PEZ, un frasco de plástico blando, de jabón de baño Mr. Bubble, una estatuilla de goma que representaba a Bullwinkle el Alce con un traje de baño a rayas, estilo siglo XIX.

La cocina era como una cocina de cincuenta años antes. Tenía hornillo atómico y un módulo de refrigeración, así como una fregadera con grifo monomando. Podría haber estado expuesta en un museo histórico.

—Sentaos, por favor —dijo Emory, e indicó una destartalada mesa de madera rodeada por sillas disparejas. La mesa estaba cubierta por un mantel que representaba teteras azules en un baile.

Simón, Catareen y Luka se sentaron a la mesa. Emory puso tres vasos y una jarra de algo que parecía té. Sacó huevos y beicon de la nevera y comenzó a prepararles un desayuno.

—Hoy es día 20, claro está. Está todo preparado para partir mañana.

Mientras hablaba, cascaba los huevos sobre un cuenco. Puso las tajadas de beicon en una plancha.

—¿Y qué nuevo planeta es ese? —preguntó Luka.

—Lo llamamos Paumanok. Nos costará treinta y ocho años llegar. Algunos ya no estaremos vivos cuando la nave se pose en él.

—De ahí los niños.

—Sí. Además, son nuestros hijos. Es natural que los llevemos con nosotros.

Emory vertió los huevos en una sartén.

—Compré la nave a los de Jehová. Vendieron toda la flota : después de romper relaciones con HBO.

—¿Y qué es lo que sabes exactamente del planeta en cuestión? —preguntó Simón.

—Es el cuarto planeta de su sistema solar. Más o menos, la mitad de diámetro que la Tierra. Probablemente templado y casi con total seguridad provisto de una atmósfera respirable.

No nos es posible saber si existe o no vida en él.

—¿Y en el peor de los supuestos…?

—Bien. Podría estar completamente yermo. Podría ser demasiado caluroso o demasiado frío para la vida. El margen es, obviamente, muy estrecho en ese respecto. Incluso una mínima variación lo tornaría en un lugar inhabitable.

—¿Si llegáis allí y os encontráis un sitio inhóspito?

—Allí estaremos. No hay forma de volver.

—Ah, ya.

—Hemos tenido visiones —dijo Emory.

—Visiones, ya.

—Othea, yo y algunos más. Hemos visto un mundo de montes y de ríos. Vemos árboles enormes y cargados de fruta. Vemos aves de brillantes colores, y animales pequeños, e inteligentes, que se parecen a los conejos. Yo tuve la primera de esas visiones hace varios años, y cuando se lo dije a Othea ella confesó que había tenido una visión muy similar, meses antes, pero que no había querido decir nada.

—Eso es muy propio de las nadianas —comentó Simón.

—Cuando hablé al grupo de las visiones, hubo otros dos, un niño y un anciano, que se levantaron y afirmaron que también ellos habían imaginado ese mundo de una manera idéntica. Desde entonces, las visiones las hemos tenido muchos de nosotros, siempre en momentos imprevisibles. Siempre son iguales, solo que se expanden cada vez más. La semana pasada tuve una visitación, una imagen de un pequeño pueblo pesquero a orillas de un vastísimo mar, aunque no llegué a ver a sus habitantes. Twyla, la segunda de las niñas mayores del grupo, vio con claridad una lluvia cálida que barría una zona todas las tardes y que duraba una hora, después de lo cual volvía a brillar el sol.

Simón miró a Luka y a Catareen. Catareen (cómo no) estaba impávida. Luka, sin embargo, le devolvió una mirada cargada de intención. Locos. Están todos locos.

—Comprendemos que se trata de un riesgo —siguió diciendo Emory —. Es un riesgo que todos estamos deseosos de asumir. Lo preferimos antes que seguir aquí. Todos nosotros. Sois bienvenidos si queréis venir con nosotros, si decidís que estáis dispuestos a correr el riesgo.

—Tendremos que pensárnoslo, ¿no te parece? —dijo Simón.

—Disponéis de unas treinta y dos horas para decidiros. Tened. La comida está lista.

Después de haber comido, Emory los llevó a la planta de arriba y los guió a los dormitorios libres, blancos, cada uno de ellos dotado de una cama sencilla y una silla de madera. Luka y Catareen se acomodaron. Simón quiso hablar en privado con Emory.

—Por supuesto —dijo Emory—. Supongo que tú y yo tenemos unas cuantas cosas pendientes de las que hablar, ¿no es así?

Salieron y cruzaron el patio, donde los niños se afanaban en un ruidoso juego de competición, que el caballo contemplaba con ojos inexpresivos y atención somnolienta, dando sacudidas con la cola. Más allá de los niños, la nave espacial recordaba una almeja plateada y titánica, delicadamente sostenida sobre las finas patas, que habían resultado inestables en tres de cada cinco aterrizajes.

—A Twyla le encanta ese caballo —dijo Emory al pasar por delante de los niños—. Insiste en que lo llevemos con nosotros.

—A Paumanok —dijo Simón.

—Pareció en su día un nombre tan bueno como el que más.

—Todo empezó en Paumanok y su forma de pez, donde yo nací… solitario, cantando en el Oeste, pongo rumbo a un Mundo Nuevo.

—Sí, sí.

Pasaron por delante del granero camino de un campo plagado de tréboles purpúreos.

—¿Por qué el chip de la poesía? —preguntó Simón.

—A todo el mundo le gusta la poesía.

—Venga ya…

—De acuerdo. Bien, Me dejé llevar por el entusiasmo cuando te diseñé a ti. Tú tenías que haber sido robusto, fiable. Obediente. E inofensivo. Y carente de respuestas emocionales.

—Eso ya lo sé.

—Los primeros intentos dieron por resultado especímenes gravemente defectuosos.

—Eso tengo entendido.

—Hay determinadas cualidades que se encriptan en las líneas celulares. Eso nos sorprendió a todos. Luego se vio que existían algunas manchas oscuras muy difíciles de detectar en el genoma, pequeños indicadores y determinantes que daban… bueno, que daban resultados inesperados. Los primeros símulos eran suicidas. Desesperaban de todo. Tratamos de superar esa propensión con un chip de supervivencia. La segunda hornada dio por resultado un grupo de asesinos felices. Estaban en éxtasis en todo momento. Eran tan rematadamente felices que se tornaban violentos sin avisar. Y su felicidad no toleraba ninguna válvula de escape que no fuera el asesinato. Uno de ellos hizo trizas a un técnico de laboratorio, sin dejar de reír, babeando y balbuceando que amaba con locura a esa persona. Se comió su hígado crudo. De eso nunca se supo nada.

—Naturalmente.

—Teníamos un orgullo desmedido. Subestimamos la complejidad del genoma. No dejamos de descubrir, casi a cada paso, que si se intentaba eliminar una cualidad, otra cualidad que parecía no guardar ni la más mínima relación aparecía tarde o temprano con una intensidad diez veces superior a la normal. Francamente: si hubiéramos sabido adelantarnos de manera adecuada a las dificultades que nos esperaban, sospecho que jamás os hubiéramos fabricado. Pero una vez se hubo empezado, ya no pudimos parar. No, yo no pude parar. Otros tuvieron el buen juicio de suspender los experimentos y declarar que todo aquello era una idea interesante, pero que no funcionaba como era deseable.

—Piensas en mí como si fuera un experimento —dijo Simón.

—No era mi intención ofenderte.

—Sigue.

—De acuerdo. En el tercer protocolo, os di la poesía.

—¿Por qué?

—Para regularos. Para suprimir los extremos. Pude haber puesto un tope a vuestras capacidades agresivas, pude programaros para ser amables, sumisos, pero quería daros además algún sentido de la moral. Ayudaros a sobrellevar acontecimientos que yo no pude entonces prever. Pensé que si estuvierais programados de acuerdo con las obras de los grandes poetas, estaríais mejor capacitados para apreciar con exactitud las consecuencias de vuestros actos.

—Nos programaste a cada uno con la obra de un poeta en concreto.

—En efecto. Pensé que os resultaría menos confuso de esa manera. Por ahí, en algún lugar, hay un Shelley, un Keats, un Yeats. O los había. Me pregunto qué habrá sido de ellos.

—También hubo una Emily Dickinson —dijo Simón.

—Sí, la hubo.

—Yo tengo… —dijo Simón.

—¿Qué tienes, hijo?

—Yo no soy tu hijo.

—Disculpa. Es una manera de hablar. ¿Qué tienes? ¿Qué me decías?

—Tengo la sensación de que me falta algo. Una especie de no sé qué. Compromiso. Viveza. Catareen la llama colereza.

—Sigue.

—Siento que los biológicos en cambio lo tienen a mansalva. Quiero decir, es como si les lloviera encima, y yo voy por el mundo con un traje espacial. Lo veo todo perfectamente, pero no llego a conectar con nada.

—Eso es muy interesante.

—La verdad, esperaba que tú me dijeras algo más que vaguedades.

—Es la poesía, ¿verdad? Todos esos conjuros, todos esos elogios y elegías que vibran en tus circuitos. Tus pobres sinapsis no están a la altura, me temo.

El ataque comenzó de nuevo. No, era una nueva sensación, era algo electrizado, flotante, soñoliento.

—Estoy expuesto… apedreado por un granizo aciago y venenoso —dijo Simón.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Emory.

—No. Me está pasando algo.

—¿Qué?

—Últimamente he tenido sensaciones extrañas. Como cuando se impone mi afán de anular las agresiones y soy yo quien se anula, pero es distinto. Es más suave, no sé.

—Siempre me he preguntado si es de veras posible que empiecen a brotar en ti emociones reales. Es decir, si tus conexiones no podrían empezar a dispararse, cuando se les diera un estímulo adecuado.

—Yo soy amplio, albergo multitudes —dijo Simón.

—Probablemente —dijo Emory—, podría trabajar un poco más en ti. Si tú y los otros queréis venir, podría enredar en tus sistemas durante el viaje. Ahora no hay tiempo, pero durante el viaje habrá todo el tiempo

que queramos. Tendremos todo el tiempo del mundo.

—¿Tú crees que podrías modificarme? —preguntó Simón.

—Lo intentaría encantado de la vida.

—¿Qué crees que podrías hacer?

—Tendría que meterme dentro y enredar un poco. Seguramente podría anular algunas órdenes, desprogramar la aversión a la violencia. Sospecho que eso funciona como un inhibidor de tus neurales. También podría dar mejor resolución a algunas de las vías de contacto e intercambio de tu corteza cerebral. Quizás lo más aconsejable sería esperar a ver cómo se desarrolla.

Simón estaba de pie, frente a la granja y la nave espacial plateada.

—Un niño dijo… —afirmó.

Emory se le sumó.

—*¿Qué es la hierba?* —dijeron al unísono—, y me la enseñó a puñados. ¿Cómo podría yo responder al niño? No sé yo mejor que él qué pueda ser la hierba.

Cuando regresaron a la granja, Othea estaba esperándolos a la entrada del granero.

—Por favor —dijo a Emory—, no te alejes de ese modo. Hoy no.

—Es que Simón y yo teníamos cosas de las que hablar.

Othea lanzó una breve mirada anaranjada a Simón.

—Hay un interrogante sobre las coordenadas del lanzamiento —dijo a Emory—. No creo que sea nada serio, la verdad, pero Ruth está a punto de perder pie. Necesita que hables con ella y le des ánimo para sobrellevarlo.

—Con mucho gusto —dijo Emory—. Simón, por favor, discúlpame.

Othea siguió mirando a Simón.

—¿Tú sabes quién es Catareen Callatura? —le dijo.

—Sé quién es para mí —respondió Simón.

—Era miembro de la resistencia en Nourthea. Los reyes, como seguramente sabrás, tienen un poder absoluto. Se quedan con todo lo que el pueblo es capaz de construir o cultivar.

—¿Catareen se rebeló?

—Formaba parte de una banda de mujeres que se empeñaron en conservar la mitad de sus cosechas. Era miembro del primero de los grupos, y luego organizaron otros. ¿No te lo ha contado?

—No me cuenta nada. Supuse que era una costumbre nadiana.

—Ejecutaron a los maridos y a los hijos de esas mujeres.

—¿Cómo dices?

—Públicamente. Luego, desterraron a las mujeres a la Tierra.

—Catareen es una deportada.

—¿De veras no te ha contado nada?

—Nada en absoluto.

—Hay una cosa más.

—¿El qué?

—Te lo voy a decir, porque creo que si lo sabes la podrás ayudar. Se encuentra al término de su ciclo vital.

—¿Qué?

—Me sorprendí mucho al verla. Estoy segura de que las demás han muerto. Debe de tener, vaya, debe de tener bastante más de cien años.

—¿Es vieja?

—Sumamente vieja. Nosotros envejecemos de otra manera. No es un declive gradual. Mantenemos la vitalidad y somos productivos hasta el final mismo, y entonces nos deterioramos con gran rapidez. Había un pez llamado salmón, me parece recordar. Nuestro caso es semejante.

—¿Y Catareen se está muriendo?

—Sí, claro. Lo supe nada más verla. Por la coloración que tiene. Se ha puesto de ese verde intenso.

—¿Cuánto tardará?

—Es difícil de saberlo con exactitud. Podría ser una semana. Podría ser un mes entero.

Simon volvió a la casa, subió las escaleras y entró en el dormitorio adjudicado a Catareen. Estaba tendida en la cama blanca y estrecha. Parecía dormir.

—Eh —dijo. Pero no tan suavemente como quiso.

Ella abrió los ojos. No respondió.

—¿Te estás muriendo? —preguntó él.

—Sí.

—No me jodas. ¿Te estás muriendo?

—Te lo dije.

—Bueno, claro, técnicamente *sí*, pero unos cuantos detalles más habrían sido de gran ayuda, ¿no crees?

—No.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Muero —dijo ella.

—No me refiero a eso.

—Muero —volvió a decir.

—¿Por eso te pones catatònica?

—Para ahorrar energía.

Se acercó a la cama. Sobre la blanca sábana, Catareen parecía muy pequeña.

—Mataron a tu marido e hijos en Nadia —dijo él.

—Y a mis nietos.

—Y te enviaron aquí.

—Sí.

Cerró los ojos.

—Catareen —dijo él.

No hubo respuesta. Su cabeza podría haber sido una piedra tallada, con líneas que representaran la boca y los ojos, y dos agujeros las fosas nasales. Solo estas delataban el hecho de que era un ser vivo. Aleteaban con su respiración. Revelaban la pálida insinuación de una brillantez interior, como círculos de jade iluminado.

—Catareen —dijo—, no sé qué hacer por ti. No sé qué decirte. Me siento como si no supiera nada de ti. Nada de nada.

Ella no abrió los ojos. Así pues, la conversación había concluido.

Más tarde, a la hora de la cena, Luka y Simón fueron presentados al resto del grupo. Luka parecía repuesto. Catareen parecía haber preferido quedarse en cama, al menos por lo que cabía interpretar de sus preferencias.

Se habían reunido para cenar en torno a una mesa alargada, puesta bajo el árbol grande y pegado al lado este de la casa. Eran en total diecisiete: doce adultos y cinco niños; ocho nadianos y nueve humanos.

Othea estaba sentada en un extremo, junto a Emory. Sostenía en brazos al decimoctavo miembro: un bebé, mitad nadiano y mitad humano.

Simón nunca había visto a un ser como ese, aunque había oído los rumores. La piel del bebé era del color de una rama de apio. Ella (era una *ella*) tenía los ojos grandes de una nadiana y las agitadas fosas nasales de una nadiana, aunque en los ojos destellaba un color café claro y la nariz era un pico en miniatura, como la de Emory, sobre la cual las fosas se acomodaban cual erizos de mar en una roca. Tenía orejas perfectamente humanas, aunque diminutas, como dos conchas

muy pequeñas. Sobre la cabeza verde y lisa se le levantaba un mechón sedoso de cabello muy fino, entre blanco y dorado.

—Parece que hemos adquirido un par de miembros nuevos —dijo Emory—. Tengo el gran honor de presentaros a Simón y a Luka, así como de expresar mi esperanza de que acepten mi invitación para acompañarnos en nuestro viaje a Paumanok.

Hubo aplausos dispersos y un murmullo general a modo de saludo. En verdad, a Simón no le pareció muy prometedora la compañía. Los humanos eran en su mayor parte de aspecto más bien sórdido. Una mujer (luego resultó ser la tal Ruth que tenía problemas con las coordenadas de lanzamiento) era de piel cetrina y tenía sobrepeso; llevaba un sombrero para protegerse del sol y lo que parecían campanillas de plata, muchísimas, alrededor del cuello. Otro, un hombre de edad indeterminada, con un bigote alborotado, color herrumbre, y un mentón algo más pequeño que un albaricoque, meneaba de un lado a otro una cabezota cuadrada y murmuraba «Bienvenidos, amigos, bienvenidos, amigos, bienvenidos, amigos». Los nadianos eran más discretos por su atuendo y su vocabulario de gestos, pero también parecían presentar ese mismo aire de descentramiento. Las dos hembras eran adustas y calladas. Los machos, tres en total, tenían un aspecto ansioso muy poco frecuente entre los nadianos. Estaban sentados juntos los tres, al margen, hablaban en susurros entre sí y explotaban en ocasionales estallidos de risas agudas, durante los cuales se daban golpes mutuamente en la espalda delgada y batían palmas.

Así las cosas, esos eran los peregrinos. Esos eran los emisarios que irían a un mundo nuevo.

A mitad de la cena, Luka se inclinó hacia Simón y le habló casi al oído:

—Bienvenido a Friquilandia, Estados Unidos de América.

—Chist, calla —dijo Simón. Volvió a concentrar su atención en la persona sentada a su izquierda, una científica, una humana de piel oscura llamada Lily, que llevaba el pelo teñido de naranja y runas tatuadas en las mejillas y en la frente, y que no parecía haber comprendido que escuchar un monólogo ininterrumpido sobre la hidráulica de la elevación en el espacio exterior tal vez no fuera lo que Simón entendía por una manera interesante de pasar toda la cena.

Terminada esta, los adultos reanudaron el trabajo y los niños se diseminaron por la granja. Simón y Luka se quedaron un rato sentados a

la mesa con Emory, Othea y el bebé.

—Son un poco raros, lo sé —reconoció Emory—. Pero son de buen corazón.

—Seguro que sí—respondió Simón.

—Cuando comencé, éramos el doble. Pero la gente suele volver en sí. Encuentran otras cosas que hacer. Se enamoran de alguien que no quiere irse de la Tierra para siempre.

—¿De veras quieres que vayamos con vosotros? —preguntó Luka.

—Hay sitio. Por otra parte, Simón, espero que no te ofendas si digo que alguien con la juventud de Luka sería particularmente bien acogido en la expedición. Los adultos que sobrevivan al viaje serán bastante viejos cuando aterricemos en Paumanok.

El bebé hizo un ruidito desde el regazo de Othea. Esta meció a la niña con cierta insistencia en la que Simón reconoció un rasgo inequívocamente nadiano.

—Necesitamos una reserva genética tan diversa como sea posible entre los miembros más jóvenes —dijo.

—Así que básicamente os interesa mi juventud y mi ADN —dijo Luka.

—Lo tuyo es por Exedrol, ¿verdad? —preguntó Othea.

—Ajá.

—Las deformidades no se transmiten genéticamente. ¿Lo sabías?

—Pues sí.

—Sombra demasiado arrogante —dijo Simón—, también canto a la guerra, y a una más larga y mayor que todas. —No quiso decirlo en voz tan alta.

—No ha querido ofender —dijo Emory—. ¿Verdad que no, Oth? Los nadianos son un poco más directos y contundentes que nosotros, eso es todo.

—Lo único que pasa es que no le pillo el truco a la circunspección— replicó Othea, que seguía meciendo a su hija de un modo apremiante. Simón solo tuvo la esperanza de que no la estuviera perjudicando de un modo imprevisible, a largo plazo—. Hace ya bastante tiempo que decidí renunciar a intentarlo.

—Me resulta sumamente interesante —dijo Emory— que te des por ofendido con tanta facilidad. Eso no está programado.

—Mi voz persigue aquello que mi vista no alcanza —dijo Simón.

—A decir verdad —dijo Luka—, que se me quiera por mi juventud y

mi ADN no me molesta en absoluto. Lo digo por si a alguien le importara lo que pienso.

—A todos nos importa lo que pienses —dijo Simón.

—No tiene una lealtad especial por la verdad —dijo Luka a Emory —. ¿Eso te resulta llamativo?

—Muchísimo —respondió Emory.

—Por favor, no habléis de mí como si no estuviera delante —dijo Simón.

—Estás haciendo grandes progresos —dijo Emory.

—Anda y que te den por saco.

—¿Lo ves? ¿Ves lo que quiero decir?

Después, Simón estuvo sentado con Catareen en su habitación del piso de arriba. Emory y Othea habían vuelto al trabajo. Luka se había juntado con los niños y participaba de sus juegos. Por sus voces, Simón se dio cuenta de que Luka había introducido ciertas mejoras y refinamientos, y con gran paciencia explicaba por qué eran necesarios esos cambios.

Catareen dormía. O hacía como que dormía.

—Están locos de atar —le dijo Simón—. Todos ellos.

Abrió los ojos.

—Tú vas con ellos —le dijo.

—No lo sé. A ver, ¿te imaginas cómo será pasar treinta y ocho años encerrado con toda esa gente en una nave espacial?

—Tú vas. Allí más feliz.

—¿Por qué lo dices?

—Sueño.

—¿Qué sueñas?

—Ese mundo. Sueño.

—¿Qué has soñado?

—Vas a las montañas. Cambias. Como quieres.

—¿Has soñado que cambio y que camino por unas montañas?

—Sí.

—¿Ese sueño lo habías tenido antes?

—No.

—Y por eso piensas que debo ir con ellos. Crees que debo pasar los próximos treinta y ocho años en una nave espacial, en compañía de esos idiotas, solo porque has soñado que seré más feliz en otro planeta.

—Sí.

—Tú también estás loca.

Emitió una suerte de ruido de respiración que él nunca le había oído antes, un trino en tres notas.

—¿Te has reído? —preguntó él.

—No.

—Sí. Sí te has reído. Eso ha sido una risa. Hay que joder…

Ella emitió el mismo ruido.

Se inclinó sobre ella.

—¿Tienes dolor? —le preguntó.

—No dolor.

—¿Cómo te sientes?

—Muero.

—Más concreto, por favor.

—Menos. Soy menos.

—Tienes la sensación de ser menos.

—La habitación grande. Se ilumina.

—Tienes la sensación de que la habitación se agranda y se abrillanta.

—Sí.

—¿Te parezco yo más grande y más brillante?

—Y más ruidoso.

Bajó la voz.

—Perdona —dijo.

—No. Me gusta.

—¿Te gusta que yo sea grande, brillante, ruidoso?

—Sí.

Cerró los ojos y en ese instante se ausentó.

Simón bajó las escaleras y salió al porche de la casa. El cielo del atardecer era de un rojo apagado, con franjas de nubes andrajosas, de un naranja virado al malva. Oía las voces de los niños, pero sin verlos. Luka no tardó en aparecer. Lo perseguía Twyla, que esgrimía la lanza hecha con el taco de billar. Sus alas de cartón batían a sus espaldas. Luka chillaba. Simón no acertó a precisar si estaba encantado o si tenía miedo de verdad.

En el instante en que vio a Simón, Luka dejó de correr. Se recompuso. Parecía deseoso de dar la impresión de que nunca había corrido, de que nunca había chillado como si le fuera la vida en ello.

Twyla también se detuvo. Se paró a examinar la punta de su lanza, como si ese fuera su verdadero objetivo, mientras Luka se acercaba a Simón.

—Bienvenido a Friquilandia, Estados Unidos de América —dijo Luka.

—Pues a mí me parece que te lo estás pasando francamente bien —respondió Simón.

—Solo me mezclo con los nativos. Sé adaptarme y pasar por cualquier cosa.

Subió al porche bamboleándose y se plantó junto a Simón a mirar el cielo cada vez más profundo, más oscurecido. Twyla se quedó en donde estaba, ajustando la hoja del cuchillo en el taco de billar.

—He estado pensando que a lo mejor me quiero ir con ellos —dijo Luka.

—Ajá.

—Si quieres que te diga la verdad, me atrae que se me tenga por miembro valioso de un colectivo. Por oposición, digamos, a verme otra vez atrapado en Denver y sin dinero.

—Eso lo entiendo.

—¿Y tú?

—Son una pandilla muy rara.

—Innegable.

—Emory cree que podría hacerme algunas modificaciones durante el viaje.

—Estaría bien.

—Sí, claro.

—Y has de saber —añadió Luka— que a mí me gustaría que vinieras. Me has terminado por ser muy familiar.

—Lo mismo digo.

—Vale. Hasta luego.

—Hasta luego.

Luka saltó del porche y volvió al punto en el que la pequeña nadiana lo esperaba. No alzó la lanza al verlo aparecer. Hablaron uno con el otro en voz queda. Simón no supo qué se dijeron. Se marcharon juntos, se alejaron de la casa y del granero, hacia el campo abierto.

A la mañana siguiente Catareen estaba más retraída y macilenta. Parecía más empequeñecida en la pequeña cama blanca. Estaba tendida

y compacta sobre la sábana con los ojos cerrados. Respiraba deprisa, una respiración superficial. Había plegado las manos sobre el abdomen. Apretaba las piernas una contra otra. Daba la impresión de que tratara de reducirse al máximo, como si la muerte fuera una estrecha rendija a través de la cual tuviera que estar preparada para pasar.

Además de su respiración superficial y rápida no daba ninguna muestra de estar enferma. Y sin embargo disminuía. Simón lo veía con sus propios ojos. No. Más bien lo apreciaba sin verlo. Sus carnes no habían experimentado variación de ninguna clase, pero ella se iba retirando a su interior, como si una fuerza animada la retirase hacia dentro, la borrase de la superficie de la piel. Su piel era más oscura, de un esmeralda más profundo. Le daba una pátina mineral. Se iba tornando un ser carente de vida.

Despertó, sin embargo, cuando Simón entró en la habitación. Sus ojos habían cambiado. Del anaranjado vivo iban pasando a un amarillo oscuro, nada saludable, como yemas de huevo estropeadas.

—Buenos días —dijo Simón—. ¿Cómo te encuentras?

—Me muero —respondió.

—Pero sin dolor.

—No mucho.

—¿Crees que podrías comer algo?

—No.

—No es erizo radiactivo, ya lo sabes.

—Lo sé.

Se quedó de pie a su lado. Pese a estar in extremis, persistía la sensación de que se hallaban inmersos en una cita para dos, una cita en la que las cosas no estaban saliendo nada bien, a pesar de lo cual no terminaba porque ninguno de los dos quería que terminase. Hizo el gesto de ponerle la mano sobre la frente, pero antes de hacerlo llegó a la conclusión de que ella seguramente no querría que lo hiciera. Además, habría sido un gesto vacuo, una expresión ritual de preocupación por el afligido. Para un nadiano no tenía sentido la realización de esos gestos.

—Mataron a tu familia y te enviaron a la Tierra —dijo. —Sí.

—Me pregunto…

Ella aguardó a que él terminara la pregunta. Él también aguardó. Cuando se embarcó en esa frase, no estaba seguro de dónde quería exactamente aterrizar, aunque se le ocurrió un buen número de opciones. Me pregunto si por eso eres tan distante y tan rara y no te dejas conocer. Me

pregunto si por eso viniste conmigo. Me pregunto si me ayudaste por sentirte culpable a propósito de la desgracia que trajiste sobre tu familia, que acabó con tu familia.

Cuando era evidente que él no iba a decir nada más, ella dijo:

—¿Simón?

—¿Sí?

—Ventana.

—¿Quieres que cierre la ventana? ¿Tienes frío?

—No. Lleva.

—¿Quieres que te lleve a la ventana?

—Sí.

—Descuida, eso está hecho.

Se detuvo al preguntarse cómo y por dónde sujetarla. Ella le ayudó al levantar sus brazos largos y delgados, de Giacometti, y enlazar las manos en torno a su cuello. Por lo visto, no era capaz de caminar. Él deslizó su brazo derecho por debajo de la parte superior de su espalda, el izquierdo bajo los tallos nudosos de sus muslos. La levantó.

Por un momento, ella se mantuvo separada de él. Fue sutil, pero palpable. Se mantuvo durante breves instantes como un ser dependiente, pero celoso de su privacidad. Luego se distendió y se entregó del todo a sus brazos. A él le pareció que estaba demasiado débil para hacer otra cosa.

Con suavidad, con cuidado (no estaba muy seguro de que debiera creerla cuando ella afirmaba que no tenía dolor, o no mucho dolor), la llevó hasta la ventana. La ventana miraba a la tierra batida y prensada del patio, más allá del cual se encontraba el árbol bajo el que habían cenado la noche anterior. Le pareció que era un olmo. O un roble. No estaba programado para identificar los árboles. El árbol ocupaba exactamente el centro de la panorámica, como un centinela. Más allá, la vasta y verde llanura, brillante al sol del amanecer, en suspenso, sin viento y sin nubes, como si toda esa tierra desierta esperase que comenzara algo, que sonara una nota, que unas manos dieran una palmada. Pero lo que más destacaba era el árbol en el centro meridiano de la imagen, con todo su follaje, reluciente en el silencio expectante de la mañana que comenzaba. Simón se preguntó hasta qué punto resultaba todo eso extraño a Catareen, ese silencio verde y terrestre, extendido bajo el cielo azul intenso. Allí de donde ella venía, según los vídeos, el terreno era sobre todo de roca y de barro, de un negro que variaba dentro de la gama del negro, el peltre, un plata amarillento y

opaco a lo sumo, en el que se desvivían por brotar las marañas de musgo y de helechos renegridos como las algas, bajo un cielo eternamente nublado del que sangraba una penumbra suave, una llovizna hollinosa. Era de aldeas que a duras penas habían logrado medrar en las hondonadas y en las oquedades que se abrían entre los montes, montes cortados a pico y cubiertos por el hielo en sus últimos picachos, como catedrales grisáceas, titánicas, muertas, vastas e impasibles afirmaciones de roca volcánica y una costra de hielo permanente que se erguía en ocasiones sobre las chozas y los corrales, las modestas plazuelas de zonas ajardinadas y desprovistas de toda prosperidad, las pequeñas torretas, las agujas de los reyes, réplicas en miniatura de los picos siniestros y centelleantes.

¿Le habría resultado bello? ¿Había sentido allí colereza?

Simón la sostuvo ante la ventana que daba al árbol. Tal vez

fuera el árbol, única y exclusivamente el árbol, lo que Simón la llevó a contemplar, aunque ni él ni Catareen pensaran nada en particular a propósito de un árbol normal y corriente, frondoso, sobre un trecho de tierra normal y corriente. Solo en ese momento ante la ventana, con Catareen moribunda en brazos y el árbol perfectamente centrado en el marco, Simón comprendió que era en cierto modo singular o misterioso.

—El impulso y las ganas y el apremio, siempre el apremio procreador del mundo —dijo él.

—Sí —repuso ella.

No dijeron más. La sostuvo mientras miraba por la ventana. Su cara se abrillantaba con la luz intensa de la mañana. Sus ojos parecieron adquirir un deje de aquella hondura familiar, su lustre anaranjado y ambarino. Durante un breve instante pareció más vivo, y a él se le ocurrió que tal vez fuera a experimentar un resurgir inesperado. ¿Era una especie de ritual de sanación llevarla a la ventana? Pareció posible. No parecía del todo imposible.

Entonces notó que sus brazos aflojaban en torno a su cuello. Entendió que incluso eso representaba un esfuerzo.

—¿Quieres que te lleve de nuevo a la cama? —preguntó con voz queda.

—Sí —contestó, y así lo hizo.

En el recinto se percibía el latido de los preparativos de última hora. Humanos y nadianos corrían de la casa al granero y vuelta a empezar. Los tres hombres nadianos, que eran técnicos de alguna clase, subían y

bajaban por la rampa de la nave espacial, entraban y salían por el portón, con tal rapidez que parecía como si no hicieran más que tocar algo acordado de antemano y salir a toda prisa, riendo, emitiendo hipidos y aullidos breves, dándose palmadas cada vez que se cruzaban. Simón, sin atribuciones, iba a su antojo. Emory se encontraba en el porche discutiendo apasionadamente con una de las nadianas (que era al parecer médico) y con Lily, la científica de los tatuajes. El hombre del bigote y el mentón enano (se llamaba Arnold) parecía estar al cuidado del bebé de Emory y Othea. Caminaba con la cría por el patio, trazando círculos, haciéndola rebotar y diciéndole: «Pequeñuela pilluda, pequeñuela pilluda, pequeñuela pilluda». En el granero, entre las consolas y los teclados, Othea y la otra mujer nadiana hacían todo lo posible por apaciguar a la alborotada y majestuosa Ruth, que se encontraba realizando sus cálculos de última hora pese a ser presa de un ataque de lagrimeo inexplicable, a la par que las campanillas que le colgaban del cuello repicaban sin oírse apenas.

Delirante, pensó Simon. Están todos locos. Claro está que los pasajeros del Mayflower seguramente fueron en su día semejantes: fanáticos creyentes y tipos raros y tarados y zascandiles que se lanzaron a colonizar un nuevo mundo, porque el mundo conocido no tenía especial interés por sus furtivas y caprichosas pasiones. Probablemente siempre hubiera sido así, no solo a bordo del Mayflower, sino también en los barcos vikingos, y en la Pinta, la Niña y la Santa María, en los primeros convoyes que salieron para explorar Nadia, acerca de la cual los terrestres habían alimentado esperanzas tan extravagantes e infundadas. Era un trabajo de locos. Era cosa de histéricos, visionarios y criminales de poca monta. Las odas y los monumentos, las placas y los homenajes llegarían más tarde.

Simon no encontraba un sitio donde acomodarse. Tras ir de un lado a otro procurando no estorbar, procurando no parecer tan desocupado como de hecho estaba, tropezó con Othea cuando esta salía del granero. Habió con ella, aunque era sabedor de que ella no lo recibiría con agrado. Era algo que debía hacer. Y es que, en efecto, tenía una o dos preguntas que solo ella podía contestarle.

—Catareen hoy está muy débil —dijo.

—Sí —respondió con impaciencia. Él sospechó que Othea bien podría haberlo apartado de en medio sin contemplaciones si abordara cualquier otro asunto.

—¿Hay alguna posibilidad de que se reponga? Quiero decir, ¿cabe que pase un buen momento antes de…?

—No. El proceso no tiene remisión. Unos tardan más que otros. Francamente, sospecho que ella podría aguantar todavía un tiempo. Los individuos más fuertes y elásticos pueden tardar semanas.

—Hemos decidido que queremos emprender viaje.

—Bien. Ahora, si me disculpas…

—Catareen necesitará una cama —dijo Simón—. Tal vez yo podría subir a bordo con uno de los técnicos y ver de qué manera se le puede hacer un hueco en el que esté cómoda.

—Oh, ella no puede venir.

—¿Cómo dices?

—Disculpa, pero supuse que lo habías comprendido. El espacio es limitado. Contamos con la mortalidad que se produzca en ruta, y hemos procurado prepararnos para ello, pero no podemos transportar un cadáver durante treinta y ocho años. Me temo que no hay más que hablar.

—Entonces, os proponéis dejarla aquí.

—Dentro de muy poco ni siquiera va a saber en dónde está. Dejará de alimentarse por completo. Dejaremos agua para ella, por si acaso la necesitara, pero dudo mucho que quiera agua.

—La vais a dejar que muera sola.

—Eso significará para ella algo distinto de lo que podría significar para ti. Los de Nourthea son más solitarios. Estará bien, puedes creerme.

—Ya.

—Ahora debes disculparme, de veras. No te puedes imaginar todo lo que me queda por hacer.

—Claro.

Se apresuró camino de la casa.

Fue pasando el día. Luka por fin apareció a caballo con Twyla. Parecía haberse sumado a los niños de un modo especial, que entrañaba su condición de miembro, pero sin confianza y sin afecto. Simón los vio acercarse por detrás de la casa. Luke iba sentado detrás de Twyla, como un faraón adolescente, imperial,

indignado, mientras los niños más pequeños hacían cabriolas detrás del caballo. Twyla encaminó el caballo hacia Simón y lo hizo detenerse a muy poco de donde estaba. El caballo pestañeó y sacudió las crines. Resopló con un sonido que recordó vagamente la palabra «anca» tocada en un oboe.

—¿Te gustan los caballos? —preguntó Twyla a Simón.

—Claro, ¿y a quién no?

—Parece que en el nuevo mundo no habrá caballos.

Hecho: estaba loca. Con todo, tenía en su propia versión los ojos de lagarto que tenía Catareen, la misma luz tenue, nerviosa, y la ondulación de las fosas nasales. Su mirada arrancó un zumbido de los circuitos de Simón.

—A lo mejor ya hay caballos allí —dijo.

—Yo nunca querré a otro caballo más que a Hesperia —proclamó Twyla—. En ningún planeta.

—Anda ya —dijo Luka.

—No estoy segura de a qué te refieres.

—Quiero decir que no es más que un animal…

Twyla hizo volver la grupa al caballo y lo puso de nuevo al paso. Cuando se marchaban, seguidos por el resto de los niños, Simón oyó a Twyla hablar con Luka:

—Tienes muchísimo que aprender sobre el reino de los animales. Los animales son tan diversos como cualquier otro orden de seres.

—Son comida. Cualquier ser que no sepa abrir una botella o prestarte un dinero es por definición…

Simón los vio marchar. Entendió que mantendrían esa conversación cara a cara durante los siguientes ochenta años, o tal vez más. Se preguntó si Othea ya tendría a Luka en mente para Twyla. Se preguntó si llegarían a tener hijos.

Se despidió en silencio de Luka y le deseó suerte.

Por último, regresó a la habitación de Catareen. No había otro sitio en el que pudiera estar. Allí se encontraba más en calma. Era el único lugar en el que parecía ser algo distinto de un mero turista.

Ella dormía. Él tomó asiento en la única silla, junto a la cama, velándola. Trató de imaginar cómo había sido su vida, su larga vida, ahora que lo sabía, antes de que llegara a la Tierra. Nunca, pensó, debió de ser una persona de trato especialmente fácil. Seguramente siempre había sido desafiante y severa, incluso según la opinión de los nadianos. Seguro que siempre había sido una celosa defensora de una privacidad tan honda que resultaría casi audible, como el silencio de un pozo. Sospechó que su marido habría sido el más amistoso de los dos, el más dotado de facilidad en el trato, de amplitud. Simón creyó imaginárselos a los dos en su casa, en una choza de cañas y adobe. El marido habría

dado una calurosa acogida casi a cualquiera en la casa, habría ofrecido pipas y bebidas fermentadas, habría caldeado las habitaciones con fogatas de madera que seguramente no les sobraba.

A Catareen le habría resultado exasperante. Su carácter derrochador habría provocado infinidad de discusiones, unas en tono de chanza, otras sin duda amargas.

A pesar de todo lo cual ella tenía que haberlo amado.

Simón lo sabía con certeza, aun sin saber cómo. Notaba que esa información se le apelotonaba en la cabeza, una célula que se dividía en dos, dos en cuatro, cuatro en ocho.

Esa era la larga unión de Catareen. Sus hijos, cinco en total, tres niñas y dos chicos, estarían inacabablemente indecisos acerca de cuál de los dos progenitores era quien tenía la culpa de los errores y las injusticias acaecidas en la familia. Sus días de trabajo incansable, sus noches juntos, sobre un jergón relleno de hojas secas y heno. O una tarde sin mayores repercusiones, en la que Catareen estuvo en el umbral de la choza, contemplando la aldea y los picachos lejanos, el cielo de color de peltre que pronto rezumaría de lluvia; los ruidos de sus hijos absortos en un juego, mezclados con el ritmo constante de su marido, dando golpes de azada en el huerto. Todo ello estaba presente en la habitación, la sensación de ella misma inmersa en una vida que había sido suya y de nadie más. Allí estaba el sabor agridulce de todo ello, la inexplicable, hiriente calidad de ese algo, la pura sensación de ser Catareen Callatura en ese instante, una tarde sin mayores repercusiones, poco antes de que lloviera.

Y allí, muchos años después, se encontraba su decisión de impedir que los recaudadores del rey se llevaran sus cosechas, y de animar a otros como ella a que hicieran lo mismo. Allí estaban las dudas de su marido el parlanchín, un alma más simple que la suya. Allí estaba la confianza que él siempre depositó en ella. Allí estaban las discusiones de los niños, con ella y entre sí. (Unos habrían llegado a la conclusión de que ella era la progenitora buena, otros que era la mala.) Allí, las detenciones. Allí, las ejecuciones sumarias. Todos ellos. No solo el dulce y atónito marido, sino también los hijos ya crecidos, los que la amaban y los que estaban resentidos con ella, y también los hijos de sus hijos. Todos ellos.

La habitación se oscureció con el crepúsculo. Catareen despertó varias veces y miró en derredor con gesto incierto. Debía de estar sorprendida de hallarse allí, de morir en una habitación desconocida, en

un planeta que le era extraño. En sus sueños, debía de haber olvidado el presente. Cada vez que despertaba, Simón se acercaba a ella y le decía «No pasa nada», lo cual, obviamente, no era la verdad estricta. Pero era algo que decir.

No pensó que ella quisiera que la tocase. Cada vez lo miraba con sus ojos, de un amarillo desvaído. Cada vez, se dejaba llevar de nuevo sin haber dicho nada.

Luka llegó a la habitación.

—Eh —dijo—, ya casi es hora de embarcar.

Simón ya sabía qué iba a hacer. Parecía haber encontrado una decisión sin tener que tomarla. El proceso se había desarrollado en algún lugar muy profundo de sus circuitos.

—Yo no voy —dijo.

—¿Cómo?

—No la puedo dejar aquí.

Luka titubeó.

—No hay nada —dijo al cabo— que podamos hacer por ella. Tú lo sabes.

—Yo puedo estar aquí. Eso sí lo puedo hacer.

—¿Sabes lo que eso representa? No podremos dar la vuelta y regresar a por ti.

—Lo sé.

—Quiero que vengas —dijo Luka. Lo dijo con un deje quejoso en la voz.

En realidad, era un chiquillo de doce años. Era fácil olvidarlo.

—Estarás bien sin mí —le dijo Simón.

—Lo sé, eso ya lo sé, pero sigo queriendo que vengas.

—¿Qué es lo que tienes ahí? —preguntó Simón. Luka tenía algo en una bolsa de plástico blanco.

—Ah, nada.

Introdujo la mano en la bolsa y extrajo el pequeño cuenco de porcelana que habían comprado a la mujer de Denver.

—¿Te lo llevas a otro planeta?

—Era de mi madre.

—¿Qué?

—No sé cómo terminó Gaya por tenerlo. Nos fuimos de Denver con bastantes prisas, se había ido al cuerno uno de los rollos de mi madre con sus tarjetas de crédito, y supongo que Gaya llegó a nuestro

apartamento antes que las autoridades. Me acuerdo de este cuenco desde que era bebé. Mi madre debía de haberlo robado. Nunca habría comprado una cosa así.

Luka sostenía el cuenco con ambas manos. Parecía despedir un tenue resplandor en la habitación a oscuras.

—¿No tiene algo escrito? —preguntó Simón.

—No significa nada.

—Venga ya.

—Es un lenguaje de algún país de los perdedores, uno de esos lugares donde siempre hace un tiempo horrible, que han tenido inacabables dinastías de gobernadores dementes. Uno de esos sitios que parecen haber existido solamente para que sus ciudadanos dedicasen la vida entera a tratar de marcharse por todos los medios.

—¿Sabes qué dice?

—No, ni idea.

—Pero quieres llevártelo.

—He pagado por tenerlo.

—Con mi dinero.

Luka se encogió de hombros y guardó el cuenco en la bolsa. Solo era audible la respiración de Catareen. «I-um-fa-um-so», tenue como una cortina que moviera la brisa.

Simón pensó que no le sería difícil ver el cuenco en otro planeta, en algún momento del próximo siglo, puesto sobre una repisa, en donde en silencio reflejaría una luz ajena. Ese objeto pequeño y frágil, con su mensaje intraducibie, era todo el legado de una mujer que intencionalmente había deformado a su hijo y lo había abandonado. El cuenco viajaría a otro sol, si bien no era especial, raro, preciado.

Los biológicos eran misteriosos.

—¿Estás absolutamente seguro de que no quieres venir?

—Claro que quiero ir. Pero me quedo.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Luka se acercó a la figura adormecida de Catareen.

—Adiós —dijo con voz queda. Ella no respondió—. Si fuera mejor persona —añadió Luka—, yo también me quedaría.

—Anda, no seas ridículo. No hay razones para que nos quedemos los dos.

—Sabía que dirías eso.

—Pero de todos modos lo querías oír, ¿no?

—Sí. Así es.

—¿A esto se refieren los cristianos cuando hablan de absolución?

—Ajá. Lo puede hacer cualquiera. No hace falta un sacerdote.

—Tú en realidad no crees en todas esas mierdas, ¿verdad que no? Dímelo con el corazón en la mano.

—Creo. De veras creo. No lo puedo evitar.

Luka estaba solemnemente de pie junto a la cama de Catareen. Sujetaba el cuenco apretándoselo contra el pecho.

—Ha disfrutado de una larga vida. Ahora va al encuentro del Señor.

—Francamente, me encabrona bastante que digas una cosa así —dijo Simón.

—Pues no debería. Si «Señor» no te gusta, escoge otra palabra. Ahora va a su hogar. Ahora vuelve a la fiesta. Lo que quieras.

—Supongo que tienes ideas muy precisas sobre una vida después de la muerte.

—Claro. Nos reabsorbemos en los mecanismos terrestres y en los mecanismos celestiales.

—¿Nada de cielo?

—Eso es el cielo.

—¿Y el reino de la gloria? ¿Y eso de caminar con babuchas de oro?

—Abandonamos la conciencia como si despertáramos de un mal sueño. Nos despojamos de ella como si fuera ropa que nunca nos ha quedado bien. Es una liberación en el éxtasis, que físicamente somos incapaces de comprender mientras residimos en el cuerpo. El orgasmo es lo que mejor la insinúa, pero por comparación es algo secundario, menor, tosco.

—¿Eso es lo que te enseñaron los del Fuego Sagrado?

—No. Eran unos idiotas. Es algo que yo sé. Tal como tú sabes poesía.

—Yo no sé poesía, no exactamente. Más bien contengo poesía.

—Es la misma diferencia, ¿no crees? Oye, es hora de que me dé el piro a otro planeta.

—Te acompaño abajo. Me gustaría despedirme de los demás.

—De acuerdo.

Fueron juntos hasta la base de la nave espacial. Vibraba, zumbaba. Emitía un tenue resplandor, como el que había emanado del cuenco de Luka, de su madre, en la penumbra de la habitación. Los colonos se hallaban reunidos al pie de la rampa. En lo alto, el portón de entrada

era un cuadrado de perfecta luz blanca.

—Allá vamos —dijo Emory a Simón.

—Fie venido a despediros —le explicó Simón.

—¿No vienes?

Simón le dio su explicación.

—Esto, la verdad, es realmente extraordinario —dijo Emory cuando Simón hubo terminado.

—¿El qué?

—Tú.

—Yo no soy extraordinario. Por favor, no me trates así.

—Un niño dijo… —afirmó Emory.

—Ahora mismo no me apetece recitar poesía —le dijo Simón.

—¿En serio?

—En serio.

Emory sonrió y asintió.

—Como quieras —dijo.

Twyla se acercó con Luka pegado a sus talones.

—Si te vas a quedar —dijo a Simón—, podrías cuidar de Hesperia.

—Supongo que sí.

—Los vecinos vendrán a recogerla mañana. Diles que no, que no puede ser. Diles que tú la vas a cuidar. ¿Lo harás?

—Claro.

—Para ellos, Hesperia solo sería una más en la manada. Para Simón, será su único caballo.

—Eso es dar por hecho que Simón quiere o que necesita un caballo. Es dar por supuesto que tendrá una idea clara de lo que ha de hacer con un caballo.

—Va siendo hora de subir a bordo —dijo Othea. Llevaba a la cría en brazos.

—Parece, a fin de cuentas, que contigo hice un mejor trabajo de lo que había creído —dijo Emory a Simón.

—Que tengáis un buen viaje —dijo Simón.

—Lo mismo te deseo. Discúlpame, he de hacer el recuento. No te vayas. Quiero despedirme como es debido.

Emory se acercó al grupo. Luka y Twyla seguían discutiendo por el caballo. La discusión parecía conducirles hacia otras zonas de desacuerdo más generales.

Simón decidió que era un momento tan bueno como el que más para

escabullirse. Nadie pareció darse cuenta.

Ocupó de nuevo su lugar junto a Catareen en la habitación en penumbra, fresca. Desde fuera le llegaba el ruido de la partida. Un tintineo metálico, tres notas limpias en rápida sucesión. Un extraño sonido de succión, inidentificable, que iba y venía. De vez en cuando, las voces: un niño que llamaba, un adulto que respondía. Eran indistintas. Todas parecían proceder de muy lejos, de algún lugar mucho más lejano de donde él sabía que se encontraban.

No deseaba ver el despegue de la nave. Prefería hallarse en donde estaba, en la quietud de esa habitación.

A medida que pasaba el tiempo, se adormiló y despertó y volvió a dormirse. Al dar cabezadas despertó de golpe. Cada vez que le ocurría le sorprendía encontrarse en donde estaba, junto a la silueta oscura y callada en la cama. Todas las veces entendió perfectamente que estaba allí. Y volvió a dormirse.

Por último, se tendió en la cama junto a Catareen. Estaba agotado. Solo deseaba tumbarse. Lo hizo con cuidado, procurando no molestarla. Dispuso su cuerpo junto al suyo en el estrecho colchón.

Ella abrió los párpados en un aleteo. Volvió la cabeza y lo miró. Calló durante un rato.

—Tú —dijo al cabo.

—Yo —respondió él.

—¿Cuándo marchas?

—No te preocupes por eso.

—¿Cuándo marchas?

—Yo no me marcho.

—Sí marchas.

—No. Me quedo aquí.

—No.

—No quería ir sin ti —dijo, aunque no era lo que quiso decir. No parecía literalmente verdad. Sin embargo, lo había dicho.

—Ve —dijo ella.

—Chsst. No hables. —Como si alguna vez pudiera haberle pedido que hablase menos de lo que hablaba, se dijo.

—Vete —dijo ella.

—Es aquí donde quiero estar —respondió.

Ella lo miró. Se le decoloraban los ojos. Abrió la boca, pero no dijo nada.

—Duerme —dijo él—. Duerme. Yo estaré a tu lado.

Ella cerró los ojos. Con sumo cuidado, él le puso el brazo por encima. Decidió casi en el acto que ella seguramente no querría eso, y lo retiró. Inclinó la cabeza hacia la suya, dejando que la piel de su mejilla rozara la frente de ella. Pensó que eso no le importaría.

Muy pronto, también él se había dormido.

Soñó que se encontraba en un lugar elevado. Muy iluminado, y ventoso. En el sueño no supo precisar si se encontraba en una montaña o en un edificio. Solamente acertó a saber que se encontraba sobre algo sólido, y que la tierra quedaba muy abajo. Desde la altura en que se encontraba veía a la gente caminar a través de una llanura. Estaba muy lejos, pero los veía perfectamente. Hombres, mujeres y niños. Iban todos en una misma dirección. Dejaban algo atrás. A duras penas pudo ver de qué se trataba. Era una negrura, algo así como una tormenta que se avecinaba, a lo lejos, atravesada por los relámpagos, destellos de una luz teñida de verde, malsana, pequeños temblores y estallidos de luz que aparecían y desaparecían en el tumulto de la negrura nubosa. La gente se alejaba a pie, pero no llegó a precisar hacia qué se encaminaban. Un viento brillante le daba en la cara, y solo pudo hacerle frente. Solo podía mirar aquello de lo que huía la gente. Confió en que fueran hacia algo mejor. Imaginó montes y bosques, ríos, una limpieza pura, barrida por el viento, pero no llegó a verla. Solamente veía a la gente que caminaba entre la hierba. Solamente veía lo que se veía en sus caras: la esperanza y el miedo y la determinación, una furia ardiente a la que no supo dar nombre. El viento se alborotaba y se recrudecía al soplar. Comprendió que el viento en su sueño era el ruido de la nave espacial que partía rumbo a otro mundo.

Despertó. Aún era de noche. Aún oía el viento de su sueño.

Supo de inmediato que Catareen había muerto.

Estaba rígida. Con los ojos cerrados. El tono anaranjado ya no brillaba a través de las finas membranas de sus párpados. Simón puso la mano sobre su cabeza, pequeña y lisa. Estaba fría como una piedra.

Se preguntó, extrañado, si no habría apresurado su muerte con la esperanza de que él pudiera llegar a tiempo a la nave. ¿Podría hacer una nadiana una cosa así? Imposible saberlo.

La nave. Entonces, tal vez aún tendría tiempo de subir a bordo.

Salió corriendo, bajó las escaleras, apareció en el patio. Lo sabía. Cómo no, lo sabía. Con todo y con eso, gritó: —¡Esperad!

La nave se hallaba a treinta metros o más sobre tierra,

estremeciéndose durante el compás de espera en que el reactor se preparaba para dar el arreón. Flotaba zumbando. Las tres patas de araña ya se habían recogido. Era un perfecto plato de plata, tembloroso, como si estuviera a punto de volcar sobre sí mismo, adornado con luces entre verde y oro en los ojos de buey. Centrado en la plaza se veía el círculo del reactor, que se adensaba y pasaba de un blanco cegador a un rojo volcánico. Diez, nueve, ocho…

Simón corrió hasta llegar al lugar vacío en que estuvo la nave.

—¡Esperad, por favor, esperad! —gritó. Siguió gritando en el centro de la circunferencia abrasada que la nave había dejado en tierra. Sabía que era demasiado tarde. Aun cuando pudieran verle (no podían verle), era inviable que la nave se posara de nuevo, que cayera una soga o una escalerilla por el costado.

—No —gritó—. ¡Por favor, oh, por favor, esperadme!

El reactor entró en combustión. A Simón lo consumió una luz roja, quedó obliterado por el peso mismo de la luz. Momentáneamente estuvo hecho solo de luz, cegado, gritando. No desprendía calor, sino solo brillantez. El reactor emitió un sonido bajo, una tos mecánica, y en ese instante la nave salió lanzada hacia arriba a tal velocidad que pareció volatilizarse del todo. Cuando se hubo disipado la roja luminosidad, cuando Simón recuperó del todo la vista, era imposible saber qué luz era la nave y qué luz era la de las estrellas más cercanas.

Simón se quedó de pie mirando al cielo. Se fijó en una luz móvil que podría haber sido la nave, aunque no podía saberlo. El cielo estaba repleto de luces como estrellas que se desplazaban de un lado a otro, que podían ser naves aéreas de Eurasia o armas secretas destinadas a alcanzar al enemigo, o naves alienígenas que llevaran peregrinos de un mundo a otro. El cielo estaba lleno de viajeros. Simón permaneció bajo las estrellas y los puntos móviles de luz.

—Esperad, esperad, esperad, oh, por favor, esperadme —gritaba.

Cuando terminó de dar voces no le quedó otra cosa que entrar en la casa abandonada. Volvió al dormitorio. Se tendió despierto junto al cuerpo de Catareen, donde no quedaba ni rastro de ella. Se había ausentado por completo. Su carne se había unido a los objetos inanimados de la habitación; no era más que la silla o la lámpara. Estuvo tendido junto al cuerpo hasta que en la habitación comenzó a palidecer la primera luz del alba. Cuando el sol salió del todo ya tenía su tumba cavada. Eligió un lugar a espaldas de la casa, a la sombra del árbol que habían contemplado juntos desde la ventana de la habitación.

Cuando el agujero tuvo profundidad suficiente, fue a recoger el cuerpo y salió con él en brazos. Prácticamente no pesaba. En la muerte, era como un paraguas plegado. Sostuvo el cuerpo con esmero, la cabeza apretada contra su pecho, aunque nada significara. Al llevarla al otro lado del patio, el caballo relinchó. Tenía hambre.

Antes de dar de comer al caballo llevó a Catareen a su tumba, se sentó con torpeza en el borde desmoronadizo de la tierra, bajó y la tendió sobre la tierra fresca y húmeda. No le pareció apropiado echarle la tierra directamente sobre la cara. Pensó en principio que debería ir a la casa en busca de una tela que la separase, pero decidió en cambio quitarse la camiseta y envolverle con ella la cabeza. Creyó que ella debería quedarse con algo suyo en la tumba, aunque nada significara.

Cuando hubo envuelto sus rasgos con su camiseta, se irguió, tomó un puñado de tierra y la esparció sobre la cara. Faenó con cuidado, con suavidad. Añadió otro puñado, y otro más. La fue cubriendo a puñados, hasta que una manta de tierra la hubo tapado del todo. Hasta que desapareció. Entonces salió de la tumba y a paladas arrojó al interior el resto de la tierra.

El caballo relinchaba con insistencia. Tenía que darle de comer. Fue a darle la comida.

El sol estaba ya en lo alto, y el calor del día comenzaba a apretar. Allí estaba solo, con el caballo y la tumba de Catareen. Los demás se hallaban de camino a un mundo nuevo, un mundo que podría ser hermoso, o desolador.

Se hizo un desayuno y fregó los platos. Eran las nueve y media de una mañana de verano en una granja desierta en las afueras de Denver. Salió al porche y contempló lo que tenía delante. La hierba y el cielo. Un único dedo de nubes, disolviéndose en el azul desgarrador sobre las lejanas montañas.

Era hora de irse.

Ensilló el caballo. Le atrajo más la idea de montar a caballo que la posibilidad de marcharse en la autocaravana. Allí se podía quedar el vehículo, en el calor y el silencio. Saldría el sol y se pondría y saldría de nuevo sobre la autocaravana y sobre la casa, sobre el granero, sobre la circunferencia de tierra abrasada en donde estuvo la nave espacial, sobre la tumba anónima de Catareen.

Montó en el caballo y echó a caminar. Hacia el oeste, pensó. A caballo llegaría a California. Cabalgaría en esa dirección. El caballo y él podrían morir de inanición o de insolación. Podrían sufrir el ataque de

nómadas y de fanáticos. O tal vez llegaran al Pacífico. Podrían llegar hasta la otra punta del continente y verse en una playa ante lo que imaginaba como un azul infinito y reparador. Siempre y cuando, claro está, el océano aún no estuviera polucionado. Eso no había forma de saberlo, claro.

Cabalgó hacia el oeste. Cabalgó hasta perder de vista la granja, hasta no ser nadie, nada más que un hombre a caballo en un vastísimo desierto, un mundo de hierba y de cielo. El caballo caminaba con ritmo constante. Sin ninguna preocupación. Se limitaba a caminar. Sin ninguna idea acerca de nada.

Simón y el caballo tendrían que salvar las montañas. ¿Cómo se llamaban? Las Rocosas. Eso ya lo habían hecho antes, claro. Lo habían hecho personas que llevaban mucho tiempo muertas; habían atravesado esas montañas y habían alcanzado lo que les estuviera aguardando en la otra vertiente. Habían enterrado a sus muertos. Habían llevado consigo cuencos en los que estaban inscritos mensajes en lenguas olvidadas. Habían llevado los recuerdos de una laguna o de un árbol perfectamente centrado en una panorámica accidental, o un recuerdo de quedarse en tierra cuando otros emprendieron viaje. Habían albergado esperanzas irracionales. Habían construido ciudades que se elevaron del suelo y quedaron derruidas y que, por lo que a él se le alcanzaba, bien podrían volver a elevarse de sus cenizas.

La mujer estaba en tierra. El niño iba rumbo a un mundo nuevo. Simón estaba en marcha hacia alguna parte, en la que tal vez nada encontrase. No, siempre había algo, en donde fuera. Se encaminaba hacia su futuro. No tenía más que hacer, salvo cabalgar hacia el futuro.

Se produjo un cambio de extremada pureza. Lo notó zumbar en sus circuitos. No tuvo nombre que darle.

—La tierra —dijo en voz alta—, eso es suficiente, no quiero las constelaciones un poco más cerca, sé que bien están en donde están, sé que son suficientes para quienes a ellas pertenecen.

Siguió cabalgando a través de la alta hierba, hacia las montañas.

AGRADECIMIENTOS

A tenor del talante que se gastan los novelistas, yo no soy un individuo particularmente celoso de mi privacidad, ni muy dado a la soledad. Tiendo a conversar sobre el libro que me traigo entre manos con un reducido grupo de amigos de toda confianza, y tengo además la sensatez de atender a sus ideas. También suelo mostrar los borradores en diverso estado de elaboración a varios lectores, cada uno de los cuales, con sus opiniones, contribuye a que la novela en cuestión sea más sólida y más fiel a mis intenciones de lo que yo sería capaz de lograr por mi cuenta y riesgo.

Quiero dejar constancia de mi más honda gratitud a Diane Cardwell, Judy Clain, Francés Coady, Joel Connarroe, Stacey D'Erasmo, Marie Howe, Joy Johannessen, Daniel Kaizer, James Lecesne, Michael Mayer, Adam Moss, Christopher Potter y Derrick Smit. Lectores no menos cruciales, pero también mucho más que eso, son mi agente, Gail Hochman, y mi editor, Jonathan Galassi. Marianne Merola se encarga de que mis libros estén bien editados fuera de Estados Unidos. Susan Mitchell, Jeff Seroy, Timothy Mennel, Sarita Varma, y Annie Wedekind han tenido un comportamiento heroico en su empeño para que este libro posea belleza propia, para captar los errores factuales y las infelicidades de dicción, y para transmitirlo al mundo en general. La ayuda y la amistad de Meg Giles han sido cruciales en aspectos demasiado numerosos para reseñarlos por extenso.

Escribí la tercera parte mientras me alojaba en la Fundación Santa Maddalena, en Toscana, por invitación expresa de Beatrice von Rezzori, cuya generosidad hacia los escritores es mucho más que encomiable.

De cara a recabar no poca información que ha sido capital me fié por entero de *Gotham: A History of New York City to 1898*, obra de Edwin G. Burrows y Mike Wallace, publicada en *1999* por Oxford University Press; *The Historical Atlas of New York City*, obra de Eric Homberger, publicada en 1994 por Henry Holt and Company; *Walt*

Whitman: The Song of Himself, de Jerome Loving, publicada en 1999 por la University of California Press; *Walt Whitman's America*, de David S. Reynolds, publicada en 1995 por Alfred A. Knopf; por último, de la edición de *Hojas de hierba*, de Walt Whitman, publicada por la Library of America en 1992.[1] Mike Wallace, co-autor de *Gotham*, tuvo la amabilidad de enviarme no pocos e-mails en respuesta a determinadas preguntas relativas a cómo era la vida en el siglo xix. Aunque el lector de este libro no llegue a saber cómo era la ropa interior de aquellos personajes, yo sí lo sé, y ha sido gracias a Mike Wallace, lo cual sin duda me ayudó mucho a imaginarlos de manera más plena.

Por último, debo dar las gracias a Ken Corbett, quien no solo lee muchos pasajes a medida que avanzo en la escritura, no solo ofrece sugerencias brillantes y con su conversación me ayuda a sobrellevar las rachas de desánimo, sino que también crea un ambiente doméstico de fino criterio, de generosidad, de humor, de pensamiento escrupuloso y de una fe irrenunciable en la obligación fundamental del ser humano, consistente en tratar al menos de hacer un poco más de lo que uno es técnicamente capaz de hacer.

NOTAS

[1] Pese a existir en castellano varias traducciones de *Hojas de hierba*, la obra magna de Whitman, he optado por traducir de nuevo todas las citas que de este extenso poemario contiene el libro de Michael Cunningham, pues habría sido sumamente laborioso localizarlas en una traducción que por añadidura se ajustara a las necesidades de este contexto narrativo. He traducido, pues, a Whitman teniendo en cuenta tanto la función que cumplen las citas en la novela de Michael Cunningham como la concordancia que era preciso observar dentro del extenso poemario, al cual podrían extrapolarse sin merma. (*N. del t.*)